César Rojas

PIEZAS DIVERSAS

EL PERRO y LA RANA

teatro

CÉSAR ROJAS

PIEZAS DIVERSAS

EL PERRO y LA RANA
Compañía Nacional de Teatro

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

© César Rojas
© Fundación Editorial El perro y la rana
© Compañía Nacional de Teatro

Edición y corrección
María López

Diagramación
Sonia Velásquez

Diseño de portada
Greisy Letelier

Imagen de portada
Fotografía de Luis Skobar

Hecho el Depósito de Ley
DC2023000488
ISBN 978-980-14-5265-2

PIEZAS DIVERSAS

PRESENTACIÓN

El ámbito de escritura de César Rojas es la dramatización en todo el sentido de la palabra. Su figura —y la de toda su generación— constituye el culmen del denominado *Nuevo Teatro*. Con ellos surge una nueva manera de concebir el mundo y la representación teatral; alimentados por el teatro posdramático, que se presentaba con el lema de lo "No convencional", de lo atrevido en toda su dimensión; transgrediendo lo político, lo sexual, lo ideológico, la familia —como cápsula compacta—, la sociedad protectora; *El manual de Carreño*, lo culto, el arte, todos los centros de opinión, la evaluación del hombre y la mujer, que se inicia en los años noventa del siglo XX. Asimismo, los personajes cotidianos y eficazmente reconocibles en el vivir caraqueño, como también su valoración de una cultura, la francesa, que lo había impresionado durante sus años de formación en la capital de las luces. Las obras de Rojas se han presentado tanto en las salas de teatro como en lugares no convencionales —como bares, apartamentos, calles, galpones, establecimientos—, siempre con la intención de perturbar, "meter el dedo en la llaga", y no dejar que ese encuentro entre el público y la representación pase como un evento más, sino que sea como un golpe certero a las comodidades, a las certezas que tranquilizan la conciencia, al aburguesamiento del teatro y de los hacedores del mismo. "César contra todos" podría ser el grito de guerra de este libro *Piezas diversas*, que recoge parte del tránsito de este eterno joven del teatro, y que ya en los títulos de sus obras señala el asunto que va a husmear y atacar: "Como en las películas de Hollywood", la más popular de todas, quizás por la constatación del dramaturgo de que la realidad concreta en que se sostienen nuestros valores morales y éticos se sustentan en la gran ficción del cine hollywoodense, que atrapó las historias de nuestros padres y abuelos hasta nuestros días. Por ese mismo camino van

"El regreso, la historia de una espera", inspirada en la radio de los años setenta; y "A Daphne se la tragó la televisión", en la que aborda la influencia de la televisión en la cotidianidad del venezolano. Dos obras como "Goya, razones para el exilio de un artista"; y "Calígula y la furia de las langostas" hacen honor, respectivamente, a dos personajes históricos: Goya y Calígula. En la primera, el autor bosqueja la vida del artista en su relación con el poder hipócrita de la Corte y su única salida: el destierro. En la segunda, retrata al artista en plena neurosis, presentando a un exitoso director de teatro como metáfora de Calígula y su inexorable destino. "Para siempre" y "La disculpa", reaccionan ante las convencionalidades del matrimonio y la familia en tonos de comedia y de drama. Y es que si algo pueden mostrar estas *Piezas diversas* es la gran habilidad que César Rojas ha adquirido para manejar géneros y estructuras dramáticas en su teatro.

Xiomara Moreno
Dramaturga y profesora universitaria

A DAPHNE SE LA TRAGÓ LA TELEVISIÓN

(Teatro musical)

A mi niña amada, hoy hecha mujer

Personajes

Daphne (Niña, hija de un divorcio)
Ruda (Mamá de Daphne)
Jack (Personaje protagonista de la TV)
Sharo (Personaje protagonista, gemela de Sara)
Sara (Personaje antagonista, gemela de Sharon)
Frappeadora Sonia (Vieja conserje de Nantes Cèdex)
Frappeador Xavier (Viejo conserje de Nantes Cèdex)
El No Nacido (Personaje futurista italiano)
Censeur (Censura de la vida en Ciudad Ficción)
Monsieur l'Auteur (Papá de Daphne)
Voz de Frank (Primo de Sara)
Voz del Patrocinante (Personaje de TV)

Escenas

I. Un hombre entró por la Pantalla

II. La Rue des Renards de Ciudad Ficción

III. El Chisme de los frappeadores

IV. Secuencia directa

Espacios

(Estética sugerida: Pop Art)

Habitación de Daphne

Oficina de Monsieur l'Auteur

Detrás de la puerta

En la ficción: Barrio La France, Nantes Cèdex, ángulo de la Rue des Renards

I
UN HOMBRE ENTRÓ POR LA PANTALLA

Ciudad. Época actual. En un cuarto de la habitación de un apartamento de clase media, Daphne, una hermosa pequeña de diez años, está absorta frente al aparato de televisión (TV). *El programa está muy entretenido. Escuchamos los acordes musicales del programa que sigue la niña.*

Sara. (*Voz en off de la TV.*) ¡Tú no me entiendes, Frank!

Frank. (*Voz en off de la TV.*) ¿Qué es lo que quieres que entienda, Sara? ¿Que no te quieres ir a vivir conmigo?

Sara. (*Voz en off de la TV.*) No, no es que no me quiero ir a vivir contigo. Lo que pasa es que…

(*Acorde musical de suspenso. Rostros del caso.*)

Daphne. (*Al público.*) ¡Pobrecita!

Frank. (*Voz en off de la TV.*) ¿Qué? ¡Habla, por el amor de Dios!

Daphne. (*Sufriendo frente a la TV.*) ¡Ay, sí! ¡Que termine de hablar!

Sara. (*Voz en off de la TV.*) Yo…Yo no me puedo ir a vivir contigo, porque algo muy grave me está sucediendo…

Frank. (*Voz en off de la TV.*) ¿A ti?

(*Acorde musical.*)

Sara. (*Voz en off de la TV.*) ¡A mí!

(*Acorde musical y continúa con música de melodrama.*)

FRANK. (*Voz en off de la TV.*) ¡Habla, Sara, por favor!

DAPHNE. ¡Cónchale, que termine de hablar!

SARA. (*Voz en off de la TV.)* Yo soy la hija de James Killiang.

RUDA. (*Off.*) ¡Daphne!… ¡Daphne!… ¿Daphne, me escuchas?

FRANK. (*Voz en off de la TV.*) ¿La hija de quién?

DAPHNE. ¡Lo sabía!

RUDA. (*Off.*) ¡Daphne!

DAPHNE. (*A Ruda.*) ¿Qué?

RUDA. (*Off.*) ¡Te he dicho un millón de veces que no se responde "qué"! ¡Se responde, "señora"!

(*Música violenta.*)

SARA. (*Voz en off de la TV.*) La hija del peor enemigo de tu familia. El hombre que ha prometido vengarse de tu padre…

(*Acordes.*)

RUDA. (*Off.*) ¡Daphne, responde!

DAPHNE. Señora…

FRANK. (*Voz en off de la TV.*) Sara, entonces, tú eres…

SARA. (*Voz en off de la TV.*) Soy tu prima.

RUDA. (*Off.*) ¡Que vengas a comer!

(*Acordes.*)

Frank. (*Voz en off de la TV.*) Y la enemiga del único hombre que yo he conocido como mi verdadero padre…

Ruda. (*Off.*) ¡La comida se te va a poner fría!

Daphne. ¡Yo la caliento en el microondas!

Sara. (*Voz en off de la TV.*) Esa es la razón por la cual, amándote como lo hago, no me puedo ir a vivir contigo… Nuestras familias son enemigas y debo regresar con Jack, antes de que conozca a Sharon y mi oportunidad de ser feliz con él desaparezca.

Frank. (*Voz en off de la TV.*) Es verdad… No puedes vivir conmigo…

Daphne. ¡Tan gafa, se lo dijo!

(*Acordes.*)

Voz del patrocinante. Espacio comercial…

(Comerciales. Llega Ruda, quitándose los rollos. Va a salir.)

Ruda. Voy a tener que botar en el contenedor de basura la bendita televisión. ¿Me oyes?

Daphne. (*Sin dejar de mirar la pantalla.*) Sí, mamá.

Ruda. No me digas "sí, mamá", como si estuviera loca. Apaga y ve a comer.

Daphne. (*Sin dejar de ver la TV.*) Sí, mamá… Digo, voy.

(*Apaga la TV de mala gana.*)

Ruda. Y después que comas, haces la tarea y no me prendes la cosa esa.

Daphne. (*Con desgano.*) Sí, mamá. Digo, sí, señora…

Ruda. Seguro que no has aprendido todavía a multiplicar por dos cifras y estás esperando una paliza para que te pongas a estudiar…

Daphne. Mi papi me dijo que iba a enseñarme… algún día…

Ruda. ¡Gran maestro!

Daphne. Yo quiero que regrese a la casa…

Ruda. ¡Él no va a regresar nunca más!

Daphne. Por Dios, mamá, no vayas a comenzar. ¿Vas a salir?

Ruda. Voy a casa de Mabel porque el cínico del marido acaba de abandonarla.

Daphne. ¿Y yo?

Ruda. No estás arreglada.

Daphne. Pero…

Ruda. Mira la hora que es y no te has bañado, y quiero que recuerdes que tienes que cepillarte cuando termines de comer… Todo el día viendo televisión.

Daphne. ¿A qué hora vienes?

(*Ruda no le contesta y se va. Música triste. Daphne canta.*)

Daphne. Moveré mis labios y te regalaré
una sonrisa ingenua, un instante…
No quiero que mis ojos antes
delaten mi corazón triste,
desde que me tocó vivir la vida
en una familia que ya no existe.

Un día tiene que venir,
un día para sentirme bien.
Yo sé, Dios, que me cuidas allá,
desde el cielo azul me ves.

No quiero perder mi inocencia,
la oportunidad del amor,
sin perder mis creencias,
ni mi fe ni mi candor.

Debo tener mucho valor,
ser una buena niña
para reconstruir el hogar
que ya no tengo por las riñas.

Oh, Señor Dios, necesito tu calor,
yo sé que tienes un plan.
Estoy, sentadita aquí, sin afán
para saber de tu amor.

Moveré mis labios y te regalaré
una sonrisa ingenua, un instante promisor.
Obediente de tus designios aguardaré
calladita, frente al televisor…

(*La niña se seca las lágrimas.*)

Daphne. Regresa papá…

(*Daphne finaliza la canción, se seca las lágrimas, se sienta frente a la TV, le sube el volumen y escuchamos a los actores.*)

Sara. (*Voz en off de la TV.)* Anda, Jack. Vete. No quiero nada nunca más contigo.

Jack. (*Voz en off de la TV.*) Yo no puedo ayudarte, Sara. Tengo demasiadas dificultades.

Sara. (*Voz en off de la TV.*) Soy una idiota.

Jack. (*Voz en off de la TV.*) Y yo un artista… y no te preocupes, ya me voy de aquí.

Sara. (*Voz en off de la TV.*) Es fácil escaparse, ¿verdad?

Daphne. ¡Que no se vaya!

Sara. (*Voz en off de la TV.*) Cursi.

Jack. (*Voz en off de la TV.*) La cursilería es una elaboración de los sentimientos. Solo los seres superiores no sentimos pena al admitir que el humor y la cursilería son elaborados por nuestros cerebros antes de comunicarlos. Sería una lástima perder el sentido de la cursilería, porque nos habríamos vuelto completamente racionales y no entenderíamos la pasión. Yo prefiero ser reconocido como pasional. Me voy.

Sara. (*Voz en off de la TV.*) Imbécil.

Jack. (*Voz en off de la TV.*) Escasa.

Sara. (*Voz en off de la TV.*) Iluso.

Jack. (*Voz en off de la TV.*) Perniciosa.

Sara. (*Voz en off de la TV.*) Mono.

Jack. (*Voz en off de la TV.*) Guacharaca.

Sara. (*Voz en off de la TV.*) Burro.

Jack. (*Voz en off de la TV.*) Vieja cremosa.

(*Sara le da una bofetada.*)

Jack. (*Voz en off de la TV*.) No te respondo esa cachetada por respeto a esa niña que mira la televisión.

Daphne. ¿Yo?

Jack. (*Voz en off de la TV*.) Hasta nunca, Sara.

Sara. (*Voz en off de la TV*.) Sin mí no vas a llegar a ningún lado, desempleado.

Jack. (*Voz en off de la TV*.) Artista, que es una cosa que pocas inteligencias pueden comprender.

(*Suspenso. Aparece una mano con guante y un arma.*)

Sara. (*Voz en off de la TV*.) ¡Jack! ¡Que no me mate!

(Daphne se asusta y cierra los ojos. Hay un efecto electrónico en el que se apagan un instante las luces. Al encenderse, Daphne abre los ojos y Jack se ha salido del televisor.)

Daphne. ¡Mamá!

Jack. Cálmate, niña, tienes que ayudarme. Apaga ese programa. No quiero saber qué ha pasado con esa mala mujer. Sé que me van acusar de su muerte, pero tú eres mi testigo…

Daphne. ¿Yo, señor?

Jack. No te asustes. Yo no quiero hacerte daño.

Daphne. ¿Es usted un cuerpo virtual?

Jack. ¿Un cuerpo virtual? ¡Claro! ¿Qué es eso?

Daphne. Un cuerpo que aunque parece que es de verdad, es de mentira. ¿Entiende? Como en la computadora.

Jack. ¿Y un cuerpo virtual es todo eso?

Daphne. Ujú. Usted es uno, ¿verdad?

Jack. La verdad, es que no lo sé. Lo único que sé es que no quiero regresar nunca más a la Rue des Renards.

Daphne. ¿A dónde?

Jack. A la Rue des Renards, *en face de la Cité Universitaire La Bourgeonnière, à côté de l'école.*

Daphne. ¿Qué?

Jack. Tú me escondes aquí y yo te guardo el secreto. Yo vivo con muy poco, realmente. Si no hay escena en algún restaurante, almuerzo, desayuno, cena o merienda, no necesito comer, ni bañarme, ni ir al baño; no me ensucio, ni ensucio. Imagínate lo económico que puedo llegar a ser: no gasto papel *toilette*.

Daphne. Eso es porque usted es un personaje. Pero ¿es de verdad o de mentirita?

Jack. Yo soy Jack. Jack Thierry Thuèt de Grenoble, para ser más exacto. El asunto es hacerle pensar a todos los personajes, cuyas tramas giran alrededor de la de Sara, que he desaparecido de la faz de la Tierra. Aunque tenga que poner más que océanos entre ellos y yo. ¿Entiendes?

Daphne. Yo lo que entiendo es que así lo van a culpar a usted de la muerte de esa señora.

Jack. Pero con que mi consciencia esté tranquila es suficiente. ¿Tú no puedes esconderme aquí mientras sufro por su muerte?

Daphne. Bueno, creo que no. Yo soy una niña. La dueña de este apartamento es mi mamá.

Jack. Yo puedo hablar con ella.

Daphne. ¿Qué le piensa decir?

Jack. Que acabo de llegar de Mont Saint-Michel y que me es menester su poli…, es decir, su hospitalidad.

Daphne. ¿Y usted cree que lo entienda? Porque aquí eso no es así.

Jack. Entonces le diremos la verdad. Diré que he salido del televisor.

Daphne. Lo mínimo que puede creer es que se volvió loco y se metió en la casa.

Jack. Pero tú me viste salir del aparato. Escóndeme aquí, te lo ruego. Aunque sea por esta noche, niña.

Daphne. No puedo. Usted tiene que volver a entrar en la tele.

Jack. Pensé que estarías dispuesta a ayudarme.

Daphne. ¿Y cómo llegó a pensar eso?

Jack. Porque soy un personaje de televisión, de cartel. Entre todas las miradas que uno siente desde sus televisores cada día, yo pude descubrir tu cara y supe, *ipso facto*, que podía contar contigo, que tú podías ayudarme. (*Silencio*.) Además, supe que necesitas compañía.

Daphne. (*Se siente descubierta*.) ¿Yo por qué?

Jack. Se lee en tu mirada que te dejan demasiado tiempo sola.

Daphne. Es verdad.

Jack. Te lo dije.

Daphne. ¿Es acaso adivino?

Jack. Puede ser.

(*Canta*.)

Jack. Del lugar de donde vengo
todos somos adivinos,
más allá de la pantalla,
los tomates, los pepinos…
Desde un perro hasta un ogro,
detectamos tu destino.

Podemos fingir que ignoramos
el final de la acción
y por eso nos comportamos
todos llenos de emoción.

En el lugar de donde vengo
todos somos adivinos.
Más allá de la pantalla,
los tomates, los pepinos.
Desde un perro hasta un ogro,
detectamos tu destino.

Daphne. ¿Entonces están enterados de lo que va a pasar? ¿Como si les hubieran leído el horóscopo?

Jack. Mejor que eso.

Daphne. ¿Usted ama a Sara?

Jack. ¿A qué debo esa pregunta?

Daphne. Usted no me lo va a creer, pero es que yo conozco una historia parecida… y quiero saber si alguna vez va a tener solución.

Jack. ¿Tu papá y tu mamá?

Daphne. Un día, yo era parte de una familia y otro día no existía… Y lo peor es que, como eres una niña, no oyen tu opinión… y no he visto nunca más a mi papá.

Jack. Eso es muy triste.

Daphne. Sí. Mi papi dice que soy la persona que él más ama en la vida. Yo pienso, aunque estoy chiquita, que él sí creía en el amor.

Jack. Me gustaría conocerlo.

Daphne. Mi papi es un gran escritor; un poeta… ¿Usted también es poeta?

Jack. Y estoy orgulloso de ello.

Daphne. ¿Y Sara no lo quiere por eso?

Jack. Se dio a la tarea de hacerle creer a mucha gente que yo era un irresponsable.

Daphne. Por eso mi papá se fue de la casa… y yo, desde entonces, estoy siempre sola frente al televisor. Estoy esperando a poder volverlo a ver, aunque sea a través de la pantalla.

Jack. Tengo una idea. Allá adentro hay mucha gente que puede decirnos cómo hacer para encontrar a tu papá. ¿Te gustaría entrar?

Daphne. ¿Entrar? ¡¿Cómo?! Nooo.

Jack. Del mismo modo que yo salí.

Daphne. Pero esas cosas nunca pasan.

Jack. Solo les ocurre a los seres especiales que llaman poetas… Toma mi mano.

Daphne. Pega corriente.

Jack. Exacto. Nos convertiremos en impulsos eléctricos y entraremos. A lo mejor consigues a quien quieres mucho allá, adentro.

(*Daphne toma con temor la mano de Jack. De pronto, hay un bajón de luz y desaparecen, como si se los hubiera tragado el aparato de televisión.*)

(*Articulación.*)

II
LA RUE DES RENARDS DE CIUDAD FICCIÓN

Ciudad Ficción. Escuchamos el sonido de una señal estática y aparecen Jack y Daphne. Están muy cansados, como si hubieran viajado desde un lugar muy remoto. A lo lejos, Jack está sentado en una silla de madera.

Jack. Llegamos. Sector Nantes del barrio La France, Rue des Renards; es un hermoso lugar en la imaginación del señor escritor. Queda exactamente aquí.

Daphne. ¡Guao! ¡Como en las películas!

Jack. *Ma maison* queda allí. Sonia, la conserje, y su esposo Xavier estarán frente a nosotros desde el mismo instante en que se enteren que llegamos.

Daphne. ¿Son peligrosos?

Jack. Son dos viejos *frappeadores*. Se encargan de vigilar, tener todo en calma y que nadie haga bulla en el edificio después de las nueve de la noche.

Daphne. Y cuándo le pregunte quién soy yo, ¿qué le piensa decir?

Jack. A ver… No me había detenido a pensar en eso… Les diré que eres mi sobrina Daphne, que vives en un apartamento del barrio del Caribe, que tus padres están muy ocupados y que vienes de visita para que yo pueda cuidarte… Diré que ha sido toda una ocurrencia situacional del escritor. ¿Te parece bien?

Daphne. Si usted lo dice.

Jack. Es cuestión de formulismo. Para que no crean que eres una saboteadora que quieres acabar con las ideas del escritor; o que eres un virus.

Daphne. ¿Y cómo? No sé qué es nada de eso.

Jack. Ya sabrás de qué te hablo. Lleguemos a la puerta.

(*Aparece Sonia. Viene acompañada del viejo Xavier, ambos con un fortísimo acento galo.*)

Sonia. ¡Oh!, *monsieur* Jack, *monsieur* Jack, *monsieur* Jack. ¿En qué lugar estaba metido? *Monsieur* Xavier y yo estuvimos tentados en ir a conversar con *monsieur* Jules Verne, para que nos ayudara a localizarlo.

Jack. *Salut*, Sonia. *Bonjour*, Xavier. ¿Qué de nuevo ocurre en Nantes Cèdex?

Sonia. ¿No se ha enterado?

Xavier. ¿No se ha enterado?

Jack. ¿Enterarme?

Sonia. ¿Se enteró?

Ambos (Sonia y Xavier). *Mon Dieux*, ¿no se ha enterado?

Jack. Puede ser que no.

Sonia. Esto ha sido un verdadero acontecimiento…

Xavier. Una tragedia.

Sonia. Una calamidad.

Xavier. Y creemos que va a sufrir mucho cuando se entere de la nefasta noticia.

Sonia. Usted sabe que aquí en la Bretaña todo es más doloroso.

Xavier. Estamos en Nantes Cèdex.

Sonia. (*A Xavier*.) Y todo el mundo sabe perfectamente que Nantes Cèdex pertenece a la Bretaña Francesa. Bueno, eso dicen… (*A Jack*.) Le decía que lo que le tenemos que decir le va a doler mucho.

Xavier. Sobremanera.

Sonia. Y debe afrontarlo con mucha entereza.

Xavier. Si usted quiere, llamamos primero a la *sécurité sociale*… MNH*.

Sonia. Es realmente penoso para mí comunicarle esta noticia…

Xavier. Lo que quiere decir Sonia es que, ¿cómo decir…?

Sonia. ¡*Sa femme*!

Jack. ¿Quién?

Xavier. *Madame* Sharon.

Jack. ¡No quiero que hablen de ella en mi presencia!

Sonia. Pero tarde o temprano se va a enterar.

(*Sonia y Xavier van a retirarse; Jack los detiene*.)

Jack. Esta bien, cuéntenme.

(*Los franceses se detienen y miran conturbados a Jack*.)

Ambos (Sonia y Xavier). *Madame* Sharon ha sido… asesinada.

Jack. ¿Asesinada?

---

* Mutual Nacional de Hospitales.

Daphne. ¿Y aquí asesinan a las personas?

Sonia. ¿Quién es esta *petite fille*?

Xavier. Es cierto, ¿quién es?

Daphne. Mi nombre es Daphne.

Sonia. ¿Daphne? ¿La compañera de Scooby Doo?

Daphne. No.

Xavier. ¿La ninfa griega que huyó del dios Apolo?

Daphne. No.

Sonia. ¿La compañera de Vera, la niña de las sectas satánicas?

Daphne. (*A Jack.*) ¿Y aquí hay sectas satánicas?

Jack. (*A Daphne.*) Por supuesto, en la fantasía siempre hay de todo…

Xavier. Es, probablemente, una pequeña mexicana…

Daphne. No, yo soy…

Jack. Ella es mi sobrina Daphne.

Sonia. ¿Y de dónde viene?

Daphne. Del mundo de allá afuera.

Ambos (Sonia y Xavier). ¿Del mundo de allá afuera?

Xavier. ¿De allá afuera de dónde?

Daphne. De fuera de la pantalla.

Ambos (Sonia y Xavier). ¿De fuera de la pantalla?

Xavier. Imposible. Nadie puede salir de la pantalla y nadie puede entrar por ella.

Jack. (*Llevándosela*.) Es una niña muy graciosa. Mi hermana me dijo que no le prestara mucha atención porque siempre estaba inventando historias.

Sonia. ¿A dónde va, *monsieur* Jack?

Xavier. ¿No desea enterarse de los pormenores de la muerte de *madame*?

Jack. ¿Para qué?

Ambos (Sonia y Xavier). ¿Para qué? Era su esposa…

Sonia. Aunque cualquiera hubiera podido decir que se trataba de *madame* Sara…

Xavier. O que Sara era *madame* Sharon…

Sonia. Y aunque no lo crea, usted es el primer sospechoso.

Jack. ¿El primer sospechoso?

(*Acordes musicales de suspenso*.)

Xavier. Por supuesto que mi esposa Sonia y yo no creemos que usted haya atentado de ese modo contra *madame*.

Sonia. Aunque debemos confesar que al principio lo creímos.

Xavier. Usted sabe, los gritos aquellos…

Sonia. Los cuadros rotos…

Xavier. La ropa tirada por la ventana…

Jack. ¡Qué triste final para alguien a quien amaste tanto!

Ambos (Sonia y Xavier). Entonces, ¿sí le duele?

Jack. ¿Es lo que querían escuchar?

Ambos (Sonia y Xavier). Sí.

Xavier. Digo, bueno…

Sonia. Era su esposa.

Xavier. Y de no ser usted el asesino, es probable que el hecho le causara una gran conmoción.

(*Movimientos extraños de Jack, antes de decir una sola palabra.*)

Jack. Estoy conmocionado. ¿Dónde está su cadáver?

Xavier. En el crematorio. Usted sabe que aquí no se entierran a los personajes, se incineran, como se queman los libretos…

Jack. ¡Qué horror!

Ambos (Sonia y Xavier). Eso nos alegra.

Sonia. Es decir, nos enluta tanto como a usted la muerte de su señora esposa.

Jack. ¿Qué va a ser del desarrollo de mi personaje sin ella?

Sonia. Debería ir a hablar con el escritor.

Xavier. ¿Y cómo va a hacer con esa niña?

Jack. (*A Daphne.*) Daphne, debo ir a ver qué piensa hacer el escritor conmigo.

Xavier. Debe darse prisa. Podrían dejarlo de escribir en cualquier momento.

Daphne. ¿Dejarlo de escribir?

Jack. ¿Dejarme de escribir?

Sonia. Oh, *oui*, Monsieur l'Auteur puede creer que como su pareja ha muerto usted ya no es un personaje de la totalidad de la historia, sino que es episódico, es decir, que tiene necesidad de unos pocos capítulos y ya…

Xavier. Y como la trama en la que estaba como principal se acabó, no tiene necesidad de existir en la transmisión de la programación habitual…

Sonia. … Y puede desaparecer en cualquier momento.

Jack. Es cierto… Pero hablar con el escritor…

Sonia. Debe informar primero al gerente de producción y este le habla al productor de campo, quien a su vez le habla al director y en reunión de directiva deciden si decirle al escritor o no sobre su problema.

Jack. ¿Y cuánto puede durar eso?

Xavier. Digamos que aquel señor, sentado allá, lleva más de medio siglo esperando una oportunidad.

Daphne y Jack. ¿Más de medio siglo?

Xavier. Puede sorprenderse, pero a él lo iban a escribir antes de que existiera la televisión, pero su autor, un italiano llamado Pirandello, repentinamente enfermó, murió y no pudo terminar su obra *Los gigantes de la montaña*, así que este ni siquiera pudo nacer.

Sonia. Lo llaman "el No Nacido".

Xavier. (*Llorando.*) ¡Qué modo de esperar!

Jack. Todos esperamos muchas veces en la existencia.

Daphne. Mi papá repetía mucho esa frase cuando yo estaba chiquita.

Sonia. Imposible. Esas palabras son propias del futurista.

Daphne. ¿Está diciendo que soy una mentirosa?

Sonia. Hay cosas que se ven por encima de la ropa.

Daphne. (*Enfrentado a Sonia.*) Verdaderamente, a veces las señoras mayores…

Sonia. ¿Qué insinúa esa… *petite fillette*? ¿Qué soy una vieja?

Daphne. Tengo una idea: ¿por qué no va con el señor Jack, que también tiene problemas, y hablan con su escritor? A lo mejor él se anima con su historia y la escribe de una vez. Mi papá siempre lo hacía cuando eso ocurría… Él lo llamaba "escritura por encargo".

Sonia. Niña, nadie te ha pedido tu opinión.

Daphne. Pero tengo por costumbre opinar. ¿Usted conoce los Derechos del Niño?

Sonia. ¿De qué habla esa loca, *monsieur* Jack? ¿Derechos de los niños?

Xavier. Eso debe ser como el derecho que tienen los animales a mantener la manada: pura ecología.

Jack. Mi sobrina siempre tiene razón. A mí me gusta escucharle cuando tiene una idea…

Sonia. ¿Y usted siempre la escucha? ¡Es una pequeña!

Jack. Siempre que me dice lo que quiero escuchar.

Xavier. Quiere decir que si ella le hubiera recomendado acabar con *madame*…

Jack. Quizás lo hubiera hecho…

Sonia. ¿Lo hubiera hecho?

Xavier. ¿Le hubiera persuadido para quitarle la vida a *madame*…?

Jack. ¿Qué opinan al respecto?

Ambos (Sonia y Xavier). No sabemos.

Jack. A lo mejor lo hubiera hecho.

Sonia. Entonces, esa niña puede estar embrujada.

Xavier. O peor aún: puede ser una bruja. Dicen que muchas conservan la apariencia de infantes para engañar mejor a sus víctimas, antes de aniquilarlas.

Jack. De la única persona que he sido víctima ha sido de *madame*.

Sonia. Usted sabe que eso no es así. Ella le amaba.

Xavier. Aunque acepto que las mujeres tienen un modo muy extraño de amar.

Jack. Pero no es de eso de lo que estamos hablando… Oigan, señores, ¿por qué no escuchan a la niña y vienen conmigo? Así hablan también con mi escritor… Mientras más seamos, nuestras voces serán más altas.

Daphne. ¡Así se habla Jack!

Sonia. Mira cómo lo maneja… Sí, es una bruja…

Xavier. Pero he escuchado que hay que entrar por esa puerta y no muchos logran hacerlo.

Daphne. ¿Y qué tiene esa puerta de especial?

Sonia. ¿No lo sabes?

Daphne. No.

Xavier. No, no lo sabe.

Jack. ¿Y por qué iba a saberlo? Es una niña.

Sonia. Nunca nos van a dejar pasar…

Daphne. La esperanza es lo único que no se debe perder…

(*Hay un corte de luz. Desconcierto*.)

Sonia. Yo creo que hay que avisarle a la censura. Insisto en pensar que esa niña va a hacer que ocurra un desastre aquí en Nantes Cèdex.

Xavier. Que se vaya.

Sonia. Creo que lo mejor es encerrarla.

Xavier. Mientras el escritor se olvida de ella y no la escribe más…

Sonia. Exactamente.

Xavier. Hay que preservar nuestra ciudad y nuestro mundo.

Sonia. Sí, hay que convencer a todos…, pero al parecer solo la censura podrá hacer que la encierren en el olvido.

Xavier. Entonces busquemos a la censura… Ella operará como debe hacerse.

(*Salen corriendo.*)

Daphne. Quieren encerrarme.

Jack. No les hagas caso…

Daphne. Pero yo debo regresar a casa.

Jack. Yo me encargaré de todo cuando llegue la censura.

Daphne. ¿Y mientras?

Jack. Intentaremos pasar por la puerta. Y llegar al cerebro límbico, para que nos recuerden y nos coloquen en el neocórtex.

(*Aparece una imagen femenina con un arma en la mano.*)

Sara. ¿A dónde creen que van, *mes enfants*?

Daphne. ¡¡Aghh!! ¿Quién es esa mujer?

Jack. ¿Tú? Tenías que ser tú. ¿Qué haces con esa arma en la mano?

Daphne. Sí, que diga qué hace…

Sara. ¿Yo?

Jack. Sí.

Sara. Esto… (*Levanta el arma de modo amenazador.*)

Todos. ¡¡¡Nooooo!!!

(*Black-out inmediato. Se escucha un disparo y el grito de los personajes en escena. Grandes acordes de tensión.*)

Voz del patrocinante (*Cenital.*). ¿Quién es esa mujer? ¿A quién le habrá disparado? ¿Sonia y Xavier llegarán con el Censeur para encarcelar en el olvido a Daphne? ¿Jack atravesará el umbral de la puerta que lo pondrá en comunicación con el escritor? ¿Jack morirá sin una oportunidad? ¿Nadie llegará a ser feliz? Esas y otras respuestas serán develadas en la segunda parte de "A Daphne se la tragó la televisión". No se vayan. Ya regresamos. Intermedio.

(*Acordes. Articulación.*)

III
EL CHISME DE LOS FRAPPEADORES

Ángulo de oficina de Monsieur l'Auteur. Sonia y Xavier, muy nerviosos, responden algunas preguntas al Censeur.

Censeur. Entonces, ¿todo lo que me ha contado es verdad?

Sonia. *Mais oui*, *monsieur*.

Censeur. ¿Saben que una calumnia de ese tipo puede traerles graves problemas?

Xavier. *Bien sûr*, *monsieur*.

Censeur. ¿Y dicen que es una niña de la realidad empírica?

Sonia. Jack dice que es su sobrina, *mais*…

Xavier. Se le ve por los trazos que no es como nosotros…

Sonia. Y eso podría acabar con nuestro mundo.

Xavier. Además, lleva el nombre de la desobediencia…

Censeur. ¿De la desobediencia?

Xavier. *Mais oui*. Daphne es el nombre de una hermosa ninfa, que desobedeció los deseos del dios Apolo y prefirió transformarse en árbol antes que convertirse en su amor…

Sonia. Y es por eso que llamarse Daphne es igual a desobediente.

Xavier. Además, está haciendo cosas terribles…

Censeur. ¿Cosas terribles?

Sonia. *Mais oui*, está empujando al *monsieur* Jack para que traspase la puerta del umbral…

Censeur. ¿Al *monsieur* Jack?

Ambos (Sonia y Xavier). Exactamente…

Censeur. No. No puede ser…

Ambos (Sonia y Xavier). *Mais oui, c'est commença…*

Censeur. Pues hay que ir a conocerla… De inmediato… *Allez vous en*!

Ambos (Sonia y Xavier). *On y va*!

(*Salen de inmediato, y una imagen ha estado escuchando.*)

(*Articulación.*)

IV
SECUENCIA DIRECTA

Mismo lugar, misma situación del final del cuadro II.
Daphne se encuentra tirada en el piso, sin sentido. Aparentemente, herida de muerte.

Jack.- Daphne… Daphne…

Voz de l'Auteur. ¿Qué le hicieron a la niña?

Jack. Sara le disparó.

El No Nacido. Porque él no quería obedecerla y tenía a esa hermosa niña de amiga, por eso la mató.

Sara. ¿Hermosa?

(*Canta.*)

Sara. Era una niña perversa,
tremenda y maleducada.
Un camaleón con sus propios intereses
que a nuestra historia
no aportaba nada…

Es cierto, soy mala…
Mala, mala, pero muy mala,
pero no soy desobediente
a la historia que nos da…

En cambio, esa Daphne
quiere acabar con el mundo de fantasía
y, sobre todo, ayudada por ese que es mi ex
quieren acabar con Nantes Cèdex.

(*Hablando*.)

Sara. Daphne embrujó a Jack… Se lo pueden preguntar a los frappeadores. (*Huye*.)

Jack. Invento de esa loca.

Voz de l'Auteur. ¿Quién le dijo eso?

Jack. Es Sara, *monsieur*. Ha enloquecido porque yo no le amo, sino que iba a amar a *madame* Sharon cuando la conociera en el próximo capítulo, si *madame* Sara no la hubiera asesinado. Pregúntele a los frappeadores.

Voz de l'Auteur. ¿Quiénes son los frappeadores?

Jack. Es un modo cercano de llamar a los *vieux* Thuèt. Daphne…, *pauvre* Daphne… ¡Oh!, ¡¿cómo voy a hacer si te traje viva?! Aquí llegan los frappeadores con el Censeur.

(*Los viejos bretones regresan con el Censeur*.)

Censeur. Un momento… Detengan todo allí…

Voz de l'Auteur. Censeur…

Censeur. Autor, ya lo sabe todo.

Voz de l'Auteur. Sí. Mi obra se está convirtiendo en una historia disfuncional y no porque hayamos tomado una trozo disfuncional de la realidad, sino porque estos están a punto de cambiarme el final de mi obra. ¡Deténgalos, por favor!

Censeur. Como diga, *monsieur*.

Voz de l'Auteur. Quiero que se encargue de todo lo que está ocurriendo, porque están a punto de estropear una de mis obras maestras.

Censeur. Así lo haré, *monsieur le écrivain*.

Voz de l'Auteur. Y quiero que castigue a quien haya intentado dañar a esa niña, que yace aparentemente muerta.

Censeur. ¿Aparentemente? Quiere decir que no está…

Voz de l'Auteur. Exacto, porque la mataron con una bala de ficción y la ficción jamás acaba con la realidad empírica. Es decir, con la realidad de verdad verdad… O casi nunca.

Jack. Eso quiere decir que no está… muerta.

(*Daphne comienza a reaccionar ante los ojos de asombro*.)

Daphne. ¡Ayyy!, pero me duele; eran balas de mentira pero me pegaron como de verdad.

Censeur. ¿Quién es la niña llamada Daphne?

Sonia. Es ella.

Xavier. La muerta que ahora está viva.

Daphne. Yo nunca he estado muerta, no sea calumniador.

Censeur. ¿Me puede explicar qué hace aquí?

Daphne. Ayudo a Jack a encontrar la posibilidad de conversar con el escritor.

Censeur. ¿Y eso debido a qué?

Daphne. Él no ama a la señora Sara porque ella no es buena persona. Se lo digo yo, que he visto la novela completa y sé que ella hizo vínculos con unos narcotraficantes para involucrar a Jack y quedar como la inocente; mientras se apoderaba del monopolio del alcohol y el tabaco en Bahía y le hacía creer

a los habitantes de Nantes que ella era una buena señora y los demás eran los malos, por apoderarse de los niños nacidos con la hormona creada por los Killiang para crear niños con súper inteligencia —¡qué truculencia!—… Y como sabe que yo lo sé intentó quitarme la vida…

Sonia. ¡Oh!, los niños de los Killiang.

Xavier. Imposible.

Censeur. *Silence*, *s'il vous plaît*.

Daphne. Además, quisiera que le dieran una oportunidad en una telenovela de época a Jack: *Un amor en el Caribe*.

Jack. Honraría esa oportunidad como nadie…

Daphne. Y quisiera preguntarle al señor escritor si no conoce a mi papá, porque desde que se fue de casa molesto con mi mamá no lo he visto más y lo extraño demasiado… Y necesito que me diga que me quiere y que no quiero sentirlo tan lejos de mí… porque me siento desamparada sin su amor…

Sonia. La monstruito resultó ser un encanto.

Censeur. ¿Y usted cree que nuestro creador, *monsieur l' écrivain* tiene tiempo para prestarle oídos a las tontas ideas de una niña como usted.

Daphne. ¿Por qué no? No le pienso robar la creatividad.

Censeur. ¿Qué?

Xavier. Sabía que era una ladrona.

Jack. No fue eso lo que ella dijo; es un modo de decir, Censeur. Ella solo quiere ayudarme a deshacerme de Sara.

(*Aparece Sara, nuevamente con la pistola.*)

Sara. Pues eso no podrá ser, *chéri*. Debes entender que la infante no es de nuestro mundo y que no puedes torcer el curso de la historia solo por un capricho. Eres un protagonista y debes tolerar y padecer como cualquiera de ellos; y yo soy la encargada de hacerte sufrir para evitar que encuentres el amor con la boba de la Sharon, que ya no existe… Porque tu amor es conmigo… porque yo lo he decidido.

Censeur. ¿Y dónde está la verdadera protagonista?

Jack. Está muerta.

Daphne. Sí; ella la mató. Yo lo vi el capítulo la semana pasada…

Censeur. ¡¿Pero cómo va a estar muerta si Sharon era la protagonista?! Dentro de mis informes dice que está herida…

Jack. Era herida que iba, para que yo, como médico de emergencia, la atendiera en el hospital.

Daphne. Pero ella no se dio por vencida y la mató de verdad, para que mi amigo no pudiera descubrir su maldad y le hicieran daño antes de tiempo. Eso pasó en ese capítulo que vi.

Sara. Y saben qué es esto…

Jack. Un arma.

Sara. Un arma del mundo de la realidad empírica, que tiene como finalidad acabar definitivamente con esa niña metiche.

Xavier. ¿Con esa niña metiche?

Sonia. Eso fue lo que dijo: metiche.

Daphne. No me vaya a matar, por favor.

Sara. Tú te lo buscaste… ¿Para qué viniste?

Censeur. ¿Sabe que la puedo suspender por tomar una actitud poco conveniente en nuestra obra, sin permiso de los creativos?

Sara. Usted también puede ser eliminado, *monsieur le* Censeur… Así que *silence*.

Daphne. Esa señora se parece a alguien que conozco.

Sara. ¡¡Silencio!!

(*Sara dispara y Jack cae sin sentido*.)

Daphne. ¡¡Jack!!

Sonia. ¡Aghh!, mató a Jack…

Sara. Y la próxima persona que se atreva a contradecirme, va a sufrir el mismo tratamiento que su compinche…

Censeur. Sara, estás equivocada… No eres tú la que hace el viaje del héroe.

Sara. Nada… Aquí se hace lo que yo digo… La protagonista está muerta y ahora la que va a triunfar voy a ser yo.

Daphne. Pero eso sería el triunfo del mal… y eso solo pasa en las novelas brasileñas y en las colombianas. Y si es así, deja de ser telenovela romántica y se convierte en costumbrista… Yo no sabré multiplicar por dos cifras, pero de telenovela soy especialista… Y aquí hay una cosa que está muy mal.

Sara ¡Cállate! Quiero que la lleven a la hoguera y que la quemen para poder echar sus cenizas en un basurero.

Censeur. A la niña no la van a tocar. Ella no entiende que usted se ha salido del plan y de la diagramación de *monsieur* el escritor… y probablemente sea borrada más pronto de lo que piensa.

(*Sara dispara y el Censeur cae también sin sentido*.)

Jack. *Monsieur le* Censeur, *monsieur*…

Xavier. *Il est-ce mort…*

Sonia. ¡¡Noooo!!

Daphne. Lo mismo le hizo a la protagonista.

Xavier. Cálmate, Sonia mía… Si te toca morir tomaré tu lugar delante de la bala…

Sara. Dije que se me callan…Y preparen la fogata en la que vamos a quemar a esta niña estúpida. Así que llamen al escritor.

Jack. ¿Cómo que llamen al escritor?

Xavier. ¿Y qué tiene que ver Monsieur l'Auteur en todo esto?

Jack. ¿Te volviste loca, mujer?

Sara. ¿Loca? Sí… Para que no le pertenezcas a otra sino a mí, aunque sea para hacerte daño… Y lo primero que debo hacer es acabar con esa fuente de virtudes y bondad en la hoguera.

Daphne. A mí no.

Jack. Tú no vas a tocar a Daphne.

Sara. Lo veremos.

(*Sara levanta el arma y apunta a Daphne.*)

Sara. Camina, niña, al lugar donde se hará la hoguera…

Daphne. No me vaya a hacer daño, mire que yo tengo que regresar a mi casa… Mi mamá me está esperando…

Sonia. *La pauvre fillette…*

Xavier. En las telenovelas no se les hace daño a los niños…

Jack. (*Se atraviesa.*) Con los niños no se mete nadie… Deja en paz a la *fillette…*

Sara. Será como tú lo deseas…

Daphne. ¡Papá! ¡Yo quiero que venga mi papá…!

(*Cae un trueno y se escucha una voz masculina que canta una hermosa balada.*)

Daphne. (*Reconociendo la voz.*)¿Papá?

Monsieur l'Auteur. (*En off.*) ¡Daphne! ¡Hija! ¿Dónde estás?

Daphne. ¡Papá, esta loca me quiere matar y yo lo que quiero es decirte que me haces mucha falta!

Monsieur l'Auteur. ¿En dónde estás, hija bella?

Daphne. ¡Papá!

Jack. El escritor…

Sonia. (*Sorprendida.*) ¡¡Es su papá!!

Xavier. ¿Su papá?

Sara. Claro que es su hija, si no, no hubiera podido entrar en este mundo de ficción. Solo los hijos y los familiares más cercanos al señor escritor pueden hacerlo… Yo lo entendí inmediatamente y por eso lo he forzado para que venga. Sabía que en lo que la niña lo llamara iba a aparecer… Y ahora me va a convertir en la protagonista de la novela que escribe, si quiere que su niña regrese sana y salva a su casa.

Daphne. ¡Ese… ese es mi papá!

Monsieur l'Auteur. ¡Daphne, hija!

(*Conmovedor abrazo entre padre e hija. Cantan una canción de cuna.*)

Monsieur l'Auteur. ¿Qué haces aquí, mi amor?

Daphne. Necesitaba verte para decirte que te quiero, papá; que aunque no vivas nunca más con nosotras, en casa, quiero verte y escuchar tus palabras; que me revises las tareas y me enseñes a multiplicar por dos y por tres, así no te las diga y pase lo que pase…

Monsieur l'Auteur. Yo también te necesito, mi amor. Y necesito saber que estás estudiando y ayudarte a aprender lo que necesites…

Daphne. Vine a decirte que no le hagamos caso a nada y que nos sigamos queriendo como siempre nos hemos querido…

Monsieur l'Auteur. Así lo haremos, mi vida.

Daphne. ¿Y por qué no te había visto más?

Monsieur l'Auteur. Digamos que me escondí detrás de esta telenovela para justificar que no tenía tiempo para verte, por miedo a que no me dejaran hacerlo… o que tú no quisieras verme.

Daphne. Bueno, pero ya sabes que lo que más quiero en la vida es verte.

Sara. (*Con sorna.*) ¡Qué ternura!, un discurso propio para la Lopna.

Monsieur l'Auteur. ¿Cómo se ha atrevido a faltarme el respeto de este modo?

Sara. Es que quiero que sepa lo que he sido capaz de hacer por amor.

Jack. Es mentira, ella no me ama, ni ama a nadie.

Monsieur l'Auteur. Te has atrevido a amenazar a mi hija.

Sonia. Yo sabía que esa niña linda era su hija desde el principio… Lo que pasa es que fingí.

Xavier. Calladita, Sonia…

Monsieur l'Auteur. ¿Y esos seres tirados allí?

Daphne. Ese es el señor Censor… ¿Quién le hizo daño? Fue ella, papá… y pretendía continuar conmigo si tú no llegabas…

Sara. No…, pero todo tiene una explicación… Señor escritor… Por favor…, escúcheme… No, no haga eso, por favor… Señor escritor… Señor… Yo… Yo…

Monsieur l'Auteur. Nunca exististe.
Y no existirás.
Y desde este momento,
desaparecerás.

Sara. ¡Aghh!

(*Sara desaparece. El Censeur revive.*)

Sonia. Miren, ha revivido el muerto.

Censeur. *Qu'est-ce qu'il est arrivé*?

Xavier. Pero estaba muerto, todos vimos cuando le dispararon.

Daphne. Yo también vi. Ella te hirió.

Censeur. No, no estoy herido, pero tengo la sensación de que algo me ha golpeado muy fuerte y me ha hecho daño.

Monsieur l'Auteur. *Monsieur le* Censeur, vaya a la oficina y haga los cambios pertinentes en las secuencias, para que no se note la ausencia de ese personaje cancelado.

Censuer. *Comme vous dites*, *monsieur*.

Monsieur l'Auteur. Y se ocupa de las tramas en las que se necesitan situaciones extremas. Vaya…

Censuer. *On y va*…

(*El Censeur parte.*)

Daphne. Ya no hay más Sara mala maligna.

Jack. ¿Y qué va a ser de mí ahora?

(*Jack se separa del grupo y se sienta a mirar el infinito*.)

Daphne. Papi, ¿qué le va a pasar a él?

Sonia. Sí… ¿Qué va a ser de la existencia de *monsieur* Jack?

Xavier. Al parecer, ya no hay trama para él en la nueva diagramación.

Monsieur l'Auteur. Si no tiene pareja, no podemos hacer con él una historia de amor… Pero…

(*Se escucha un hermoso canto como de sirena*.)

Sonia. Esa voz…

Xavier. No puede ser…

Daphne. ¿Qué sucede?

Monsieur l'Auteur. Esa es la voz de la pareja de nuestro protagonista.

Daphne. Eso quiere decir que…

Jack. Es la voz de Sharon…

Daphne. Pero papá esa es…

Monsieur l'Auteur. Es Sharon, la gemela idéntica de Sara.

Jack. Sharon… Sharon… *Est-ce que vraiment… c'est toi*?

Sharon. *Oui*, Jack, *c'est moi*.

Sonia. Regresa el amor…

Xavier. Y ahora sí van a ser felices.

(*Sonia y Xavier se alejan para dejar sola a la pareja. Monsieur l'Auteur y Daphne miran conmovidos la escena.*)

Jack. Amor de mi vida… Siempre estuve equivocado contigo. Ahora sé que todo fue culpa de Sara; como era tu gemela exacta, se hizo pasar por ti para cometer todas esas fechorías que me hicieron dejar de amarte y alejarme… Pero todo se ha descubierto… y te pido perdón por no creerte cuando te humillaste, porque te creí una delincuente… *Pardonne-moi*, *mon chérie*…

Sharon. *Bien sûr mon cher*, *moi*, *je te pardonne*.

(*Gran beso de telenovela. Daphne aplaude e invita a todos a aplaudir. Los protagonistas dan las gracias.*)

Sharon. *Merci bien*.

Jack. Entonces vamos… porque tenemos mucho que explicar.

Sharon. Sí, vamos.

Jack. Daphne, gracias por creer en mí cuando nadie creía y por ser tan buena amiga, a pesar de ser pequeña…

Sharon. Bien se sabe que los buenos corazones no tienen edad.

Daphne. ¡Oh!, Jack… Que sean muy felices. Yo voy a ver todos los capítulos que vienen en la próxima temporada.

Sharon. Seguro, niña hermosa.

Jack. *Au revoir*, *petite* Daphne. *Monsieur l'Auteur*…, *merci*.

Monsieur l'Auteur. Vamos. No hay de que… Vayan, que la felicidad les espera.

(*Los protagonistas parten.*)

Daphne. ¿Y nosotros, papá?

Autor. (*Canta.*)

Hija… Nosotros vamos a aprender a multiplicar felicidad,
a restar tristeza, a sumar amor y honestidad.
Ya somos felices de toda claridad,
si has llegado hasta aquí para verme
es que tu amor siempre ha sido sincero.
Te quiero y te voy a cuidar con calor y con esmero,
aunque ya no vivamos en el mismo hogar.

Daphne. (*Canta.*)

Yo también te quiero papito,
aunque seas grandotote y yo chiquita,
tú eres el gallo y yo tu pollita.

Monsieur l'Auteur. Eso, hija, nunca va a cambiar.

Tú eres la musa de mi bien y mi mal,
vamos, que tu madre regresando debe estar
y cuando llegue y no te encuentre, furiosa va a estar.

(*Hablado.*)

Y además, nos esperan muchos días
para ser también felices a nuestro modo.

Daphne. Te quiero mucho papá.

Monsieur l'Auteur. Yo te amo, mi pequeña, con constancia y con tesón

Daphne. Este es mi papá y yo soy la hija de su corazón.

Monsieur l'Auteur. Y así termina el cuento de…

Todos. "A Daphne se la tragó la televisión".

(*Canción de despedida.*)

Personajes somos, situaciones vivimos,
emociones sentimos, intenciones tenemos,
sentimientos despertamos, sensaciones abrimos,
decorados ponemos, actitudes sostenemos.

(*Coro*.)

Somos los duendes que te hacemos volar,
somos la fantasía,
imaginación de grandes y pequeños,
somos la magia y la alegría.

A locaciones asistimos, episodios compartimos,
maquillajes recibimos y al público sentimos.
Escritores y directores, sí sufrimos
y con mucha dignidad nos distinguimos

(*Coro bis.*)

A productores resistimos, con nudo y enredo.
Una línea mal dictada es como bomba detonada,
pero si alguien nos retoca, captamos tu atención
aunque muchos nos critiquen, somos la televisión.

(*Coro bis.*)

Somos las caricaturas,
los magos de los bajitos
de corazones chiquitos
y entre esos estás tú.

(*Coro bis.*)

PARA SIEMPRE

(Comedia)

Personajes

Nilse

César

Carol

Mario

Clara

Aitor

Escenas

I. Preparativos para el anuncio

II. Confesiones fraternas

III. Al fin solos

Caracas, época actual

I
Preparativos para el anuncio

Departamento en el que la cocina y la sala están directamente comunicados. Pertenece a una de las pocas parejas maduras que han permanecido juntos por más de veinte años. El exceso de organización le da cierto toque de álbum de inmobiliaria de décadas pasadas. César, cuarentón, va vestido de manera impecable, con traje y corbata. Se ha colocado un vistoso delantal para no ensuciar sus ropas, mientras prepara algunos bocadillos para la reunión de esta noche. Nilse, a punto de cumplir los cuarenta, sale de la habitación arreglando con cierta incomodidad su vestido elegante de vermú y uno de los zarcillos que no ha cerrado completamente.

Nilse. Hueles muy bien.

César. Tú también. ¿Lista?

Nilse. Eso creo. Ciérrame el zarcillo, por favor.

(*Con mucho cariño, César le cierra el zarcillo.*)

César. Claro. Ha valido la pena esperar cinco horas para que estés así. Te ves preciosa.

Nilse. Gracias, mentiroso. Las maduras no somos bonitas… somos… maduras.

César. Como el vino.

Nilse. Gracias.

César. Gracias a ti, en todo caso… Si tú no estuvieras de acuerdo, creo que esto sería un gran fracaso personal.

Nilse. ¿Y tú? ¿Estás realmente listo?

César. Nunca se está listo completamente para nada…

Nilse. No muchas parejas deciden hacer lo que estamos haciendo nosotros a partir de esta noche.

César. Son nuestros amigos…

Nilse. Por eso espero que no te pongas antipático con ellos, cuando se te suban las copas… o fumes.

César. Hoy no es día para ponerse antipático, a menos que alguno de ellos se ponga intolerante.

Nilse. Es su estado natural.

César. Tendrán que aprender a desaprender para poder entender.

Nilse. Recuerda que no están acostumbrados a escuchar que una pareja ha decidido separarse.

César. Bueno, a separarse no… En estos tiempos, cuando no rompes tu relación a los tres años, los amigos esperan los cinco y medio. Luego vuelven a preguntar a los nueve. Y ya a los doce dejan la mariquera porque somos muy pocos los que no nos hemos separado por las malas, antes de cumplir los veinte años de matrimonio.

Nilse. Es verdad…, pero me refería precisamente a eso de separarse como buenos amigos.

(César llena un par de copas y Nilse pone un viejo disco de pasta. Se sientan cariñosos uno al lado del otro. Brindan y beben mientras escuchan La chanson des vieux amants, d*e Jacques Brel. Ella se acurruca a su lado como un ave en busca de calor. Él se conmueve. Cantan un trozo de la canción, tratando de hacerlo en francés. Ella se levanta y quita el disco.*)

Nilse. ¿Crees que nuestros amigos lo entiendan?

César. ¿Que entiendan eso de separarse separarse? Tampoco es que sea así, y lo sabes…

Nilse. Pero oficialmente ya no eres mi esposo… ni yo tu señora.

(*Pausa argumental. Se miran.*)

César. No nos vayamos a poner trágicos ahora.

Nilse. Cierto, se me puede correr el maquillaje y la máscara se pone horrenda cuando uno llora.

César. No es necesario llorar…

Nilse. Visto de otro modo, tampoco es para reírse…

César. Si no estuviéramos claros no, pero como lo estamos…

Nilse. Bueno, hay gente que llora cuando va a un matrimonio.

César. Y hay gente más loca, que llora cuando se acaba.

Nilse. Pero esto no es el final de nada… Tú me dijiste…

César. Y te lo repito…

Nilse. Yo te amo.

César. Yo te amo más…

Nilse. Yo te quiero desde lo femenino, así que yo solo te amo desde mí… y eso es diferente… sin triunfo aislado… ¡ja!

(*Pausa argumental. Se miran amándose, con espléndidas sonrisas llenas de comprensión.*)

César. Debo admitir que le tengo miedo al tiempo, Nilse. Lo sabes. Quiero que, si me vas a dejar de querer, sea por otra cosa y no

porque me convertí en tu hijo grande… porque se nos acabó el amor…

Nilse. ¿Tú crees que Cheche y Victoria entiendan lo que estamos haciendo?

César. Son grandes ahora.

Nilse. Lo digo porque su familia se disolvió. Ellos también son parte de esto y no los tomamos en cuenta.

César. Sus amigos ahora los verán como extraterrestres, porque son los únicos que tienen padres felices.

Nilse. Porque seguiremos siendo felices…

César. Sí; siempre seremos felices… A pesar de todo.

Nilse. Yo estoy feliz por eso.

César. Además, nuestros hijos están demasiado ocupados estudiando y teniendo sexo, como para preocuparse por si sus padres se divorcian o han decidido podrirse juntos sin amor.

(*Pausa argumental.*)

Nilse. César, ¿tú me quieres?

César. Te amo. ¿Tienes dudas?

Nilse. Ninguna.

César. Y no quiero dejarte de amar porque te tengo que amar…

Nilse. ¿Qué extraño, verdad?

César. Sí, qué extraño.

Nilse. Ojalá sirva para algo.

César. Los del negocio de Dios son los que más van a joder…

Nilse. Ellos nunca nos han importado demasiado.

César. Porque lo decidimos a tiempo.

Nilse. Sí.

César. Porque con aquel discurso de "¡Ay del que se cae y no tenga quien lo ayude a levantar…!" asustan a la gente, por eso es que se han mantenido: asustando a los pendejos.

Nilse.Que es la mayoría.

César. La mayoría…

Nilse. Tú y yo no nos asustamos con facilidad.

César. Porque lo hemos entendido.

Nilse. Somos más inteligenticos.

César. A eso aspiramos…

Nilse. Somos aspiracionales…

César. Porque somos de esta zona del mundo.

(*Silencio.*)

Nilse. César…

César. Dime, Nilse.

Nilse. Nada. Solo quería decir tu nombre para recordar cómo te llamo cuando estamos solos.

César. Nilse…

Nilse. ¿Ves?

César. Sí.

Nilse. Es nuestra última noche.

César. O la primera de otro capítulo de nuestras vidas juntos…

Nilse. Pero no revueltos…, socio.

(*Ella pone un tema de Bob Acri*, Sleeep away, *que queda como fondo musical para la escena. Él la invita a bailar. Lo hacen con cierto caché cursi pero muy romántico.*)

César. Los ochenta fueron nuestros.

Nilse. Los ochenta… del siglo XX.

César. En los ochenta se comenzó a estropear todo esto.

Nilse. Era normal…

César. El final de las banderas…

Nilse. ¿Te has dado cuenta de que somos de un tiempo que ya no existe?

César. Somos la última pareja feliz.

Nilse. Y ahora sí para siempre.

(*Beben. Suena el timbre.*)

Nilse. (*Sale corriendo a la habitación.*) ¡Ay!, se me olvidó echarme la crema de manos, ya salgo.

César. (*En voz alta.*) ¡Voy!

(*César abre.*)

César. Bienvenidos.

Carol. *Hello*, *darling*.

(Son Carol y Mario. Ella viste un traje ceñido con un chal y él de blue jeans *y camisa a cuadros. Carol, bandeja en mano, besa a César y pasa con toda confianza para colocar sus dulcitos en la mesa ratona del centro de la sala.*)

Mario. Permiso.

(*Mario trae también un par de botellas de vino; con cierta incomodidad pasa y las pone junto a los vasos y las copas. Carol es una mujer terminando los cuarenta. Hermosa pero un poco vulgar, en su excesivo busto y su* derrière. *Mario trata de permanecer en silencio ante el constante monólogo de la mujer.*)

Carol. Chico, me haces sentir como si esta no fuera la casa de nuestros mejores amigos-compinches de toda la vida… ¡Qué permiso nada! Nos vinimos temprano porque quería ayudar a arreglar las cosas para este reencuentro, y es que me muero de la curiosidad por saber lo que nos van a decir.

(*Carol mira a César escrutadora.*)

César. Ya lo sabrán… Ahora es que hay noche.

Carol. Mario no quería venir; pero cuando hablé con Nilse, estaba tan misteriosa que pensé que esto podría ser el principio de una tragedia monumental y no podía seguir con el culo pegado en el sofá mientras mis compinches están en la cresta de la ola.

César. (*A Mario.*) ¿Ginebra?

Mario. Vino.

Carol. Sí, todo menos *whisky*, está incomprable. Ahora sí que se nos van a olvidar definitivamente los escoceses y qué significan los reyes ingleses… Por ser tan hediondos y exclusivos se van a quedar definitivamente fuera del recuerdo de esta parte de Occidente.

(*Transición*.)

Carol. Mira lo que traje. (*Saca de su enorme bolso un par de zapatillas de* ballet.)

César. ¿Todavía las tienes?

Mario. Ahora le dio por ahí, por enseñarle a los amigos los pasos que hacía cuando se ponía esas zapatillas de *ballet*. Más tarde, con tres tragos encima, lanza las zapatillas y enseña los pasos de cuando hacía clases con el negro Ledezma.

Carol. Deja la envidia… Las traje para que cuando la cosa se ponga sabrosona pueda echar mano de mi talento oculto. (*A César*.) ¿Qué hiciste? ¿Solo tentempiés?

César. Es lo que hay…

(*Nilse regresa*.)

Nilse. Mentira. Me pidió que no te dijera que hay una pastica con tomate, aceite de oliva y albahaca… No quería que supieras nada hasta que la sirviera.

Mario. Hola.

Nilse. ¿Cómo están?

Carol. (*Soltando el chal para hacer más evidentes sus tetas*.) ¿No se ve?

César. Inevitablemente.

(*César les sirve dos copas a sus amigos y le devuelve a Nilse la suya, para tomar finalmente la de él. Brindan y beben*.)

César. ¡Salud!

Todos. ¡Salud!

Nilse. (*A Carol.*) ¿Y todavía hay talla de sostén para esa vaina que tienes?

Carol. Cada vez más…

Nilse. Me imagino que ya se te pegan del ombligo.

Mario. Debo confesar que brindan cierta comodidad. (*Aparte a César.*) A la hora de montarme encima… A veces no puedo ni verle la cara.

Carol. ¡Mario!

(*Risas.*)

César. Las de Nilse tampoco es que son de golf.

Nilse. *Merci*, *chéri*.

(*Suena el timbre.*)

César. Permiso. (*Va a abrir la puerta.*)

Mario. Dale.

Nilse. Nosotras terminamos.

Carol. Ay, sí… Vamos a arreglar la ubicación estratégica de los *brunch*…

Mario. ¿Invitaron a Edward?

Carol. Ese patán…

Nilse. Desde que se divorció de Constance se le ve mucho más dinámico.

César. Eso le pasa a los que tienen la fortuna de volver a estar disponibles.

(*Silencio argumental.*)

César. ¿No es verdad?

(*Mario bebe hasta el fondo. Tocan el timbre. César abre para disimular su imprudencia.*)

César. Voy.

(*Es Clara, mujer contemporánea con el grupo. Entra y ella misma cierra la puerta tras de sí, como si la vinieran siguiendo. Mira por el ojo mágico y saluda.*)

Clara. Hola, guapo. ¿Ya llegaron los *babys* o me adelanté?

César. Pasa, Clara. Carol y Mario se te adelantaron.

Nilse. Estamos jugando. Antes de que vengas tú a jugar a la perfecta ama de casa.

Clara. Eso ya no me interesa. Ahora ni cocino con frecuencia. Cocino para la semana y voy sacando del refrigerador lo que quiero.

Carol. Por eso pareces un silbido…

(*Incomodidad entre las mujeres.*)

César. (*Disimulando.*) Yo hice la cocina.

Clara. Entonces sí voy a comer de todo… Ellos tan precoces…

Carol. No queríamos que nos robaras el protagonismo, *baby*.

Clara. Tan simpática como siempre. Nadie puede venir a robar lo que le pertenece a una, cariño. Lo demás, principio de desapego… ¿verdad, Mario?

Mario. Hola, Clara… ¿Qué hay de nuevo?

Carol. Nada, es el mismo vestidito de la última vez.

Clara. Mentira. Este es comprado nuevecito del Lê Cleire de París.

Nilse. El súper almacén de los ochenta.

Clara. Lo que pasa es que vivir en Caracas hace que todo lo que viene de afuera parezca como nuevo, aunque sea de los ochenta, da lo mismo. Sobre todo cuando no puedes ser tú la compradora.

Nilse. Esto promete.

Clara. Yo entré rapidito porque detrás de mí venía un hombre que no distinguí, que parecía un gorila, y me dio repelús.

César. ¿Cómo era el hombre?

Clara. Como Don Limpio.

Carol. Si venía detrás de ti…

Clara. Casi podía escuchar su respiración y podía oler el perfume Hamilton… (*A Mario, insinuante*.) ¿Tú a qué hueles, Mario?

Carol. Normalmente huele a mí. Y cuando no, se echa Habite Rouge.

Clara. ¿El francés?

Carol. Se lo regalo yo…

Clara. ¡Vaya!, eso se llama estar enchufado.

Mario. Vicios de los ochenta.

César. Mariqueritas, pues.

Clara. Lo digo porque a la única persona a quien le he olido ese perfume, en este país, es a Laura, la escritora de telenovelas.

César. Yo huelo a Job… Es más gerencial.

Clara. Hombres que huelen a jeva. No como el que me perseguía, que olía a Hamilton.

Nilse. Eso es paradójico, porque César no cree en la igualdad con el sexo femenino… Su mariquerita, pues…

Carol. No me había puesto a pensar en esa vaina… Hombres que huelen a jeva…

Clara. ¿Y huelen solamente? (*Por Mario.*) ¿O todavía fuman, Mario?

Mario. A la prueba me remito…

Carol. ¿Sí? Después de que nos divorciemos…

César. Me anoto…

Carol. ¿Con mi marido?

César. No chica, con Clara. No me veo sometiendo a tu marido… (*Le da una palmadita en las nalgas a Mario.*) Jajaja.

Mario. (*Siguiendo la broma.*) Un polvo de amistad… De buena vecindad.

Nilse. Pero después de mañana, *chéri*…

(*Silencio argumental. Tocan a la puerta. No el timbre. Como la puerta quedó entreabierta, alguien empuja. Entra Aitor, un hombre corpulento como un oso. Viste de marrón, con chaqueta de cuero en el mismo tono de los pantalones y una camisa rosa con corbata fucsia.*)

César. Marico, me vas a tirar la puerta.

Aitor. ¡Coño!, es que esa mujer me hace correr para entrar con ella al edificio… Y ella lo sabe, porque me ve… y me conoce… y me tira la puerta en la cara.

Clara. El miedo es libre.

Carol. Y la ridiculez también.

Clara. No, cariño; eso era antes, cuando éramos adolescentes, que una veía a un hombre que se te acercaba a toda prisa y tú te sentías en una comedia romántica de Renée Zellweger o de Julia Roberts, y esperabas que el animal masculino se acercara y te abordara. Ahora, lo que piensas es que es un ladrón que corre para ponerte la pistola en la cara y despojarte del celular y la cartera… Yo cerré la puerta para que no me robara…

Carol. Será la vida, porque dudo que tengas otra cosa que puedan robarte.

Aitor. ¿Tengo cara de ladrón?

Clara. Caras vemos, corazones no sabemos. Hay tanta hambre ahora…

César. Para quienes no lo conocen, es mi amigo, el sacerdote cristiano Aitor Saint-Claire…

Clara. ¿Aitor? ¡Hombre, está tan cambiado que no lo reconocí!

Mario. Como los descendientes de Jesús.

Aitor. Y además hago demostraciones de artículos de cocina.

Mario. Como los descendientes de Jesús…

Aitor. Ellos todavía venden.

César. Tal cual… Ven, Mario, ayúdame con las cosas.

Mario. Bien.

(*César va con Mario hacia las copas.*)

Carol. (*Saluda.*) Padre…

Aitor. Buenas noches.

Nilse. Lo quería conocer porque César y… la amiga Carol me han hablado mucho de usted.

Aitor. Yo también quería conocerla. Sobre todo por el tema que quieren conversar con sus amigos esta noche.

Nilse. Va a ser más divertido de lo que imaginamos.

Aitor. Yo no lo miro de ese modo…

Clara. Ni yo tampoco…

Carol. ¡Ay, no!, a mí me dejan los secretos y me hablan claro. ¿Cuál es ese tema? ¡Echen pa'fuera!

Nilse. Vive de la intriga, pero no indagues.

(*Mario trae una bandeja con unas copas y César trae las restantes.*)

César. Ya que estamos completos podemos iniciar nuestra conversa de esta noche. Pero antes, brindemos…

Nilse. Sí, chinchín.

Todos. Chinchín… ¡Salud!

(*Beben. César mira a Nilse como para pasarle el testigo. Ella sonríe y entiende lo que le pide César. Bebe otro sorbo, suspira y, como una adolescente, coloca un mosaico del grupo Timbiriche:* Con todos menos conmigo, Besos de ceniza. *César trae una bandeja con unos tabacos de marihuana ya enrollados, y todos cogen, encienden y fuman.*)

Nilse. Ustedes son la personas de nuestra edad más cercanas, con las que nos llevamos bien…

César. O estamos en sintonía…

Mario. Con los únicos que fumamos marihuana.

Nilse. Son como nuestros hermanos de generación…

Carol. De aberración, querrás decir.

(*Silencio argumental. Fuman.*)

Clara. (*A César.*) Te gastaste tu platita en monte…

César. Compré las varillitas listas.

Carol. Mi varillita no tenía mucha comida, se me acabó demasiado rápido… Dame la tuya.

Mario. No me echen esa vaina… Déjame aunque sea fumar solo, ¡coño!

(*Mario fuma y le da a Carol.*)

César. Somos los que sobrevivimos a toda la mierda que ha querido echarnos tierra encima, para hacernos desaparecer del recuerdo de Occidente.

Mario. Ahora no somos occidentales. Ahora, los de la academia nueva inventaron que somos solo América.

Clara. Profunda.

Nilse. Y profundo, como lo que les vamos a contar.

Carol. ¡Ay!, ya me voy a comenzar a angustiar… Porque tiene que ser una vaina muy arrecha para que estos panas nos hayan traído a su casa, a la que no dejan venir ni siquiera a sus propios hijos. ¡Pero si estos panas se mudaron bien lejos para que nadie los visitara con frecuencia! Y ahora nos hacen venir para contarnos una vaina… Debe ser una tragedia.

Mario. Deja que los chicos hablen.

Clara. ¡Qué elegante llamar a este par de carranchos maduros "chicos"! Eres un encanto.

Carol. Así es mi marido siempre.

Clara. Debe haber aprendido de ti, querida.

Carol. Gracias.

Clara. Las que te adornan.

(*Carol se arregla las tetas.*)

Aitor. No quiero ser imprudente, pero creo que sería mejor escucharlos para enterarnos sobre lo que quieren conversar y poder opinar.

(*Silencio. Beben vino.*)

Carol. Manitos, ¿ustedes tienen sida?

Nilse. ¿Qué?

César. ¿Qué pregunta es esa?

Carol. HIV, VIH… Esa mierda, pues.

Mario. ¡Carol!

Clara. Ya se rascó…

Nilse. Es que no está acostumbrada a fumar y beber.

Aitor. Señora, escuche. Tiene que calmarse.

Carol. Es que no puedo resistir esto… Me siento en ascuas y es horrible… Si ellos se mueren no voy a tener a más nadie a quién joder como yo los jodo… ni a quien hacerle dulcitos para las reuniones, ni a quien comerle la comida, beberle la caña y fumarle la marihuana.

Mario. ¡Coño, Carola, cállate si no tienes nada mejor qué decir!

Carol. ¡A mí no me maltrates en público, que te acuso en Inamujer, no joda! ¡Maltrátame, pues! ¡Maltrátame!

Nilse. No vayas a empezar, Carola… Cálmate.

Clara. El padrecito…

Aitor. Sacerdote…

Clara. El sacerdote tiene razón, vamos a escuchar.

César. Eso esperamos que hagan, que escuchen, porque lo que les queremos plantear es muy cojonudo.

Clara. ¿Tipo cuánto?

César. Cojones grandes…

Nilse. No les vamos a pedir un genocidio ni les vamos a contar que nos vamos a cambiar de sexo… Ni nada parecido.

Clara. ¡Qué lástima! Yo le había traído un vestidito a César en el bolso, por siaca; una nunca sabe.

Nilse. No seas pendeja, solo queremos conocer sus opiniones al respecto.

Carol. Ya va… a mí me dan algo de comer antes…

Nilse. ¿Quieres comer?

Clara. Así estará de arrecha la cosa en tu casa, *chérie*.

Mario. Eso que estás diciendo no es así.

Clara. Creí que era verdad… Lo sentí…

Carol. Y yo sentí que te quiero meter un coñazo desde que te conocí.

Aitor. Señores…

Carol. A mí me dicen una vaina y se me va a quitar el apetito… Yo quiero comer antes.

Aitor. Caramba, señora.

Mario. ¿Te volviste loca?

Carol. (*Baila*.) Pa' coger lo que me toca… *El gato volador*…

Clara. (*Con sorna.*) Cédula rodando por el piso.

(*Se quedan serios un instante y arrancan a reírse.*)

Mario. César, ¿tú le pusiste algo raro a la bebida? Porque estas dos se están comportando como unas dementes.

Clara. Yo creo que se lo puso a los tabaquitos.

César. No, nada. Ustedes llegaron así.

Nilse. Pero no solo aquí, sino a la vida.

Clara. *Nothing about that, baby.*

César. Bueno… Vamos a iniciar diciendo que nosotros nos sentimos distinguidos por contar con el aprecio de cada uno de ustedes.

Mario. Aquí viene la estocada…

Aitor. Piensa mal y acertarás…

César. Lo cierto es que somos privilegiados por ser de los pocos individuos que han mantenido voluntariamente y por convicción la institución del matrimonio.

Carol. Cierto. Eso es una odisea. No muchos la entienden.

Nilse. Ni quieren hacerlo…

Mario. Lo certifico.

César. Nosotros entendimos que la negociación ha sido un pilar fundamental. Porque el error más grande de ciertos individuos es creer que las mujeres y los hombres somos iguales.

Mario. Trampa atrapa incautos.

Nilse. Nosotros no creemos que seamos iguales, para nada…, pero creemos en el amor.

César. Porque nosotros, los varones, nos enamoramos… y aunque lo nuestro tiene que ver más con una cosa física…

Nilse. … Y nosotras con una cosa más sentimental, el corazón y la mente…

César. Para nosotros, tirar es un ejercicio natural para mantenernos en forma, que le parece horrible a algunas féminas que quisieran que los hombres fuésemos más delicaditos.

Mario. Y no han asimilado que tienen otra mujer esperando por turno.

Carol. Deja de hablar pendejadas.

César. Y hacer el amor es algo que se hace los primeros días que estás entusiasmado con alguien, pero sea con quien sea, si es constante, siempre se vuelve a convertir en tirar…

Nilse. Las mujeres lo pensamos demasiado para permitir que un cuerpo extraño nos penetre.

César. Y nosotros queremos meterlo… No importa cuántas veces ni dónde…, pero que podamos descargar sintiendo esas corrienticas tan sabrosas que nos hacen sentir sobrados, fuertes, vitales, mientras nos estremecemos en el filo de la vida y la muerte. Un cortocircuito, pues.

Nilse. Que nosotras también sentimos, y para envidia de los hombres, hasta de manera múltiples.

Carol. ¡Punto para las chicas!

Mario. Mucha habladera para no decir nada.

Nilse. Nosotras también lo sentimos, aunque no por hacer ejercicio, sino por amar enloquecidamente al hombre que nos hace volar… Claro, no todas tenemos la dicha de lograr el orgasmo a plenitud.

Clara. Triste hasta lo trágico, pero hermoso del modo en que es cierto… Claro, se nota en la cara de las amargadas, porque no sufren la descarga.

(*Clara mira a Carol y ella le tuerce los ojos.*)

Carol. ¡Echa pa'llá, mijita! ¡Zas!

Aitor. Bueno, se supone que eso no es lo más importante en una relación marital.

Mario. Pero cómo ayuda…

Aitor. Debo darle la razón.

Mario. Eso y la pastillita azul…

Clara. ¿Tú la usas, Mario?

Carol. Realmente, soy yo quien la usa.

Mario. El hombre es de la estatura de la situación que le toque…

Aitor. Pero cuando no se quiere poner firme, ni que canten el himno.

Clara. ¡Qué simpático! ¡Me mata la asquerosa honestidad ajena!

Mario. Mira, es que puedes estar pasando la peor situación económica en tu hogar, pero si eso funciona…

César. Es como escuchar a Chick Corea con la Elektric Band en 1986 y estar en la tercera década del siglo XXI.

Aitor. Esa música me mareaba y me sigue mareando.

Mario. Era para eso, ¿cierto, chicos?

Carol. ¡Ay, vamos a poner el disco que tienen!

Nilse. Después… Coño, César, continúa…

César. Y he repetido mil veces, que el mal producido por el machismo generó que dentro del seno femenino apareciera la necesidad de no calársela más… con toda razón. Más aún que ahora ella también salió a la calle a buscar la plata junto a nosotros… y entonces apareció el feminismo.

Clara. Eso es correcto…

César. Apareció el feminismo con la intención de negociar con el hombre los términos de las cosas de la casa.

Aitor. Que no siempre se dieron en buenos términos…

César. Sí, pero por eso mismo quizás ocurrió un lamentable mal… Dentro del feminismo apareció el hembrismo.

Mario. El renacer de las amazonas… El amazonismo.

César. Así es… Aquellas que consideran —a lo mejor con razón— que las mujeres pueden existir sin los hombres, incitando al odio a lo masculino, al desacato… Nunca como hasta en ese momento, la mujer había tenido la desfachatez de llamar al hombre —pero no al suyo, sino a todos los hombres— con los epítetos más soeces y bajos que pudieron conseguir… y así pasaron más de tres décadas insultando, desacreditando y maltratando públicamente a todos los hombres sobre la faz de la tierra; hasta el punto de que uno podría pensar que si hubieran podido crear un virus que acabara con todos nosotros, lo hubieran hecho sin ningún tipo de miramientos…

Carol. Eso es una exageración… Hipérbole…

Clara. Las utopías se están cumpliendo, cariño.

Nilse. Algo hay de eso…

César. La verdad verdadera es que estas damas incitaron al resto —quizás desde la psicología familiar— a desobedecer al cabeza de familia y a dejarlo como un cabeza de huevo delante

del resto de los beneficiarios de la empresa familiar. Y como la distribuidora se había convertido en una suerte de proveedora alterna, con más razón… Y eso fue el inicio del fracaso de la familia como célula fundamental de la sociedad.

Aitor. No estoy de acuerdo plenamente…

Clara. Ni yo…

Nilse. En nuestros años mozos había una canción que decía: "Todo tiene su final, nada dura para siempre, tenemos que recordar que no existe eternidad…".

(*Cantan.*)

Mario. Héctor Lavoe…

Carol. A mí me parece todo lo que has dicho, un llanto de mamita masculino ante el éxito que todas las mujeres hemos obtenido… Les guste o no.

César. Sí, lo que pasa es que yo no puedo vivir sin Nilse.

Aitor. ¿Entonces?

Nilse. Y yo no puedo vivir sin César…

Mario. Bueno, ¿y a dónde va entonces toda esta mariquera de ustedes?

Nilse. Nosotros nos hemos dado cuenta de que a estas alturas del partido, la institución matrimonial no sirve para nada…

Aitor. Y esto es lo que no deja de parecernos un fatídico error. Porque vamos a estar de acuerdo en que esto va en contra de las leyes de Dios.

César. Amigos, queremos anunciarles que Nilse y yo nos hemos divorciado…

Carol. ¡¿Qué?!

Mario. Yo me esperaba una vaina así… ¿No te lo dije?

Clara. Pero hablen más claro… ¿Cómo es que se divorciaron?

Nilse. De hecho, ya estamos divorciados.

Carol. ¡Su madre!… Las de ambos.

Aitor. ¿Entonces ya no están casados?

César. Y hoy, junto a ustedes, celebramos nuestra primera noche en la que ya no somos marido y mujer…

Nilse. Sino socios.

Carol, Mario, Aitor y Clara. ¿Socios?

Nilse. Bueno, si la gente celebra la unión en matrimonio de una pareja que ni siquiera se conoce y jura que será para siempre, ¿por qué no celebrar la separación de una pareja que se conoce bien y por eso sus espíritus, a pesar de todo, estarán asociados para siempre?

César. (*Levantando su copa.*) ¡Salud, amigos, por mi socia, Nilse!

Nilse. (*Levantando su copa.*) Por mi socio, César. ¡Salud!

(*Todos impactados, medio brindan y se beben de golpe el contenido de la copa. Clara pone un disco de Willie Colón y suena* Oh, ¿qué será? *Parecen figuras de cera. Carol arranca a llorar como una niña y Mario la saca a bailar.*)

César. ¿Nos comemos la pasta?

Aitor. Te ayudo a servir, César.

Carol. Nilse, llévame al cuarto, por favor. Necesito retocarme.

Nilse. ¿Quieres venir, Clara?

Clara. No, prefiero evitar las expresiones fatídicas a esta hora.

Mario. Se queda conmigo. Así tengo a alguien con quien hablar… aunque sean ociosidades.

Carol. Cuidadito con una vaina es lo que tienes que tener.

César. No tarden mucho… No me gusta comer la pasta fría.

(*Carol y Nilse van a la habitación.*)

Aitor. ¿Los platos?

César. En la despensa de la derecha.

(*César y Aitor se concentran en servir la comida, y Mario se hace cercano a Clara.*)

Mario. Al fin solos.

Clara. Al fin.

Mario. Lamento tener que verte en esta situación, Clara.

Clara. Ya se me estaba olvidando mi nombre…

Mario. No me di cuenta… Disculpa por todo.

Clara. Eso es lo que hay…

Mario. Tú siempre tan adaptable.

Clara. "Si del cielo te caen limones, aprende a hacer limonada"

Mario. Pero a ti entonces lo que te gusta es hacer güevonadas. Digo, por lo que te cae del cielo… nuestros güevos.

Clara. De las braguetas de los hombres de mis amigas… o de mis enemigas.

Mario. Carol no es enemiga tuya.

Clara. Lo digo por la costumbre de verla en los mismos saraos a los que yo asisto.

Mario. A los que asistimos.

Clara. ¿No fue eso lo que dije? ¿Te sirvo más vino?

Mario. Sí, gracias…. Me gusta tirar entonadito…

Clara. Y sin tu esposa… ¿Rojo o blanco?

Mario. Para los hombres es mejor el rojo.

Clara. Eso dicen, pero como hay tantas sorpresas últimamente, yo pregunto…

Mario. Yo también quiero preguntar…

Clara. Estamos solos, pregunta y apúrate porque tu cuaima aparece en cualquier momento con la lupa…

Mario. ¿Cuándo te cojo?

Clara. ¿Qué?

Mario. ¿Que cuándo me la vuelves a dar? Porque quedé con ganas de más…

Clara. Escucha… Yo sé que hay la teoría de que el hombre es el único animal que tropieza dos veces o más con la misma piedra; pero yo quiero saltarme esa teoría, querido. Yo contigo ya hice mi trabajo comunitario del siglo. Ahora quiero algo más espiritual… Quiero el del padrecito…

Mario. Ese amigo de César tiene cara de pato.

Clara. Nilse dice que tiene una paloma tan grande como el Espíritu Santo…

Mario. Entonces la Nilse se lo…

Clara. No, se lo contó tu señora…

Mario. ¿Quién?

Clara. Carolina, *baby*.

(*Mario impactado*.)

Clara. No, mentira… Se lo conté yo, que sí lo he probado.

Mario. Pero hiciste como que no lo conocías…

Clara. Mi mundo raro… Tú sabes… para divertirme… Y como nadie me lleva la contraria, yo digo y hago lo que me venga en ganas. Nosotros venimos de echar un polvo magnífico.

Mario. Te cogiste al curita.

Clara. Llevo años haciéndolo…

Mario. Ya veo. Y él te siguió el juego.

Clara. Yo se lo pedí.

Mario. Cuidado te llevas una sorpresita…

Clara. Es para que ahora, cuando nos encontremos en el bar de Ricardo, me quiera coger con arrechera.

Mario. Pero él es marico…

Clara. Eso crees tú… Palabra cierta… Ahí viene.

(*Se acerca Aitor*.)

Aitor. Mario, que dice César que vayas allá un momento, quiere consultarte algo.

Mario. Permiso, *miss* creatividad… (*Sale*.)

Aitor. Por el tono, se ve que le contaste algo a Mario que no debías.

Clara. Ese baboso… Le dije que su mujer te había visto la paloma.

Aitor. No, di la verdad: que estás molesta porque su mujer no se dejó tocar por ti en una orgía de productos de cocina, al que yo asistí como demostrador.

Clara. Cállese, padre.

Aitor. Por la verdad murió Cristo….

Clara. Y los bocones también.

Aitor. Yo duermo en paz y sin culpa.

Clara. Y deslechadito por mí…

Aitor. Ahora soy yo el que sufre de amnesia.

Clara. Lo felicito…, pero se le puede caer la santidad en público porque yo, cuando me pongo nerviosa, soy capaz de hacer muchas cosas de las que después se arrepienten los demás… Hasta decir que la lujuria es el pecado que le hala las patas para el infierno al sacerdote de esta parroquia.

Aitor. Mientras no le haga daño a nadie… ni quiera acabar un matrimonio para comerme la carroña como un zamuro, seguiré disfrutando mi lujuria… sin culpa.

César. Aitor, ven que quiero manos para servir, para matarles el monchi.

Aitor. Voy. Permiso. (*Sale.*)

(*Clara saca un cigarrillo y lo enciende frente a la ventana, para no afectar con el humo a ninguno de los presentes. Se abstrae hasta el punto de aislarse del mundo que la rodea.*)

Carol. Allá está esa fumando… No ha terminado de entender que al fumar se está suicidando.

Nilse. Será lo que quiere…

Carol. Será…

Nilse. Y los hombres están sirviendo la comida.

Carol. Nilse…

Nilse. No vayas a empezar otra vez…

Carol. Chica. Dime que no te estás divorciando por otra causa, sino porque quieren ser infelices como todos los demás.

Nilse. La duda ofende…

Carol. No seas ridícula… Cuéntame…

Nilse. Yo prefiero divorciarme de mutuo acuerdo para justificar la firma de este contrato renovable cada tres años, hasta que nosotros decidamos. El contrato trae todos los jugueticos que tiene al acta de matrimonio, lo único es que se vence y es renovable, si a ti te da la gana.

Carol. ¿Y si un día no te da la gana de renovar el contrato?

Nilse. No sigo con César… y ya está.

Carol. Eso es lo bueno de casarse con un carajo tan de vanguardia…, termina siendo el pendejo que accede a todos nuestros caprichos.

Nilse. No creo que César sea un pendejo… Lo que creo es que está adelantado a su tiempo y tiene visión… Él sabe lo que viene, como premoniciones. Y esto es algo que tenemos que aprender a negociar, antes de que los curas o los abogados inventen otra vaina para obligarnos a vivir con quien no queremos.

Carol. Ojalá el patán del mío entendiera esas cosas…

Nilse. Pero a ti qué te importa, total, tú me dijiste que con él… nanay nanay.

Carol. Cállate, que pueden escuchar.

Nilse. Hay cosas que no hace falta ser adivino para vérselas en las caras.

Carol. Deja…

Nilse. ¿Cómo puedes vivir con un carajo que se la echa de macho vernáculo y sobrado, y con el que ya ni tiras porque no se le para, chica?

Carol. El corazón tiene razones que la razón desconoce.

Nilse. ¡Qué corazón un carajo, Carol! ¡Esas son pendejadas que inventamos las mujeres para hacer sentir inferiores a los hombres, porque por animales no son capaces de amar! Pero el tiempo agarra ese discursito trasnochado y nos lo mete por la jeta, y el corazón pasa del pecho a la zona genital… porque es ahí donde nos dan las palpitaciones.

Clara. Eso mismo digo yo…

Carol. A ti nadie te invitó a esta conversación… Además, me molesta el olor de la nicotina que le sale de la boca a los fumadores. Asco.

Clara. Pero hay otras cosas que te llevas a la boca, santita…

Carol. (*Evasiva.*) Eso, voy a meter mi boca en otra parte porque tengo por hábito decidir… Quiero comer… Tengo más monchi yo también… (*Se va a la cocina y se regresa comiendo pasta, y escucha.*)

Clara. Felicitaciones. Nilse, yo me voy. No me siento cómoda aquí. No quiero que vaya a suceder una desgracia por este chiste de ustedes y yo esté presente…

Nilse. ¿Pero una desgracia por qué?

Clara. Por nada… La gente mayor cuando se entona se pone muy ridícula y prefiero sentir que no soy tan… mayor.

Nilse. ¿No te vas a despedir?

Clara. No, no quiero perturbar la celebración. Espero que no me inviten para la firma de su segundo contrato… No estoy interesada. Adiós, Carol.

Carol. *Bye.*

Clara. Buenas noches.

Nilse. Carol, acompáñame para abrirle la reja común a Clara.

Carol. ¡Ay!, qué fastidio…

Nilse. Vamos.

(*Carol se traga lo que queda en el plato y lo deja en la mesita ratona. Salen las mujeres. Mario y Aitor vienen a buscarlas.*)

Mario. Carol, les toca ir sirviendo los postres porque la ensalada y la pasta ya está servida… ¿Dónde se metieron?

Aitor. Estaban aquí…

César. (*Mientras sirve.*) Búsquenlas en el cuarto… Seguro se están probando los vestidos nuevos de Nilse.

(*Mario entra a buscarlas, pero sale de inmediato.*)

Mario. Nada.

Autor. Y no fueron a orinar juntas porque el baño está vacío.

César. (*Llamando.*) ¡Nilse! ¿Será que fueron a comprar algo?

(*Se escuchan dos disparos.*)

Aitor. ¡Están en la calle!

César. ¡Hay que buscarlas!

(*Los hombres toman elementos que pudieran servirles de armas de defensa y corren a la puerta de la calle.*)

(*Articulación.*)

II
Confesiones fraternas

César. (*César le da al sacerdote un plato con pasta.*) Toma. Come antes de que se pierda la comida.

Aitor. Pero no tengo hambre.

César. Come.

(*Aitor obedece como un niño.*)

Aitor. Estamos buscando a Nilse, César. Es la única que no ha aparecido.

César. Ella está bien, yo lo sé, lo siento… Además, de eso me encargo yo… Mario encontró a Carol en su casa, escondida bajo la cama y a Clara se la llevaron a la clínica porque no sabía ni cómo se llamaba.

Aitor. Amnesia traumática… El impacto fue muy fuerte.

César. Muy fuerte… El miedo y el instinto de conservación.

Aitor. La fragilidad de la existencia.

(*César come con ganas.*)

César. Es que cuando vi el cuerpo del muchachito al que le dieron quince balazos, pero no aflojó el celular, se me partió el corazón.

Aitor. Pero no perdiste el apetito. Pensemos que el Señor se lo llevó a su lado para sacarlo de este calvario de penas y amargura.

César. No seas tonto, Aitor… Era un niño empezando la juventud. Ahora matan a la gente por quitarme una paja…

Aitor. Entre otras cosas…

César. Y como ir preso no es castigo sino como un premio, ya nadie tiene miedo de cometer un crimen, ni respeta la vida… Y como la vida está tan jodida en la calle, los muchachos prefieren estar presos.

Aitor. Todo está al revés… como Alicia en el país de los espejos… Me preocupa dónde puede estar metida tu mujer.

César. Seguro que Nilse debe estar escondida aquí en casa, en algún lado, porque la hemos buscado por todas partes y nada… ¿Cómo puede haberse esfumado así como así? Hoy era un día para que estuviéramos orgullosos de nosotros mismos, de la decisión que tomamos; para que ustedes compartieran nuestra decisión… Y en un momento todo se convirtió en un *show*, en un espectáculo de miedo… Y quiero decirte que eso ya no me impresiona. Me impresionaría que no sucediera nada…

Aitor. Los designios del Señor son muchas veces inexplicables.

César. Sí, pero si la estúpida de Carol no se hubiera puesto con esa ridiculez, no se hubiera detenido nuestra explicación; Clara no se hubiera querido ir; ellas no hubieran decidido acompañarla a la puerta… y estoy seguro de que no hubiera ocurrido todo esto.

Aitor. Las mujeres, que todo lo exageran…

César. Las mujeres como Carol, que viven de la tragedia; ella es de las mujeres que no te pregunta si todo va bien, no; ella siempre está pendiente de una desgracia, de un accidente, de la muerte de alguien, o de un asesinato o del suicidio de alguien.

Aitor. Ella se sintió muy estremecida por lo que estaban contando… Yo la entiendo. Son la única pareja, aparte de la de ella, que ha permanecido casada por tantos años.

César. Sí…

Aitor. Todos nuestros amigos se divorciaron.

César. … Y otros ni siquiera se casaron… como tú.

Aitor. En mi religión es preferible estar solo para no caer en la tentación del pecado y arrastrar a la pareja.

César. Porque tú estás lleno de pecado y lo sé… Yo te conozco desde que eras un niño, y creo que sé más de ti que tú mismo… Y hay pecados ante los ojos de Dios que tú aún cometes como cuando eras adolescente.

Aitor. Tú lo sabes…

César. Creo. Todos cometemos pecados, pero solo nos sorprendemos cuando los pecados nos afectan porque, de resto, es como ir al cine… Ves que tus amigos pecan, o a quienes les afectan los pecados pero en otro canal, en la película de al lado, en otro país… Aquí en mi casa no… Nosotros somos decentes.

(*Pausa argumental.*)

César. La peor fue Clara… Un día entró a su casa y su esposo estaba enjabonando a su primo.

Aitor. ¿Era su primo?

César. Bueno, así nos lo presentó a todos.

Aitor. (*Mirando a César de un modo muy particular.*) Su primo… Así es el mundo… lleno de familiares y pecados.

César. Por eso no quiere a nadie esa mujer.

Aitor. Esas son de las cosas que hacen que las mujeres de esta época a veces prefieran a otra mujer en lugar de un hombre.

César. ¿Tú crees?

Aitor. Como no hay mucho contra quien luchar, ahora la guerra es entre hombres y mujeres… y lo peor es que en esta batalla están perdiendo los niños.

César. Algún día nos podremos burlar de eso.

Aitor. No estaremos vivos para cuando pudiéramos hacer burla de esta matanza.

César. ¿Qué sabes tú?

Aitor. Hay cosas que yo sé… No hace falta más que tener cuatro dedos de frente.

César. ¿Tipo cómo qué?

Aitor. Cosas que no te voy a contar… Tengo sed. (*Va a buscar un vaso con agua, pero César lo retiene.*)

César. No, ven acá… Cuéntame. ¿Tú crees que Clara sea…?

Aitor. Es probable, como a las mujeres siempre se les ha permitido que se agarren y se hagan caricias y esas cosas, nosotros los bobos no nos damos cuenta. Con esto de la inclusión, ahora uno puede sentir cualquier cosa libremente por quien a uno le dé la gana… y nadie tiene que molestarse.

César. Estás drogado todavía…

(*Aitor mira de un modo particular a César. Este se inquieta y trata de proseguir, evadiendo lo que parece insinuar Aitor.*)

César. No, deja de joder… Ya te he dicho que pan con pan es comida de locos.

Aitor. Te recuerdo que estamos en el siglo XXI.

César. Los hombres para las mujeres y las mujeres para los hombres…

Aitor. Eso es un sofisma inventado por Constantino para atormentar a los hombres, y volverlos sumisos y obedientes… o se considerarían herejes.

César. Oye, tú eres un sacerdote que debe encaminar la vida de sus seguidores, si se salen de lo que ustedes denominan "el camino correcto", con la amenaza de que Dios los va a castigar… El castigo divino.

Aitor. Soy un sacerdote, pero soy un ser humano con virtudes y muchos defectos, al que le han dado la oportunidad de tener el libre albedrío… y que con los años ha aprendido a no arrepentirse de las cosas que le han sucedido, y que me han convertido en el ser humano con experiencia que soy hoy.

César. (*Con sorna.*) Vaya, me siento un niño de pecho a tu lado.

Aitor. Ahora ya no siento pena por recordar eso que hicimos aquella vez en la universidad, que continuamos en la playa… y que terminamos de aclarar en tu casa en Todasana.

César. No seas marico, Aitor… Estábamos chamos.

Aitor. Llenos de hormonas…

César. … Y se nos paraba por cualquier mariquera.

(*Silencio argumental.*)

Aitor. A mí me gustó demasiado sentir, aunque me doliera… Y te confieso que yo quería más, pero a ti te dio una vaina muy rara y te encerraste en el baño… y cuando regresamos a la

universidad, me comenzaste a sacar el cuerpo y hasta me dijiste que…

César. … Que a mí no me gustan los hombres y sigue siendo así… Por eso, he podido ser tu pana, pero de lo otro nada… más nunca.

Aitor. Pero puedo asegurar que lo disfrutaste tanto como yo.

César. Estábamos atestados, no joda. Nos habíamos fumado un cacho que se parecía al bastón del profesor Magoo.

Aitor. Tú…

César. Yo, sí…

Aitor. Yo no… Yo estaba drogado pero de lujuria…

César. Yo no me recuerdo de eso…

Aitor. Yo sí… Y entendí que la lujuria es un placer muy peligroso, pero manejable por la dignidad… Aunque te confieso que me quedé pegado, pero ya que no quisiste más, yo comencé a hacerlo en tu nombre… y mira que lo he disfrutado. Hasta se me olvidó lo que quería hacer contigo.

César. Menos mal que lo entendiste.

Aitor. Como entendí que durante un tiempo te aprovechaste de eso para que te sirviera como un idiota… te hiciera las tareas, te ayudara en los exámenes… te buscara los materiales e investigara en la biblioteca por ti.

César. Éramos unos chamos, mi pana… Y eso ya pasó. Ahora somos unos viejos y nada de eso va a ser posible; y no porque no se pueda, sino porque no quiero… Yo soy tu amigo y, claro, tengo mucho que agradecerte… ¿Y por qué pedirte disculpas por lo que me pareció que era normal?

Aitor. Yo sigo recordando…

César. Yo no. He tratado de demostrarte que yo ni quise, ni quiero, ni querré nunca ser más que tu pana de juventud, a pesar de los errores que pudimos cometer. Porque aunque te pudiera parecer una pendejada, yo me perdoné y te perdoné, Aitor, y taché lo que pudiera ensuciar el sentimiento de pana que tengo contigo… Si lo entiendes, bien; si no, lo siento. Esto no va a cambiar en mí… Yo soy un antagonista y los antagonistas no cambiamos aunque finjamos que lo hemos hecho. Así reza el libro de la telenovela venezolana. ¿Quieres un trago?

Aitor. No, gracias. Pero sí quería que lo supieras… A eso fue que vine esta noche a tu casa: a matar ese fantasmita que me hace pensar en las noches que estiro la mano y no hay nadie a mi lado porque estás con ella, a la que hasta ahora, nunca quise conocer. Y además viene a advertirte que no jugaras con candela, que tu relación pudiera acabarse sin necesidad… Porque yo no lo superé, pero entiendo perfectamente lo que es y lo que no es… Y lo que podría ser si tú quieres.

César. Ni podría, ni es, ni va a ser, te repito…

(*Pausa argumental.*)

Aitor. Por otra parte, quería explicarte también que, además de mi labor en la Iglesia, trabajo a la vez con productos del hogar, y hago demostraciones. Normalmente con damas respetables, de su hogar, que están muy aburridas de sus maridos y dispuestas a jugar a otras cosas… y quería decirte, a ti y a Mario que tuvieran mucho cuidado con sus esposas…

César. La mía es socia…

Aitor. O lo que sean… Eso quiero pedirte.

(*Inesperadamente, aparece Nilse, que ha escuchado toda la conversación.*)

Nilse. Y yo quería saber de qué se trataba esa relación tan estrecha y misteriosa que tenía César contigo… y que no me terminaba de encajar.

César. (*Para sí.*) La cagada…

Aitor. Nada de eso… Ella tenía que saberlo, es tu esposa o tu socia, ¿no?

Nilse. Ambas dos inclusive.

César. ¿Dónde estabas?

Nilse. Di la vuelta, porque unos malandros agarraron al hijo de la vecina, le cayeron a tiros y le robaron el celular delante de nosotras. Clara se puso muy ridícula y Carol se desmayó… Y yo no me iba a quedar ahí para que los malandros esos me secuestraran como hacen ahora. Así que pegué una carrera, le di la vuelta a la cuadra, me metí por detrás y me escondí en un pote de basura; no sé cuánto tiempo pasó, porque hasta me quedé dormida al lado de una bolsa con restos de comida, que olía a demonios, y unas ratas me despertaron porque querían comerse la basura.

César. Ratas.

Aitor. ¡Qué peligro!

Nilse. Después me salí y corrí hacia el edificio, porque todo estaba demasiado tranquilo. Me metí por la ventana, asustada, y me subí por la escalera de seguridad que pusimos escondida. Me estaba lavando la cara cuando entraron cuchicheando y escuché cuando el pastor comenzó su discurso.

Aitor. Yo no he mentido. Pero no es César el del problema….

Nilse. Eso lo entiendo perfectamente… El del rollo es usted. (*Mirando a César fijamente.*) Y ahora ni siquiera estamos casados para reclamar con derecho.

César. Pero es que yo no… ¡Coño, Aitor!, ¿no podías cerrar la jeta? Nilse, eso no fue mi culpa, fue él solo.

Nilse. Nunca estaré segura de eso, pero puedo entenderlo… Yo me enamoré de tu encanto… y yo soy también una mujer grande, cariño.

Aitor. No quiero morirme con eso atrapado dentro de mí… Tenía que escupirlo para que se acabara definitivamente.

Nilse. ¿Y ya te sientes mejor?

César. ¿Qué mejor un coño? ¿Qué pregunta es esa?

Aitor. Me siento mejor. Gracias por su paciencia.

Nilse. Entonces, espero no volverlo a ver nunca más por aquí… o me voy a ir a su iglesia y le voy a contar a sus devotos lo que…

Aitor. ¡No!, es que eso ya no…

Nilse. … No me explique más, que no aclara sino oscurece, padrecito… Puede retirarse.

Aitor. Lo entiendo. Adiós, César.

César. Muérete.

(*Silencio argumental.*)

Aitor. Y sigo pensando que no han debido divorciarse para firmar un contrato renovable.

Nilse. Y yo espero que no aparezca cada tres años como un zamuro a ver si puede recoger los desperdicios de la relación que tenemos, si decidimos no continuarla.

Aitor. Eso no es lo que espera el Señor de las parejas.

Nilse. Tampoco espera que su pastor quiera ser cogido por cualquier miembro del rebaño.

Aitor. Cualquier miembro no… por el de César.

(*Silencio argumental*.)

César. ¡Termina de irte, coño!

Aitor. Buenas noches.

Nilse. Que Dios los perdone.

(*Aitor empieza a salir llorando, en silencio profundo*.)

César. Nilse, yo…

(*Nilse levanta la mano y con el gesto calla a César. Aitor se da cuenta de lo tenso de la situación y va de salida cuando tropieza con Mario, que viene de vuelta. Nilse se dirige al cuarto y César la sigue*.)

Mario. ¿Ya se va?

Aitor. Ya cumplí con mi tarea… Que tenga buenas noches… y cuide mucho a su esposa.

Mario. Eso intento.

Aitor. Sí, pero no la deje asistir a muchas demostraciones de productos para el hogar… La necesidad de limpiar puede acabar con muchos hogares.

Mario. No lo entiendo…

Aitor. Usted sabe dónde queda mi iglesia… Si quiere venga y conversamos un rato sobre el asunto.

Mario. Si usted lo dice…

Aitor. Lo espero para hacerle la confesión. Adiós.

(*Aitor se va. Mario se queda solo en la sala. César regresa*.)

Mario. ¿Dónde estaba Nilse?

César. Escondida en un pote de basura. Entró por la ventana de atrás y se encerró en el cuarto… ¿Y Carol?

Mario. Se fue a ver a Clara a la clínica.

César. Pero ella la detesta…

Mario. ¿Quién entiende a las mujeres?

César. Pero ¿está bien? ¿No le sucedió nada?

Mario. Bueno, ¿quién está bien en esta vaina en la que nos ha convertido la vida? Porque si alguien está bien, o es un sarcástico o sufre de locura producida por el excesivo optimismo.

César. Vamos a entenderlo como un acto de solidaridad. ¿Quieres pasta?

Mario. ¿Y Nilse? ¿Cómo se siente?

César. No lo sé… Se acaba de enterar de lo que le hicimos a Aitor cuando estábamos chamos.

Mario. ¡Shhh! Será lo que le hiciste, porque él no sabe que yo estaba allí y hasta se creyó que yo no lo conocía… Por lo menos hasta hoy.

César. Pero yo lo sé; y él me jode es a mí… y a Nilse.

Mario. ¿Qué pasa con ella?

César. Escuchó cuando ese pajúo me estaba haciendo su confesión de amor.

Mario. ¡Qué marico!

César. Sí… Nilse botó a Aitor de la casa y se metió en el cuarto. Tengo miedo de que se rompa hoy mismo el contrato que hicimos… ¿Qué hago ahora?

Mario. Dame pasta.

César. ¡¿Yo tengo un peo familiar y tú tienes hambre?!

Mario. Monchi.

César. Estamos viejos.

Mario. Lo que ha de pasar pasará, así que deja el drama y dame, que quiero estar comido para cuando me tenga que calar a la loca de mi mujer con su ataque de histrionismo.

César. Coño, ¿cómo puedes comer después de todo lo que ha pasado?

Mario. Tengo hambre. No comí en mi casa para comer aquí.

César. Tú sí jodes.

Mario. Por eso somos amigos.

(*César va a buscar un plato servido, se lo da. Busca su copa y bebe. Mario come con hambre y César lo mira de un modo particular. Mario se da cuenta y le pregunta por señas qué pasa.*)

César. ¿Desde cuándo no tiras con Carol?

Mario. ¡Shhh! ¿Qué te pasa? ¿Se te fundió el coco?

César. Tú me contaste, no lo inventé yo. Habla.

Mario. De manera regular.

César. De manera regular…

Mario. Como tres años.

César. Marico, ¿y vives a fuerza de manuela?

Mario. Un pajazo mañanero antes del baño mata las ganas diarias. ¿Y sabías que beber distintos fluidos femeninos evita el cáncer?

César. Hago la pregunta por enésima vez, ¿y por qué sigues casado con Carol?

Mario. Porque me costaría muy caro separarme. Ser un esposo, para los hombres comunes como yo, es como parte de tu trabajo en la vida, para lo que existes; es una, una profesión… y el talento sin profesión es menos valioso que una profesión sin talento.

César. ¡Uf!

Mario. Y por otro lado, ya te lo he dicho: es un asunto mercantil…

César. … Que está acabando con lo poco que queda de tu juventud. Cuando decidas tomar cartas en el asunto ni las pastillitas azules te lo van a parar. Tú no me lo vas a creer, pero ustedes son la razón por la que Nilse y yo estamos haciendo esto. No quiero que algún día se me pasen las ganas de estar con ella y tengamos que seguir juntos para que no me quite por lo que trabajé toda la vida.

Mario. Cuestión de estilos…

César. Cobardía.

(*Se escuchan los pasos de Nilse.*)

Mario. Ahí viene tu cuaima.

(*Mario se llena la boca de comida y César bebe toda la copa y se sirve más.*)

César. Nilse, ¿quieres vino?

Nilse. (*Seca.*) Quiero.

(*Nilse sale y va al tocadisco. Coloca el CD* The Voice, *de Frank Sinatra. Suena la canción "I'll never smille again". César le da su copa y trata*

de chocar su copa con la de ella, pero Nilse lo evade y bebe. César baja el volumen.)

César. Es una canción muy triste…

Mario. Como la vida que llevamos…

César. Que llevas tú.

Nilse. Mario, quiero que te divorcies de Carol.

Mario. (*Sintiéndose descubierto.*) Pero ¿por qué?

Nilse. Para que firmen, como nosotros, un contrato renovable a tres años, o al tiempo que decidan, o le voy a contar a mi amiga lo que acabo de escuchar.

(*Carol entra sigilosa, sin que la descubran. César mira a Nilse y ella le hace señas para que no vaya a decir nada.*)

Mario. Esto es una broma. César…

César. Podría denominarse chantaje.

Mario. César, explícale tú por qué yo no me quiero divorciar.

Nilse. No es necesario que te sigas escondiendo detrás de César. Él también sabe que yo pienso que eres un miserable. Y no creas que eres el único que quiere acabar con esa relación y no se decide.

César. Mi amor, un poco más de tacto…

Nilse. Carol no te ha dejado porque la culpa la tiene atada a esa mentira de matrimonio que ustedes viven. Ella ya no soporta ni tu voz cuando le hablas por la noche… Le molesta tu aliento, tus pedos nocturnos, tu falta de solidaridad con las cosas de la casa, tu falta de respeto constante cuando estás delante de una mujer hermosa y apetecible.

Mario. (*Deja de comer. Se limpia la boca groseramente. Se arregla la ropa y mira primero a César y luego a Nilse.*) Te voy a explicar una cosa, y lo voy a hacer una sola vez, Nilse querida. Lo que suceda entre tu amiga Carol y yo no es problema tuyo. No seas entrépita… Tú no le vas a decir nada a Carol o te aseguro que lo van a lamentar tú, César y hasta el par de monos extraviados que tienen por hijos. Ellos se avergüenzan de que ustedes sean sus padres, porque saben que son unos fumones encapillados como nosotros, dicho por ellos mismos en más de una oportunidad.

Nilse. Eso no es así.

César. Sí es así, Nilse; lo sabes.

Mario. Yo no me voy a divorciar para iniciar esa torpe moda que ustedes quieren poner en el tapete, querida. Las uniones maritales le han costado mucha sangre a la humanidad y no vamos a detenerlas en el siglo XXI porque un par de inadaptados posadolescentes sin madurar creen que es lo mejor para la sociedad. ¿Qué se han creído? ¿Qué son dioses del Olimpo? Pues no.

Nilse. Tremendo amigo resultaste.

César. Ya, Nilse, por favor.

Mario. Yo voy a seguir haciéndome la paja todas las mañanas antes de bañarme para ir a trabajar, o en el baño de la empresa, pensando en otra mujer, pero viviendo —como tarea social— con esta loca que me tocó en la lotería de la vida… Y ya saben cómo soy de conservador.

Nilse. Un imbécil es lo que eres.

Mario. (*A César.*) Estaba rica la pasta… ¡qué lástima que no sirvió para celebrar! Buenas noches, cariño.

(*Mario se va a ir y descubre a Carol.*)

Carol. ¡Qué bonito!

Mario. ¿Te gustó? Todavía hay comida… Nadie comió.

Carol. Por eso comiste tú… *Nadie*.

César. ¿Quieres que te sirva, Carol?

Carol. Si ustedes comen conmigo, para no seguir sumándome al "nadie comió".

Nilse. Pero *Nadie* se va…

(*Carol se aparta. Mario llega a la puerta y mira a Carol para que lo siga.*)

Carol. Ahora sí que se fue… y para el coñísim…

Nilse. (*Interrumpe haciendo el sonido de pito de censura.*) Piiiiiiii… Pito de censura como en la televisión. Esta es una casa decente.

Mario. Respeta.

Carol. No tengo ganas de hablar contigo ahora, así que echa pa'allá.

Mario. Es mejor que nos vayamos para la casa.

Carol. ¡Vete tú! Yo tengo que hacer algo antes.

Mario. No te quiero dejar sola…

Carol. Hace mucho tiempo que me dejaste sola.

(*Carol lo mira de un modo particular y Mario se queda en absoluto silencio.*)

Carol. César, hazme el favor y me dejas con Nilse, que tengo que decirle una cosa… privada. Y si Mario no se va para la casa, llévatelo contigo.

César. Vamos, tipo.

Mario. Pero es que yo no…

César. Cállate y camina.

(*Los hombres salen hacia lo que suponemos es el balcón o el patio. Carol confirma que se fueron y regresa a la puerta; hace entrar a Clara, que se comporta de un modo muy extraño.*)

Carol. Pasa, Clara.

Clara. Gracias, cariño.

Nilse. (*A Carol, por Clara.*) ¿Qué le pasa?

Carol. Se le apagó la cabeza del susto… La gente del hospital me llamó a mi casa porque ella dice que yo soy la única persona que la quiere.

Clara. Eso es verdad…

Carol. ¿Qué tal?

Nilse. Está mal…

Carol. Y la tuve que ir a buscar… porque ella no tiene a más nadie.

Nilse. ¿Y el idiota del marido?

Carol. Se mudó muy lejos, para que no lo jodiera. Porque ella es de esas, tú sabes…

Nilse. Lo sé.

Carol. Clara, ella es Nilse. ¿No la recuerdas?

Clara. No. (*A Nilse.*) Mucho gusto, Clara.

Nilse. Parece que ya no tanto.

Clara. ¿Tú también eres de las nuestras?

Nilse. No entiendo lo que quieres decir…

Clara. De las que aprovechamos las demostraciones de Aitor.

Nilse. ¿Qué?

Clara. En las demostraciones del curita, yo conocí a esta muchachota… Y siempre me pareció muy atractiva y muy simpática… aunque finge que me odia, ¿verdad?

Carol. ¿Qué te parece?

Nilse. "Que a soldado avisado lo matan por descuidado". ¿Yo no te lo dije?

Carol. Se me declaró cinco veces mientras veníamos en camino…

Nilse. ¿Y para qué la trajiste?

Carol. Quería que me dieras un consejo… ¿Tú no eres mi amiga, más que mi hermana?

Nilse. Sí, pero eso de que me traigas a tu enamorada…

Clara. (*A Nilse.)* Lo peor es que su esposo cree que me tiene levantada… y no se ha dado cuenta el pobre que le hago caso a él para poder estar cerca de ella.

Nilse. ¡Estás hablando de Mario!

Clara. (*A Carol.*) ¿Así se llama tu marido?

Carol. Así mismito… mi esposo, porque no es mi marido.

Carol. ¿Viste que no me equivoco? ¿Dónde lo dejaste?

Nilse. Está por allá adentro con mi marido, que ya no es mi esposo, sino mi socio y mi amante… (*Llamando.*) ¡Mario!

Clara. Ay, no lo llamen que es muy fastidioso.

Nilse. ¿Y esta en verdad no se acuerda de nada? ¿O es puro paro?

Carol. El médico me dijo que la memoria podría volverle en un rato.

Clara. O en un año.

Nilse. Coño, eso es una gran noticia.

Carol. Y descaradamente volteada hacia *moi*…

Nilse. Prometedor…Y mayo cerca, la época de las cachapas…

Carol. Deja la vaina.

Clara. Huele sabroso… Estuve oliendo algo así, pero no recuerdo dónde.

Nilse. Aquí mismo… ¿Quieren comer?

Clara. Yo sí.

Carol. Si no hay otra… Además, a eso fue que vinimos: a comerles la cena.

Nilse. Pues cojan allá cada una un plato, que ya están listos para comer. César los preparó con el curita antes de que se iniciara este *show* fraternal.

Carol. Culpa de ustedes dos, por querer ser la tapa del frasco y siempre estar inventando pendejadas para asustarlo a uno. Yo pensaba que me iban a decir que se habían contagiado de papiloma… o tenían sida… o cáncer… y no que se habían divorciado.

Nilse. Y que firmamos un contrato por tres años.

Carol. Pedazo 'e locos.

Nilse. Preferimos estar locos felices que fingiendo felicidad como locos, cuando en realidad están es insatisfechos.

Carol. ¡Jum!

Nilse. Jum ustedes… y mira lo que te trajo la insatisfacción.

(*Nilse pone* Qué te pedí, *de la Lupe, en el CD Player. Mario sale del cuarto y vuelve a tomar su plato. César y Nilse, los suyos. Comen sin decir palabra. Intimidad individual. Clara se queda dormida. César sirve café.*)

César. Un cafecito, sin azúcar. (*Por Clara.*) ¿Y esta Clara como que se murió?

Mario. Está dormida…

Carol. Bueno, con esas aspiraciones es como si estuviera muerta, porque cuando se despierte y recuerde lo que estaba diciendo va a querer que se la trague la tierra.

César. ¿Y no sería que fumó y se rascó con el vino?

Mario. Sí, seguramente fue eso…

Carol. Pensemos que es así.

Mario. Solo quedó el plato de Aitor.

Nilse. Sí, fue el único que no comió, a pesar de que era el que tenía más hambre…

César. No vayas a empezar…

Carol. Nos vamos… Yo había traído mis zapatillas de *ballet* para bailarles un poquito, como cuando estábamos en la universidad, pero creo que es mejor huir por la izquierda.

Mario. (*Por Clara.*) ¿Y esta?

Carol. No se la vamos a dejar a César y a Nilse aquí; mucho menos hoy que están de verdadera celebración de no sé qué coño,

pero están celebrando que son felices y nosotros no… Y si la dejamos, los vuelve locos.

César. Me sorprende tu cortesía.

Carol. Gracias.

(*Mario mira a Carol sin entender nada.*)

Carol. (*A Mario.*) Cárgala, que nos vamos…

Mario. Sí, mi amor… Buenas noches.

(*Mario carga a Clara y sale con ella dando traspiés.*)

Nilse. Que pasen buenas noches.

Carol. Que pase buenas noches, Mario. Yo no… Asco.

(*Carol mira a Nilse y se ríen de la locura de sus vidas.*)

Carol. Buenas noches, César.

César. Que descansen.

Carol. Voy a intentarlo… Aunque en estos casos, una no descansa sino cuando se muere.

Mario. (*Off.*) ¡Carol, coño, termina de salir!

(*Carol sale siguiendo a Mario.*)

Nilse. César, necesito ir un momento al cuarto… Cierra bien tú.

(*Nilse corre al cuarto. César se asegura que la puerta se cerró correctamente y se echa en el mueble de la sala.*)

(*Articulación.*)

III
Al fin solos

César pone música suave tropical. Nilse sale y prepara un par de copas. Viene con un salto de cama muy sugerente.

Nilse. ¿Ya se fueron de verdad verdad, socio?

César. Ya se fueron todos, socia.

Nilse. ¿Y ahora?

César. Hicimos esta reunión con nuestros amigos para celebrar nuestro divorcio.

Nilse. Fue lo que menos hicimos… Se me había olvidado que la gente que quiero se pone intensa cuando se reúne. (*Pausa.*) ¿Tú crees que después de todo, Clara quiera con Mario y con Carol a la vez?

César. Caras vemos, corazones no sabemos…

Nilse. Pero haz un esfuerzo… ¿Qué crees?

César. ¿Te interesa?

Nilse. No, pero sé que pudiera interesarte a ti.

César. La verdad verdadera: no me interesa… Me importaría mucho si la vaina fuera contigo.

Nilse. Bueno, como la curiosidad masculina se mide en posibilidades de riegos…, a pesar de todo lo que hemos intentado enseñarles.

César. Ese es el error: (*Al público.*) nadie enseña a nadie… Ni ustedes pueden enseñarnos a ser como ustedes, porque no nos interesa, ni ustedes terminan de entender que no queremos que aprendan a ser como nosotros… Porque nos gustan como son y, definitivamente, no somos iguales.

Nilse. (*Al público.*) Y eso es lo maravilloso. Uno tiene que aprender a querer a la gente que la vida te pone cerca como son y no como uno quiere que sean. Yo tengo un contrato con él, un compromiso… más fuerte que un papel firmado.

César. (*A Nilsen.*) Ya nosotros nos separamos una vez porque no entendiste que solo te puedo amar a ti desde lo que yo soy; y cuando lo comprendiste regresamos… y no he mirado como proyecto nunca hacia otra dirección, Nilse… (*Canturrea.*) "Y por tanto, yo no te dejaré de amar".

Nilse. Ni yo a ti.

(*Beben.*)

Nilse. (*Coqueteándole.*) ¿Qué te parece?

César. (*Fingiendo firmeza.*) Dicen que uno no debe mezclar los negocios con la cama, pero en este caso…

Nilse. Pero yo no quiero problemas.

César. ¿De qué tipo?

Nilse. Bueno eso, que se nos entorpezca el negocio porque metimos la cama…

César. Intentamos meter a nuestros amigos y ya ves lo que pasó…

Nilse. Es que ellos son nuestros amigos… Nunca han sido ni más ni menos.

César. Además, ¿quién te ha dicho que una relación sin problemas existe? Eso solo aparece en las revistas de psicología feminista… Los problemas existen para que uno pueda arreglarlos de la mejor manera… Los dos… Ambas partes.

Nilse. Para equivocarse y corregir desde el amor…

César. Para equivocarse y corregir desde el amor, ¿*capisci*?

Nilse. *Je comprend…*

César. *J'espere…*

(*Silencio argumental.*)

Nilse. ¿Nos vamos a dormir?

César. Espera…

(*César pone la canción interpretada por Chenoa y Manuel carrasco*, De amor ya no se muere. *Le extiende la mano a Nilse.*)

César. Bailamos, *mademoiselle* socia…

Nilse. ¡Oh!, *oui*, *monsieur* socio…

(*Bailan en su burbuja de amor.*)

César. Estaremos juntos para siempre, Nilse.

Nilse. Con renovación de votos cada tres años.

César. Para siempre… mi socia, Nilse.

Nilse. Para siempre, César… Para siempre.

(*Beso apasionado mientras bailan muy pegaditos.*
La luz va bajando hasta hacerse el oscuro.)

Fin

EL REGRESO, LA HISTORIA DE UNA ESPERA

(Drama histórico)

Personajes

Mario Patiño (Director de la banda musical de la Policía de Caracas)
Lorenza (Su hija)
Isabela (Prima de Lorenza)
Inocente Carreño (Músico, enamorado de Lorenza)
Lucía
Isaac Millán
Paca
Nicolás Curiel
Esbirro I
Esbirro II
Felicia
Ursulina
Carlos
Esteban
Gumersindo
Policía I
Policía II
Espíritu de la Muerte
Espíritu de la Maldición

Radionovela *Martín Valiente*, *el ahijado de la muerte*

Narrador
Martín
Berenice

PRIMERA PARTE

I
La tragedia que da inicio a la extraña historia familiar

La Pastora. Caracas, 1953. La casa del director de la banda musical de la Policía de Caracas, Mario Patiño. Pocos muebles: un juego de recibo y comedor de paleta; una gran radio vieja; la máquina de coser de Lorenza, la hija mayor de don Mario, de unos veinticinco años, a la que encontramos trabajando en los uniformes de la banda que dirige su padre. Isabela, su prima, está de vacaciones en su casa y conversa con Lorenza mientras sirve la mesa. La música de la radio no nos deja escuchar lo que cuenta tan animadamente. Lorenza levanta la mirada de su trabajo en la máquina y ríe con las ocurrencias de Isabela.

Isabela. … María D'Angulo, decía que se llamaba; la que trabajaba de sirvienta en la casa del señor Meneses; la que se llevó el señor José para la casa de Artigas cuando a la hija de los Meneses, a Florcita, le nació Ana María, la quinta… Gran lío. Resulta ser, me contó Nancy, tú sabes cómo es Nancy de boca'e jarro, que a la María, que siempre había sido gorda, le comenzó a crecer la barriga, y cuando le preguntaban "muchacha, ¿por qué estás tan gorda?", ella decía que era que había venido un señor de su pueblo y le había dado a beber agüita de babandí y que eso inflamaba, que no era gorda lo que ella estaba sino inflamada. Cuál sería la sorpresa de los Márquez cuando una noche, la mujer comienza con unas puntadas y el señor José salió a esas horas para el hospital… Agüita de babandí. A los días se presentó la María case los Márquez con un carricito en los brazos igualito a Carlos, el hijo mayor del señor José…

Y mira si no es cosa de invento que la mujer le puso al muchachito Carlitos, tú sabes que uno siempre le pone el nombre del papá a los hijos mayores. La verdad es que botaron a la mujer de la casa de los Márquez, por tener un hijo de la inflamación que produce el agüita de babandí… Por eso, uno no puede estar creyendo en esas inflamaciones; cuando a una mujer le comienza a crecer la barriga es anuncio de una sola cosa… Yo me pongo a pensar en Elvira; tanto que la mamá creyó que estaba haciendo "aquello" con Julio, y nada… Si hasta me contó Carmelita que la vieja loca llevó al forense a la pobre Elvirita, para ver si seguía siendo señorita… ¿Tú crees que eso es justo?… Después, a la muchacha se le sale el diablo y se pone a inventar y queda perjudicada para siempre… Date cuenta: la María, tan tranquila; con aquella vocecita de gafa que no espantaba una mosca… y por el otro lado la Elvira, que todo el mundo creía que era un zafia, una loca que con el primero que pasara con ese se iba y ya ves… fue la María la que salió primero con la barriga… Por eso es que esa carita de la novia de Eustacio… ¡Hum! Prima, ¿te acuerdas de lo que te estaba contando de Eustacio?

Lorenza. Isabela…

(*Lorenza le pide, a través de señas, que le baje el volumen a la radio para escuchar mejor. Isabela la apaga.*)

Isabela. Yo no te entiendo, Lorenza… Todo el día pegada a esa máquina, trabajando como una esclava para la banda musical de la Policía y cosiéndole vestiditos a la gente de La Pastora, y el poco tiempo que tienes para refrescarte. Te vas a escuchar las retretas que dirige tu papá en la Plaza Bolívar… y si fuera para otra cosa, pero no haces más que mirar al insípido del Inocente Carreño, que con esos bigotes parece un gurrufío.

Lorenza. (*Divertida.*) ¿Un qué?

Isabela. (*Haciéndole la mueca.*) ¡Así, mijita, así..!

(*Ríen. Lorenza continúa su trabajo en la máquina. Isabela se aburre.*)

Isabela. ¿A qué hora llega Lucía?

Lorenza. Ya debe estar por llegar

Isabela. ¡Qué rabia! Estudiando en ese colegio no le da tiempo para estar conmigo cuando vengo de visitas a Caracas… ¡Caracas! Me encanta Caracas, aquí pasa de todo. En cambio en ese bendito pueblo donde a mi papá le dio por encerrarse no pasa nada. Aquí pasan cosas, una vive emocionada, a la expectativa… ¿Lorenza?

Lorenza. ¿Sí?

Isabela. Lorenza, ¿tú no querías hablarme de algo importante?

Lorenza. (*Sin dejar la máquina.*) Ya no lo es…

Isabela. Vamos. Tú me ibas a confesar algo mientras servía la mesa y a mí me dio por hablar de Eustacio… Aunque no es para menos, déjame decirte… (*Pausa.*) A ver… cuéntame…

Lorenza. Que no importa, te digo.

Isabela. ¿Sobre quién es? (*Pausa.*) ¡Chica, cuenta, que me mata la curiosidad!

Lorenza. ¡Qué no es nada mijita!

(*Silencio.*)

Isabela. Mira, ¿y el Inocente?

Lorenza. ¿Qué pasa con él?

Isabela. ¿Ya se te declaró?

Lorenza. Prima, ¿tú no tienes nada más sano en qué pensar sino en esas cosas?

Isabela. ¡Es que esas cosas pasan, prima! ¡Pasan con más frecuencia de la que una se imagina!… ¿Ah?

Lorenza. Vive de la intriga pero no indagues…

Isabela. ¡Ah, no! ¡Tú me cuentas ahora mismo! ¡Ven acá!

(*Isabela saca a Lorenza del mueble de la máquina y la sienta en un mueble del recibo*.)

Isabela. ¡Ven acá! ¡Siéntate aquí! ¡Cuéntame! ¿Ya te agarró la mano? ¿Te dio el primer pico? ¡Cuéntame, Lorenza, que me tienes en ascuas! ¡¿Qué te ha dicho?!

Lorenza. Se quiere casar conmigo.

Isabela. (*Sin esperar respuesta afirmativa*.) Yo sabía que ese gurrufío…

Lorenza. … Le va a pedir la mano a mi papá hoy mismo.

Isabela. (*Le cae la locha*.) ¡¿Qué?! ¡¿Que hoy qué?! ¡Y tú estás tan tranquila y hasta me dejaste hablar de Eustacio y de Julio César… Bueno, de Julio César… ¡Ay, prima..! ¡¿Cómo puedes estar tan tranquila?! Si fuera yo, Timotes entero sabría la noticia y estarían todas las pollas del pueblo ayudándome a planear, haciendo los preparativos… Tengo que escribirle a papá para el regalo; tengo que hacerme un vestido para la ocasión…

Lorenza. De torchón…

Isabela. … Hay que pintar la casa…

Lorenza. … De blanco, que era el color que le gustaba a mamá…

Isabela. … Que tú sabes cómo es la gente; tenemos que traer a Paca, la bruja, para que nos diga cómo va a ser ese matrimonio…

Lorenza. Pero mi papá no lo quiere… Es demasiado desconfiado. Dice que todo el interés de Inocente es para que él lo ayude en la música.

(*Silencio.*)

Isabela. ¿Tú lo quieres?

Lorenza. ¡Deja ya, Isabela!

Isabela. ¡Tú lo quieres!

Lorenza. ¡Yo sí!

Isabela. ¡¿Sí lo quieres?!

Lorenza. Sí.

Isabela. (*Cantando eufórica.*) ¡Lo quieres! ¡Lo quieres! ¡Lo quieres!

(*Lorenza trata de callarla, pero Isabela baila y canta más alto.*)

Lorenza. ¡Isabela, por favor! ¡Mi papá puede llegar en cualquier momento!

(*Llega Mario y mira a Isabela con cierta molestia. Isabela se perturba y trata de hacer como si cantara una canción cualquiera. Lorenza se aterra.*)

Isabela. (*Fingiendo sobresalto.*) ¡Ción, tío Mario!

Mario. Dios me la bendiga.

Lorenza. … Ción.

Mario. Dios la bendiga. (*Besa la frente de Lorenza. Mira a Isabela y le pregunta como al descuido.*) ¿A qué se debe tanta alegría?

(*Mario se sienta y se seca el sudor en la sala mientras espera respuesta.*)

Isabela. (*Nerviosa.*) ¡Ay, tío, es…! (*Se le prende el bombillo.*) ¡es Caracas! Es que en Caracas la gente se ama. El General está aquí, la Seguridad Nacional está aquí; la orquesta de la Policía y la retreta están aquí! Aquí pasan cosas: en el Club Paraíso hacen lucha libre para celebrar la Cruz de Mayo; y Billo's y el Cuarteto Napoleón mantuvieron bailando a la concurrencia hasta la una de la madrugada; aquí hay universidad y a la gente no la dejan estudiar; y una no puede caminar por El Silencio, por la cantidad de marginales y de ladrones y de todo que hay vendiendo por todos lados; y en El Calvario descuartizan a una mujer, mientras los intelectuales se enteran de Bergman, de la vida de Rosita del Valle, de cómo se le torció la corona a la tocaya Isabel II de Inglaterra, cuando su esposo, Felipe de Edimburgo, la besó después de la coronación… ¡Aquí hay rumberas, tío! ¡Rumberas de verdad verdad! Y mi papá me pregunta: "Pero Isabela, mija, ¿qué va a hacer usted a Caracas?". Y yo se lo digo tío: enterarme de la vida, del avance, de la moda, porque aquí sí hay moda… Aquí nació Simón Bolívar e impuso la moda en el continente entero… Gisela Bolaño, tan Miss Venezuela y tan feliz que se ve con sus amores con Álamo-Ibarra… Aquí todo el mundo es feliz, porque hasta la tristeza es brillante, feliz… Un poquito contaminada, pero feliz… ¡Ay, a mí me encanta Caracas!

Mario. Nadie está conforme con lo que tiene.

Lorenza. (*Sirviéndole la comida.*) Venga a comer, papá. La comida está lista y se le va a enfriar.

Mario. (*Dirigiéndose a comer.*) … Y tráeme un vaso con agua.

(*Lorenza va a buscar la jarra de agua y el vaso.*)

Isabela. Esto… esto es mágico…

Mario. (*Recibe el vaso y bebe.*) Aquí el ajetreo no deja pensar a la gente. Yo creo que tu papá no estuvo tan errado cuando se fue.

Isabela. ¡Vamos, tío! Papá está demasiado ocupado con los prejuicios, tomando miche y correteando a las mujeres por la hacienda que…

Mario. … Que tú estás aquí, en Caracas, visitando a tu tío y a tus primas, curioseando la vida.

(*Silencio. Mario come. Lorenza le hace señas a Isabela para que le pregunte por Inocente.*)

Isabela. ¿Cómo le fue hoy, tío?

Mario. Bien.

Isabela. ¿O muuuuy bien?

Mario. No, bastante regular.

Isabela. Ahhh…

Mario. (*Haciendo como quien no nota las señas.*) ¿Por qué debía irme de alguna forma en particular?

Isabela. (*A Lorenza.*) ¡Sí! (*A Mario.*)Digo, ¡no! Es que como hoy me siento tan bien, me imagino que a todo el mundo debe estarle yendo "muy bien"… ¿Tío?

Mario. ¿Sí, Isabela?

Isabela. Voy a visitar a Ursulina, si tú me das permiso, que acabo de enterarme de una… (*Mira a Lorenza con intención.*) puntada para zurcir, que ella decía que solo ella podía hacer.

Mario. Claro, pero con fundamento.

Isabela. ¡Claro, tío, tú sabes cómo soy yo!

Mario. Por eso mismo lo digo.

Isabela. ¡Ay, tío, tú si eres…! ¡Me voy a arreglar!

(*Lorenza le hace señas para que no se vaya y siga preguntando.*)

Isabela. (*Fastidiada.*) ¿Tocan esta tarde en la Plaza Bolívar, tío?

Mario. No. Hoy suspendí la retreta.

Isabela. (*Para sí.*) ¡Yo también la hubiera suspendido! ¡No digo la retreta, sino el país!

(*Isabela va a hacer mutis y Mario la retiene.*)

Mario. Isabela…

Isabela. ¿Sí, tío?

Mario. ¿Y Eustacio, el hermano de Ursulina?

Isabela. ¡Yo no sé, tío! Él es tan anónimo para mí… Lo único que sé es que está de amores con una tal Enriqueta Sicarelis, que tiene descendientes europeos.

Lorenza. Ascendientes…

Isabela. Lo que sea, y que le gustan las fiestas como a ella sola.

Mario. ¿Seguro, Isabela?

Isabela. ¡Ujú, tío! ¡No me diga que se va a poner como mi papá, que como se la pasa sinvergüenceando, cree que todo el mundo es igual a él. (*Va a hacer mutis.*)

Mario. Isabela…

Isabela. (*Molesta*.) ¿Sí, tío?

Mario. ¿Tú sabes por casualidad algo que yo no sé?

Lorenza. (*Nerviosa*, *tratando de desviar la pregunta*.) ¿Le traigo más agua, papá?

Mario. No, está bien… ¿Entonces, Isabela?

Isabela. ¡Ay, tío, tú si tienes cosas!

Mario. ¿Seguro?

Isabela. ¡Ah, pues, me voy a arreglar!

(*Lorenza le hace señas a Isabela y esta*, *refunfuñando*, *le pregunta fastidiada a Mario*.)

Isabela. ¿Mañana tampoco hay retreta, tío?

Mario. No, mañana tampoco.

Isabela. ¿Y a qué se debe el cese de las actividades musicales de la Policía, si puede saberse?

Mario. Es que ya no tengo a Inocente Carreño conmigo.

Ambas (Isabela y Lorenza). (*Atónitas*.) ¡¿Por qué?!

(*Suena un pito*. *Mario mira hacia la bajada de los perros*, *por donde viene Inocente con un ramillete y ve cómo dos hombres lo interceptan*. *Paca mira todo desde su lámpara de kerosén*.)

Esbirro I. ¿Inocente Carreño?

Inocente. Sí, soy yo…

Esbirro II. Acompáñenos, queremos hacerle unas preguntas.

(*Se lo llevan apuntado. Paca, la bruja, se asoma por la ventana y mira hacia adentro.*)

Mario. (*Mintiendo, cierra la ventana.*) Le aprobaron una beca al muchacho y mañana sale para un conservatorio en la Sorbona.

Isabela. (*Disimulando.*) … Y por eso no hay retreta…

Lorenza. ¿Se va a la Sorbona?

Isabela. Pero ¿cuándo te enteraste?

Mario. (*En la mentira.*) Ayer en la noche, después de la retreta. Yo mismo lo mandé a conversar con el Gobernador. Tiene méritos; mañana mismo sale a París.

Lorenza. (*Perpleja.*) ¿A París, papá?

Mario. Sí, hija, se va solo a París.

Lorenza. (*Se vierte la jarra de agua sobre la cabeza.*) ¡Estoy embarazada de Inocente Carreño!, ¡¿y usted lo manda a París?!

Isabela. ¡Lorenza!

Mario. ¡Lo sabía!

(*Paca se persigna. Mario golpea con rabia la mesa. Se arroja sobre Lorenza, pero Isabela se cruza y lo detiene. Mario arroja a Isabel al piso y esta huye de la casa. Lorenza, temblorosa, se dispone a salir caminando de la casa. Mario la retiene enloquecido y le lanza una bofetada. Ella la detiene. Se miran un instante. Mario le golpea el vientre y luego sufre un ataque. Cae. Lorenza, con dolores que anuncian un aborto, se levanta, ve el estado de Mario en pleno ataque y se dirige como puede a la puerta gritando.*)

Lorenza. ¡Isabela! ¡Isabela, ayúdame! ¡Isabela, papá!

(*Entra Lucía. Viene del colegio. Lorenza mira a Mario y un* dolor *muy fuerte la hace gritar. Cae.*)

(*Articulación.*)

II
La verdadera razón por la que Lucía no se quiso casar con Isaac

Timotes, 1956. La casa de las Patiño Merente. Menos cosas que en Caracas. Lucía mira inquieta por la ventana hacia la calle. Isabela, su prima, viene con una limonada mientras conversa animadamente.

Lucía. No, todavía no viene nadie… ¡Ay, manita! ¿Tú crees?

Isabela. ¿Todavía no viene Lorenza?

Lucía. No. Está en la misa recordatoria de la esposa del coronel Chacín.

Isabela. Ese es un buen partido… ¡Entonces hay tiempo! Cállate y termina de escuchar el cuento…

Lucía. ¡¿Qué cuento, Isabela?! ¡Yo lo que quiero es que termine de llegar esa mujer que me tiene nerviosa!

Isabela. Paquita ha vivido toda su vida en Timotes, prima; así que cálmate y termina de escuchar el cuento…

Lucía. ¡Pero Isabela!

Isabela. ¡Está bien, chica, está pendiente y me avisas si viene alguien! No vaya a ser que me vayan a escuchar diciendo palabrotas… Bueno, resulta ser que la modelo le dijo al padre en la confesión (*Imitando a la modelo.*) "¡Ay, padre, pero eso no termina ahí!: en Maracay, el Ministro me dio mucho licor, me miró, yo lo

miré… nos vimos y nos sonreímos… Bueno, padre, y ya sabe cómo son esos militares… Pero yo sigo pensando que yo soy *frégida*". "*Frégida* no, mija, frí-gi-da", le volvió a responder el padre, caliente, y entonces la hija de vecina continuó: (*Imitando a la modelo.*) "Pero eso no termina ahí, padre: en un cóctel que dieron en El Paraíso, el Ministro me presentó al mismísimo Presidente… Tan brillante… Yo lo vi, él me miró; nos vimos y nos sonreímos… y como a las dos horas iba yo como invitada especial a La Orchila… ¡Qué isla, padre! Y el calor, y el mar, los cocos, el Presidente desnudo en aquella motocicleta… ¡Ay, padre, y pasó! El himno nacional y todo mientras en el asta ondeaba la bandera… Pero yo sigo pensando que yo soy *frégida*, padre". (*Imitando al cura.*) "¡Puta, mija! ¡Usted lo que es una grandísima puta!

(*Ríen a carcajadas.*)

Lucía. ¡Ay, Isabela! ¡Chica, ¿no te da vergüenza decir esas vulgaridades?!

Isabela. Hay otras que no las dicen pero las piensan, y esas son peores.

(*Ríen. Lucía se asoma a la ventana y parece reconocer a alguien.*)

Lucía. ¡Isabela!… ¡Ahí viene Paca, se ve clarito! ¡Está buscando la dirección! ¡Me da miedo… ¡Yo me voy! (*Va a hacer mutis hacia su cuarto.*)

Isabela. (*La retiene y la sienta.*) ¡No! ¡Te quedas quieta, te digo! ¡Ah, pues! Tan grandota y tan… Además, a todas las mujeres de la familia, antes de unirse definitivamente a sus maridos, se les lee la mano, para que conozcan su futuro.

Lucía. ¡Es que me da miedo!

Isabela. ¡Quédate quieta y no te vayas a ir! (*Se asoma a la puerta y llama a la mujer.*) ¡Paca!¡Paquita! ¡Venga, es por aquí! ¡Sí! (*A Lucía.*) Ahí viene… Acuérdate que eres una Patiño y que aquí en Timotes somos diferentes al resto; nada de confiancitas ni amistades con la mujer. Paquita sabe de esas cosas y nosotras estamos interesadas en saber lo que te espera en tu matrimonio. Aquí está… Ya sabes. (*Inesperadamente efusiva.*) ¡Paquita, mi amor! ¿Cómo estás?… Si estás hermosísima… ¡Estás hecha pura simpatía!

Paca. (*Humilde y misteriosa, la mujer pide permiso para entrar a la casa.*) Con permiso.

Isabela. ¡Pero pasa, mi vida! ¡Qué hermosa estás!¡Pareces una muñeca!

Paca. Gracias, usted también.

(*Isabela le pica el ojo a Lucía porque está a punto de reírse por las ocurrencias de Isabela.*)

Isabela. Mira, Paquita, te presento a mi prima, Lucía, hija de mi tío Mario Patiño, el músico.

Paca. Encantada, señorita.

Lucía. Igualmente. Usted es más joven de lo que yo pensaba.

Paca. Tengo mis años, señorita. Yo conocí a su mamá antes de casarse con su padre… Me la presentó la mamá de la señorita Isabela. Ella debe tener ahora…

Lucía. No, ella murió hace nueve años.

Paca. Mi más sentido pésame. (*Se persigna.*)

Isabela. Bueno, Paquita, es a ella a quien queremos leerle la mano.

(*Silencio. Paca saca unas ramas y un tabaco y lo reza antes de encenderlo.*)

Paca. ¿Se va a casar pronto?

Lucía. La semana próxima.

Paca. .. Si Dios quiere… ¿Con quién?

Isabela. Con Isaac Millán.

Paca. (*Entusiasta.*) ¿Con qué Isaac Millán?

Isabela. Usted tiene que saber, Paquita… Con Isaac Millán, el que da serenatas…

Paca. ¿El hijo del español?

Lucía. El hijo del español.

(*Paquita sigue en su rito mientras se ríe sola y avergonzada. Lucía le pregunta por señas a Isabela qué le pasa a la mujer y esta le responde que le gusta. Lucía le pregunta quién le gusta y su prima le responde que Isaac, y no puede evitar su sorpresa.*)

Lucía. ¡Ahhh! (*A Paca.*) ¿Verdad que es simpático?

Paca. (*Con vergüenza.*) Sí… (*Se vuelve a reír.*)

Isabela. (*Bromeando.*) ¡Ay, Paquita, te estás buscando que mi prima se ponga celosa!

Paca. ¡¿No señorita, cómo cree?! ¡Ni Dios lo quiera!… Es que ese crío nació y creció… A mí me gusta cómo canta… Una siente la picardía en las canciones.

Lucía. ¿Cómo la picardía, Paquita?

Paca. ¡Ay, no sé, señorita, cosas que siente una!

Lucía. (*A Isabela.*) ¡Ay, chica, le gusta!

(*Ríen divertidas.*)

Paca. Yo no quiero nada con su novio, señorita, yo respeto…, pero una mira.

Isabela. (*Divertida.*) ¡Mira, Paquita!

Paca. No puede ponerse brava por eso. Yo me sentiría contenta de tener un novio que le gustara a las tres pelonas…

(*Ríen. Paca comienza a sentir frío. Enciende el tabaco. Las muchachas se quedan serias ante las acciones de la bruja.*)

Paca. ¿Quién vive aquí? (*Fuma.*) Esto está muy oscuro… Hay algo… ¡Sute!… Me da escalofríos… ¿Con quién más vive usted aquí, señorita?

Lucía. Con mi hermana Lorenza.

Paca. No, aquí vive un hombre…

Lucía. Mi papá.

Paca. ¿Qué pasa con él? (*Se da unos ramazos sin dejar de fumar.*)

Lucía. Está… (*No sabe qué decir.*)

Isabela. Está enfermo.

Paca. (*Mirando el tabaco.*) Pero él no tiene una enfermedad podrida, lo de él es otra cosa…

Isabela. Una hemiplejia… Es como un pasmo…

Paca. (*Leyendo el tabaco.*) No. La enfermedad de su tío es otra cosa… tiene una cosa en la cabeza, como un peso, por algo que hizo mal hace tres años y que no tiene arreglo. Por eso está así… Esto no me gusta nada… Esto está muy oscuro, señorita. Isabela, usted debería irse a su casa, para que no haya peligro con usted mientras trabajo con su prima.

Lucía. ¡No, Isabela! ¡Si tú te vas yo me voy también!

Paca. Esta bien, (*A Isabela.*) pero póngase del lado izquierdo de esa silla y quédese ahí tranquila… vea lo que vea…

(*Isabela se coloca inmediatamente en el lugar indicado. Está asustada. Paca parece transformarse en otra persona.*)

Paca. Hay algo que no viene de por estos lados: viene de afuera, de lejos. En este lugar hay un odio estancado y piche… y lo de ese señor no termina así como así… Él no se va a morir todavía… Hay algo que no se dice pero se sabe…

Lucía. Lorenza…

Paca. Algo que no se dio… La luz de esta casa está más oscura de lo que parece…

Lucía. ¡No me asuste, Paquita!

Paca. No, si no lo estoy diciendo para asustarla. (*Para sí.*) Si la asustada soy yo.

Lucía. (*Llamándola.*) Isabela…

Paca. No. No me la toque, señorita Isabela… Déjemela así, solita para ensalmarla, que hay mucha tierra sobre esta casa y no es de tiempo sino de otra cosa. (*Busca en su mochila y saca un frasco con pólvora, que riega en un círculo alrededor de Lucía.*)

Isabela. (*Aterrada.*) ¡¿Ustedes no creen que será mejor que yo me vaya?!

Lucía. ¡¡No!!

Paca. (*Imperativa.*) Mejor quédese. ¿Tiene las velas y el agua bendita que le pedí, señorita Lucía?

Lucía. ¿Se las busco?

Paca. No, usted no se mueva. Señorita Isabela, ¿usted sabe dónde se encuentra el agua bendita?

(*Isabela afirma con la cabeza.*)

Paca. Alcáncemela, las velas ahora no importan. Aquí hay que trabajar de otra forma.

(*Paca saca un manojo de ramas más grande y golpea a Lucía mientras parece decir oraciones incomprensibles. Saca una caja de fósforos y enciende el círculo, al tiempo que dice sus rezos. Luego busca una silla y se la da a Lucía; le indica que debe sentarse.*)

Paca. Siéntese en esta silla.

(*Lucía, aterrada, se sienta. Los Espíritus de la Muerte y de la Maldición las rondan. Paca se coloca detrás de Lucía. Le golpea los hombros, luego la cabeza y dice cosas incomprensibles.*

Paca. Tranquila, señorita Lucía. Ahora, tranque los ojos y no apriete nada… Póngase floja… No se cruce… Así… así…

(*Se escucha una serenata con una letra incomprensible y lejana. Un violín acompaña al cantante. Aparece Lorenza con un niño envuelto en sábanas sangrantes. Lucía cae en trance. Mario le arrebata el niño a Lorenza y lo arroja fuera de escena y sale. Lorenza grita y corre detrás de su padre. Paca no detiene el ensalme; Isabela llora de perplejidad. La oración que dice Paca es repetida por Isabela. Los Espíritus rodean a Lucía en tono agresivo.*)

Paca. Con una oración que nos libere, con una oración que nos comprometa; con valentía audazmente sincera, sin sombra y de manera perfecta; en armonía con esa naturaleza, obra de tus manos, estamos aquí, ante ti, Señor. Mi corazón se regocija,

mi poder se exalta, mi boca se ensancha en mis enemigos, por cuanto me alegre en tu salvación. No hay santo como tú porque no hay ninguno fuera de ti y no hay refugio como el Dios nuestro. No multipliques palabras de altanería y grandeza; cesen las palabras arrogantes de sus bocas porque el Dios de todo saber es Jehová. Señor, limpia a esta joven y tómala nuevamente en tu seno si alguna vez se alejó. Hazle recordar su misión en la tierra de los hombres y déjame conocer su futuro para que lo limpie si es preciso, o lo cuide si no lo es, y así lo mantenga protegido por los siglos de los siglos. Amén.

(*Los Espíritus elevan a Lucía, quien comienza a levitar. Isabel llora de impresión. Un extraño viento parece limpiar el espacio. Lucía vuelve a su silla.*)

Paca. Ya está limpia. Ahora volverá a estar despierta y yo podré mirar en su mano. Sus líneas limpias me dirán lo que le espera en su matrimonio con Isaac Millán.

(*Lucía no despierta. Aparece el hombre que canta la serenata, probablemente Isaac Millán, en harapos. Se escucha una explosión. La música se detiene. Paca le toma la mano a Lucía. Al hombre en harapos se lo traga la tierra. Paca grita como si la mano de Lucía la quemara y parece caer en trance. Lucía tiembla. Isabela no sabe que hacer. Paca parece poseída. Se suelta, después de un gran esfuerzo, de la mano —con la palma hacia arriba— de Lucía.*)

Paca. (*Como poseída.*) ¡Yo no voy a leerle la mano a esa mujer! ¡No voy a hacerlo, señorita Isabela! ¡Sale, sale! ¡Esa mujer…! ¡Esa mujer está marcada! ¡Aghhh! ¡No puedo quedarme aquí! ¡No se puede hacer nada, para esa mujer no hay regreso! ¡Tengo que quitarme este sucio de encima!

Isabela. Paquita, ¡¿qué pasa?!

Paca. (*Arrodillándose, como si la obligaran.*) ¡Tengo que irme de aquí antes de que me ensucie más! ¡Tengo que limpiarme! ¡Tengo que limpiarme! ¡Sale!

Isabela. ¿Paca? ¡Paca, por Dios! ¡¿Qué haces arrodillada así?! ¡¿Qué pasa?! ¡¿Qué viste, Paca?! ¡¿Qué viste?!

Paca. En la mano de su prima, señorita Isabela…

Isabela. ¿En su mano qué?

Paca. La muerte.

Isabela. ¿Pero la muerte de quién? ¡¿De ella?!

Paca. No.

Isabela. ¡¿Quién, Paca?!

Paca. Eso no está claro, pero la otras señal sí…, la de la muerte…

Isabela. ¡¿Pero la muerte de quién?!

Paca. Es que su prima, señorita Isabela…

Isabela. ¡¿Lucía qué, Paquita?!

(*Lucía comienza a despertar sin que lo noten.*)

Paca. Ella va a matar a alguien, a una persona que no es de la familia, pero que es de muy cerca… Tengo que irme al río a purificarme…

Isabela. Pero Paca…

Paca. (*Haciendo mutis.*) Tengo que irme…

Isabela. ¡¿Pero va a casarse con Isaac Millán?!

(*Pausa.*)

Paca. Dígale que no se case, señorita… Que no se case… (*Inicia mutis.*)

Isabela. (*Siguiéndola.*) ¡Paca, no te vayas!

Paca. (*Yéndose.*) ¡Que Dios la cuide y la ampare, señorita Isabela, que Dios la cuide y la ampare…!

(*Isabela voltea; consigue a Lucía llorando. No sabe qué decirle a su prima.*)

Lucía. No puedo casarme, prima. ¡No me puedo casar, soy una asesina!

(*Lucía sale corriendo a la calle. Isabela sale corriendo tras ella.*)

Isabela. ¡Lucía! ¡Lucía, espera!

(*Articulación.*)

III
La amenaza de Isaac

La casa de las Patiño Merente. Escuchamos la voz de Lorenza, que se despide de alguien antes de aparecer en escena.

Lorenza. (*Voz.*) ¡Buenas noches, Coronel! ¡Con gusto se los daré, por supuesto!

(*Aparece Lorenza empujando la silla de ruedas de don Mario Patiño, encorvado y con un rollo de tela en sus piernas. Consigue la puerta abierta. La cierra. Coloca a su padre frente a la ventana y le quita el rollo de tela de las piernas, dejándolo sobre la máquina de coser.*)

Lorenza. ¿Quién dejó esta puerta abierta…? ¿Lucía? ¿Lucía, por qué dejaste la puerta abierta?… ¿Dónde se habrá metido? ¡Lucía!

(*Canturrea un bolero de moda. Mario trata de seguirla en la canción, denotando su patético estado físico y mental. Lorenza lo mira con lástima. Saca algunos recortes y se dispone a coser. Tocan a la puerta y va a abrir.*)

Lorenza. ¡Un momento…! ¡Voy!

(*Al abrir la puerta aparece Isaac Millán. Notamos la actitud seca y la transición de ambos al reconocerse.*)

Isaac. Buenas tardes, Lorenza.

Lorenza. Buenas "noches", Isaac… Pase… Pase y siéntese.

Isaac. Gracias. (*Se dirige al juego de recibo y se sienta en silencio.*)

Lorenza. Isaac, ¿usted no ha visto a Lucía?

(*Silencio. Incomodidad entre ambos.*)

Lorenza. Yo llegué y ella no estaba… y hasta había dejado la puerta abierta…

Isaac. Aquí en Timotes no hay ladrones, Lorenza. Eso es allá en la capital, que tienen que vivir como pájaros.

Lorenza. Pero usted se quiere ir para allá. (*Pausa.*) Mire, en todos lados hay ladrones, lo que pasa es que se visten de maneras diferentes.

(*Se miran.*)

Lorenza. ¿Le gustaría un café mientras espera?

Isaac. Si no le molesta…

Lorenza. (*Antipática*.) Usted sí tiene ocurrencias, Isaac. (*Saca las tazas y sirve de un termo de metal*.)

Isaac. A lo mejor anda con Isabela, arreglando las cosas que faltan para la semana que viene. Hoy hablé con el cura Villanueva y me dijo que teníamos que ir esta semana para los últimos arreglos.

(*Lorenza le da la taza de café a Isaac y se sienta cerca de él. Sorben. Lorenza mira a Isaac. Este se incomoda*.)

Lorenza. (*Particularmente cortés*.) Isaac…

Isaac. ¿Sí?

Lorenza. ¿Por qué se quiere casar con mi hermana tan rápido?

Isaac. Ya se lo he dicho muchas veces… Por otro lado, dos años y medio, casi tres, no son dos días…

Lorenza. ¿En verdad quiere irse con ella a Caracas? Acuérdese que usted apenas comienza en la música, que va a tener la oportunidad de conocer a otras personas… Mi hermana se convertiría en un peso para usted…

Isaac. Lorenza, comprenda una cosa: es con su hermana, no con otra persona. (*Deja la taza sobre la mesita del recibo*.)

Lorenza. ¿No sería más fácil que usted se estableciera primero, que consiguiera un trabajo fijo, que tuviera una casa para llevársela?

Isaac. No es así como quiero las cosas…

Lorenza. Sí, usted no quiere una esposa sino una esclava.

Isaac. Me parece inútil conversar con usted.

Lorenza. En Caracas podría conseguir una contabilista que le trabaje bien.

Isaac. No es una contabilista a la que quiero; es a su hermana… ¡Me voy a ir con ella, quiéralo usted o no!

Lorenza. No alce la voz en mi casa, por favor.

Isaac. No, si no la alzo por gusto…

Lorenza. Voy a tener que pedirle que se marche con mucha vergüenza.

Isaac. ¿Por qué?

Lorenza. Porque me irrespeta a mí y a mi casa con su actitud…

Isaac. ¿Yo sí tengo que permitir que me dé indicaciones de lo que debo hacer con mi vida y con la de su hermana?

Lorenza. Baje el tonito, por favor.

Isaac. ¡Yo no soy Inocente Carreño, que se vendió… que se le vendió a su padre por un viajecito a Europa!

Lorenza. ¡Cállese! ¡No vuelva a repetir ese nombre en esta casa!

(*Mario comienza a golpear la silla al escuchar el nombre de Inocente. Lorenza calma a su padre y se toca el rostro.*)

Isaac. Sí, tóquese… Tóquesela bien… Mírese en un espejo y dígame si es eso lo que quiere para su hermana. Óigame una cosa: en las noches los hombres podemos hacer daño, mucho daño… Yo soy terriblemente vengativo y quiero a su hermana…

Lorenza. ¡Váyase, por favor! ¡Váyase, Isaac! ¡Váyase y déjenos tranquilas!

Isaac. Me voy, pero a Lucía no la voy a dejar porque usted quiera…, querida cuñada. (*Va a la puerta.*)

(*Lucía abre la puerta. Isaac cambia de actitud. Lucía entra aturdida. Silencio.*)

Isaac. Me iba porque no te encontré.

Lucía. (*Con el rostro sin expresión.*) Lorenza…

Lorenza. ¿Dime?

Lucía. Necesito hablar con Isaac…

Lorenza. (*Comprendiendo la indirecta.*) Pues, entonces vayan a la casa del tío Justo a buscarme el rollo de algodón azul y conversen por el camino, porque yo estoy muy "cansada" y no voy a salir.

Lucía. ¿Quieres acompañarme, Isaac?

(*Isaac asiente con la cabeza y se dispone a salir.*)

Lorenza. Y espero que no llegues muy tarde, mira que en este pueblo la gente no tiene nada que hacer y se la pasa pendiente de la vida ajena.

Isaac. Buenas noches, Lorenza.

(*Lorenza no responde. Se van. Lorenza trata de coser. Deja de hacerlo. Mira a su padre, quien juega con su mano izquierda como un niño. Va hasta una cesta llena de ropa y saca un uniforme de la banda de la Policía. Escuchamos el violín de Inocente.*)

Lorenza. (*Imitando a Isaac.*) "Buenas noches, Lorenza". (*Mira a Mario.*) Mire cómo me avergüenzan por su culpa… ¡Mire!… Me he convertido en una mueca por usted… y he tenido que ahogarme porque me quedé sucia y vacía por su culpa. ¿Cuándo va a volver a levantarse de esa silla? Porque ahora sí hace falta un hombre para que ningún Isaac Millán me trate como una pobre bicha… Me amenazó… ¡Levántese y búsqueme a Inocente! A veces pienso que se ha quedado así no porque no pueda levantarse ni moverse, sino para hacerme

más desgraciada, para disfrutar cómo los otros se burlan de mí por haberle faltado… Pero Dios le va a castigar… ¡¡Le tiene que castigar!!

(*Se lleva la silla de Mario hacia un cuarto.*)

(*Articulación.*)

IV
El destino

El mismo lugar. Ha pasado una semana. Lucía mira por la ventana con expresión de amargura. Acaba de dejar de llover y de vez en cuando se escucha un trueno. Los grillos cantan. Entra Lorenza, con tijeras y recortes en mano para un vestido de niña. Se sienta en la máquina; cuando va a comenzar a coser se da cuenta de la presencia de su hermana.

Lorenza. ¿Qué haces a estas horas de la noche?

Lucía. Miro.

Lorenza. ¿Por qué no me cuentas, Lucía?

Lucía. No tengo nada que contar.

Lorenza. Hace una semana que cambiaste la fecha de tu matrimonio y no me has dicho una sola palabra… ¿Por qué no me cuentas?

Lucía. ¿Para qué?

Lorenza. Para que te sientas mejor.

Lucía. No me siento mal.

Lorenza. ¿Para cuándo cambiaste la fecha?

(*Una persona cubierta con una sábana blanca entra sin que la descubran.*)

Lucía. No lo he decidido todavía.

Lorenza. Seguro que la Isabela sí está enterada… Lucía…, cuéntame…

Lucía. Después…

Lorenza. (*Arreglando los recortes.*) Yo no me quería venir para acá… No quería… Aquí todo es raro, diferente a lo que yo estoy acostumbrada… He llegado a sentir lástima por Isabela… Ahora sí comprendo su locura por salir de este pueblo… Yo quiero volver a Caracas, Lucía, pero solas… sin más nadie… Ya ni siquiera él mismo debe acordarse de que existo… A lo mejor se casó con otra mujer… Siento que pasa el tiempo y no quiero morirme aquí… Si me muero en Timotes no voy a descansar en paz… ¿Por qué no volvemos ahora…, tú y yo? Bueno… y papá…

Lucía. ¿A dónde?

Lorenza. A La Pastora… Nosotras somos de Caracas…

Lucía. Hace mucho tiempo que eso no me preocupa, Lorenza…

Lorenza. ¡A mí sí! (*Cose mientras habla.*) Yo me quiero ir… A mí me da envidia que Isaac quiera llevarte a Caracas… ¡Es verdad!

Lucía. No quiero hablar de eso…

Lorenza. Háblame de otra cosa…

Lucía. Te sientes vieja, Lorenza…

(*Lucía sale. Lorenza se levanta y cierra la ventana. El hombre de la sábana blanca se coloca muy cerca de ella. Lorenza no lo descubre*; *vuelve a la máquina y reanuda su labor.*)

Lorenza. ¿Por qué a las madres les dará por vestir a las niñas de monjita para hacer la primera comunión? A mí me vistieron de novia. Era un vestido de encaje blanco… Me lo cosió mi mamá… (*A Lucía.*) ¿Te acuerdas?

Lucía. (*Voz.*) ¡No te oigo! ¿Qué dices?

Lorenza. ¡¿Que si te acuerdas del vestido que me hizo mi mamá para la primera comunión?!

Lucía. (*Voz.*) ¿El de la primera comunión?

Lorenza. ¿Te acuerdas?

Lucía. (*Voz.*) ¿Cómo no me voy a acordar? ¡Si tuve que llorar bastante para que no me lo pusieran a mí!

Lorenza. Tú siempre arreglabas las cosas de esa manera: llorabas un poquito y todo el mundo hacía lo que la niña quería… En cambio a mí… Era la mayor; la que tenía que dar el ejemplo: la mejor hija, la mejor hermana, la mejor amiga, la mejor estudiante, la mejor costurera… Yo creo que eso me hizo hacerlo… Quería ver lo que estaba del otro lado…

(*El hombre de la sábana comienza a acercarse para atacar a Lorenza. Cae un rayo y el hombre se oculta. Lorenza parece presentir algo, pero no lo descubre. Mario canta.*)

Lorenza. ¿Lucía?

Lucía. (*Voz.*) ¡Sí!

Lorenza. Trata de callar a papá, que me estoy poniendo nerviosa con esa cantadera.

(*Lorenza cose. Escuchamos a Lucía, que va a callar a don Mario.*)

Lucía. (*Voz.*) ¡Ya, papá, vamos a acostarte!… ¡Lorenza…! ¡Papá tiene un ataque! ¡Quiere como pararse! ¡Ya, papá! ¿Qué tienes?… ¡Lorenza, papá…!

(*Se escucha un ruido, cae un rayo. Lorenza se para de la máquina y la luz descubre al hombre. Trata de hacerse la disimulada e intenta irse al cuarto, pero inesperadamente se gira y se lanza sobre el hombre. Caen al piso, se baten y Lorenza grita.*)

Lorenza. ¡¡Aggghhh!! ¡¡Lucía!! ¡¡Lucía!! ¡¡Hermana, ayúdame!! ¡¡Ayúdame!!

(*Lorenza continúa batiéndose con el hombre disfrazado. Lucía llega corriendo y ve la escena. En un primer momento no reacciona, pero luego llega a la máquina, toma las tijeras y se las clava al hombre. Lorenza se zafa del hombre, que ha quedado muerto en el piso y calma a Lucía, quien sigue dándole con las tijeras.*)

Lucía. (*Histérica.*) ¡¡Lo maté!! ¡¡Lo maté!! ¡¡Lo maté!!

(*Lorenza destapa el rostro del hombre y descubrimos que es Isaac Millán.*)

Lorenza. Lucía… Era Isaac… ¡¡Era Isaac Millán!! ¡¡Era Isaac Millán!!

(*Vemos la transición inmediata de Lucía. Queda paralizada, sin mueca alguna. Lorenza trata de calmarse, al ver el estado de su hermana.*)

Lucía. (*Trastornada.*) Lo maté… Lo maté, Lorenza… Mate a mi marido.

(*Lorenza se aproxima para consolarla, pero Lucía la empuja y se clava las mismas tijeras en el corazón. Mario grita el nombre de su hija. Lorenza grita desesperada.*)

Mario. ¡¡Lucía!!

Lorenza. ¡¡Aghhhh!!

(*Articulación.*)

V
El regreso

El mismo lugar. Ha transcurrido algún tiempo. Todos los muebles están cubiertos con sábanas. La máquina de coser ya no está en la casa. Mario Patiño está vestido de luto, frente a la puerta como si lo hubieran colocado allí para salir. Aparece Lorenza con el rostro abatido, vestida de negro cerrado, con una pequeña maleta. Se detiene cerca de su padre. Le da el visto bueno. Vuelve su mirada como despidiéndose del lugar y vemos las imágenes de Lucía e Isaac, mirándola. Lorenza los ve y se despide de ellos. Va hasta la puerta de la calle, la abre y va a buscar a Mario para salir. Lorenza sale empujando la silla de Mario y llevando su maleta.

Lorenza. (*Haciendo mutis.*) ¡Isabela, me voy de Timotes! ¡Me voy a Caracas a buscar a Inocente!

(*Mario comienza a golpear molesto la silla.*)

Lorenza. ¡¡Voy a buscar a Inocente, Isabela!! ¡¡Voy a buscar a Inocente!!

(*Fin de la Primera parte.*)

SEGUNDA PARTE

I
¿Quién vino cuando murió el director de la banda de la Policía?

La Pastora. Caracas, 1959. La casa de las Patiño Merente. Ursulina Rojas trata de escuchar, desde la ventana de Lorenza, la animada reunión que hay en la puerta de la casa de las Rojas. Isabela y Felicia están idiotizadas con los cuentos del joven Nicolás Curiel. Ursulina mira de vez en cuando al viejo Mario Patiño, inútil y deteriorado en su silla de ruedas, y cada vez más parecido a una gárgola. Se escuchan las risas.

Nicolás. ¡Vino toda la policía política!

Isabela. ¡Santísima!

Nicolás. Media hora antes del estreno, los muchachos llenaron de mensajes de la Junta Patriótica en contra de la dictadura: "Se está cayendo la dictadura", "Tres aviones acaban de pasar por arriba"…

Felicia. ¡¿Y entonces?!

Isabela. Tonta, que vino la policía política y recogió la propaganda.

Felicia. ¿Toda la policía política?

Isabela. ¡Ay, yo me muero! Ese fue el día que el cuadro que había colgado tío Mario del General se cayó solito del clavo, chica. Como cosas de brujería. Yo se lo dije a Lorenza: "¡Hoy está pasando algo grande!".

Nicolás. No dejaron entrar a nadie hasta recoger todos los panfletos.

Felicia. ¡Qué susto!

Isabela. Y eso no fue todo…

Nicolás. Por supuesto que no: se nos metieron en los subterráneos y nos iban siguiendo con unas linternas enormes.

Felicia. ¡Ay!, chica, ¿qué guarandinga es esa?

Isabela. La dictadura, mijita.

Felicia. Yo no sabía que eso era así…

Nicolás. Yo tuve un contratiempo con uno de esos que nos perseguía: iba haciéndose el loco detrás de las muchachas y yo lo iba viendo… Hasta quería ir también pa'l baño con las muchachas, ¡¿ah?!

(*Risas*.)

Nicolás. La dictadura… Yo tuve que esconder al muchacho que hacía de Don Juan, Juan Catalá, hijo del viejo José Agustín. Manos enormes. Estudiante de medicina.

Isabela. ¿Con el que estaba en el cine?

Nicolás. El mismo.

Isabela. Buenmozo, ¿verdad?

Nicolás. Ustedes me pueden creer que él no sabía lo que estaba haciendo. "¿En qué me metió, Nicolás?". Dos días antes del estreno, "¿En qué me metió, Nicolás?".

Felicia. ¿Dos días antes del estreno?

Nicolás. Dos días antes del estreno. Era de una virginidad total… Dos días antes del estreno, me dijo… Porque la parte de él… La parte de él, nada más que de él, era un libro como de trescientas

páginas. La parte que él tenía que decir: (*Imitándolo en tono de burla*.) "¡Tengo que explicarte, Nicolás, porque yo, en verdad… yo soy un tipo más bien tímido! (*En ataque de risa*.) ¡Dos días antes del estreno! Yo le dije: "Bueno, chico, esa timidez te la guardas esa noche… (*Histriónico*.) Además, convénzase usted, todos los actores que han hecho Chéjov son en realidad tímidos". ¡Cinco mil personas en el Aula Magna y él con timidez!

Ambas (Isabel y Felicia). (*Sorprendidas*.)¡Cinco mil personas en el Aula Magna!

Nicolás. (*Grandilocuente*.)¡Cinco mil personas en el Aula Magna! ¡Los móviles de Calder estuvieron a punto de venirse abajo…! ¡Los estudiantes colgaban de los móviles de Calder!

Isabela. ¡Qué horror! ¡Pudo ocurrir una tragedia!

Nicolás. .. Y aquella masa. Venía el Don Juan Tenorio y se llevaba a Doña Inés en los brazos, porque se la estaba robando de la abadía…

Isabela. ¡Qué romántico!

(*Isabela voltea y mira a Ursulina, y le hace señas para que mire a don Mario. Ella aprueba en señal de que está bien y sigue embebida*.)

Nicolás. … Y el público: (*Imitando el rugido del público*.) "ruuuuaaa", el aplauso; se venía abajo el Aula Magna… Se paraban todos, chico, y uno volteaba hacia arriba y veía el poco de cachuchitas. ¡Todos eran dirigentes clandestinos de la Junta!, todos políticos… Políticos que habían salido de sus conchas. ¿Se imaginan? Durante diez años metidos en sus conchas, escondidos.

Felicia. ¡¿Y cómo salieron?!

Isabela. A mí me hubiera dado un peteté, facilito.

Nicolás. ¡No, hombre! Los maquillábamos y los sacábamos con unas cachuchitas, disfrazados de portugueses y de italianos. Hacíamos de todo, Rafael Briceño y yo…

Ambas (Isabela y Felicia). ¡¡Aaayyy, el actor!!

Nicolás. … Los maquillábamos y les buscábamos ropa, entonces ¡¿ah?! Estaban asombrados, en una plaza pública por primera vez, porque ¡¿ah?!, habían perdido el sentido de las masas; estaban luchando por las masas y no sabían lo que era una masa, ¡¿ah?! No sabían lo que eran más de dos personas juntas en la calle, porque las visitas de aquellos tipos altos era… catastrófico… ¡¿ah?!

Felicia. Dicen que la democracia no es así…

Nicolás. Porque ellos se atrevieron. Las organizaciones políticas se atrevieron audazmente y mandaron a salir a sus líderes, porque sabían que la dictadura no iba a poder… y efectivamente.

Isabela. Mi papá me dijo, antes de mandarme escondida a Caracas, que no me preocupara, que era posible que el General volviera, porque este desorden era muy grande y que lo que venía después iba a ser peor.

Nicolás. ¿Quién es tu papá, mija?

Isabela. Mi papá…

Felicia. (*Atajando a Isabela.*) ¡Ay, Nicolás, no le hagas caso a Isabela!

Isabela. No, hágame caso… Fíjate la disparadera por todos lados… y los meten presos y los vuelven a sacar; y los sacan y los vuelven a meter…

Felicia. Aquí meten preso ahora a todo el mundo, chica. Hasta Capriles salió preso y hasta se dejó la barba para verse más interesante, con caché.

Nicolás. (*Reflexivo*.) El Don Juan. Para que vean, chico, las cosas de la historia: aquella quincallería verbal que no dice nada; porque el Don Juan de Zorrilla, que es el más bandido de todos, es una cosa para que suene "ojón" con "tirabuzón" y "contigo no son", no dice nada, porque no era el de Tirso, que es una maravilla de ensayo sobre el hombre, ¡¿ah?! ¡¡Pero aquello, chico, aquello fue el arma para inaugurar una nueva era!!

(*Inesperadamente, entra un hombre muy elegante en la casa de las Patiño, sin que lo noten. Ursulina se asusta al descubrirlo. Es Inocente Carreño. Se le adivina una vida interior muy agitada. Mario está dormido y no lo ve llegar.*)

Ursulina. ¿Sí? ¿Qué desea?

Inocente. ¿Es esta la casa de los Patiño Merente?

Ursulina. Sí, pero…

Inocente. ¿La señorita Lorenza?

Ursulina. No está.

Inocente. ¿Vive aquí todavía?

Ursulina. ¿De parte de quién?

Inocente. De un… ¿Usted no es Lucía, verdad?

Ursulina. (*Se persigna.*) No, señor, en paz descanse.

Inocente. ¿Murió?

Ursulina. Hace tres años. (*Pausa.*) ¿Usted es amigo de la familia?

Inocente. Hace tres años… (*Reconoce a Mario.*) Sí, digamos que sí.

Ursulina. Lorenza está trabajando.

Inocente. ¿Trabajando?

Ursulina. Claro, desde que el maestro está así a ella le ha tocado sacar la casa adelante. Si usted quiere le llamo a Isabela…

Inocente. Isabela, ¿la hija del general Patiño?

Ursulina. ¡Shhh!, no lo diga muy duro que las paredes tienen oídos. A ella la mandaron para acá por precaución. Usted sabe. Vino a vivir con su prima desde que murió Lucía; comenzó todo el movimiento aquel y tumbaron al General. Usted sabe: policías por todos lados…

Inocente. Sí…

Ursulina. No conviene que sepan que ella está aquí. Mientras Lorencita trabaja, ella le ayuda a cuidar al maestro.

Inocente. ¿Y usted?

Ursulina. La vecina del frente. Es que un amigo vino a visitar a mi hermana, un tal Nicolás Curiel, que es famoso porque es director del Teatro Universitario… Preguntó por Isabela y ella fue a saludarlo. A mí me tocó quedarme (*Señalando a Mario*.) para cuidar al maestro. Solidaridad.

Inocente. ¿Desde cuándo está así?

Ursulina. ¡Usted si pregunta!

Inocente. Disculpe.

Inocente. Pero yo le voy a contestar porque me parece simpático.

Inocente. ¿Simpático?

Ursulina. Sí, por lo menos no es odioso cuando hablo. Usted sabe: los hombres machos. De esos a los que no les gusta hablar mucho con una porque creen que pierden la hombría. Usted por lo menos pregunta. (*Pausa*.) El maestro está así desde hace bastante tiempo. Estaba Felicia recién nacida y yo estaba chiquitica.

Inocente. Está exagerando. Yo no veo a la familia desde hace seis años.

Ursulina. ¿Y cuántos cree que tengo yo? Mentira; yo creo que tiene ese mismo tiempo así.

(*Silencio*. *Inocente le habla a Mario con delicadeza*.)

Inocente. Mario… Mario Patiño. ¿No me recuerda, maestro?

(*Mario lo mira sin reconocerlo y al hacerlo*, *se asusta*.)

Ursulina. Ni siquiera habla, qué angustia. A veces hace unos ruidos raros, muy feos pero nada, es peor. Mis hermanos mayores dicen que tenía mucho talento. Yo nunca lo escuché. Me da lástima. Dicen que desde que dejó la banda de la Policía nada fue igual. Dicen que se volvió loco del dolor.

Inocente. ¿Del dolor?

Ursulina. Cosas de familia. Usted sabe.

Inocente. ¡Ujú!

Ursulina. Yo se lo voy a decir, pero usted no lo repite, ¿oyó?

Inocente. ¿Me lo va a decir?

(*Pausa*.)

Ursulina. No, mejor no se lo digo porque es muy feo. Voy a llamar a Isabela. ¿Quiere esperar?

Inocente. Si no le molesta que me quede aquí…

Ursulina. Es amigo de la familia. No creo que haya problema.

Inocente. ¿Problema? No.

Ursulina. Permiso.

(*Ursulina sale a buscar a Isabela. Inocente se sienta y enciende un cigarrillo mientras Mario lo mira aterrado.*)

Inocente. ¿Cómo está, señor director? ¿Me recuerda? ¿No? ¿Seguro? Yo sé que una persona como usted no se puede olvidar de mí, profesor. Usted es muy inteligente. Usted está un poco más… no sé… ¿indefenso, será la palabra? (*Amenazador.*) Lo que lamento es que se va a morir y ni siquiera pudo pedirle perdón a su hija Lorenza. A Lorenza. A su hija, ¿la recuerda? Sí. La que me hacía los uniformes para verme a la altura de su música. Una altura que no logró nunca la limpieza de ninguno de mis uniformes. Sí, yo sé que usted no nos pudo haber olvidado ni un segundo en todos estos años. Ni siquiera voy a sentirme criminal. Porque planeé hacerle mil cosas allá, en París, donde usted me envió con los esbirros. No voy a tener que tocarlo siquiera. ¡París! ¡Se acordó de París! ¿Huye? ¿Por qué? Es de mala educación no atender cuando le habla una persona. París es hermosa, ¿sabe? Al principio me pregunté por la Torre Eiffel y por el Arco del Triunfo; después me imaginé que me los habían escondido para mortificarme. Pero al París que usted me envió a "perfeccionarme" le habían robado la Torre, el Arco y la Sorbona hacía muchísimo tiempo; y en lo que lo perfeccionaban a uno no era en aquello del violín, qué va, sino que lo perfeccionaban a uno en otra cosa que me ha servido bastante estos últimos años. Y fíjese: yo pensaba que me iban a raspar más rápido de lo que imaginé; que no iba a llegar vivo a la graduación y ya ve, estoy aquí. Eso sí, tuve mucha paciencia, porque eso es lo que más se aprendía en París, y yo lo aprendí. ¡No se vaya! Voy a que pensar que quiere huir de mí. Yo lo que le vengo a decir es que vine a buscar a Lorenza, su hija, y que ya no tiene que cuidarla más… Que

se puede morir ahora mismo si quiere. Ahora mismo, señor director. ¿Para qué esperar más? ¡Muérase! ¡¡Muérase ya!!

(*Mario muere. Inocente huye. Llega Isabela con Ursulina.*)

Ursulina. Este es el señor… ¿Y el señor?

Isabela. ¡Ursulina, mi tío!

Ursulina. ¡Ay, manita, se murió!

(*Articulación.*)

II
Se metió un comunista en la casa

1960. El mismo lugar. Tarde. Isabela escucha la radionovela Martín Valiente, el ahijado de la muerte, *en la gran radio.*

Narrador. *La mujer miró a Martín Valiente, el ahijado de la muerte, con lágrimas en los ojos. Nadie podía imaginar las verdaderas intenciones que habían llevado a Berenice hasta el paladín de los pobres y desamparados, el defensor justiciero.*

Berenice. (*Llorando.*) *Martín, debes creerme. ¿Por qué nadie cree en mí?*

Narrador. *Martín trata de resistirse, pero la aparente debilidad de la bella bruja lo hace flaquear mientras, en la oscuridad, el Monstruo del Guaire acecha.*

Martín. *Berenice, qué bella eres… Berenice, yo…*

Berenice. *No, Martín, no digas nada. No es necesario.*

Isabela. ¡Ay, Santísima lo van a matar!

Narrador. *Martín Valiente se aproxima a la mujer y esta, maquinando la estrategia con la que arrojará a nuestro defensor a las garras del averno, se lanza sollozando en los brazos del inocente, colocándolo de espaldas al lugar donde se encuentra el asesino.*

Berenice. *Martín…*

Martín. *Berenice….*

Berenice. ¡*Oh, Martín*!

Narrador. *La pérfida va llevando al "ahijado de la muerte" al lugar donde podría estar su tumba. En la oscuridad, el degenerado levanta el hacha.*

Isabela. ¡Cuidado, Martín, el monstruo del Aguirre está ahí! ¡Qué venga alguien a ayudarlo!

Narrador. ¿*Qué sucederá con nuestro defensor de la justicia*? *Todo parece indicar que se dirige a su fin. ¿Berenice logrará conseguir el tesoro que oculta la atribulada María Mandioca, en algún lugar de la finca de Oscar Meneses, después de que su secuaz, el Monstruo del Guaire, mate con el hacha a nuestro paladín*?

Isabela. ¡Qué venga alguien, Dios mío!

Narrador. ¿*Frijolito habrá muerto en el sótano de Rafael Naranjo*?

Isabela. Yo creo que no…

Narrador. ¿*Cómo saberlo*? *La vida de Martín Valiente parece estar llegando a su fin. La puerta del desván se va abriendo poco a poco,* (*Efecto de sonido.*) *para dar paso al arma homicida. Berenice va llevando al incauto a la meta, pero de pronto se escucha un disparo y un grito.* (*Efecto de sonido.*)

Frijolito. ¡*Señol Maltín*! ¡*Cuida'o, señol Maltín*!

Narrador. ¿*Quién habrá gritado con tan aterradora urgencia*? *Lo sabremos mañana en el próximo capítulo de* Martín Valiente, el ahijado de la muerte, *por Radio Rumbos*, *su emisora de confianza*. *Sigan ahora con*… La vida de las canciones.

(*Isabela apaga la radio molesta. Se escuchan tiros en la calle. Isabela se asusta y se abraza a la radio. Felicia entra corriendo.*)

Felicia. ¡Ay, Isabela, hermana, qué es esto! ¡Plomo por todos lados!

Isabela. ¡Mujer de Dios! ¿Qué haces tú en la calle con la situación como está?

Felicia. Es que fui a la pulpería de Cruz a comprar la comida.

Isabela. ¿Y eso por qué? ¿El abasto de los portugueses no queda en la esquina?

Felicia. Es que quería enterarme de una cosa y aproveché que tenía que comprar la comida y bajé; yo no me imaginé que a los guerrilleros les iba a dar por meterse hoy por La Bajada del Perro.

Isabela. Se meten todos los días por aquí, Felicia.

Felicia. Uno no sabía que con la democracia esto se iba a poner tan feo. Si yo hubiera sabido que todo esto iba a pasar, hubiera preferido que se quedara el General. Estos desórdenes, comunistas por todos lados corriendo como ratas, disparos cada cinco minutos; Plan de Emergencia, te dan cincuenta bolívares, ¿pero dónde compras qué?; una nunca se imaginó que hubiera tanta bala suelta y tanto gatillo alegre.

Isabela. Quédate tranquila, chica, que si oyen un ruido son capaces de meterse pa'cá, creyendo que estamos escondiendo a alguien.

(*Silencio.*)

Felicia. Isabela…

Isabela. ¿Sí?

Felicia. ¿Te enteraste que en la casa del musiquito, el que le echó la broma a tu prima, hay gente?

Isabela. ¿Sí? ¿Quién te contó?

Felicia. Natividad, mi hermano. Me dijo que pasó por ahí y vio a una gente metiendo un juego de recibo de paleta y un juego de comedor de ceiba. Me dijo que hasta tenían televisor… y grande…

Isabela. ¡Chica…! ¿Tú crees?

Felicia. No sé; yo me imagino que si alguien vive en los Parises tiene que tener televisor, porque esa, dicen, es la Ciudad de la Luz, ¿no?

Isabela. Como que sí. ¿No vio a nadie?

Felicia. A los hombres de la mudanza.

Isabela. No; a alguien de la familia.

Felicia. El musiquito no tiene familia en Caracas; esa casa era de su tía abuela y cuando murió le quedó de herencia a él.

Isabela. Chica, qué raro, ¿verdad?

Felicia. ¿Verdad? Por eso fue que fui a comprar la comida case Cruz y no case los portugueses.

Isabela. Me hubieras dicho y yo te hubiera acompañada incontinenti. (*Pausa*.) ¿Por qué no echamos una pasadita?

Felicia. ¡¿Estás loca?!

Isabela. Una tiene que enterarse de esas cosas porque la tranquilidad de mi prima hermana está en salsa.

Felicia. ¡En salsa vamos a estar nosotras si nos asomamos al portón!

Isabela. ¿Tú mamá sabe que fuiste sola a comprar caraotas a case Cruz?

Felicia. Tas loca, me mata a palos.

Isabela. Alguien podría contarle a doña Felicia.

Felicia. ¿Quién?

Isabela. No sé, pero podría enterarse de que su muchachita estaba en medio de una balacera, curioseando la vida ajena.

Felicia. ¡Isabela! ¿Tú no serías capaz?

Isabela. Tú sabes que soy tan boquifloja…

Felicia. Por eso es que a nadie se le ocurre venir a decirte nada.

Isabela. Mentira, cuando alguien quiere que otra persona se entere de algo me lo cuenta a mí.

Felicia. Yo no sé quién me mandó venir a decirte nada.

Isabela. ¿Me vas a acompañar?

Felicia. A veces me caes mal…

(*Van a salir pero se escuchan disparos. Se asustan. Un hombre con un revolver se mete en la casa. Lo vienen siguiendo tres policías.*)

Felicia. ¡Coooo!

Isabela. ¡¿Qué es esto?!

(*El hombre, con señas, las apunta con una pistola y les ordena que se mantengan calladas. Afuera se escuchan las carreras de sus perseguidores.*)

Esteban. ¡Párate!

Policía I. ¿Dónde se metió?

Policía II. ¿Por dónde se fue?

Esteban. Ustedes cojan por allá y yo por aquella calle.

Policía I. Debe haberse escondido en alguna de estas casas.

Esteban. ¡Si no lo encontramos vamos a tener que allanar algunos hogares por aquí!

(*Las mujeres*, *nerviosas*, *parecen querer reaccionar*, *pero el hombre las calla bajo amenaza*.)

Carlos. ¡Calladitas! ¡Shh! ¡Calladitas o disparo!

Isabela. ¡Usted está loco, señor!

Carlos. ¡Shh!

Isabela. ¿Cómo puede venirse a meter en esta casa? ¡Mi papá es policía y debe estar por llegar!

Carlos. ¡Escóndanme, por favor! ¡No les voy a hacer nada!

Felicia. Usted probablemente no, pero si esos señores que lo perseguían se llegan a enterar que está aquí se va a formar la tángana.

Carlos. Ustedes no pueden entregarme… ¡Me van a matar!… ¡Y primero se muere aquí otra gente!

Felicia. ¡Entienda nuestra situación!

Carlos. Entiendan la mía… Si esos esbirros me agarran, no me salva nadie.

Isabela. ¡Pero aquí no hay dónde esconderlo!

Carlos. ¡Tiene que haber!

Isabela. ¡Qué no, le digo! Todos los cuartos están abiertos y si vienen a buscarlo nos vamos a meter en problemas.

Carlos. Si yo no salgo de esta, ustedes tampoco, así que a ver cómo hacen. Vamos, busquen, que yo no estoy jugando. ¡Busquen en dónde me van a meter!

Isabela. ¡Mi papá es policía!

Carlos. Yo no le he preguntado la profesión de su papá.

Felicia. Ni lo haga.

Carlos. ¡Vamos, caminando!

Felicia. ¡Qué desgracia!

Isabela. ¡Ay, Felicia, estas cosas solamente pasan en Caracas!

Carlos. ¡Se me van callando! ¡Vamos, caminen callaítas y no les va a pasar nada!

Felicia. Pero si estamos callaítas.

Carlos. ¡Callejón Carmona! ¡Vamos, pues!

Isabela. (*Le quita la bolsa de la comida.*) Mire, señor, yo no vivo aquí. Yo casi ni conozco a esta señorita. Vamos a hacer una cosa, usted me deja ir con mis caraotas pa' mi casa y a mí se me va a olvidar que a esta casa entró un hombre… un perseguido político.

Felicia. ¡Qué es Isabela, esas caraotas son mías y la que no vive aquí soy yo! (*Le arranca la bolsa y quedan tiradas en el piso.*) Y mi mamá me está esperando pa' montar el almuerzo.

Carlos. (*Desesperado.*) ¡Se me callan, carajo!

Isabela. ¡Ay, dijo una grosería…!

Carlos. Si alguna de las dos vuelve a abrir la boca, me podrían poner nervioso… Y yo, cuando me pongo nervioso, no respondo del gatillo de mi revólver y comienzo a disparar como un loco. ¡¿Entendido?!

Isabela. Perfectamente, ¿verdad, Felicia?

Felicia. Ujú.

Isabela. Entendiíto.

Carlos. Vamos, pues…

(*Hacen mutis apuntadas por Carlos hacia las habitaciones. Llega Lorenza corriendo con Ursulina. Viene del trabajo.*)

Lorenza. ¡Llegamos!

Ursulina. No se puede andar por la calle con esa disparadera todo el día. Yo se lo dije a don Aarón: o esto se para o voy a tener que dejar de ir a trabajar a la fábrica, porque una vive en ascuas, en una zozobra total, corriendo pa'l trabajo, corriendo pa' la casa. Mi mamá dice que por el camino que va ninguna de nosotras vamos a sufrir de várices cuando seamos viejas. Dicen que en la esquina del Carmen, la Virgen apareció, y en la Maternidad nació un niñito con dos cabezas y una enfermera cuando lo vio, dijo: "¡Ay, qué niñito tan feo!". Y el carricito abrió los cuatro ojos y dijo "¡Feo, feo es lo que va a pasar el veintisiete de febrero!". Y se murió. Esto tiene que ver con Dios, porque la gente que vio a la Virgen dice que dijo que esto se acomodaba o el Ávila se iba a abrir y el mar iba a inundar toda Caracas.

Lorenza. Sandeces.

Ursulina. No; no son inventos, mujer, salió hasta en *El Nacional*. Radio Rumbos lo dijo esta mañana y Continente, también.

Lorenza. (*Caso omiso.*) Ursulina, creo que voy a dejar de trabajar con Aarón y voy a montar mi propio negocio.

Ursulina. ¿De qué?

Lorenza. De corte y confección.

Ursulina. (*Cambia el tema.*) ¿Te diste cuenta de que las ventanas de la casa de la señorita Carreño estaban abiertas?

(*Silencio. Lorenza retoma el tema.*)

Lorenza. Voy a comenzar aquí en la casa y tengo vista una casita en La Marrón que podría servirme más adelante.

Ursulina. Tú a veces me asombras, Lorenza: un día estás de luto cerrado por tu papá y al otro te vistes de flores; un día no tienes para caerte muerta y al otro has decidido montar tu propio negocio… y para eso se necesita plata.

Lorenza. ¡Yo estoy escuchando ruidos en la calle!

Ursulina. Pero para montar un negocio se debe tener. Tienes que pagar un abogado, una especie de representante para que se encargue de la compra o alquiler, porque aquí a las mujeres solas nanay nanay, nadie les hace caso.

(*Se escuchan unas carreras.*)

Lorenza. ¿No escuchas unas carreras en la calle? ¡Isabela!

Isabela. (*Off.*) Ya vamos.

Ursulina. (*Asomada por la ventana.*) ¡Ay, Lorenza!, unos hombres armados están entrando en mi casa, otros case los gallegos y otros están entrando… ¡aquí!

(*Irrumpen violentamente tres policías de civil.*)

Lorenza. ¡¿Qué es esto?! ¡Esto es un abuso! Ustedes no pueden entrar en esta casa de familia como si fuera una case citas.

Esteban. ¡Esto es un allanamiento, señorita, y es mejor que no se subleven porque pueden salir perdiendo!

Lorenza. ¡Explíquenme, por lo menos, por qué entran así!

Esteban. ¡No se altere, le dije! Los allanamientos no se explican. Estamos persiguiendo a un comunista. Tiene que haberse metido por estos lados. ¿Quiénes viven aquí?

Lorenza. Mi prima Isabela y yo. Ella es una vecina que trabaja conmigo en la fábrica del señor Aarón Goldman, en El Silencio.

Ursulina. Ropita infantil.

Esteban. ¡¿Qué?!

Lorenza. Ropita infantil es la que distribuimos en negocios como La Gran Canastilla, Pequeño Bebé, Cielitos y Korda Modas.

Esteban. (*Fastidiado, gira órdenes.*) Busquen en los cuartos, la cocina y el corral, y si ven a algún gracioso disparen primero y pregunten después.

(*Los policías van a los cuartos.*)

Esteban. ¿Desde cuándo viven ustedes aquí?

Lorenza. Esta casa ha sido de mi familia desde que La Pastora es La Pastora.

Esteban. ¿Qué hacen en la fábrica?

Ambas (Lorenza y Ursulina). Somos costureras.

Esteban. ¿Tiene hermanos?

Lorenza. Ojalá.

Esteban. ¿Se está haciendo la graciosa?

Lorenza. No lo crea.

(*Ruidos.*)

Isabela. (*Off.*) ¡No empuje!

Felicia. (*Off.*) ¡Una no gana pa' golpe!

Isabela. (*Off.*) ¡Qué no me empuje, que esta silla pesa mucho!

Policía I. ¡Caminen sin rechistar!

Felicia. (*Off.*) ¡Ay!

(*Los policías traen apuntadas a Felicia y a Isabela, quien empuja la silla del viejo Mario, en la que está sentado —como un discapacitado mental— Carlos González.*)

Policía II. No hay más nadie en la casa, señor.

Esteban. ¿Registraron bien?

Policía I. De cabo a rabo. Todas Las puertas están abiertas y se comunican, y no hay dónde esconderse.

Esteban. (*A Lorenza.*) ¿Quiénes son estas personas?

Policía II. ¡Conteste!

Isabela. (*Rápid*a.) Yo soy Isabela Patiño Borbón y Pámpatar, nací en Caracas, Venezuela, cuna del Libertador y fui criada, en contra de mi voluntad, en un pueblo de los Andes venezolanos que se llama Timotes y que nadie conoce. No me sé el número de mi cédula de identidad, pero yo no soy colombiana; vivo aquí con mi prima Lorenza Patiño Merente, de la que tampoco me sé la cédula de identidad, pero se la pueden preguntar porque es esta que está aquí. Ella trabaja de costurera casa de un nazi.

Esteban. ¡¿Nazi?!

Lorenza. ¡Judío! Se llama Aarón Goldman.

Isabela. Bueno, se llama Aarón Nazi y es judío y es muy bueno; le dio trabajo, primero a mi prima y después a Ursulina, que es

ella, que es hermana de Felicia que es esta, que tiene que llevar esas caraotas para su casa para que su mamá haga el almuerzo y si no llega ahorita, no va a haber nada de comer en su casa y todo el mundo se va a morir de hambre; y usted, que vela por la seguridad y bienestar del Estado, no quiere que su familia se muera de hambre ¿verdad?

(*Lloran Isabela y Felicia*.)

Esteban. (*Refiriéndose a Carlos*.) ¿Quién es el señor?

Isabela. ¡¿Él?! Él es… Es mi tío Mario.

(*Sorpresa general*.)

Isabela. Una vez cogió una rabia mientras comía y se quedó pasmado.

Lorenza. Sí, es verdad. Ni siquiera puede hablar.

Ursulina. ¡Ay, Isabela, (*Se acerca a verlo de cerca y Carlos le saca una pistola. Ella le pega por la mano y él esconde el arma*.) tienes que cambiarlo, está muy sucio…!

Isabela. Es que me distraje hablando con Felicia… y cuando iba a cambiarlo pasó todo esto.

Ursulina. Pobrecito, el doctor Domínguez Sisco dijo que podía morirse en cualquier momento.

Felicia. Sí, Domínguez Sisco, en El Conde.

Esteban. (*A los policías*.) ¡¿Entonces, nada?!

Policía I. Aparentemente, señor.

Esteban. Vayan cercando el próximo punto, inmediatamente.

Ambos (Policía I y Policía II). Sí, señor. (*Hacen mutis*.)

Esteban. Ustedes disculpen, pero es orden superior. (*A Carlos*.) Los comunistas atentan contra el bienestar social.

Isabela. ¿Y la democracia contra qué…?

Felicia. (*Dándole un pellizco*.) ¿Qué?

Isabela. No, que no entiendo cómo pueden estar en contra de la democracia. En Timotes no es así.

Esteban. (*A Carlos*.) Buenas tardes. (*Hace mutis*.)

Todos. Buenas.

(*Gran silencio*.)

Lorenza. Isabela.

Isabela. ¿Sí, prima?

Lorenza. Isabela, ¿tú tendrías la amabilidad y la cortesía de explicarme de qué trata todo esto?

Isabela. ¡Ay, prima!, lo que pasó fue…

(*Inesperadamente*, *Carlos se levanta apuntando con el arma*.)

Carlos. Aquí el único que explica soy yo.

Todas. ¡¡Ayyy!!

(*Articulación*.)

III
"Gumersindo, sácame al negro de la casa de Lorenza"

Inocente habla con Gumersindo desde la penumbra de la oficina.

Inocente. No es venezolano.

Gumersindo. No, señor, no es venezolano.

Inocente. ¿De dónde, Gumersindo?

Gumersindo. Aún no lo sé, pero averigüé que es judío.

Inocente. Otro judío que viene a buscar dinero. El país se nos va a convertir en una tierra de judíos y sinvergüenzas.

Gumersindo. Usted puede comprar el país si quiere.

Inocente. Ese dinero pertenece a la Causa. Mi tía abuela me lo dijo bien claro: la Causa… ¿Cómo se llama el judío?

Gumersindo. Aarón… Aarón Goldman.

Inocente. Esos judíos sí saben.

Gumersindo. Ha trabajado duro por el taller de costura.

Inocente. Es lo mínimo que tiene que hacer si piensa sacarnos la plata.

Gumersindo. La señorita Lorenza fue su primera empleada y ha resultado tan eficiente que actualmente es la encargada de la supervisión del taller de costura.

Inocente. Ella siempre ha sido muy eficiente.

Gumersindo. La de más estima por parte de Goldman. Ayer averigüé que está preguntando por un local en la esquina de La Marrón. Por lo que deduzco que quiere independizarse.

Inocente. ¿Tiene con qué?

Gumersindo. Los números que me dieron en el banco me dicen que no posee un gran capital, ni un buen asesor.

Inocente. ¿Y qué estás esperando, Gumersindo? La señorita Lorenza no quiere trabajar más con el judío… Ya abrimos la casa de La Pastora y te pusimos a vivir allí para que manejes tu consultorio jurídico. Estoy seguro de que todos se preguntarán por la persona que vive en la casa y entre ellos Lorenza, por supuesto.

Gumersindo. Por supuesto.

Inocente. Un abogado está en capacidad de asesorar a un futuro comprador, ¿o me equivoco?

Gumersindo. De ninguna manera, señor.

Inocente. Entonces, usted me coloca su carteloncito ofreciendo sus servicios a La Pastora. A lo mejor conseguimos a algún industrial en bruto y se nos vuelve una mina, ¿ah, Gumersindo?

(*Inocente desaparece. Gumersindo arregla unos documentos. Irrumpe Isabela.*)

Isabela. Permiso. La puerta estaba abierta y usted sabe cómo es una: pasé. Yo soy vecina desde hace poco; la que más ha vivido aquí ha sido mi prima. Pero ella está ocupada y yo salí a comprar la comida. Iba a case los portugueses de la esquina, pero como me dijeron que usted ique es abogado, bajé a comprar medio kilo de lagarto con hueso, fideos, unas verduritas, huevos, limones y un compuesto. Y así aprovechaba y lo conocía.

Gumersindo. Pase adelante. (*Le extiende la mano.*) Gumersindo Méndez.

Isabela. Isabela Patiño.

Gumersindo. Usted dirá. ¿En qué puedo servirla?

Isabela. Hay un negro que nos está acosando, y mi prima y yo tenemos miedo de que ocurra una desgracia en la casa.

Gumersindo. ¿Un negro?

Isabela. Un negro comunista.

Gumersindo. ¿Desde cuándo?

Isabela. Desde…

(*Se congelan. La casa de Lorenza. Carlos se ha lavado la cara en el aguamanil mientras Lorenza zurce un pañito. Carlos mira con lascivia a la mujer y ella se pone nerviosa.*)

Carlos. (*Morboso.*) Tu prima no está…

(*Silencio.*)

Carlos. Fue a comprar la comida para el almuerzo case los portugueses. Tenemos tiempo. Tú eres una mujer muy bella. ¿No te lo habían dicho? Tu prima es muy muchacha todavía, pero tú eres una mujer.

(*Silencio.*)

Carlos. A mí me gustan las mujeres como tú. Lo hacen sentir vivo a uno. Las muchachas son buchipluma no má'. En cambio, las mujeres como tú… ¿Tienes miedo?

(*Silencio.*)

Carlos. Me gusta cuando no hablan. Siente un miedo sabroso, ¿verdad?… No me contestaste… ¿Tienes marido?… Me gustan las mujeres con el pelo como el tuyo… No me tengas miedo. Yo no soy el coco. Tienes una piel suavecita.

Lorenza. (*Apartando la mano de Carlos*.) No me toque, por favor.

Carlos. ¡Pero tienes lengua! Yo pensaba que te la habían comido los ratones… Yo quiero que seamos amigos.

Lorenza. Yo no quiero ser su amiga.

Carlos. ¿Por qué no? ¿Porque soy negro?

Lorenza. Usted es bien pasado. ¿Hasta cuándo va a estar aquí?

Carlos. Los negros tenemos fama de ser buenos amigos, ¿sabías eso?

(*Silencio*.)

Carlos. Yo sé que tú quieres ser buena conmigo…

(*Silencio*.)

Carlos. Se te ve en la cara. Lo huelo en el sudor que dejas en el aire.

(*Silencio*.)

Carlos. Me lo dice esa tembladera que tienes.

(*Lorenza se levanta y se dispone a hacer mutis*.)

Carlos. No te vayas todavía, hay tiempo. Tu prima fue a comprar y seguro se queda hablando zoquetadas por el camino. Tú tienes cara de no haberlo hecho desde hace tiempo.

(*Silencio. Lorenza lo mira*.)

Carlos. Los negros somos buenos para esas cosas. Tú deberías dejarte hacer cariñitos por mí. (*Pausa*.) Si quieres…, tócamelo para que lo sientas.

(*Lorenza se detiene. Respira hondo. Tira el bordado al piso y se dirige al hombre. Lo toca con suave sensualidad en el miembro y este disfruta.*)

Carlos. Yo sabía que te gustaban las sinvergüenzuras en secreto; se te lee en la cara.

(*Lorenza le sonríe e inesperadamente le aprieta el miembro hasta producirle dolor. El hombre grita y le propina a Lorenza sendo golpe que la hace rodar por el piso.*)

Carlos. ¡Eres una salvaje!

Lorenza. ¡Era lo que usted quería! ¡Eso es para que aprenda a respetar a las mujeres decentes! ¡Yo no soy una realenga! ¡Yo no me acuesto con cualquiera y usted es cualquiera! ¿Está claro? ¡Yo soy mujer de un solo hombre!

(*Desaparecen.*)

(*Isabela termina de hablar con el abogado.*)

Isabela. … Yo no creo que sea ladrón, pero tiene algo que ver con política y si la policía viene y descubre que tenemos enconchado a un comunista en la casa nos la vamos a ver bien fea… y a mí me va a dar una curumbeta, ¿se imagina?, ¿nosotras presas de los botas blancas, torturadas por culpa de ideas extranjeras…?

Gumersindo. No se preocupe, yo voy a ver cómo muevo mis contactos.

Isabela. Nada de policía…

Gumersindo. Nada de policía.

Isabela. ¿Seguro?

Gumersindo. Seguro.

Isabela. ¿La semana que viene?

Gumersindo. La semana que viene.

Isabela. ¿Cuánto?

Gumersindo. Yo le diré. Vaya tranquila.

Isabela. Gracias, hasta la semana que viene.

(*Isabela hace mutis. Reaparece Inocente, quien ha escuchado todo.*)

Inocente. ¿Cómo se llama el negro?

Gumersindo. Carlos González Vega.

Inocente. Carlucho. (*Pausa.*) Ya sabes qué hacer.

Gumersindo. Sí.

Inocente. (*Antes de hacer mutis.*) Gumersindo, sácame al negro de la casa de Lorenza.

(*Articulación.*)

IV
La dueña

Sentada en la sala, en actitud desconsolada, está Lorenza. Llega Isabela y al verla así se pone muy nerviosa; aunque trata de disimular, es evidente su estado de ánimo.

Lorenza. Se fue Aarón Goldman. Aarón Goldman era un judío al que yo conocía. Y vino un día y te ofreció un empleo, y otro día, cuando una piensa que ha echado raíces en tu tierra, viene

y te dice que eres la dueña del negocio… de su negocio… Que él se va a su casa… Yo pensaba que los judíos no tenían casa fija… y que nunca dejaban su negocio… Bueno, por lo menos no lo mataron ni los botas blancas ni los comunistas… Tengo que guapear sola otra vez.

(*Se abstrae.*)

Isabela. Lorenza…

(*No le responde.*)

Isabela. Prima…

Lorenza. ¿Dónde estabas?

Isabela. Case Felicia.

(*Lorenza la mira de un modo extraño.*)

Isabela. ¿Qué pasa, chica? ¿Por qué te pones así?

Lorenza. Hoy, que el país celebra que el Presidente es esperado por todos en el Paseo los Ilustres, se fue Aarón Goldman.

Isabela. ¿A dónde?

Lorenza. A su tierra, con su familia, con su gente. Me dijo un día en el taller que él no quería quedarse aquí, que prefería morir por una causa que le perteneciera y no por una tan ajena; que aquí todo era mentira… y se fue… Yo debería sentirme feliz, porque me dejó el negocio y vamos a poder salir adelante. Hasta el contacto con Nabilo de La Gran Canastilla y sus amigos árabes me dejó… Él ha sido muy bueno conmigo… Yo lo ayudé a construir el taller…, pero nunca pude amarlo como él siempre esperó… No pude… Hoy se me va… y yo he estado pensando en Lucía, en Isaac, en papá y en mamá…

Me siento sola, Isabela… Con un taller, pero traicionada. Una dice "no me voy a caer, tengo que echar pa'lante". ¿Dónde? ¡¿Dónde queda eso?! ¿Tú sabes cuántos años tendría mi hijo si mi papá no me hubiera golpeado como lo hizo? ¿Tú sabes cuántos? Siete… Siete añitos… Un carricito así… ¡¿Qué hice yo?! ¡Yo amaba a Inocente! ¡¿Qué de malo tuvo eso, Isabela?! ¿Por qué he tenido que pagar todos estos años por habérmele entregado al hombre que yo amaba? ¡¿Y el amor?! ¡¿Dónde quedó?! ¿Es más importante la gente de afuera, de la calle…? ¿La decencia de qué? ¿De qué soy indecente?… Yo pude haberme prostituido y no lo hice… No lo voy a hacer nunca… ¡¡Soy una cobarde!!… No. Soy una mujer decente… ¿Tú crees que papá descansa en paz?… Yo no puedo… Yo no puedo descansar en paz… ¿Dónde estabas, Isabela?

Isabela. Case Felicia.

Lorenza. No; dime dónde estabas…

Isabela. Pregúntale a Ursulina…

Lorenza. Felicia y Ursulina andaban conmigo despidiendo a Aarón Goldman en el Fermín Toro. Acabamos de llegar. Me tomé un cafecito en su casa y me vine. (*Silencio.*) ¿Dónde estabas?

Isabela. Yo…

Lorenza. Tú.

Isabela. Yo…

Lorenza. ¡¿Dónde?!

(*Pausa.*)

Isabela. No me hagas todo esto más difícil. No has sido mala conmigo… Te hiciste cargo de mí desde que papá huyó… Yo te admiro… Me siento orgullosa de estar a tu lado…

Yo me hubiera vuelto loca… Ahora tú sabes que me toca a mí y tú hablas de ti… No quiero que sea tan doloroso… Tú te enamoraste de Inocente; yo me enamoré de Carlucho.

Lorenza. ¿El negro?

Isabela. Sí, Lorenza, qué vaina. El negro comunista. Me enamoré de una persona de segunda categoría. Así está el país en estos momentos. Lo llaman democracia… ¿Quién va a aguantar al general Justo Patiño, cuando se entere de que su hija va a parir alacrancitos que lo van a llamar abuelo?… Si los deja… si se deja conocer…

Lorenza. Pero tú no estás…

Isabela. Yo estoy enamorada. No me interesa más nada… Hoy estuve todo el día con él.

Lorenza. Él es un perseguido político… ¿Qué vamos a hacer?

Isabela. Me voy con él…

Lorenza. ¿A dónde?

Isabela. A Santo Domingo.

Lorenza. ¿Sin casarte?

Isabela. ¿Y eso qué importa, Lorenza?

Lorenza. Tu papá hubiera querido verte salir de velo y corona de esta casa, con un hombre de tu clase. A mí él me parece un recién llegado.

Isabela. ¡Es la segunda mitad del siglo XX!

Lorenza. Pero sin casarte, Isabela. ¿Qué va a decir la gente?

Isabela. ¡¡Nada!! ¡¿Qué van a decir?! ¡¿Que me fugué con un comunista?! Es verdad. No quiero medir consecuencias futuras, ¿para qué? Si no nos vamos pueden matar a Carlos en cualquier

momento. Él dice que no, pero yo sé que está planeando algo contra Betancourt y yo tengo miedo. Cuando escuchó al Presidente jurar que él no se había atrevido a poner las manos sobre los dineros de la nación y que se le quemaran, en nombre de Dios, si lo había hecho, él dijo: "Ay, conciudadano, le vamos a dar un sustico"… Que le iban a dar un sustico porque los brujos no deben estar jurando en vano y mucho menos cuando son presidentes de la República… Hace unos días estamos arreglando los pasaportes… Yo quiero que nos vayamos antes de que me lo maten.

Lorenza. Con una condición: antes de que te vayas te me casas con él; prima, por favor.

Isabela. ¿Y si me lo matan? Me da miedo quedar viuda tan joven.

Lorenza. Yo consigo que los saquen del país, pero como esposos, no como amantes. No quiero que salgas de aquí como una realenga, pero si es tu decisión voy ahora mismo a hablar con Gumersindo para que me los case por civil. Dile al negro…

Isabela. Se llama Carlos…

Lorenza. Dile al negro Carlos González Vega que no venga a salir con una de sus pachotadas de negro ahora, que yo consiento tu unión con él… en contra de mi voluntad… Y que se porte bien contigo donde quiera que se vayan o se las va a tener que ver conmigo…

Isabela. ¿No es tarde para andar por la calle sola?

Lorenza. Déjame tranquila… Isabela… Isabela, ¿tú estás…?

Isabela. No sé…

(*Pausa.*)

Lorenza. Por eso te veía tan jipata… Hoy mismo se me casan. ¿Dónde dejé la cartera? (*La encuentra.*) Voy a hablar con Gumersindo.

Isabela. ¿Cruz tendrá la pulpería abierta?

Lorenza. ¿Para qué?

Isabela. Para que me compres una cosita.

Lorenza. ¿Qué cosita?

Isabela. Un pote de leche condensada y unos limones, que tengo ganas de comerme un *duchito* de leche casero rico.

Lorenza. Un dulce de leche casero.

Isabela. Hecho por mí.

Lorenza. Un duchito casero echo por ti.

(*Pausa.*)

Lorenza. Ya vengo.

(*Hace mutis. Isabela se tira agotada en la silla.*)

Isabela. Cuídate, prima.

(*Articulación.*)

V
A Betancourt se le quemaron las manos

La boda de Isabela con Carlos González, presidida por Gumersindo Méndez. Ursulina y Felicia, junto con Nicolás, son las testigos. Paca

ha sido invitada. Todos aplauden el final del rito. Inesperadamente, se escucha una explosión. Todo se oscurece. La puerta se abre y una luz muy fuerte entra por ella. Inocente Carreño aparece en la puerta.

Inocente. Camaradas, ha habido un atentado en contra del Presidente de la República. Ha salido ileso y solamente se le quemaron las manos. Tenemos que estar preparados, porque lo que nos viene es duro contra todos. A Nicolás se le espera en el Aula Magna.

Nicolás. Seguro, Inocente.

Inocente. Quiero que me saquen a Gumersindo esta misma noche del país. ¿Entendido, Gumersindo?

Gumersindo. Entendido, señor.

Inocente. Carlucho, los están esperando en el Puerto de la Guaira y no quiero que regresen hasta que todo esté más asentado.

Carlucho. Como tú digas, mi llave.

(*Isabela se acerca a Paca para despedirse. Lorenza parece entumecida por la presencia del hombre y no sabe qué decir. Se acerca a Inocente, lo mira bien y se dispone a entrar en su cuarto caminando lentamente. Se desmaya. Carlos la levanta y la sienta en uno de los muebles. Isabela quiere quedarse, pero Carlos se la lleva, seguidos de Gumersindo y Nicolás. Paca se hace casi invisible y observa todo desde un ángulo en el que nadie la descubre. Todos salen, menos Felicia y Ursulina.*)

Inocente. Déjenme hablar a solas con ella.

Ursulina. ¡Ah, sí! ¡Nosotras tenemos que irnos!

Felicia. Sí, mamá nos dijo que llegáramos temprano. La cosa está mala… Usted sabe…

Ursulina. Disparadera por todos lados, correcorre, ahora se le quemaron las manos al Presidente; parecen que juegan todo el día al ladrón y al policía.

Felicia. Hasta luego… y felicitaciones a Isabela.

Ursulina. Sí, felicitaciones. Hablamos.

Felicia. Hasta mañana.

Ursulina. Pero vamos, imprudente…

Felicia. Imprudente tú, con esa felicitadera…

(*Hacen mutis. Lorenza despierta*, va *hasta Inocente. Le toca con dulzura la cara y le propina una gran cachetada, y vuelve a desmayarse en sus brazos. Inocente la sienta en el pollo de la ventana y espera sentado.*)

Lorenza. (*Despertando.*) ¿Puedo hablar? ¿No estoy muerta?

Inocente. No.

Lorenza. Entonces puedo hablar.

Inocente. Cuanto quieras.

Lorenza. Dicen que papá te acusó de comunista y te llevaron a la Seguridad Nacional. ¿Sabes que me hizo abortar?; ¿que Lucía mató a quien iba a ser su marido y luego se suicidó…? Betancourt tuvo un atentado y solamente se le quemaron las manos. ¿Tú sabes lo que eso significa? He estado esperándote casi diez años, como el país… pegada a la máquina de coser para poder pagar el agua, la luz, el aseo y el mandaíto con el que hemos podido comer estos últimos años… Esa tarde que pasamos juntos se repite y se repite y se repite como una barrera que me impide pensar en otra cosa… que me sobresalta, que me pone nerviosa cuando voy caminando por El Silencio y veo a un hombre con tu porte… "Se parece a Inocente, pero

él es más buenmozo. ¿Será familia de él?"… Y cuando van siguiendo a cualquier comunista me quedo tranquila porque sé que estás en París y allá no había tanto peligro.

Inocente. Yo nunca he estado en París.

Lorenza. … Me veía al espejo y pensaba en la mujer con la que estabas compartiendo la vida… Veía a los niñitos y yo pensaba en los que pudimos tener… En los que te habría dado ella… Los francesitos bellos como una manzana… Ahora tengo un taller de costura, donde hago ropita de bebé… Cuando hacía cocolisos… cuando hacía cocolisos, Inocente… Y pensar que Betancourt juró que no se había robado la plata del país… Que juró por Dios que eso no era así… "¡Que se me quemen las manos!". Y se le quemaron solamente las manos… Yo pensaba en ti cuando hacía cocolisos, Inocente…

(*Silencio.*)

Inocente. Cásate conmigo, Lorenza.

Lorenza. ¿Sabes cómo se hace un cocoliso de bebé? Como se mata el sueño de una vida diferente… Como se asesina un país… Así se hace un cocoliso.

Inocente. Cásate conmigo, Lorenza, y te prometo muchos cocolisos para nuestros hijos.

(*Silencio.*)

Lorenza. A Betancourt se le quemaron las manos…

Fin

LA DISCULPA

(Drama)

A los amigos que han tenido que sufrir la injusticia, el rechazo y la discriminación por haber nacido para elegir en el sexo solo una alternativa diferente; y haber sido feliz de otro modo, como quien mira con la plenitud de la otra cara de la luna. Al dolor azul y a los aferrados a la incomprensión… Van a tener que entender, aunque les cueste más que sangre.

César Eduardo Rojas Márquez

Personajes

Vito Salvato (Papá de Leopoldo, Rosa y Julio; cercano a los sesenta años)

Rosa Salvato (Mujer de treinta y cinco años)

Julio Salvato (Hombre de treinta años)

Leopoldo Salvato (Muerto, papá de Penélope)

Penélope Ricardo (Adolescente de quince años)

Roberto Ricardo (Hombre de veinticinco años)

Escenas

Prefacio

I. Intolerancia

II. Roberto

III. La cena

IV. Plus Café

V. La tragedia

Lugar

Urbe Latinoamericana, preferiblemente capital, de principios del siglo XXI.

Prefacio

A la puerta del teatro, mientras el público hace su fila de modo ordenado, llega Roberto destruido. Cuando intenta abrir la puerta se da cuenta de que han cambiado la cerradura.

Julio. ¿Para dónde piensas que vas?

Roberto. Vine a buscar mis cosas… Mi computadora, mis libros, mi ropa.

Julio. Es muy tarde. Has debido llevártelo antes de que se muriera la joyita de mi hermano, cuando te dijo mi papá.

Roberto. No quería dejarlo solo en el hospital.

Julio. Bueno, y nosotros no queremos dejarte entrar a la casa que fue de mi hermano y que ahora es de mi familia.

Roberto. Julio, por favor… Yo lo amo y yo no hice nada malo.

Julio. ¿Quién sabe? Porque Leopoldo está muerto.

Roberto. Pero no fue mi culpa.

Julio. No es eso lo que dice el viejo… Así que arranca… vuela hacia otro horizonte, pajarraco, si no quieres irte de una con mi hermanito.

Roberto. Otra amenaza…

Julio. No; yo soy solo el ejecutor.

(*Inesperadamente, Julio le mete una pescozada a Roberto, lo hace rodar por el piso y lo apunta con un arma.*)

Julio. Tú sabes cómo es el viejo de violento. Adiós, cuña…

Roberto. Seguro que nos vemos algún día, Julio.

Julio. A lo mejor en tu entierro.

Roberto. O en el de tu papá. Dale saludos de mi parte. Dile que tengo un secreto que le hubiera gustado conocer antes de ponerse tan bruto y echarme de mi casa a la calle… De la casa que compartí como pareja con su hijo Leo…

(*Julio levanta el arma con intención de disparar y con la misma, Roberto se va. Julio abre y entra.*)

(*Se da sala. El público ingresa al teatro.*)

I
Intolerancia

Al entrar el público somos recibidos por una tarantela que suena en el viejo tocadiscos. Vito, con gran arte, está pelando los tomates, picando la tocineta y los condimentos en caliente, para preparar una pasta con salsa; mientras los hijos —Rosa y Julio— le observan, sin ayudar, como si él estuviera creando una obra de arte y ellos pudieran estropearla si la tocan. En una gran olla que contiene agua hirviendo y en un caldero, va a juntar los ingredientes de la salsa.

Vito. Sí, viene… Viene a cenar con nosotros… Ya lo invité. Además, yo he preguntado por todos lados y todo el mundo coincide en decir que está sano y salvo… que él no tiene aquella enfermedad del *mio figlio*. Viene a cenar con nosotros…

Rosa. ¡¡Pero papá…!!

(*Julio se muere de la risa aunque trata de contenerla. Rosa se molesta.*)

Rosa. No me parece gracioso.

Vito. Pues no es un chiste y ya lo hice… Y no quiero opiniones… No les estoy pidiendo permiso… Hace mucho que tengo cédula de venezolano, soy mayor de edad y dueño de este domicilio.

Rosa. … Yo tengo derecho…

Julio. Ya está hirviendo el agua para la pasta, papá.

Vito. (*Por Rosa.*) No… Te acabas de equivocar otra vez… En esta decisión mía, tú no tienes derecho de nada… Lo perdiste cuando saliste detrás del rabo del orangután que te caía a golpes, porque decía que de ese modo te demostraba que te quería… (*Echando sal, una cabeza de ajo y la pasta al agua hirviendo.*)

Rosa. Soy tu hija… y tengo derechos… Yo soy la huérfana… la que se quedó al frente de tu hogar cuando mamá se murió, soy la única figura femenina que al parecer ha funcionado desde que nos quedamos sin mamá.

Julio. ¿Funcionado?

Vito. Pues perdiste, porque si tú eres la atribulada *figlia* huérfana, *io* soy el desconsolado viudo, si a ver vamos… (*Transición.*) No seas ridícula, Rosa, esta es mi casa. No se la robé a nadie. Me la gané con el sudor de mi frente… Fue lo único que me quedó… porque ni deudas tengo… y no estoy dispuesto a que se discuta sobre mi decisión… Ni tú… ni nadie… por lo menos mientras que esté vivo…

Julio. Yo no he dicho nada, viejo…

Vito. No, por si acaso… Porque tampoco quiero ronroneos a mis espaldas. (*Le da el tenedor a Julio.*) Toma, Julio, muéveme la pasta para que no se pegue…

Julio. (*Moviendo la pasta*.) Lo único que puedo decir es que ese tipo no es normal.

Vito. ¿Y quién lo es en esta época? Porque tú eres mi hijo, pero normal no eres.

Julio. ¡¡Tuki…!! ¡¡Ya me dieron lo mío!! Esta pasta está ardiendo.

Rosa. ¿Y si es peligroso? Nosotros realmente no lo conocimos nunca…

Vito. Leo lo conoció… y lo amó… Para mí es suficiente…

Rosa. ¡Leo! ¡Leopoldo! ¡Como si eso fuera garantía de algo! A mi hermano Leopoldo le parecía bien tanto un pordiosero como un payaso de circo, con tal de que estuviera provisto de una gran herramienta sexual…

Vito. ¡Rosa, respeta!

Rosa. ¿Y si el tal Roberto Ricardo es de esos que están bien vestidos, son simpatiquísimos y bellos, pero es un malandro, un delincuente resentido a punto de atacar en lo que tenga la más mínima oportunidad…?

Vito. Yo quiero darle una oportunidad… Una vez… yo pequé de soberbio… un egoísta… y no le di ninguna oportunidad al muchacho… No compartí su dolor con mi dolor, que al fin de cuentas era el mismo… porque los dos sentimos lo mismo con la muerte del *mio benjamin*… y yo lo pisoteé como una cucaracha, sin pensar si no en mí.

(*La luz cenital nos indica el aparte de Vito*.)

Vito. (*Al público*, *como si le hablara a Roberto*, *amargo*.) Eh, eh, eh… ¿Y dónde crees tú que vas?… No… Él no está… porque lo que está ahí esperando para ser cremado es solamente su cuerpo… Sí… yo sé que lo querías… Está bien, que lo amabas…

Roberto. (*Off.*) Tenga piedad de mí, por Dios.

Vito. ¿Dios? Lo que un padre tiene que oír… Pero de todos modos, no me da la gana…

Roberto. (*Off.*) Es mi muerto.

Vito. No… No es tuyo, ese muerto es mío… Es el *mio figlio*… ¡¡Mío…!! Y te agradezco que ni se te ocurra acercarte, ni ahora, ni después, ni más nunca… Y deja de ir al apartamento…

Roberto. (*Off.*) Le cambió la cerradura…

Vito. Sí… Yo lo mandé a cerrar con la policía…

Roberto. (*Off.*) Pero allí vivimos… Y tengo mis cosas, mi *laptop* recién comprada, mi computadora, mi ropa nueva, mis libros…

Vito. No me interesa… ni porque sea tu ropa nueva ni tu *laptop* recién comprada… Lo lamento… No te voy a devolver nada… No me da la gana… Todo lo que está en ese apartamento está confiscado… ¿Lo entiendes? Todo lo que está adentro le pertenece a mi Leo… Hasta los recuerdos… y como él no está para decidir, y no tuvo mujer y yo soy su padre… ahora todo es mío… todo… Así son las leyes, las verdaderas… Así que fuera… ¡¡Fuera de aquí!! ¡¡Deja de estar diciendo que fue tu pareja…!! Y dile a la cuerda de degenerados, que me imagino que son tus amigos, que no los quiero por aquí, porque nosotros somos una familia decente y no queremos maricos ni lesbianas hoy… Porque este dolor es mío… Mío y de nadie más… mucho menos de un amanerado. ¡¡Fuera, mal nacido!! ¡¡Fuera de nuestras vidas para siempre!!

Roberto. (*Off.*) ¡¡Eso va a ser imposible, don Vito!! ¡¡Imposible!!

(*El cenital se apaga y Vito vuelve a la normalidad.*)

Rosa. Ya dije mi última palabra… No quiero que venga…

Vito. ¡¡Eso va a ser imposible!! (*Probando el condimento*.) Este pimentón está delicioso.

Rosa. A lo mejor hasta él sí fue el culpable de la muerte de Leopoldo. Tú mismo lo dijiste. ¡¿Quién pudo contaminar de sida a nuestro Leo?!

Julio. Senda obtusa, Rosa… El que no entiendas el fuego no quiere decir que no existe… No seas ciega…

Rosa. ¡¿Te vas a poner del lado del enemigo?!

Julio. A lo mejor y hasta te estás beneficiando del calor de las llamas.

Rosa. Yo siempre he pensado que eres así no porque estés siempre fumado, sino porque a mi mamá se le pasó un poquito el parto y no respiraste a tiempo, y por eso te volviste cretino… Es decir, casi retardado mental.

Julio. No escupas para arriba porque la saliva puede caerte en la cara. Acuérdate de que hay muchas maneras de contaminarse con el sida… y no es un prejuicio.

Rosa. ¿Acaso tú sabes algo que yo no sé?

Julio. ¿Yo…? ¿Y por qué?

Vito. Rosa, hija…, estoy convencido que la que tiene problemas de la cabeza eres tú. Te haría bien ver un psiquiatra.

Rosa. Si tú me acompañas para que te vean a ti también… porque acuérdate que lo que nosotros, comandados por ti, le hicimos al tal Roberto cuando se murió tu hijo menor no fue una caricia de bebé, papá…

Julio. Lo dejamos en la calle, sin ropa, ni sus pertenencias… ni nada… y a lo mejor estaba enfermo como mi hermano.

Vito. Pero le quedó su amor.

Rosa. ¡Papá…!

Vito. El tiempo pasa… y uno puede haberse equivocado… Errar es de humanos y corregir, de seres superiores…

Rosa. (*Amarga*.) Y la conciencia le hace mucho daño a los moribundos…

Vito. Rosa, respeta… Hoy cenamos con él…Respeta…

Rosa. ¡¡Respétate tú primero, papá…!! ¡¡Ahora menos que nunca, ese señor merece sentarse en nuestra mesa!! ¡¡Porque si antes no era nuestro enemigo, con todo lo que le hicimos debe estar sentado en la puerta de su casa esperando que pasen nuestros cadáveres!!

(*Rosa gira y encuentra a Roberto llorando en un banco de plaza*.)

Rosa. Parece que te duele.

Roberto. Yo lo amaba de verdad.

Rosa. Por Dios, ¿cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes decir que lo amabas? Mi hermano era un hombre y eso que tú sientes es contra natura.

Roberto. Pero no anti ser humano, porque si no fuera así no habríamos tantos gais en el planeta. Moriríamos al nacer y los heterosexuales jamás hubieran podido crear la mitad de la belleza que existe en este planeta gracias a nosotros, porque les duela o no poseemos una actitud, una formación estética superior a ustedes, los que se tildan de normales.

Rosa. Pendejadas.

Roberto. Realidades. Yo no sé por qué tu papá me está haciendo esto. Yo lo único que hice fue amar a tu hermano. Yo no soy un puto ni un regalado. Yo jamás me he acostado con otro hombre que no fuera tu hermano. Nosotros fuimos felices. ¿O es que nada más los heterosexuales son capaces de ser felices viviendo en pareja? ¿Dónde dice eso?

Rosa. Eres un aberrado, igual que mi hermano. ¡¡Todos los que son como ustedes me dan asco!!

Roberto. (*Estalla progresivamente.*) ¿Y eso por qué? ¿Por miedo a ver que sí podemos hacer los que ustedes nunca harán? Mírate tú: fracasada, sola, sin hombre, porque para ti la felicidad solo se logra viviendo en pareja y ningún macho se cala tus impertinencias, tus manías y tu neurosis. Te he observado demasiado estos últimos años, en los que uno de tus fracasos sentimentales seguía a otro y a otro… Y he visto con dolor cómo todos tus pretendientes se acercan entusiasmados y te miran como la niña linda que luego se les convierte en una tragedia, un fastidio, una impertinencia mezclada con insatisfacción y tus miedos, mientras los invades y tratas de adoptarlos, de encargarte de todo lo que ellos hacen, de consentirlos, de llevarles las agendas, los teléfonos, las citas… Y siempre te dejan sola, porque los asfixias y huyen de ti como quien huye de la peste, después de que se acuestan contigo, como quien se acuesta con una muñeca de plástico.

Rosa. Marico.

Roberto. (*Sin escucharla.*) … Ningún hombre te soporta porque te malacostumbraron tu mamá y tu papá; queriendo convertirte en una mujer te volvieron maleducada, te hicieron pensar que tú lo sabías todo y todo lo hacías mejor que nadie y ningún hombre quiere calarse a una mujer como tú. Así como ninguna mujer se cala al drogadicto delincuente taimado de tu hermano Julio. Y aunque te dé asco lo que somos, tu hermano Leopoldo fue feliz conmigo. Y aunque lo asuman o no, los seres como tú, a nosotros, los gais, los que hemos estado vetados y marginados de la sociedad por siglos, nos llegó el momento para ser felices y hacer felices al resto de los seres humanos, a esos niños de la calle, o indigentes sentimentales a los que la vida les negó una oportunidad para tener una familia convencional, un amor incondicional, una felicidad

aceptada y anhelada. Mientras los seres como tú se revuelcan en la procacidad de su no-existencia.

(*La luz cambia para indicarnos que estamos en el presente.*)

Rosa. ¡¡No, no, no!! ¡¡No quiero sentarme a comer con él!! ¡¡No lo acepto!!

Vito. Me sabe a caca… Porque aquí, en mi casa se hace lo que yo digo que se haga…, ¿entiendes? Porque puedo repetírtelo una vez más: tienes dos alternativas: o te acoges a mis órdenes o ve recogiendo, porque quiero ser feliz los últimos meses o años que me quedan de vida… Y no estoy dispuesto a que tus inseguridades y tus paranoias me hagan más daño… aunque sea en nombre del amor que dices que me tienes… Porque hay amores que matan, Rosa… y el tuyo es de esos…

Rosa. Exagerado.

Vito. Histérica.

Rosa. ¡¡Papáá!!

(*Vito los mira con odio.*)

Julio. Voy al jardín… a fumar… Si me necesitan…

Rosa. Voy contigo… a ver si fumando me tranquilizo.

Vito. Tendrías que fumarte un tabaco para elefantes.

(*Julio y Rosa salen hacia el jardín. Vito licúa los tomates, cebollas, ajos y compuesto para la salsa. Le pone sal, licúa un poco más. Prueba y aprueba mientras canturrea.*)

Vito. Hmmm. Listo.

Leo. Hola, papi…

Vito. Hola mi amor… ¿Dónde estabas?

Leo. En el ensayo…

Vito. Esta salsa está quedando como a ti te gusta… Lástima que ya no comes…

Leo. Lástima…

Vito. Ya les dije a tus hermanos que invité hoy a Roberto a comer con nosotros.

Leo. A él le va a gustar mucho… Yo siempre le contaba de tu comida, le decía que tus pastas eran las mejores del mundo entero… y entonces soñábamos, acostados en la cama, poder venir algún día juntos a comer contigo y con mis hermanos… como una familia… Pero no pudo ser…

Vito. Y te juro que lo lamento… Yo fui un bruto… y tus hermanos no se quedan atrás… Rosa sigue siendo homofóbica… y Julio siempre está tan fumado que no sé ni qué piensa… porque siempre está *cool*.

Leo. No importa… Lo más importante es que hayas invitado a Roberto finalmente, porque seguro que te trae la sorpresa que siempre quise darte…

Vito. ¿Y por qué no me la diste?

Leo. No me dio tiempo.

Vito. Es verdad… Pero dame una pista…

Leo. La pasta está lista… y si no la sacas ahora, se va a pegar.

Vito. Leopoldo, no me evadas… A mí no se me pega nunca la pasta… ¿Cuál es la sorpresa que Roberto me va a traer?

Leo. Lo único que puedo decirte es que coloques dos juegos de cubiertos de más y no uno.

Vito. ¿Pero él es uno? ¡¿O viene con otro?! ¡¿Con su nuevo amor?!

Leo. Viene con nuestro otro amor… Haz lo que te digo… y no preguntes más…

(*Vito mira a Leo como tratando de desentrañar el secreto.*)

Vito. Dime, que no me voy a asustar…

Leo. No te vas a asustar… Es posible que te sorprendas y hasta que dudes…, pero te prometo que no te vas a asustar.

(*Vito escurre la pasta. Le pone aceite de oliva, ajo y ají dulce en pedacitos, que ha picado muy pequeños, y una pizca de sal.*)

Vito. Te prometo que va a ser una gran comida. (*Llamando.*) ¡¡Rosa, Julio!! ¡¡Ayúdenme a poner la mesa mientras me cambio!!

(*Leo pone* El barbero de Sevilla *a todo volumen mientras Rosa y Julio colocan la mesa de mala gana. Tocan a la puerta.*)

Vito. (*Emocionado como un niño.*) ¡Es él! ¡Ya llegó!

(*Articulación.*)

II
Roberto

Vito abre la puerta y en el umbral, con un pequeño ramo de rosas rojas, está parado Roberto. Un ejemplar hermoso, demasiado atractivo para ser heterosexual, pero sin una pizca de amaneramiento.

Roberto. Hola, Vito. Vine.

Rosa. Lo sabemos.

Vito. Pero no te quedes ahí… Vamos, pasa… Te estábamos esperando… ¿verdad?

Rosa. Ujú. Estábamos desesperados porque no llegabas.

(*Julio levanta la mano y saluda. Está trabadísimo por lo que acaba de fumar.*)

Roberto. Pero no vine solo…

Rosa. ¡Qué descaro!

Julio. Creatividad.

Vito. No te preocupes… yo estaba avisado… Leopoldo me dijo que si alguna vez venías no ibas a venir solo.

Rosa. ¿Qué Leopoldo, papá?

Julio. Tu hermano, boba…

Rosa. Qué horror…

Roberto. Vine con ella…

Vito. ¿Ella?

Roberto. Mi hija… Es decir, nuestra hija.

Rosa. ¿Cómo que su hija? ¡¿Pero él no es…?!

Vito. ¿Qué fue Rosa?

(*Y aparece una hermosa adolescente de quince años vestida a la moda.*)

Penélope. Hola.

Vito. (*Sorprendido.*) Pero esa niña… esa niña es idéntica a mi hija…

(*Vito busca con la mirada a Rosa y sus lerdos hijos se levantan para ver a la adolescente en todo su esplendor.*)

Penélope. A su hija Rosa cuando era pequeña… Eso decía mi papá Leo…

(*A Vito le cae la locha y se tapa la boca, con los ojos llenos de lágrimas ante la impresión tan grande.*)

Vito. ¿Tú papá Leo?

Rosa. Tuvo una hija… ¡Leo tuvo una hija con Roberto…!

Penélope. Sí, soy yo… Mucho gusto…. Soy Penélope.

(*Le extiende la mano a Rosa y esta se la da embobada.*)

Rosa. ¡¿Pero cómo?! (*Transición. Le da la mano.*) Rosa.

Penélope. (*Mirándole el manicure.*) También me gustan las uñas pintadas en esos tonos.

Vito. (*Abrazando a la niña.*) Roberto… ¿Ella es…?

Roberto. Nuestra hija Penélope, Vito…

Rosa. No entiendo… Porque por lo visto, esta niña vive conflictos de paternidad múltiple.

Penélope. Múltiple, no, yo solo tuve dos papás… y ahora tengo uno: solo a Roberto.

Vito. (*Sin querer preguntar más, para no ser mal educado.*) Pasen… Bienvenidos… Bienvenida a tu casa, Penélope… Pasen adelante…

(Julio pone en el equipo de sonido una de las piezas más famosas del cantante George Michael, Like a Jesus to a Child.)

Rosa. ¿Tienen que poner esa música?

Julio. Era la que más le gustaba a mi hermano.

Penélope. Y a mi papá.

Julio. Son los mismos… creo…

Vito y Penélope. Era su ídolo.

Rosa. Qué cursi.

(*Ríen de la casualidad*.)

Vito. Bueno, pasemos a la mesa de una vez…

Roberto. A la mesa…

Rosa. (*A Penélope*.) Siéntate aquí. Ese era el puesto de mi hermano Leo…

Penélope. ¿Mi papá?

Rosa. Ujú… Tu otro papá.

(*Articulación*.)

III
La cena

Todos sentados a la mesa esperan a que Vito sirva una ensalada caprese como entrada, mientras ha colocado la pasta en el centro de la mesa con la jugosa y espesa salsa de tomate y tocino al lado. Roberto y Julio intentan abrir la botella de vino y Rosa está embobada mirando a la hija de su hermano.

Penélope. Es muy bonito su papá…

Rosa. El tiempo lo ha vuelto viejito…, pero te aseguro que cuando era joven era bello… Le llovían las novias… Nunca entendimos por qué no se casó más después de que mamá murió.

Julio. (*Ofrece.*) ¿Vino?

Rosa. No, después…

(*Le sirve a Vito, a Roberto, y le hace señas a Penélope indicándole que a ella no le va a servir porque está muy pequeñita.*)

Vito. Rosa, deja de hablar aguado… que el cura dice, cuando la gente se casa: "juntos hasta la muerte" y yo jamás les hubiera podido poner una suplente… ¿Se imaginan que les hubiera puesto una mamá de sustituta? ¿Cómo se hubieran sentido? Además… No… Yo casarme con una vieja… eso nunca… Las mujeres viejas tienen muchas malas mañas… y la verdad es que no estaba dispuesto a calarme las impertinencias de una vieja a la que a lo mejor ni se acordaba cómo se hace el amor. ¡¡Ay…, perdón..!! ¡¡Perdón, Penélope!! ¡¡Yo no quise decir eso!!

Roberto. No se preocupe Vito, estás en tu casa y Penélope sabe que aunque oiga, hay cosas que escucha y cosas que no… ¿Verdad, mi amor?

Penélope. No escuché nada de nada…, pero estoy de acuerdo con el señor Vito: con una vieja…

Penélope, Vito y Julio. ¡¡Jamás!!

(*Se ríen.*)

Vito. ¡A comer…!

(*Todos oran en silencio antes de comenzar a comer. Nadie le quita los ojos de encima a Penélope, que le hace señas a Roberto y él se ríe de la situación.*)

Vito. Buen provecho.

(*Comen. Rosa apenas prueba la ensalada y ve a los demás comer. Julio y Roberto beben mientras comen.*)

Penélope. Está deliciosa la ensalada… Mi papá no le pone tanto aceite de oliva porque dice que eso engorda…, pero esto está delicioso…

Roberto. Los tomates son una belleza, Vito.

Vito. Tuve que andar Caracas entera…, pero ya conseguí un lugar… Aunque te parezca extraño, frente al Pasaje Zingg llegan unos camiones de unos negros que no son de aquí… y siempre tienen esos tomates bellos…

Roberto. Yo recuerdo que, cuando era pequeño, todos los tomates eran así, grandes, hermosos, delicados… manzanos, los llamaban en mi casa…

Julio. Y aquí también.

Vito. Tenían un sabor diferente…

Roberto. … Casi no había de esos que uno llama tomate perita, pero después, cuando empezó el *boom* petrolero, con la desaparición de la Caracas vieja y al dejar de ser un país rural, pasamos a ser urbanos y prácticamente desaparecieron los tomates manzanos y solo quedaron los chiquitos…

Julio. Bueno, ahora a los grandes los llaman tomates margariteños, porque dicen que solamente se dan en aquella esquina olvidada del mundo.

Rosa. Cada pueblo tiene los tomates que se merece… y si algún pueblo intentaría independizarse de Venezuela antes que los mismos maracuchos, serían los margariteños… Con decirte que venden la isla como un destino en el Caribe y no como si fuera parte de Venezuela… Porque ique si no, nadie iría a la isla.

Vito. Bueno, vamos a estar claros, es que las noticias de nuestro país en el exterior son realmente alarmantes… Cualquiera diría que las informaciones las da alguien que nos odia…

Roberto. O a lo mejor estamos tan metidos en nuestras historias particulares que no nos damos cuenta de lo que realmente pasa alrededor de nosotros…

(*Silencio. Beben y Vito comienza a servir por platos la pasta.*)

Julio. (*Ofrece.*) ¿Vino?

Roberto. Un poco…

Rosa. Por eso digo que cada pueblo tiene el tomate que se merece… (*Transición.*) ¡Papá no me eches tanta pasta que después me voy a poner como una vaca!

Vito. Yo no sé cuándo va a terminar de crecer esta mujer… Han pasado los años y se sigue comportando como una adolescente estudiante de bachillerato. (*A Penélope.*) ¿Tú qué piensas?

Penélope. Que los niños somos la esperanza del mundo.

Vito. (*Impactado por la respuesta.*) Gracias a Dios… porque estos dos dejaron de ser niños hace años…, pero quieren convencerme de que no han crecido y me quieren volver loco… (*Confidente.*) No me han pegado porque no me he dejado… Porque a ellos les encantaría agarrar una correa y caerme a palos cada vez que puedan y no hago lo que quieren que haga…

Rosa. ¡¡Papá!!

Julio. ¿Y esas confesiones a esta hora?

Vito. Estoy hablando con el futuro… porque si me descuido, nadie va a recordar que también fui humano…

Roberto. (*Divertido*.) Vamos, Vito, todavía tienes mucha vida por delante…

Vito. Digamos que sí… que por delante me queda vida… porque por detrás, nada… Hay recuerdos que no quiero ni volverme para pensar que nunca existieron…

(*Las imágenes no dejan de comer pero como en burbujas individuales, sin darse cuenta lo que ocurre. Regresamos al pasado. Vito pelea con Leopoldo. Penélope lo observa todo.*)

Vito. No lo entiendo. No me lo expliques, porque no lo entiendo y no lo voy a entender nunca, aunque tenga que meterme la lengua en el rabo porque tú tienes tu vida como te dé la gana y no como yo quería que fueras.

Leo. No por no hablar de la muerte dejas de morir.

Vito. No me interesa… Pero no me gusta… A mí no me criaron para entender a los maricos y a las lesbianas.

Leo. Es que si descubro que Rosa es lesbiana soy capaz de devolver por lo menos la mitad del carnet.

Vito. Dios te va a castigar.

Leo. Mentira, eso lo inventaron los heterosexuales para presionarnos y hacernos sufrir. Nosotros también somos hijos de Dios y los seres incomprensivos como tú han hecho que nosotros nos convirtamos en los seres abominables que a veces llegamos a ser. Si fueran menos insensibles… menos temerosos o menos brutos, en este momento no hubieran tantos homosexuales muertos, acomplejados, maltratados o escondidos… temerosos de asumir lo que son para que no les hagan daño… porque estoy convencido de que los heterosexuales necesitan víctimas para poder sobrevivir y ya que los negros no lo son más, tenemos que ser nosotros…

Vito. Cállate, Leopoldo, o te rompo la cara.

Leo. Mátame si quieres, pero no puedo dejar de ser gay porque a ti te da la gana. ¡¡No puedo!! ¡Me gustan los hombres! Y no voy a dejar de tener pareja… de mi sexo, pero pareja… Porque hay muchas maneras de morirse allá afuera en la calle y se duplican cada día… y no quiero que mi vida se acabe por un goce eventual o por una equivocación… Además, así como tú amaste a la mujer que fue mi madre, así yo amo a Roberto… Tengo derecho a amarlo como me salga del forro y él va a ser mi amor mientras yo viva y hasta que yo muera.

Vito. ¡¿Por qué tuviste que nacer así?!

Leo. ¡¿Qué quieres?! ¡¿Que me sienta inferior porque te da pena que tus vecinos y los amigos de la familia sepan que yo preferí a los hombres a tener que calarme a las histéricas, insatisfechas y mentirosas de las mujeres, y sus manías y sus taras?! Son territoriales, histéricas, maniáticas, neuróticas… ¡¿No se han preguntado nunca cómo pueden los hombres enamorarse de un ser tan vil?! Y lo peor es que han inventado todo tipo de trampas para que los malos seamos nosotros… Y a los que se les ocurra tener hijos con ellas y deciden que no las quieren más porque se obstinaron de sus viditas, entonces les embargan desde el sueldo hasta el futuro, porque no pueden pegarles, porque las dejaron de querer por lo que son. Escúchalo bien: por lo que son. El sexo femenino debería preguntarse por qué cada día hay más hombres desamparados que optan por compartir con otro hombre y menos que quieren regresar con ellas, que son sus hembras… sus mujeres… Porque en nombre del honor y la familia han acabado con la familia, el honor, la felicidad, diciendo que fueron los hombres y si las dejan van a terminar acabando hasta con la vida sobre el planeta. A lo mejor con el tiempo se descubre que el sida fue un invento de una mujer.

(*Vito se acerca y le tuerce la cara de una bofetada a su hijo*.)

Vito. Misógino.

Leo. No, misógino no; marico, papá… Ma-ri-co y con marido… y defendiéndome de lo corrosivas que suelen ser las mujeres, a mucha honra, porque son nuestras enemigas naturales y no van a dejar de serlo nunca.

(*Vito regresa destruido a la mesa y llora en silencio. Leo desaparece y los comensales se descongelan*.)

Vito. (*Ocultando las lágrimas*.) ¿Más salsa?

Roberto. Sí, por favor… Porque a eso vinimos: a comer de su comida…

Penélope. Papá, mi abue… el señor Vito está llorando.

Rosa. Ni lo repitas porque nos hace el *show* del pobre mártir agobiado por el sufrimiento que le producen los seres que ama.

Vito. No le hagan caso a Rosa, que cada vez está más insoportable… (*A Penélope*.) Es que soy un viejo llorón y estoy feliz de que hayan venido… Aunque me van a disculpar si de pronto yo… o alguno de mis bebés se pone subido de tono o grueso. ¿Te gusta mi comida?

Penélope. Hmmm. Está riquísima. Es tan rica como me contaba mi papi Leopoldo, cuando estaba chiquitica.

Roberto. ¿Ve? Era lo que más queríamos hacer desde hace tiempo… Incluso desde que Leo estaba vivo… Venir juntos a comer con ustedes.

Vito. ¡Qué brutos solemos ser los padres!, ¿verdad?

Julio. ¿Se acabó la pasta?

Vito. Pero puedo hacer más si quieres, hijo.

Rosa. No hagas más pasta, que ya Julio parece una vaca.

Penélope. Si quieres te doy esta que me quedó de la mía.

Vito. No señor… Es la primera comida de mi parte para ti y quiero que te comas todo y dejes el plato vacío, como se hace en los pueblos europeos, que después de las guerras aprendieron que lo que te sirves en el plato es bendito y sagrado, y debe comerse completo.

(*Julio y Rosa hacen un gesto de desaprobación y se llevan a Penélope con ellos a la mesa del recibo.*)

(*Intermedio para recoger los platos del público.*)

(*Articulación.*)

IV
Plus Café

Penélope está jugando Scrabble con Julio y Rosa. Vito aprovecha para conversar en privado con Roberto.

Vito. (*Íntimo.*) Y cuéntame… ¿cómo pasó? Porque esta cabeza mía no me deja entender cómo esa niña puede ser mi…

Roberto. ¿Penélope?

Vito. Ujú.

Roberto. Me tiene que disculpar, porque el cuento le podría parecer un poco grueso, pero la verdad es que los dos la deseábamos…

Vito. ¿Los dos?

Roberto. Él y yo…

Vito. No entiendo…

Roberto. Me pregunto si de verdad quiere conocer los detalles…

Vito. Quiero, Roberto…, quiero conocer todos los detalles que años atrás me negué a aceptar y a conocer de mi hijo, porque creí que el único que tenía un modo de vida correcto era yo… y mírame: solo, desdichado, con dos hijos que no me quieren, que no terminan de crecer y van directo a los cuarenta sin haber logrado nada, porque todo les da miedo si papá no se los aprueba… Y el único que se atrevió a desobedecerme, fue el único que pudo llegar a ser feliz, aunque le costara la vida… Así que quiero conocer todo lo que antes no escuché sobre mi hijo.

Penélope. (*Discutiendo con Julio, por una palabra.*) El temor a las cosas desconocidas no justifica ni el maltrato ni la vejación.

Julio. Perro, chama, ¿de dónde sacaste eso?

Penélope. De ver a mis dos papás. Todos los niños tenían una mamá y un papá y yo solo tenía dos papás… Y son gais. Pero no por eso los he dejado de querer nunca.

Rosa. Pero eso es una aberración.

Penélope. Si no hay amor y no me lo hubieran explicado clarito, sí; pero como me lo explicaron, no.

Roberto. Penélope…

Vito. Déjala que diga lo que quiera… Esta es su casa…

Penélope. Escuchen, que yo se los voy a explicar a ustedes. Presten atención para que no incurran en equivocaciones: "Declaración Universal de los Derechos Sexuales: La sexualidad es una parte integral de la personalidad de todo ser humano. Su desarrollo pleno depende de la satisfacción de las necesidades humanas

básicas, como el deseo de contacto, intimidad, expresión emocional, placer, ternura y amor".

Julio. ¡¡Tuki!!

Penélope. "… La sexualidad es construida a través de la interacción entre el individuo y las estructuras sociales. El desarrollo pleno de la sexualidad es esencial para el bienestar individual, interpersonal y social".

Rosa. (*Aparte a Julio.*) ¡¡Qué horror!! ¡¿Cómo han hecho para que esta niña tan pequeña diga estas cosas?!

Penélope. "Los derechos sexuales son derechos humanos universales basados en la libertad inherente, dignidad e igualdad para todos los seres humanos. Dado que la salud es un derecho humano fundamental, la salud sexual debe ser un derecho humano básico. Para asegurarnos de que los seres humanos de las sociedades desarrollen una sexualidad saludable, los derechos sexuales siguientes deben ser reconocidos, promovidos, respetados y defendidos por todas las sociedades de todas las maneras". (*Transición.*) Papá enumérame y yo voy diciendo.

Roberto. El Derecho a la Libertad Sexual.

Penélope. "La libertad sexual abarca la posibilidad de los individuos de expresar su potencial sexual. Sin embargo, esto excluye todas las formas de coerción sexual, explotación y abuso en cualquier tiempo y situaciones de la vida".

Roberto. El Derecho a la Autonomía Sexual, Integridad Sexual y Seguridad del Cuerpo Sexual.

Penélope. "Este derecho involucra la habilidad de tomar decisiones autónomas sobre la vida sexual de uno dentro de un contexto de la propia ética personal y social. También incluye el control y el placer de nuestros cuerpos libres de tortura, mutilación y violencia de cualquier tipo".

Roberto. El Derecho a la Privacidad Sexual.

Penélope. "Este involucra el derecho a tomar decisiones individuales y conductas sobre la intimidad, siempre que ellas no interfieran en los derechos sexuales de otros".

Roberto. El Derecho a la Equidad Sexual.

Penélope. "Este derecho se refiere a la oposición a todas las formas de discriminación, independientemente del sexo, género, orientación sexual, edad, raza, clase social, religión o invalidez física o emocional".

Vito. (*Acusando malestar.*) ¡Ya…! ¡Suficiente…! Eres una niña muy inteligente…

(*Todos están boquiabiertos.*)

Rosa. Niña, ¿y tú juegas?

Penélope. Mucho. Tengo buenas amigas… Porque la sexualidad de mis papás no influyó en mis gustos y son de lo más comunes y corrientes… Vivir con hombres es complicado, sobre todo cuando son viudos, como mi papi Roberto.

Rosa. ¿Viudo?

Penélope. … De mi papá Leopoldo… Yo estaba chiquita, pero recuerdo. Me habían dejado en casa de mi tía Jazmín y llegó mi papá Roberto llorando, sin nada.

(*Vamos viendo la escena de Leopoldo más joven, que llega ante una cunita deshecho en lágrimas.*)

Penélope. Y tuvimos que quedarnos un tiempo con ella hasta que mi papá me compró ropa y se compró para él, y consiguió una casa para que nos fuéramos, porque después de que se murió papá Leo, ustedes le quitaron todo a papá Roberto.

Roberto. ¡Penélope…, no…!

Vito. Déjala.

Penélope. ¿Sabían que en Argentina, un señor homosexual de San Miguel logró que la Justicia le reconociera el derecho a tramitar el cobro de una pensión por viudez, tras la muerte de su pareja?

Rosa. ¿Qué?

Julio. ¿Eso es verdad?

Penélope. Como *La guerra de las galaxias* de su época, ¿verdad, papá?

Roberto. Bueno, sí, un hombre de treinta y tres años, gestor de automotores que convivía con un médico soltero y sin hijos, afiliado a la mencionada caja, quien falleció el 14 de enero de 2003. Al gestor se le demostró que efectivamente convivió durante once años con el doctor y se le otorgó el fallo inédito

Vito. (*Con un dejo amargo*.) El de recibir el cobro de una pensión por viudez.

Penélope. Ujú. ¿Qué te parece?

Vito. Tienes la lengua ágil, como mi hijo Leopoldo.

Penélope. Mi papá dice que lo que se hereda no se hurta.

Julio. ¡*Straight!*

Vito. Tienes razón, bonita. Roberto, ¿es mi nieta…? ¿Es mi nieta, verdad?

(*Roberto afirma con la cabeza y Vito acusa un inmenso dolor en el pecho, que trata de disimular ante los presentes*.)

Rosa. ¿Cómo su nieta? Yo ya escuché que es la hija de mi hermano, pero necesito una explicación coherente, clara, sin rollos ni enredos. Explícame.

Roberto. Leo siempre quiso tener niños y lo que no sabía era que mi hermana Anaís había tenido muchas decepciones amorosas y quería también un bebé, pero sin hombre. Entonces, fuimos a un banco de semen. Leo hizo la donación solicitada, mi hermana lo recibió y salió embarazada de esta belleza.

Penélope. Gracias, papi.

Rosa. ¿Y tu hermana?

Penélope. Murió.

Roberto. Anaís murió pocos días después del parto por un ataque de eclampsia, y yo pedí la custodia de la recién nacida, que tiene genes de mi familia y de su familia.

Julio. ¿Y ese nombre?

Leopoldo y Penélope. Es el nombre de la esperanza, para que la tolerancia, Dios y la igualdad nos ayuden a todos a ser felices sin obstáculos…

Roberto. Eso decía Leo.

Vito. Eso decía Leo…

Roberto. Bueno… creo que no la hemos hecho sentir muy bien… y creo que han sido suficientes secretos develados, y es tiempo de que nos vayamos…

Vito. Roberto.

Roberto. ¿Sí, señor Vito?

Vito. Perdón.

(*Silencio*.)

Roberto. ¿Por qué?

Vito. Por lo que te hice. Por echarte a la calle y quitarte todo lo que era de ustedes, pensando que solo yo era capaz de sufrir por mi hijo.

Roberto. (*Con una espléndida sonrisa*.) Vamos a hacer una cosa: vamos a vivir hacia delante y a dejar el pasado atrás. ¿Le parece?

Vito. No. No me parece, porque yo no tengo futuro, Roberto… Di que me perdonas, Roberto. Dilo.

Rosa. ¿Cómo puedes humillarte, papá? ¿Cómo puedes pedir que te perdone un homosexual como Roberto?

Julio. Yo también te pido perdón.

Roberto. Lo perdono en nombre de Leopoldo, de Penélope y en nombre de las lágrimas que derramé por su hijo, señor Vito.

Penélope. Yo también te perdono, abuelito.

Vito. Gracias, porque a pesar de tantas barrabasadas y tantas equivocaciones que cometí, yo supuse que esto no iba a ocurrir hoy… Gracias. Necesitaba que fuera hoy.

Roberto. Buenas noches.

Penélope. (*A Roberto*.) ¿Puedo pedirle la bendición al señor abuelo Vito?

Vito. Claro que puedes hacerlo, mi niña…. Claro que puedes pedírmela. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo, tu abuelo Vito le pide a Dios que le permita bendecirte por ahora y siempre. Amén.

Penélope. (A*braza al viejo con mucho amor*.) Gracias por ser mi abuelito. Te quiero.

Vito. Y yo a ti.

Penélope. Chao, tía… Chao, tío.

Rosa. Dios te bendiga, niña linda.

Julio. Que Dios te bendiga.

(*Roberto toma de la mano a Penélope y del otro lado, Leopoldo le toma la mano a la niña y se van los tres. Vito ha quedado desarmado y Rosa trata de ser fuerte. La canción de George Michael se mezcla con un aria de la ópera* Aida.)

(*Articulación.*)

V
La tragedia

Después de un gran silencio en el que los tres se han quedado, viendo a la puerta obnubilados.

Rosa. Es linda. Yo tú me ocuparía de quitarle la niña a ese…

Vito. Cuidadito con lo que vas a decir de Roberto, Rosa.

Rosa. ¡Pero es verdad…! ¿Qué puede enseñarle un homosexual a una niña tan inteligente…? Puras ociosidades.

(*Vito se aproxima lentamente hasta su hija. Le propina senda bofetada y la deja tirada en el piso.*)

Julio. Bestia. Nunca pensé que te ibas a poner así por una nietecita.

Vito. Mi nieta mayor… (*Acusa un dolor fulminante en el pecho.*)

Rosa. (*Sin percatarse del dolor del viejo.*) Dime una cosa, papá… ¿por qué tanto interés por invitar a Roberto? ¿Tú sabías lo de la niña?

Vito. No lo sabía…

Rosa. Pero parecía que sí… Entonces, ¿por qué?

Vito. Porque sin que mis hijos se hayan dado cuenta…, estoy muerto.
(*Cae fulminado.*)

Rosa y Julio. ¡¡Papá!!

(*Oscuro.*)

Fin

GOYA,

RAZONES PARA EL EXILIO DE UN ARTISTA

(Farsa)

Personajes

Goya Joven

Goya Mayor

Paquito

El Comehombre

Biógrafo
Lucerito, hija de goya
Cayetana, duquesa de Alba
Aníbal Figueroa

Fray Basilio

Doña Rodríguez

Pignatelli

Escritor

Locos 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7
(Hacen todos los personajes de la obra, a excepción de Goya Joven y Goya Mayor)

Cortesanos y cortesanas

Escenas

Prefacio

Primer boceto

Pincelada

Segundo boceto

Tercer boceto

Cuarto boceto

Epílogo

PREFACIO

El público ingresa al espacio. La nada y un grueso sopor lo invaden. De pronto, un casi imperceptible sonido acaba por invadir la sala. Es un sonido industrial. Unos extraños seres comienzan a irrumpir el espacio. Solo sentimos, por sus actitudes, que hay un inmenso dolor en su interior; como si estuvieran exiliados de sus propias vidas. Los seres desconocidos comienzan a operar transformaciones y se atreven a enfrentar al público, a hacer que abandonen la tranquilidad de sus asientos y a deambular con ellos por un espacio lleno de sensaciones, emociones, sentimientos, alegrías y miedos.

Loco 1. Sí, llega un momento en la vida de todos los artistas en el que queremos irnos lejos… muy lejos… Tan lejos como sea posible… aunque nuestros egos no quieran que nos olviden… Queremos irnos, decía, porque nos sentimos traicionados y asqueados por todos y por todo en lo que creímos alguna vez…

Loco 2. Los amigos se vuelven enemigos… y los que se aprovechaban de ti, de tu fama, de tu talento, de lo que prometiste ser dentro de la historia… Comienzan a mirarte de soslayo si los resultados no son inmediatos, si eres independiente o porque ya no les aportas lo que necesitaban de ti…

Loco 3. Los artistas, queridos amigos, somos del mundo…, pero nacemos en un punto de este… como cualquiera… Los artistas son de donde son sus sueños y donde aprenden a soñar… y cuando no nos quieren o no podemos soñar sufrimos… nos sentimos mal… se nos parte el corazón y queremos salir huyendo y no regresar más nunca…

Loco 4. ¿Cuántos nos hemos exiliado en alguna oportunidad de nuestras vidas…? ¿Cuántos regresamos, sin que el regreso sea

total… y cuántos no lo harán jamás…? Ser un artista es ser de algún modo un exiliado del resto… Exiliado de la vida, de tu época… de ti mismo…

Loco 5. Ese parece ser el precio… Por eso nos ocultamos con la máscara de los tontos niños que se ríen… Por eso estamos convencidos de que nadie que no sea tu sangre te quiere… y hasta ellos te dejan partir, con la excusa de que te están dando una oportunidad para ser feliz…

Loco 6. Ah, si la felicidad se pudiera encontrar en el exilio… no existirían artistas en sus tierras tratando de convencer a los torpes que somos más que un requisito en un trozo de papel de un libro de historia…

Loco 7. Hay quienes nos exiliamos en la locura… porque es el verdadero lugar desde el cual podemos ver las almas de los otros seres.

Loco 4. La locura…

Loco 7. La ceguera…

Loco 3. La sordera…

Loco 1. La mudez…

Loco 2. Insensibilizarnos… perder alguno de nuestros sentidos para poder exiliarnos de los normales y poner nuestras capacidades estéticas al servicio de nuestros placeres…

Loco 7. … Pregúntenle a Borges…

Loco 3. … A Mozart…

Loco 4. … O a Diderot…

Loco 5. … Pregúntenle a Miguel Ángel…

Loco 6. …O a *Madame* Curie…

Loco 2. … Pregúntenle a Goya…

Todos. ¡¡Pregúntenle!! ¡¡Pregúntenle…!!

(*La música que escuchamos, producida a nivel industrial, continúa su ejecución, ahora por parte de los seres que se acercaron y que continuaron ejecutando sus interpretaciones-dolores del alma. De pronto, los seres enloquecen. Son una de las tantas locuras plasmadas por Goya.*)

(*Música articuladora.*)

PRIMER BOCETO
EL COMEHOMBRE

Descubrimos que el paisaje del fondo evoca las calles de Toledo. La acción se congela y uno de los locos se aproxima a los espectadores.

Aníbal. Mi nombre es Aníbal… Aníbal Figueroa… y yo no me quiero ir de mi país, pero por culpa de otros voy a tener que hacerlo.

(*El loco se incorpora al juego teatral en el que vemos, subido en un banco, a Francisco de Goya, bastante joven. Mira detrás de la tapia a los locos que llaman su atención. Se echa a un lado y de pronto lo descubrimos desconsoladamente meditabundo.*)

Goya Joven. ¿Qué tipo de excremento llegamos a ser los artistas? ¿Dios sabrá lo que ha hecho con nosotros? En realidad, he llegado a deliberar mucho y cada vez la respuesta me conduce hacia el mismo entronque: esto que nos ocurre, más que arte, puede llegar a ser un castigo divino. ¿Podéis pensar que ha sido el demonio el que nos ha dado esta capacidad para hacernos el infierno bajo la bóveda celeste? ¿Será por eso que la Santa Inquisición mira con tan malos ojos los frutos verdaderos de nuestros talentos, y pretende encasillarnos, regirnos la vida y creación; organizarnos, dictarnos reglas y fines que solo ellos entienden? ¿Será por eso que nos amenazan constantemente con aniquilar nuestras conciencias y al objeto mismo de nuestra existencia? ¿Cómo se llama hoy el poderhabiente de la Inquisición? Es el mismo siempre… y quiere demostrar que es siempre la mejor opción para la vida del rebaño… Al que podemos mirar, pero al que no pertenecemos…

(*El Goya Joven parece tener una visión del futuro.*)

Goya Mayor. No debemos hablar si no de los triunfadores, de los héroes, de los santos varones, de las vírgenes, de la nobleza y uno que otro burgués… de la grandeza de ciertas estirpes… Es a lo que llaman historia, ¿no es cierto? ¿Acaso una prostituta no puede ser digna? ¿O ser del vulgo es un pecado mortal…? ¡Qué gran desatino el de nosotros, los que podemos plasmar las imágenes de nuestros tiempos…! Debemos lograr que cuando se miren, sus egos brillen de satisfacción… (*Transición.*) Me cago en sus almas… Por el hecho contrario se me ha tildado de profano; de haber sido inspirado por Belcebú en persona; y en más de una oportunidad ha estado a punto de costarme la vida pintar una cara fea, una escena de un alma desesperada o a algún niño de la nobleza con la cara sucia…. Por menos de eso podrían llevarnos a la hoguera, o hacernos perder los ojos o la cabeza por haber sido inspiradores del desacato y la herejía, porque podría considerársenos como insurrectos contra lo que la religión trata con afán desde hace varios siglos: "salvar al hombre". (*Burlón.*) Pasamos de lo divino a lo profano con la facilidad de una ráfaga de aire… Ignaros… Me pregunto, ¿si yo también seré considerado como cómplice de una secta apóstata? La nobleza siempre solicitará un recuerdo de su existencia en este mundo… como si supieran que algún día, en los siglos venideros, nacerán tierras en las que nadie podrá recordar lo que fueron y las turbulencias que padecimos los que no tuvimos el privilegio de nacer de sus vientres… Solo los más atormentados tienen la virtud de pasar a la historia, aunque sea ataviados de pureza o rebelión… ¿De cuál me vestirán a mí, Lucecita? Leocadia…, ¿de cuál me vestirán a mí aquí en Bordeaux?

Goya Joven. Bordeaux… ¿Allá iré yo?… Eso será la huida… (*Haciendo referencia a los que están detrás de la tapia.*) Por otro lado, vosotros que yacéis allí… sin más esperanza que la existencia en la demencia… y yo os miro… y os miro…. y os miro… y no dejo de tener la necesidad de tomar los grises y las tierras lejos de los rojos y los tornasoles, para plasmarlos… Hasta el sufrimiento se ve diferente a través de sus ojos encantados. ¿Seréis felices? (*Reflexivo.*) Dime, musa… o vosotros enajenados… porque cabalgo en un momento importante de mi existencia… Es menester tomar una decisión sobre mi futuro… como aqueste que escribe comedias para la Corte, por no morir de hambre, ni ser considerado carente de aspiraciones, mientras que en su cuarto gris escribe tragedias y dramas que hablan del alma, de los tormentos y decisiones de los hombres y mujeres que deambulan por las calles de su tiempo… y acaso sean estos los últimos manuscritos los que nadie leerá… ¡Exorcizadme! ¿Debo pintar lo que veo en la superficie de los seres o lo que presiento que atormenta su alma? ¿Deberá prevalecer en mis cuadros la mímesis y la belleza que complazca a una clase sin educación ni sensibilidad, y sin más inclinaciones estéticas que las que me producen náuseas? Aquestos otros son una hidalguía con demasiada jactancia y demasiada hipocresía; petulantes llenos de temores, de miedos a ser menos de lo que son; y sin más que maravedíes inmisericordes que usan para reafirmar su existencia, para confirmar que sí están en este plano…

(*Se oyen gritos.*)

Paquito. (*Llamando con precaución desde el otro lado de la tapia.*) ¡Goya! ¡Maestro! ¡Ayuda!

Goya Mayor. (*Volviendo en sí.*) ¡Paquito!

Paquito. (*Off.*) ¡Quiero volver a pasar al otro lado de la tapia!

Goya Mayor. (*Fastidiado por la interrupción y sin moverse de su sitio.*) No; quédate otro rato…

Paquito. (*Off.*) ¡Que no, coño! ¡Que tengo miedo!

Goya Mayor. ¡¿Miedo de qué, hombre…?! Si sois tan feo que los que podrán temer con vuestra imagen son esos pobres seres…

Paquito. (*Off.*) ¡Piedad! ¡¡No os olvidéis que aquestos son otra suerte de seres!!

Goya Mayor. ¡Vamos! Solo otro ratito… No seáis gallina…

Paquito. (*Off. Impaciente y molesto.*) Maestro Goya, o me ayudáis a salir o iré a contar dónde se oculta el pintor de moda de la Corte, cuando no os encontráis en los palacios y entre princesas…

Goya Mayor. ¡Qué joder…!

(*Se escuchan los gruñidos demenciales más cerca.*)

El Comehombre. ¡Aggh!

Paquito. ¡No demandéis idioteces en este momento! ¡Ayudadme, que allí viene el caníbal!

El Comehombre. ¡Aggh!

(*Goya Mayor ayuda a pasar a Paquito hacia el otro lado con las cuerdas, pero las olvidan luego de que Paquito ha pasado. No las recogen.*)

Paquito. Se ha devorado al enfermero… y quería continuar conmigo.

Goya Mayor. Pobre hombre.

Paquito. ¿Pobre hombre?

Goya Mayor. Está fuera de sí.

Paquito. ¿Y vos estabais dispuesto a dejarme del otro lado de la tapia?

Goya Mayor. Queríais convertirlo en un loco feliz. (*Bromeando.*) Pensaba que os sentíais como en vuestra mansión.

Paquito. La enajenación de mi hogar es de otra índole, señor… y tiene que ver con la conciencia plena del placer del monstruo de dos espaldas…

Goya Mayor. Lo sé: una que otra vez lo he disfrutado en vuestras salas de juego y con cada pimpollo…

Paquito. Y quiera Dios que me guarde larga vida para que sigáis acompañándome.

Goya Mayor. Si no os disgusta mi presencia, siempre estoy dispuesto para el juego de ese pasional monstruo de dos espaldas.

Paquito. (*Al público.*) ¿Y ustedes saben qué es el monstruo de dos espaldas?

(*Canción y coreografía sobre el monstruo de dos espaldas.*)

Goya Mayor. En vuestras fiestas siempre hay virginales doncellas prestas a jugar conmigo. Sienten que juegan más cerca de la belleza, si lo hacen con el genio que hace esos hermosos cuadros a sus progenitores… A veces creo que se sienten conmigo más cerca de Dios.

Paquito. Extraño Dios al que hacéis referencia. Ahora no estoy muy a gusto con vos. Sobre todo, pensando que disfrutabais viéndome sufrir; viendo cómo el loco acercábase para devorarme.

Goya Mayor. (*Bromeando.*) Quería veros sufrir un poco y guardar vuestra imagen para un próximo fresco. ¿Estáis en verdad molesto?

Paquito. Pero la molestia pasará pronto si me prometéis que no os reirás de mi persona en compañía de otros.

Goya Mayor. Os prometo: solo reiré del asunto con vos, (*Hace reverencia mientras finge en broma.*) si me permitís. Os veíais tan desvalido, que una cabra a punto de ser sacrificada era la reina de Inglaterra delante de vos.

Paquito. Sois un… Sois un… ¡Buh!

Goya Mayor. Disculpad mi crueldad, don Paco.

Paquito. (*Después de un suspiro.*) Concedido. Os espero en mi mansión esta noche, para la cena.

Goya Mayor. ¿Estaréis vosotros solo?

Paquito. (*Cómplice.*) He invitado deliciosas doncellas, ardientes como teas, que solo aguardan una sonrisa para entregaros ricos néctares.

(*Celebran la última frase mientras el caníbal se sube en la tapia, ayudado por las cuerdas que dejó Paquito. Se para en la tapia gruñendo, con un trozo del cuerpo del enfermero que se devoraba y se va convirtiendo en uno de los más famosos cuadros de la producción oscura del autor.*)

El Comehombre. ¡Aghh! ¡Tango hambre!

(*Los hombres se asustan. Paquito huye mientras que Goya Mayor mira un instante.*)

Goya Mayor. (*Impresionado por la imagen del loco.*) Sí. Esa es… Esa es la respuesta a mi pregunta…

(*La imagen del loco devorándose el trozo de ser humano se va congelando poco a poco.*)

El Comehombre. ¡Aghh! ¡Tango hambre!

Paquito. ¡Goya, no os quedéis! ¡Es peligroso! ¡Venid, por el amor de Dios!

Goya Mayor. (*Sin dejar de mirar al monstruo*.) ¡Yo le daré comida a tu alma! ¡Será un gran fresco! ¡Será un gran fresco!

(*Goya Mayor sale huyendo a la fuerza del lugar, tirado por Paquito, y el loco queda congelado*.)

(*Articulación musical desde este al próximo cuadro*.)

PINCELADA
LA ENTREVISTA

Los seres oscuros parecen haber enloquecido en la mente del artista, ahora viejo. El Biógrafo trata de hablar con el hombre, pero este parece estar en otro mundo, rodeado de tristes y lamentosas almas.

Biógrafo. Vamos, debéis hacer un esfuerzo, por el amor de Dios…

(*Goya Mayor contemplativo, no le presta atención.*)

Biógrafo. ¿Me escucháis?

Lucerito. ¿Es muy difícil que aceptéis que mi padre no os puede escuchar…? Es sordo, por San Lázaro… y su insistencia lo deprime mucho más…

Biógrafo. Pero debo saber… Él ha sido el único que me puede dar real información sobre la duquesa de Alba y la Reina… Vosotros sabéis…

Lucerito. ¿No os ha dicho lo suficiente mientras podía oíros…?

Biógrafo. Pero presiento que no ha dicho todo…

Lucerito. ¡¿Acaso los artistas lo dicen todo…?!

Biógrafo. ¿Es decir…?

Lucerito. Nada…

Biógrafo. ¡¡Pero vosotros o la señora Leocadia podrían confirmarme algunas presunciones…!!

Lucerito. Que sois gracioso, Biógrafo… Ni Leocadia ni yo os diremos más de lo que sabéis… Nadie sabe nada… solo él…

Biógrafo. Pero él y la duquesa…

Lucerito. Buenas tardes, señor… Agradecería sobremanera que os retiréis sin necesidad de utilizar la violencia… Conocéis el camino…

(*El Biógrafo se marcha. De pronto, Goya se levanta y mira a su hija.*)

Goya Mayor. Lucerito… Hija… Ahora sí… Estoy convencido: los artistas somos los espejos del alma y maldito el que solo se queda en la imagen…

(*Música.*)

SEGUNDO BOCETO
LAS RELACIONES

A lo lejos escuchamos risas de jóvenes doncellas y caballeros. Las escucharemos durante toda la escena. La música cortesana nos sirve de marco con la que podemos diseñar el tiempo en el que ocurre la acción. Llega la duquesa de Alba. Su imagen es impactante, con mucho donaire. Su entrada emula la llegada de las heroínas de novela. Aparece portando un perro preparado por un taxidermista, el cual conduce con unas ridículas rueditas. En ella se ve un particular gusto por algunos accesorios orientales, aunque es de hermosos rasgos ibéricos. La dama es seguida con insistencia por Paquito. El joven le dice cosas al oído que la hacen avanzar para deshacerse de él. De pronto, no soporta más las palabras y estalla.

Cayetana. Ya… ya… ya… ¡Os he dicho que ya!, ¿eh?¿O es necesario que os repita que no me gusta que me sigan?… Mucho menos si sois de una clase diferente a la mía.

Paquito. Con el debido respeto, duquesa, perdonad mi insistencia, pero yo no dudaría en cavilar un poco el asunto.

Cayetana. No necesito pensar nada de lo que me habéis propuesto para deciros una vez más que no… que no y punto… Es inadecuado… repugnantemente impropio… Es… es…

(*Pasa corriendo Goya Joven detrás de una cortesana.*)

Cayetana. ¿Eso que veis corriendo como un sátiro detrás de las cortesanas…?

Paquito. Es tan solo un bohemio que busca su musa entre los aromas femeninos. ¿No pensaréis censurarle por ayudarse con aquello?

Cayetana. No corresponde a las damas de mi abolengo, linaje, estirpe y casta, ni a mi religión y mucho menos a mis convicciones, servir de modelo de jovenzuelos que se pasan la mitad de la existencia correteando damiselas por los patios de vuestros solares y, la otra mitad, mirando desequilibrados, a través de las tapias que encierran los hogares de insanos de la cabeza. ¿Será que el mozo quiere vivir en aquellos avernos?

Paquito. (*Aclarando*.) Francisco de Goya y Lucientes.

Cayetana. Extraño nombre, en verdad ¿Y sí es un orate?…

Paquito. Yo os doy de garantía mi vida…

Cayetana. Sin importaros la mía… Y yo posando para un loco sin saber los peligros que aquesta acción podría acarrear a mi humilde alma, a mi humanidad y, por supuesto, a mi familia y al reino español. Pensadlo un instante: ¿quién podrá cuidar a *Fifí*?

Paquito. Os he dicho que Goya ama el producto de la locura… perdonad… de las pasiones y del amor. Y vosotros profesáis realmente amor hacia la momia de vuestro can.

Cayetana. Se llama *Fifí*… Y el que se encuentre en este estado tiene sus ventajas.

Paquito. Os agradecerán los transeúntes de vuestras rutas.

Cayetana. Es lo que más extraño de *Fifí*: (*Triste*.) cada día, verle desesperado por salir a realizar sus obras…

Paquito. Con la que se ensuciarían el calzado de muchos vecinos vuestros…

Cayetana. ¡No! ¡No, no y otra vez no! Olvidadlo.

Paquito. Pero doña María del Pilar Teresa Cayetana de Silva y Álvarez, no nos privéis de vuestra presencia.

(*Se escuchan las risas de los jóvenes más cerca*.)

Cayetana. (*Haciendo referencia a una escena que no vemos en el escenario*.) No os perturbéis por mi ausencia, que desde aquí puedo observar cómo aquel hijo de Pan corre detrás de aquel grupo de bacantes. ¡Oh, perdón!… de damiselas de la Corte.

Paquito. Es un artífice de este tiempo.

Cayetana. Será artífice del tiempo de aquellas "señoritas"… Que a lo visto, lo disfrutan indiferentemente de muchas maneras más…

Paquito. Como retratista… es un esteta.

Cayetana. No seáis descarado, que no os sienta bien el antifaz de oveja y dejáis la lana regada porque no os pertenece.

Paquito. Persuadiros es el ruego encarecido de Goya, duquesa.

(*Se escuchan las risas de los jóvenes*.)

Cayetana. Habéis escuchado mi última palabra… Y me marcho, porque allí veo acercarse el licencioso del que os hablaba… Vamos *Fifí*.

Paquito. Por favor, duquesa. No os marchéis sin darme vuestra aprobación.

Cayetana. ¿Me lo pedís vos?

Paquito. Os ruego…

Cayetana. Pero vos no sois Goya.

Paquito. Soy solo uno de sus benefactores.

Cayetana. Es un arte que vosotros mitigaréis con el transcurso de los años.

(*Goya Joven ha escuchado las últimas frases de los presentes*.)

Goya Joven. ¿Se me acusa de esteta en la Corte? (*Reverenciando a Cayetana*.) Duquesa de Alba. (*A Paquito*.) Benefactor.

Cayetana. Estáis agitado… ¿No tenéis solaz en ningún momento?

Goya Joven. Mis esencias me mueven hacia direcciones inesperadas.

Paquito. La duquesa de Alba ofrece pensar vuestro ofrecimiento.

Cayetana. Mentís, caballero. Yo nada he ofrecido…

Goya Joven. ¿Ha sido quizás mi falta, doña Cayetana? Considerad mi ruego…

Cayetana. Sois un excelente intérprete… ¿Tenéis un personaje preparado para cada dama con la que os topáis?

Goya Joven. ¿Me acusáis de no hablaros con la verdad? ¿O de haberos omitido en anteriores ocasiones?

Paquito. (*Disculpándolo*.) Lo que el pintor quiere decir es…

Cayetana. ¿Erais alguien allí en Toledo, antes, acaso?

Goya Joven. Un miserable zanquero que aprendió mirando en los autos sacramentales…

Cayetana. ¡Sois devoto!

Goya Joven. ¿No he de serlo? Hablad, por Dios; mi corazón no inquietéis. Es hermosos vuestro sabueso… Producto de una mente prodigiosa… Sois tan brillante como vuestra imagen.

Paquito. Su nombre es *Fifí*.

Goya Joven. ¿Galo?

Cayetana. Francés, sí. Último regalo de Luis… antes de aquel inesperado acontecimiento…

Goya Joven. Entiendo vuestro interés por preservar tan hermoso *cadeau*.

Cayetana. Mostráis muy buen tino, a pesar de vuestra efervescencia por nuestra debilidad…

Goya Joven. El miedo al hambre…

Paquito. Quiere decir el hambre de imágenes tan hermosas como la vuestra, duquesa.

Goya Joven. ¿Cuándo podemos iniciar?

Cayetana. Aún no estoy convencida…

Goya Joven. No dudéis, os ruego… Yo tengo el talento que vuestra imagen amerita, para que nunca nadie os olvide a través de los siglos…

Cayetana. Deberéis probar vuestro talento y vuestra entereza… Detesto la vulgaridad y el escándalo… Así que si pretendéis convertirme en vuestra modelo, absteneros de demostraciones tan… libertinas… y dirigid todas vuestras energías en una sola dirección… A lo mejor es más… satisfactorio… Porque podréis dedicaros en cuerpo y alma hacia una sola satisfacción… Digo: si me pretendéis… como modelo. Buenas tardes, don Paco.

Paquito. A sus pies, duquesa.

Cayetana. (*A Goya.*) Y vos… arriba… No saludéis con tanto afán, que puedo sentir que os sentís mucho más cercano a Dios que el resto de los mortales.

Goya Joven. Soy un artista, doña María del Pilar Teresa Cayetana.

Cayetana. Y un presumido poco hábil en las artes de las falsas apariencias… Pero por eso puedo cavilar sobre la oferta.

Goya Joven. (*Reverenciando.*) Duquesa, ¿hasta cuándo me haréis esperar?

Cayetana. Yo os indicaré el día, don Francisco.

Goya Joven. Esperaré con anhelo, hermosa dama.

Cayetana. Podría deciros lo mismo, pero por ahora insistiré en deciros que yo os indicaré el día. Vamos *Fifí*.

(*Cayetana sale arrastrando su perro. Paquito y Goya Joven se mantienen haciendo reverencia y de pronto estalla la risa de ambos.*)

Paquito. Eres un excelente cazador, señor Francisco.

Goya Joven. Soy solo Goya, mecenas… Joven, soltero, pobre y desgraciado, pero con un don… Soy solo Goya complaciendo a la Corte.

Paquito. Volvamos a nuestros menesteres… Los pimpollos nos esperan…

Goya Joven. A la despreocupación, Paco… A la despreocupación con olor a damisela… y a ocio creador para fortalecer nuestros talentos…

(*Corren en busca de las doncellas con basta energía viril. Las risas aumentan. La música cortesana invade el espacio mientras hay transición por luz.*)

TERCER BOCETO
LOBREGUEZ

Paquito, embozado, acompaña a un fraile cojo, tuerto, sucio, desarrapado, al interior del estudio de Goya Mayor. Es evidente para nosotros —pero no para el cura— que Paquito se burla de él, fingiendo temor por el lugar y perturbando al santo varón con sus comentarios. El atuendo del cura es muy similar al del bobalicón de la serie Los proverbios, *de Goya.*

Paquito. Por aquí, Fray Basilio… No os apartéis de mí, pues puede aparecer un carcamán en cualquier momento.

Fray Basilio. ¿Este es acaso un camino hacia el infierno?

Paquito. Solo puedo deciros que aquí yace el lar de un demonio.

Fray Basilio. Dios se apiade de nosotros.

Paquito. Nunca he visto su rostro… porque siempre lo lleva embozado… Dicen que lo trae así para ocultar sus ojos, de donde brotan llamas, y su lengua, como la de los reptiles, que atrapa insectos a su paso… (*Oculta su risa.*) Os puedo asegurar que ese, que entra por las noches y sale antes que cante el gallo, no es un ángel del cielo… Le he visto desnudar doncellas en la entrada de este recinto…

Fray Basilio. ¡Santa María!

Paquito. .. Y cargarlas como quien conduce una res al matadero. Luego sale solo… No he visto salir una sola dama de ese escondrijo.

Fray Basilio. ¡Santísimo sacramento!

Paquito. Se escucha de los conocedores que es un monstruo que devora a sus víctimas y bebe de sus sangres como único néctar…

Dicen que roba niños por las noches, o entra por sus ventanas para atormentar con horribles pesadillas a quienes lo desobedecen… a quienes no quieren servir de platillo humano en su mesa.

Fray Basilio. No puedo menos que sentir temblar mi cuerpo…

Paquito. Pero cuidad los maravedíes, por piedad. Hay hambre en mi morada.

Fray Basilio. Hablas con demasiada pasión

Paquito. Por eso os he traído con estas cruces, esas máscaras y estas cabezas de ajo. Nada que os diga será suficiente para describir las imágenes demoníacas que he presenciado.

Fray Basilio. ¿Qué cosas tan espantosas son esas que oculta ese impío en esta caverna?

Paquito. Las verdaderas imágenes del averno.

(*Acordes de terror. Los exploradores descubren de pronto la imagen de una fémina con el rostro oculto, lo que da la impresión de no poseer cabeza. Su misteriosa imagen se va aproximando, desde el fondo de la especie de cueva, con una tea que le da un aspecto abismal.*)

Doña Rodríguez. (*En sotto voce.*) ¡Salvadme, oh, Dios, porque las aguas han entrado hasta el alma. Estoy hundida en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; he venido a abismos de aguas y la corriente me ha anegado!

Paquito. (*Con gritos histéricos.*) ¡Esa! ¡Mire, padre! ¡Mire! ¡Es la muerte!

Ambos (Fray Basilio y Paquito). (*Gritando aterrorizados.*) ¡Aghhh!

(*Los hombres huyen aterrorizados y la efigie comienza a gemir unas palabras incomprensibles, hasta que logramos entender lo que hace.*)

Doña Rodríguez. *(En sotto voce.)* ¡Pst! ¡Pst! ¡Duquesa! ¡Duquesa! ¡Duquesa de Alba!

(*Detrás de la mujer aparece otra imagen similar. Ella porta también una tea, lo que ilumina el espacio.*)

Doña Rodríguez. ¡Duquesa, respóndame! ¡No me asustéis, por piedad!

Cayetana. Por aquí.

Doña Rodríguez. ¿Escuchó? Eran gritos de hombres.

Cayetana. Ecos que provienen del exterior.

Doña Rodríguez. Crea lo que le he dicho: los duendes y las brujas existen. Dicen que nadie que esté relacionado con un alemán en estas tierras está exento de caer en las hechicerías y los encantos que aprendieron antes de salir de sus tierras… para poder defender sus insatisfacciones… y sus taras…

Cayetana. Esto es el recinto de un artista.

Doña Rodríguez. Segura estoy que perteneció primero a un extraño alemán con cara de títere y comportamiento severo, producto de su insatisfacción por no andar con mujer.

Cayetana. Debeos tranquilizaos, Doña Rodríguez, ellos son los que sufren, no nosotros…, los que creemos en la vida como un acontecimiento magnífico.

Doña Rodríguez. Dice que aquí hay todo tipo ánima.

Cayetana. Ahora pertenece a don Francisco de Goya. Y yo, Doña Rodríguez, soy…

Doña Rodríguez. María del Pilar Teresa Cayetana de Silva y Álvarez, duquesa de Alba…

Cayetana. Y quiero posarle al artista como me ha pedido, pero quiero estar bien segura de que mi elección no tiene nada que ver con un deslinde de mi alma.

Doña Rodríguez. Eso es sacrilegio.

Cayetana. ¿Qué no lo es en esta época?

Doña Rodríguez. ¿Posaréis desnuda? ¿Es decir, que mostrareis vuestras partes para el deleite de todos los ojos?

Cayetana. No estoy segura si mañana seré mirada con los mismos ojos que hoy se desviven por mí… El gusto por la figura femenina varía con el tiempo… La verdadera Helena de Troya pudiera ser considerada fea por la mirada de eras venideras… y yo quiero tener el privilegio de que el mío, aunque le cambiéis el rostro, pueda ser admirado como el canon de belleza de mi época.

Doña Rodríguez. Perdonad, pero las vuestras semejan palabras nacidas de otro lugar en dónde Dios no gobierna.

Cayetana. Y a lo mejor en donde solo cree reinar el hombre para deleite nuestro.

Doña Rodríguez. ¡Duquesa!

Cayetana. Es el siglo XIX, Doña Rodríguez. Ya vi el retrato de la familia de mi señor Carlos IV y las imágenes de los fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío. Goya es una estrella en Madrid; la casa de los locos nunca fue vista con tan bizarro gusto y siento temor al ver *Los proverbios* que ha mantenido ocultos de los ojos de los que le pueden acusar de apostasía. Yo quiero que me pinte antes de que vaya a otro lugar o vuelva a extraviarse detrás de la falda de otra odalisca.

Doña Rodríguez. Le he escuchado hablar con el pintor Jacques-Louis David sobre la posibilidad de radicarse en París, para conseguir su libertad… Eso crea mucha incertidumbre en mi labor junto al artista.

Cayetana. Yo sabré que hacer…

Doña Rodríguez. Os ruego me deis consuelo, señora, porque el avenir se muestra turbio.

Cayetana. No os inquietéis Doña Rodríguez, no suelo abandonar a los que bien me sirven… Pero vayamos a lo que nos importa… Si es verdad que sus obras son productos de artes ocultas que se muestren ante nosotros para que yo tome una decisión…

(*Se escucha el mágico ruido de campanillas*.)

Doña Rodríguez. ¿Acaso es esto magia?

(*Imágenes elegidas de las series del artista invaden el espacio, al ritmo de una música que evoca la época. Doña Rodríguez se aterroriza y sale huyendo del lugar*.)

Doña Rodríguez. ¡El demonio! ¡Son imágenes del demonio! ¡Son imágenes del demonio!

(*Cayetana no le presta atención. Parece poseída y se deleita con los íconos que se presentan ante sus ojos. Ella comienza a reír y poco a poco, sin siquiera quitarse la ropa, se va colocando en la posición de la famosa* Maja, *pero vestida*).

(*Articulación. Regresa muy divertido Paquito*.)

Paquito. Yo creo que ese sacerdote no regresa nunca más.

Doña Rodríguez. El señor Francisco no sabía que vosotros ibais a cometer tal fechoría.

Paquito. Goya y yo somos uno. ¿No lo habéis notado?

Cayetana. (*Sin perder la pose*.) Solo porque yo lo permito.

Paquito. Ahuyenté finalmente al sacerdote de la Inquisición, que fue enviado para demostrar que las pinturas de Goya son inspiradas por Satán.

Doña Rodríguez. Dios no lo permita.

Cayetana. ¡Qué error de la monarquía española!

Paquito. Se ha iniciado tanta represión desde que ha sido restaurada, que dudo que en unos años haya españoles caminando por estas calles… Para estos nobles es un modo de preservar el carácter, el origen, la raza… Para los que no pertenecemos a la familia de Carlos IV es una amenaza de muerte… Cualquiera puede tildarnos de traidores

Cayetana. Guardaos la lengua, recordad que habláis con la duquesa de Alba. Goya tenía ya treinta años cuando llegó a Madrid, así que no era obviamente un niño y sabía a qué se exponía con sus series de desparpajos y sus persecuciones a las… ¿Cómo es que las llama él?

Doña Rodríguez. Pimpollos.

Cayetana. ¡Pimpollos! ¡Ridículo modo de denominar a las cortesanas! Semeja nombre de pajarracos… y en verdad lo son…

Doña Rodríguez. Vivir en la nobleza demanda grandes sacrificios.

(*Goya Mayor ha estado escuchando mientras pinta a Cayetana en la famosa pose.*)

Goya Mayor. El sacrificio que amerita la nobleza es el disfrute de la juventud y del brío… Intentando, por supuesto, que los imbéciles, los siervos y campesinos… los que no nacimos entre ellos, creamos en las buenas costumbres y los modales… que pensemos que son superiores y que tienen sangre azul… Para que vivamos atormentados pensando que todo lo que nos gusta es pecado o hace daño y el cargo de conciencia se

encargue del resto… Sobre todo de hacernos infelices y volvernos gordos… Observad mi cuerpo…

Cayetana. Siempre tiene que haber un culpable, ¿no es cierto?

Paquito. No os retiréis de Madrid, don Francisco.

Goya Mayor. He recibido una excelente oferta de *monsieur* Jacques-Louis David… y creo que aceptaré.

Cayetana. ¿Cómo habéis dicho?

Goya Mayor. Que no existe nada que me ate a la Corte de don Carlos…

(*Cayetana abandona la pose y se levanta, toma su can momificado y parte.*)

Paquito. Se ha ido. Es una damita caprichosa, voluntariosa y maleducada.

Doña Rodríguez. (*La defiende.*) Está llena de ángel, y en la raíz de su espíritu inmenso de ternura hay mucha comprensión y generosidad.

Goya Mayor. Dejadla. No tengo interés en retenerla…

Doña Rodríguez. Está furiosa.

Paquito. Es la duquesa de Alba, pero a veces parece la duquesa de Ocaso.

Goya Mayor. Ahora va a buscar un joven mancebo nuevo para que se convierta en su protegido… para que yo caiga en provocación…, la golpee o la vitupere.

Doña Rodríguez. ¿Y vosotros…?

Goya Mayor. Dormid tranquila, Doña Rodríguez, conozco bastante bien el alma de las mujeres, aunque sean nobles… Todas parecen pensar por el mismo lugar…

Doña Rodríguez. ¡Don Francisco!

Goya Mayor. Perdonad mi franqueza, es que tanto os aprecio que olvido con bastante frecuencia que os tratáis de un ser del mismo género de aquellas con las que tengo que batallar entre almohadas.

Doña Rodríguez. Dice el necio en su corazón: no hay Dios.

Goya Mayor. No os comprendo.

Doña Rodríguez. Con vuestra merced, si me permitís, debo deciros que de tiempo en tiempo yo tampoco os comprendo, mi señor.

Goya Mayor. ¿Qué más da? Esa es la razón por la cual pienso que la lengua es innecesaria y prescindible… Un gesto… una mirada de amor… o el rostro de la desesperación dice más que mil palabras que quieran describirla… Por eso soy un artista entre colores, valores, líneas y espacios vacíos… porque con ellos puedo captar lo que las palabras no pueden.

(*De pronto*, *ataca a Paquito y este se resiente*.)

Paquito. ¡Goya! ¿Qué os sucede? ¡Soy vuestro mejor amigo!

(Go*ya lo toma por el cuello y le habla a Doña Rodríguez*.)

Goya Mayor. Decidme: ¿qué veis?

Doña Rodríguez. ¡Vais a matar a don Paquito!

Goya Mayor. Contestad: ¿qué veis?

Paquito. ¡Piedad, que voy a morir!

Doña Rodríguez. La brutalidad de un artista.

Paquito. ¡Responded, por piedad, doña Rodríguez!

Goya Mayor. ¿Qué más?

Doña Rodríguez. El dolor que hacéis padecer a don Paquito… y el temor.

Goya Mayor. ¿Es todo?

Doña Rodríguez. ¿Qué más queréis escuchar?

Goya Mayor. Lo que siente vuestra alma al ver esta imagen…

Doña Rodríguez. Miedo y piedad…

Goya Mayor. ¿A causa de la violencia?

Doña Rodríguez. Y muchas otras cosas que no puedo describiros con palabras que desconozco.

Goya Mayor. (*Dejando a Paquito en el piso.*) Entonces podéis entender porqué razón yo pinto.

(*La música invade el espacio hasta el próximo boceto y Goya Mayor parte del lugar.*)

(*Articulación.*)

CUARTO BOCETO
EL ASCO DE LO COTIDIANO

El mismo Fray Basilio bebe una copa de vino conversando con Cayetana, vestida de viuda, en la finca del Rocío. Su aspecto definitivamente le causa cierto asco a la mujer, pero su piedad le impide retirarse y le sirve vino cada vez que vacía su copa. El fraile tose, eructa, se desgarra la garganta mientras conversa, dándole a la escena cierto contenido grotesco. Pignatelli lo observa sin ser descubierto.

Fray Basilio. (*Bebe y se limpia la boca en su traje.*) Es muy hermosa vuestra finca, mi señora.

Cayetana. Es ciertamente la finca del Rocío el lugar más hermoso del mundo… Pero aun así estoy muy sola desde la muerte del duque, mi marido.

Fray Basilio. Pero debo advertiros que se dice en la Corte que apenas habéis enviudado habéis recibido visita de un joven varón.

Cayetana. No debo privar a la nobleza española de mi presencia.

Fray Basilio. Dicen que ha sido la visita de un joven de nombre Pignatelli, hijo del conde de Fuentes, vuestro padrastro.

Cayetana. Bien habéis entendido que se trata de mi hermanastro.

Fray Basilio. Pero el gusto del ciervo por la cierva ocurre aun cuando vivan en la misma manada.

Cayetana. Gracias a la Virgen y no somos animales. Y decidme: ¿a quién se le ha ocurrido tan graciosa idea?

Fray Basilio. No quisiera verme envuelto en dimes y diretes, señora duquesa, pero debido al aprecio que os profeso, debo confesaros la verdad.

Cayetana. Por favor, hablad, soy toda oídos.

Fray Basilio. La princesa de Asturias ha elevado una súplica por vuestra alma en la misa del palacio.

Cayetana. ¿Qué habéis dicho? ¿Qué es lo que hizo María Luisa de Parma?

Fray Basilio. Rogar porque vuestra perdición no fuera posible, ni siquiera por la presencia del señor Pignatelli en vuestra casa.

Cayetana. Mil rayos la partan. (*Le sirve furiosa más vino al fraile.*)

Fray Basilio. Por eso he venido a preveniros. Yo creo que es mejor que volváis a vuestra morada en el palacio de Piedrahita.

(*Evitando mojarse con la copa que se derrama.*)

Cayetana. Disculpadme. Es mi furia la que no me deja ver con claridad… Esa señora.

Fray Basilio. Debéis estar agradecida del gesto. Doña María Luisa puede convertirse en cualquier momento en la reina de España. (*Se limpia la nariz.*)

Cayetana. Ha sido una suerte para su innecesaria existencia.

Fray Basilio. Duques, por piedad.

Cayetana. La única hembra que procede desde los lugares más ilustres de la historia de España, soy yo…

Fray Basilio. Nadie lo podrá poner en duda.

Cayetana. Soy la última rama de un tronco histórico ilustre y lleno de sustancia.

Fray Basilio. Así es…

Cayetana. ¿Cómo piensa entonces esa rama poner mi reputación por el suelo por la presencia de Pignatelli en mi hogar? Son celos,

porque ella siempre le ha amado y él siempre ha desdeñado de esa baja pasión de la princesita.

Fray Basilio. ¿Sois rivales por un hombre?

Cayetana. Fray Basilio, os agradezco que no volváis a repetir eso… ni en mi ausencia…

Fray Basilio. Como vos consideréis, mi señora.

Cayetana. Hay cosas más importantes que debo atender en este momento…

Fray Basilio. He escuchado en el palacio del rey que Goya quiere escapar… ¿Acaso sabéis en qué lugar se encuentra oculto?

Cayetana. Si lo supiera no lo diría… Fray Basilio, la Inquisición quiere llevar a Goya a confesar sus pecados…

Fray Basilio. ¿Y no es acaso un pecador?

Cayetana. Un don divino no debe ser tratado como un pecado, fraile.

Fray Basilio. ¿Sois contraria a la rectitud que profesa la real Inquisición?

Cayetana. Vosotros sois un buen fraile, un estudiante de cánones y la sagrada teología… ¿Debo acusaros por querer conocer el verdadero lugar en el que se encuentra Dios?

Fray Basilio. Algunos podrían considerarlo como una herejía.

Cayetana. ¿Lo es?

Fray Basilio. (*Bebe.*) Un día, entré a lo que parecía ser el hogar del demonio sobre la faz de la tierra…

Cayetana. ¡Fray Basilio!

Fray Basilio. Tuve que huir cuando apenas llegué con mi acompañante, un paisano que me condujo al interior de la especie de gruta, de la que se contaban las más horribles historias…

Tuvimos que huir porque de pronto aparecieron ánimas en cada rincón del lugar y una mujer sin rostro se aproximaba portando palabras extrañas y nos amenazaba con una tea…

Cayetana. Estabais en el hogar del renegado.

Fray Basilio. No; escuchad… Se decía que el habitante de aquel lugar ocultaba su rostro porque echaba fuego desde sus pupilas y su lengua de serpiente le ayudaba a sorber la sangre de sus víctimas…

Cayetana. ¿A qué lugar os referís, Fray Basilio?

Fray Basilio. Meses después descubrí que se trataba del hogar de un reconocido hombre que era aceptado en la Corte del rey Carlos IV.

Cayetana. Hacedme breve vuestra historia, os suplico.

Fray Basilio. Era el estudio de un pintor.

Cayetana. ¿De cuál, fraile?, por piedad.

Fray Basilio. El estudio en el que se pintan escenas del infierno… El estudio de don Francisco de Goya.

Cayetana. ¿Y entonces vosotros creéis que Goya…?

Fray Basilio. Se habla de unos *Caprichos* en los que refleja claramente que ha caminado por los pasillos del infierno… Se dice que ver una sola de esas escenas os puede trastornar y llevaros a la enajenación… y a la perdición del alma…

Cayetana. Fraile…

Fray Basilio. Por eso debemos conducir a ese hombre hasta un lugar en el que se le pueda sacar la verdadera fuente de inspiración… Hay que quemar esas pinturas… Hay que hacer que la Inquisición nos permita mantener todo en el mismo lugar en el que Dios ha querido que estuviera… ¿Llora, duquesa?

Cayetana. He tenido en estima a ese artista por mucho tiempo… A pesar de su mirada incisiva al momento de subirme una media o de haber caído de modo descuidado en una mala posición… Sin embargo, él siempre profesó por mí una gran amistad.

Fray Basilio. Es un demonio, señora.

Cayetana. ¿No será vuestra imaginación que os ha hecho creer todo eso que me habéis dicho?

Fray Basilio. ¿Cuándo me miráis qué veis?

Cayetana. Confieso que no me atrevo a deciros…

Fray Basilio. ¿Cómo dice?

Cayetana. Que es increíble lo que me habéis contado.

Fray Basilio. Soy un buen pastor…

Cayetana. Y yo os creo, Fray Basilio… Tomaré muy en cuenta vuestras observaciones… Pero por ahora debo retirarme a mis habitaciones… (*Llamando.*) Doña Rodríguez…

(*Llega Doña Rodríguez y el padre la mira de un modo extraño.*)

Cayetana. Acompañad a Fray Basilio hasta la puerta. (*Explicándole al fraile.*) Vuestro relato me ha producido cierta incomodidad, que debo resolver con mi alma a solas…

Fray Basilio. Bien, entonces me retiro… Y no olvidéis: si sabéis en qué lugar podemos encontrar al tal Goya, hacédmelo saber, por la voluntad de Dios.

(*A Doña Rodríguez le da un acceso de tos.*)

Doña Rodríguez. Perdonad, he tragado al descuido…

(*El fraile le ofrece su copa y Doña Rodríguez la toma, pero no bebe por asco.*)

Cayetana. No lo dudéis, Fray Basilio… No lo dudéis…

Fray Basilio. Y es preferible, para solaz de las malas personas, que no recibáis a vuestro hermanastro a solas, aquí en vuestra finca. Lo mejor es evitar las provocaciones.

Cayetana. Os obedeceré en todo, Fray Basilio.

(*Cayetana se despide.*)

Doña Rodríguez. Seguidme.

(*El fraile parte acompañado de Doña Rodríguez, que no soporta el porte y la cojera del fraile.*)

Doña Rodríguez. Os habéis curado pronto de aquel ataque de la vaca.

Fray Basilio. Era solo una madre que sintió temor por su cría. Creyó que yo le hacía daño a su novillo.

Doña Rodríguez. Lo recuerdo bastante bien. Habéis sido arrastrado por la vaca por todo el campo y ninguno de los hombres que os acompañaba quiso intervenir…

Fray Basilio. Solo la piedad de la duquesa de Alba me salvó de aquella bestia.

Doña Rodríguez. ¿Creéis en ánimas, Fray Basilio?

Fray Basilio. ¿En ánimas?

Doña Rodríguez. He regado agua bendita por toda la finca porque tengo la impresión de que en cada esquina hay almas en pena rogando por su descanso eterno.

Fray Basilio. Hay muy buenas oraciones para esas ocasiones, hija… Muy buenas oraciones.

(*Cayetana se percata de que se ha ido el fraile y descubre a Goya Mayor, quien ha estado presente sin que lo hayamos visto durante toda la conversación.*)

Cayetana. ¿Qué vamos a hacer contigo, hombre?

Goya Mayor. ¿Así que os he mirado de un modo indecente?

Cayetana. Le daba comida al hambriento.

Goya Mayor. Debo confesaros que ganas no me han quedado de observaros las piernas.

Cayetana. Dejad los ronroneos y hablemos de lo que se amerita.

(*Llega Paquito conducido por Doña Rodríguez.*)

Paquito. Los caballos os esperan…

Goya Mayor. ¿Ahora sí habéis entendido que debo irme de España?

Cayetana. Muy a mi pesar.

Goya Mayor. Allí está la Ciudad de la Luz… esperándome… mis amigos y las ideas… y no tengo que sufrir más persecuciones… ni las presiones de hombres… Ni el rechazo a mi arte feo y grotesco, que mira la belleza del alma… la verdad; y no el de la falsa y bella figura de la nobleza, de una clase, para pasar a la posteridad…

Cayetana. Sois español.

Goya Mayor. ¿Lo he negado acaso? Pero ¿debo conformarme con ver perecer mi arte por la incomprensión de mi época…? ¿Por la incomprensión de hombres que nada entienden del arte mismo? ¿Debo abandonar la pintura? ¿Mis frescos? ¿Mis series?

¿Debo secarme porque el temor a la Inquisición impide que mis benefactores me ofrezcan el sostén de otrora? ¿Debo callar? ¿Por el temor a un infierno que está aquí mismo, pegado a nuestras existencias? ¿Qué somos los artistas, Cayetana? ¿Qué? ¿Somos solo los bufones de la Corte? ¿Debemos hacer felices solo a los que poseen el poder? ¿Y los otros? Y si yo no quiero formar parte de ninguna Corte, ¿debo perecer? Nosotros existimos para hacer felices a los hombres, es cierto… Para que puedan hallar el camino correcto que lleva a esos instantes efímeros en el que un ser puede llamarse feliz… ¿Por eso tenemos que conformarnos con ser unos miserables…? ¿Por eso tenemos que padecer hambre y miseria… y dejar que nuestras artes se pierdan entre vicios que nos extravían de la ruta exacta que Dios nos ha impuesto? Ya no tengo treinta años, como cuando llegué a Madrid, Cayetana… Soy un artista…

Cayetana. Un genio.

Paquito. Nuestro genio.

Doña Rodríguez. Yo he regado cántaros de agua bendita para que todo lo malo se vaya, pero parece no haber sido suficiente.

Goya Mayor. Tengo un deber… y ni tú, ni don Paco, ni Doña Rodríguez pueden ayudarme… porque si lo hacen del modo en el que quisieran les podría costar la vida… Yo me voy… Pero a pesar de mis enemigos naturales, esos que me han visto siempre como el enemigo que va a quitarles el pan, te aseguro que todo lo que yo he plasmado como artista será reconocido como grande por las futuras generaciones de mi tierra… Te lo juro…

Doña Rodríguez. No nos abandonéis, señor…

Goya Mayor. Si la Corte no me quiere, ¿por qué tengo que querer y respetar a la Corte? Si la Iglesia me condena, ¿por qué debo dejarme condenar? Si quieren que muera mi arte, ¿debo dejar

que me aniquilen? Soy de España y la amo… aunque muera incomprendido fuera de ella… ¿Eso me convierte en un mártir o en un artista?

Cayetana. ¿El exilio no es como la muerte, Francisco?

Goya Mayor. ¿Qué debemos hacer los artistas en este reino del terror? Nos están echando afuera porque no entienden qué somos. No lo entienden… y el paso siguiente es aniquilarnos… y a los que se queden los matarán de hambre… ¿Qué somos, Cayetana? (*Grita.*) ¿Qué coño somos? ¡¡Huyamos a Bordeaux!!

(*Black-out.*)

EPÍLOGO

Se escucha La primera vez que vi tu rostro, *cantada por George Michael. Los actores se van despidiendo y dando sus razones por las cuales se quieren ir del país para no regresar. Se descubre al actor que interpretó a Goya Joven bajo una luz cenital, que le otorga un aspecto dantesco.*

Escritor. ¿Han encontrado una respuesta? ¿Saben entonces por qué se exilian los artistas? (*Se ríe con sarcasmo.*) ¡¡Reflexionen, señores!! ¡¡Reflexionen!! Nosotros continuamos siendo herederos de los magos y nuestras vidas están hechas con los mismos hilos de los sueños.

(*Oscuro súbito.*)

(*No hay saludo de despedida de los actores, solo sus maletas vacías en el espacio.*)

Fin

CALÍGULA Y LA FURIA DE LAS LANGOSTAS*

(Tragedia)

* Esta obra, escrita en 1993, es resultado de un encargo hecho por el capocómico al dramaturgo, ante la conciencia del primero de su inminente desaparición. A treinta años de su partida, esta versión desea rendir un homenaje al director genial, irreverente, visionario e inolvidable. (N. del A.).

Personajes

Marlo (Capocómico)

Archi (Asistente de Dirección)

Enrique

Julio César

Ejemplar Masculino (Guardaespaldas)

Calígula

Escipión

Nelly / Cesonia

Daniel / Quereas

Josué / Mucio

Astrid / Esposa De Mucio

Primer Patricio

Viejo Patricio

Naldo / Guardia

Jóvenes Bailarines / Jóvenes efebos
Joven Nuevo

Un joven del público

Actores y actrices

El Dramaturgo

Músicos

Tramoyas

Instructores

Nancy (Bailarina)

Eduardo (Director musical)

Pedro

Wilson

Delfino

Norma (Bedel)

María (Otra bedel)

Mecenas

Presidente

Coro de aduladores
/ Claques

Político 1, 2 y 3

Periodista 1, 2 y 3

Enfermeros

Escenas

Introito

I

II

III

IV

En pleno ensayo

V

Introito

El público ingresa a una sala en la que se encuentra un espacio con una escenografía sin finalizar. Se escuchan eventualmente truenos y campanas, como la prueba de sonido de un teatro. Los músicos afinan sus instrumentos y los espectadores circulan entre los tramoyistas, que cuelgan unos arlequines y dejan caer arena como lluvia creando una atmósfera mágica. No muy lejos, una actriz calienta la voz entonando a capela una pieza italiana. Una bedel limpia el escenario. Los actores van ingresando para repasar ad libitum *una planta de movimiento elegida por el capocómico para el montaje de* Calígula, *de Albert Camus. De pronto, todo se congela y suena una extraña melodía surgida de instrumentos de aire y cuerdas, que invade el espacio y genera una atmósfera especial, mientras el público continúa deambulando en una especie de museo viviente del teatro con un actor haciendo de guía, que murmura ininteligibles comentarios históricos.*

(*Articulación.*)

I

Al finalizar la música, la actividad actoral y técnica crece. Un tramoyista corta una tarima. Los actores que interpretan a Calígula y a Escipión ensayan uno de sus parlamentos.

Calígula le toma el rostro a Escipión y todo en rededor parece volver a detenerse.

Calígula. *¿Acaso tú conoces la soledad? La de los poetas y la de los impotentes. ¿Soledad? ¿Pero cuál? Ah, no sabes que nunca se está solo. Y que a todas partes nos acompaña con el mismo peso el porvenir y el pasado. Los seres que hemos matado están con nosotros. Y con esos sería fácil. Pero los que hemos querido, los que no hemos querido y los que nos quisieron, los pesares, el deseo, la amargura y la dulzura, las prostitutas y la pandilla de los dioses. (Lo suelta y retrocede hacia lo que parece que será su trono.) ¡Solo! ¡Ah! ¡Si por lo menos en lugar de esta soledad envenenada de presencias que es la mía pudiera gustar la verdadera: el silencio y el temblor de un árbol! (Con súbito cansancio.) ¡La soledad! No, Escipión. La puebla un crujir de dientes y en toda ella resuenan ruidos y clamores perdidos. Y junto a las mujeres que acaricio, cuando la noche se cierra sobre nosotros y lejos por fin de mi carne satisfecha, creo asir un poco de mí mismo entre la vida y la muerte, mi soledad entera se llena del agrio olor del placer en las axilas de la mujer que aún naufraga a mi lado.*

(*Largo silencio. Escipión va y coloca vacilante una mano en el hombro de Calígula y este, sin volverse, la cubre con una de las suyas.*)

Escipión. *Todos los hombres tienen una dulzura en la vida. Eso los ayuda a continuar. A ella recurren cuando se sienten demasiado gastados.*

Calígula. *Es cierto, Escipión.*

Escipión. ¿*No hay*, pues, *en la tuya nada semejante? ¿La proximidad de las lágrimas? ¿Un refugio silencioso?*

Calígula. *Sí, a pesar de todo.*

Escipión. ¿*Y qué es*?

Calígula. (*Lentamente*.) *El desprecio*.

(*Truenos, campanas, viento. Una actriz canta un aria. Nadie se preocupa por el otro y el público sigue deambulando entre los elementos escenográficos. Se escuchan las olas del mar, que se transforman en tormenta. En el entarimado más alto, aún sin terminar, se para una actriz, Nelly, semidesnuda. Está evidentemente borracha. En actitud declamatoria comienza a recitar en lenguas desconocidas. Algunos piensan que se puede caer. Todos se detienen para intervenir si cae.*)

Nelly. Ac tuhuju pack, erake io entraba
Arack tu uh pack sortimentis deste cueste leve…
Ekate pecato tuto artis… Sortimentis… sortimentis et maldicis
Toteca ka ke ceta folie… Ceka ko lorke putrefacturectis…
Et por sá io tengo droá des montá ro ciel
A coté del trounus omnipotentis del Capus ereisum

(*Llega Archi, el asistente de dirección, con los instructores. Tensión en los actores y técnicos. Nelly no se detiene, aunque da algunos traspiés que anuncian una próxima caída. Archi, descubriendo el estado de la actriz.*)

Archi. ¡¿Qué tiene?!

Naldo. (*Viendo hacia arriba.*) ¿Está desnuda?

Bedel. No…

Archi. ¡Por supuesto que sí, está desnuda…! ¡¿Qué hace?!

Calígula. (*A Archi.*) Cree que recita versos en lenguas desconocidas a la orilla de la playa… como hizo aquella vez…

(*De pronto, Nelly grita y cae desmayada en el sitio.*)

Escipión. Está borracha.

Archi. Bájenla y pónganle vitamina E, o algo así, pero intravenosa… Que si llega el Capo y la consigue así, es capaz de matarla… (*A un actor*.) Hagan lo que quieran, pero que esté despierta cuando llegue el Capo…

(*Suben Calígula*, *Escipión*, *Naldo y sacan a Nelly del escenario*, *sin que ella deje de recitar*, *al tiempo que Archi se dirige al público*.)

Archi. (*Al público*.) Y ustedes siempre de mirones. Vayan a tomar sus asientos, por favor. (*El público va a sentarse. Primer llamado del asistente para iniciar el ensayo*.) Prevenidos. Primera llamada. Primera. Revisen sus objetos y útiles, los que no lo han hecho… y que nos les vaya a faltar nada para el ensayo. No quiero que el Capo se moleste y la vaya a pagar conmigo… porque me voy a encargar personalmente de que se vayan a hacer teatro al Teatro Santa Lucía de La Asunción, en Margarita… Así que prevenidos… Prevenidos… Primera llamada.

(*De pronto*, *como presintiendo la presencia de algo sobrenatural*, *los actores comienzan a desaparecer del escenario. A Nelly le ponen una inyección y parece que le hace efecto casi inmediatamente*, *pero vuelve a desmayarse y los actores la ayudan a volver en sí. El musicalizador da* play *a uno de sus grabadores de cinta. Comienza a sonar una majestuosa pieza barroca. Ceremoniosamente llega Marlo*, *el capocómico. Está rodeado de tres hombres que no dejan que nadie se le aproxime demasiado. Enrique le cubre con una sombrilla*; *el segundo trae un termo con vasitos desechables*, *azúcar*, *bolsitas de manzanilla*, *etcétera*; *este*, *sentado en una sillita*, *sirve constantemente para estar listo a solicitud del jefe, y el último*, *un hermoso ejemplar masculino*, *en actitud de guardaespaldas. Marlo mira el escenario*.)

Marlo. ¿Dónde están las culebritas que estoy formando como directores?

(*Archi se le acerca solícito*.)

Archi. ¿Esos…? Están sentados en las butacas… observándote con actitud reprobatoria… Si fuera tú, ya los habría echado del ensayo…

(*Marlo reprende a Archi con la mirada y este se retira. Marlo busca a los directores con los binoculares que le da Enrique, mientras Archi le hace señas a los músicos para que callen, en tanto anuncia por el megáfono*.)

Archi. Prevenidos… Segunda llamada… Segunda… Todos en su lugar y en actitud…

(*Se escuchan las campanas y los truenos, en tanto el musicalizador ajusta las cintas para que estén a punto. El iluminador prueba los pies. Los actores comienzan a hacer ejercicios vocales y toda suerte de rituales teatrales. Todo parece ser un caos. Marlo toma té y acaricia como a un perro al ejemplar. Se escuchan címbalos. Caen cuerdas a lo largo del edificio teatral. De pronto, Marlo levanta la mirada y ve a Archi; este acciona inmediatamente y levanta el megáfono para anunciar. Los actores y todo el personal asumen la posición de soldados ante las órdenes de un superior.*)

Archi. Prevenidos… Tercer llamado… Tercero… Principiamos… El ensayo va a comenzar… Todos preparados para iniciar donde se decidió ayer… (*Represivo*.) ¡¿Qué pasa?! ¿No comieron hoy…? El que no quiera estar aquí es mejor que sea honesto y se vaya de una buena vez, y le deje el puesto a cualquiera que sí quiera hacer las cosas como tienen que hacerse… Este ensayo tiene que tener visos de ensayo general, porque ya no

falta sino un mes para el estreno y nosotros somos los artistas más importantes de esta generación… de este país… de este continente… y pronto, del mundo… (*Archi mira a Marlo, quien le hace un gesto con la cabeza y el asistente le hace una seña al director musical.*) ¡¡¡Prevenidos…!!!

(*Los instrumentos comienzan a ralentizar sus afinaciones hasta quedar en silencio total, y con esto, los movimientos de los actores se detienen. Una luz cenital cae sobre el hombre que le sirve el té a Marlo. Hace gestos: estira su pantalón, se arregla la camisa, se pasa la mano por el cabello para peinarlo, sonríe; pero Marlo no le presta la menor atención. El hombre, molesto, toma la sillita y se va al centro del escenario.*)

Julio César. Te agradezco que me escuches. No; no te lo pido… Es imperativo. (*Pausa.*) ¿Qué me importa después? ¡Después no importa!… No tendría sentido… No sería lo mismo. Además, tú y yo sabemos que después… para nosotros… no existe. (*Al público.*) Se ha aprovechado de mí y no quiere escucharme. (*A Marlo.*) Pero vas a hacerlo. (*Se sienta en la sillita.*) Llevo sentado aquí uno, dos, tres años, cuatro años, cinco años, un millón de años… esperando una respuesta; seis años construyendo caminos que yo creía me ayudarían a salir a escena; siete años armándote y desarmándote las escenografías y la poesía para que se vieran como tú esperabas; mil años esperando una oportunidad. (*Pausa.*) Yo no la quería pedir. (*Pausa.*) He limpiado, he sido mesonero, hasta he vendido cosas para poder optar por esa oportunidad… porque estoy seguro que me la merecía, aunque me la hayas negado durante tanto y me hayas hecho sentir como me siento. (*Pausa.*) Cuando se iniciaba un proyecto, yo me arreglaba, me cortaba el cabello; me vestía con un traje de sueño para verme atractivo y me sentaba aquí a esperar pensando que lo haría este día, bien temprano, a las siete, cuando llegaba con su chaqueta de cuero, su periódico debajo del brazo y pedía

un té, o un café, antes de encerrarse en la oficina a donde los aduladores no permitían la entrada. Llegaba. Me guiñaba un ojo. A veces me decía: "Buenos días, querido, ¿cómo estás?", y seguía de largo, ignorando cualquier comentario que yo le hiciera… Yo corría a buscarle el café o el té de manzanilla… y mientras me quemaba las manos por el calor del líquido pensaba que hoy sí sería el día, que hoy me descubriría, hoy me daría un personaje con algo más de dos bocadillos y una pasada por el escenario… Y regresaba iluso a sentarme aquí a soñar… ¡Tenía que soñar! Yo veía cómo los personajes iban desfilando ante a mí, ante mis ojos, y la sombra del reparto se iba despejando aquí, en mis narices. Aquí… aquí mismo en el escenario… Solo unas manchitas odiosas, insignificantes, iban quedando en el papel, en la página que decía elenco… Unas líneas delgaditas que decían: sombras, hombres, mendigos, pueblo, borrachos, villanos, muñecos, relleno… Y veía cómo iban apareciendo los aduladores como ratas; las águilas; los negociantes; los arribistas; los que se vendían fácil por una oportunidad… ¡¡por mi oportunidad!! (*Pausa*.) Volvía y me sentaba en la sillita, pensando que otra vez sería y que no quería venderme. No me quería vender. Aunque piensas lo contrario, porque yo he soportado tanto abuso en silencio… (*Pausa*.) ¡Escúchame! En este momento ninguno de ellos puede ayudarte, nadie puede defenderte o impedir que yo hable contigo… Solo quería decirte que aunque no me hayas dado una oportunidad… antes de que te vayas de la vida… yo quiero desearte buen aniversario, mucha mierda y que tus deseos de convertirte en ministro de las Artes de este país se vean culminados como tú quieres… Adiós, Marlo… (*Estira su pantalón*, *se arregla la camisa y se pasa la mano por el cabello para peinarlo*. *Ríe a carcajadas y sale*.)

(*El ritmo de las acciones vuelve a su normalidad*. *Archi hace un gesto y un jovencito nuevo*, *de rasgos muy atractivos*, *trae un té de manzanilla*

humeante para Marlo, y se lo da. Marlo hace un gesto de placer y el joven nuevo busca la sillita, que ha quedado en el centro del escenario, y va a sentarse en el mismo lugar que ocupaba el hombre que salió anteriormente. Simultáneamente, se ajusta el escenario para el ensayo. El asistente de dirección busca a alguien entre el público.)

Archi. Por favor, aquel joven… Sí, aquel, venga. Voy a colocarle una pequeña tarea escénica para demostrar cómo Marlo forma en las tablas a sus actores. Sí, venga…

(*El joven se acerca apenado.*)

Archi. Colóquese como guardia en aquella esquina, sin pena ni risas, que esto no es un acto cultural… Perfecto, muy bien… Cuando yo se lo indique con una señal, usted va a decir: "El espectáculo ha terminado".

(*El actor que hace de guardia reacciona.*)

Naldo. ¿Quiere decir que ya no lo voy a decir yo…?

Archi. Quiere decir que lo va a decir él. Producción: búsquenle un casco y una espada… (*Al joven.*) Después que digas el texto te quedas ahí, hasta que yo te lo indique.

Naldo. Pero él no estuvo en el proceso, Archi.

Archi. Si no te gusta, habla con producción y vete.

Naldo. Me estás faltando el respeto. Yo no soy un insignificante guardia, yo estoy graduado de actor. No, no te voy a dar el gusto, acomplejado…

(*El exguardia se aparta con rabia, esperando el fracaso de la escena.*)

Archi. ¿Dónde está lo que pedí para el muchacho…?

Coral. Aquí va.

(*El joven se coloca la indumentaria.*)

Archi. Bien, ya sabes, tienes que decir, "El espectáculo ha terminado", cuando yo te lo indique, y no te muevas. El resto, prevenido para la escena V del cuarto acto. Silencio. Comienza la música de sistro y címbalos, acompañados de algunos truenos y un fuerte olor a incienso. (*Unos jóvenes bailarines buscan a Nelly, vestida como Cesonia.*) Los guardias: Quereas, Primer Patricio, el Viejo Patricio, en escena… Cesonia, prevenida. El resto se me coloca en aquella parte de las alas, por favor… ¡Silencio! ¡Estamos listos! (*Marlo aprueba con la cabeza.*) ¡Vamos! (*Los bailarines rodean a Cesonia.*) ¡Música, bailarines, luz, actores! Cesonia, por la derecha…

(*Empieza el ensayo. Archi le hace señas al joven que hace de guardia.*)

Guardia. *El espectáculo ha terminado.*

Cesonia. (*Entre los bailarines.*) *Calígula me ha encargado decirles que los citaba por asuntos de Estado, pero que hoy los había invitado a comulgar con él en una emoción artística.* (*Pausa; luego con la misma voz.*) *Agregó, además, que a quien no hubiera comulgado, se le cortaría la cabeza.* (*Callan.*) *Discúlpenme si insisto, pero les debo preguntar si les ha parecido hermosa la danza.*

Primer Patricio. (*Después de una vacilación.*) *Fue hermosa, Cesonia.*

El Viejo Patricio. (*Desbordante de gratitud.*) *Oh, sí, Cesonia…*

Cesonia. ¿*Y tú qué crees*?

Quereas. (*Frío.*) *Fue gran arte.*

Cesonia. *Perfecto, ahora podré informar a Calígula.* (*Sale por la izquierda.*)

(*Marlo se levanta gritando enfurecido.*)

Marlo. ¡Es insólito! (*A la actriz.*) ¡Cuántas veces tengo que decirte que haces mutis por la derecha y no por la izquierda! ¿Cuántos años van haciendo la misma vaina? ¿Qué coño hay por la izquierda? ¡Por la izquierda se me hinchan las pelotas! ¡Deja por la izquierda a las mujeres, a las maricas, porque en esta vaina la izquierda no me sirve pa' un coño!

Nelly. Yo soy una mujer.

Marlo. ¡Tú eres una actriz!… ¡Una actriz, no una mujer! ¿Entiendes lo que eso significa? Una mujer es una insignificante cualquiera. Y tú puedes ser cualquiera de ellas, cualquiera, la que se te antoje, un millón más y ser tú… Puedes ser también un hombre, mil hombres, un niño, un árbol… ¡Puedes ser el universo entero si te lo propones! Por eso estás maldita por la naturaleza. Por eso nadie te entiende cuando eres tú misma y te desprecian cuando te descubren. Pero todos te aman, te admiran, eres hermosa y poderosa cuando te transformas en lo que ellos odian o anhelan y no logran nunca llegar a ser. No eres una mujer, no eres una mujer. ¡Eres una actriz! Eso creo… ¿O me equivoco?

Nelly. No, señor.

Marlo. Entonces, ¿por qué coño haces mutis por la izquierda, cuando te expliqué en el trabajo de mesa que hicimos con Alexander por qué debían irse por la derecha? ¿O es que el trabajo de mesa no sirvió…?

Nelly. Sí sirvió, señor.

Marlo. … O es que tú te lo tomaste como una mamarrachada. ¡Es insólito! Búsquenme otra manzanilla.

(*El jovencito nuevo le entrega de inmediato el té a Marlo.*)

Nelly. Yo quería enseñarte cómo se veía…

Marlo. ¡Ah, querías ser creativa! (*Bebiendo el té*.) ¡La niña quería mostrarme su inventiva, su poesía…!

Nelly. Yo soy actriz, Marlo…

Marlo. ¡Y por eso tenías que cagarte en todo mi proceso creativo! Inventar una puesta es una vaina muy arrecha, ¿sabes? ¿Me querías sabotear?

Nelly. No, señor, de ninguna manera.

Marlo. ¿Cómo "no, señor"?; (*Llevándose al jovencito nuevo por delante*.) mientras yo estoy inventando la escena más importante del teatro mundial, concibiendo una estética que involucre en este espectáculo los cuatro elementos de la naturaleza y la naturaleza humana al servicio de la poesía escénica, tú te cagas en mi alma y me saboteas mi proceso creador por querer enseñarme una cosa. (*Transición*.) ¿Cuándo van a inventar máquinas computadoras humanoides para que actúen? Así no tendríamos que enfrentarnos con esa raza marcada… con estos seres malvivientes que son los actores… capaces de cualquier cosa para justificarse… Ellos no entienden lo agradecidos que deben estar con nosotros, los directores, quienes estamos afuera tratando de que se vean "hermosos en cuerpo y alma" para que el público los quiera, los admiren y los aplaudan al final. Parece inútil. Uno siempre va a ser el monstruo que quiere explotarlos, hacerles daño. ¡Cabrones! ¡Mil veces, cabrones!

(*Aparece Wilson, quien le hace señas desde un lateral del escenario*.)

Marlo. ¿Qué?

Wilson. Perdona, te llama… (*Hace un gesto*.)

Marlo. ¿Le preguntaste qué quiere ahora?

Wilson. Quiere hablar contigo sobre el acto solemne de este jueves y para decidir el discurso de orden…, tú sabes.

Marlo. Él es el político, yo no…

Wilson. Si tú lo dices… Pero con nuestros intereses por el Ministerio, es necesario que tú hagas algunas concesiones, Capo…

Marlo. (*Al asistente.*) Archi, revisa las otras escenas con los actores. ¡Se paró el ensayo por el saboteo que acabo de tener…! ¡Y cuidadito si decido y no monto la pieza…!

(*Nelly lo llama angustiada.*)

Nelly. Marlo…

(*El ejemplar salta como un perro rabioso sobre Nelly y Marlo lo apacigua acariciándolo.*)

Marlo. ¿Qué quiere…?

Nelly. Perdóname…

Marlo. Esa manía que tienen en este país de pedir perdón por las equivocaciones no la voy a entender jamás… No es perdón lo que tienes que pedir. Yo no soy Dios, ni San Judas Tadeo, ni Santa Teresita… Yo soy un artista… el más arrecho de este país… Colabora con mi creación. No me la entorpezcas. Haz tu trabajo como yo lo necesito y no tengamos problemas…

(*Comienza a hacer mutis con toda su corte de aduladores.*)

Archi. Señor.

(*El ejemplar ladra sobre Archi amenazante y Marlo lo calma acariciándolo.*)

Marlo. ¿Sí?

Archi. ¿Le parece si revisamos el baile anterior de esta escena?

Marlo. Mejor. Perfecto. Continúa. Yo vuelvo en siete minutos. (*Hace mutis.*)

Archi. (*Llamando.*) Nancy.

Nancy. (*En traje de bailarina.*) ¿Sí?

Archi. (*Al director musical.*) Eduardo, ¿saben dónde…?

Eduardo. Sí.

Archi. (*A todos.*) Los actores que no estén en la coreografía tienen cinco minutos libres.

Pedro. ¿Quién me presta para desayunar?

Archi. Son cinco minutos, no dos años. (*Llamando.*) A la escena…

(*Comienza el trabajo coreográfico "La danza de Venus", correspondiente a la escena. Al final queda la sala vacía. Escena incisa. Aparece el Dramaturgo.*)

Dramaturgo. (*Grandilocuente.*) Las langostas… esos insectos grandes que se comen todo a su paso con una furia demoníaca; que se complacen al hacerle mal a los otros; que no dejan nada para las otras especies por un derecho divino; y que son capaces, para alimentarse, de difundir la hambruna, como la que padecemos estos últimos años, como si todo lo que se moviera y tuviera vitalidad fuera carnada para saciar sus deseos… ¿Los artistas son realmente insectos…? ¿O son otra cosa que vemos en la naturaleza humana? He visto a esos insectos hacerse daño entre ellos… Abandonar a los más débiles y aniquilar a los más poderosos para quedarse con sus fuerzas… ¿Habré sido yo también una langosta alguna vez? (*Sale.*)

II

El espacio vacío es invadido de pronto por Marlo y sus aduladores, entre los que se cuenta el actor que interpreta a Calígula; Enrique, con la sombrilla; el jovencito nuevo que le sirve el té, y Archi, quien se le aproxima del otro lado de la escena y le dice ceremoniosamente algo en el oído a Marlo. Este se enfurece de pronto. Archi da una palmada y hace que los otros aduladores se alejen. Solo se queda Calígula, a quien Marlo acaricia como un gato consentido.

Marlo. ¿Estás seguro…?

Archi. Seguro…

Marlo. (*Rumiando.*) Se casaron anteayer…

Archi. Se casaron anteayer…

Marlo. En contra de mi voluntad…

Archi. Así es…

Marlo. Josué es mío… ¡Mío! Y quien se atreva a interponerse entre mis amantes y yo… (*Transición.*) Justifiquemos lo absurdo de la vida haciendo lo imposible…, ¿verdad, Calígula…?

Calígula. Por eso me encantas, Capo…

Marlo. ¡Quiero "la luna"! Primero: búsquenme a Josué y a Astrid… la rebelde parejita de actores recién casados que deben estar en su luna de miel. (*A Calígula.*) ¿Recuerdas lo que hablamos sobre Josué y Astrid…?

Calígula. ¿Sobre la historia…?

Marlo. Sobre los datos biográficos de Calígula…

Calígula. Perfectamente.

Marlo. Vete a arreglar para la escena.

(*Calígula sale a prepararse*.)

Marlo. Segundo: que Wilson llame al Mecenas y, si puede, que invite al mismo Presidente al ensayo privado que tendremos mañana en la noche. Y tercero: ven, Archi. Necesito cuadrar contigo el ensayo de mañana.

(*Marlo le pasa el brazo a Archi y se lo lleva caminando de espaldas al público. Se escuchan algunos truenos. Un sonido de velocidad acelerada. Elipsis. Campanas. Al voltearse, es la hora del ensayo. Ha llegado el Mecenas con el Presidente y sus respectivos aduladores, que observamos desde el balcón presidencial*.)

Marlo. Excelentísimo señor Presidente, distinguido Mecenas y demás público presente. En mi carácter de capocómico de este humilde tinglado, es un honor que hayan aceptado acompañarnos en el nimio ensayo en el que, como artista-investigador, voy a intentar explicarle a mi elenco…, y a nuestro mundo cultural, una metodología nueva para mi proceso creativo. Inspirada, por supuesto, en los trabajos de Stanislavski, Grotowski, Craig, Chroneck, entre muchísimos otros… Sobre todo, Strehler… Me ha llevado mucho más de dos décadas de observación, ensayo y error, el intento de que los actores lleguen a la interpretación de los personajes, a partir de la absoluta invasión de la psiquis y el Eros, vulnerando su yo, su Tánatos; modificado de tal manera, que el actor, a través del miedo, esté en condición de sujetarse al texto aprendido y corporizar al personaje como si fuera su verdadero yo, para responder a los estímulos del exterior "casi" en estado inconsciente. El proceso básico de su *machine* es así: por la boca del actor surgen las palabras que escribió el dramaturgo, que deben estar en su memoria… y que han debido ser previamente

discutidas en el trabajo de mesa. El cuerpo se desplaza en una planta acordada con el capocómico, con un margen de error prudente, dependiendo de los estímulos exteriores que se expresan en las réplicas, debido a la interioridad propia y/o ajena, y a modificaciones de desplazamiento tanto actoral como escenográficas, así como de los articuladores entre escenas, cuadros o partes, que en la acción humana, artística o técnica pudieran variar el ritmo… y, finalmente, un porcentaje de azar. Aún no me he detenido a pensar cuánto tiempo podría llevarme un montaje con este proceso, pero quisiera ejemplificar, si se me permite, con una escena que ensayamos para estrenar en la celebración de nuestro vigésimo aniversario. Como podemos observar (*El escenario se modifica y descubrimos a Josué y a Astrid, interpretando a Mucio y a su esposa respectivamente, frente a Calígula, Quereas, el Viejo Patricio, el Primer Patricio y Cesonia.*) (*A Archi.*) Archi, ilumina un poco más el lugar donde se encuentra la pareja y prepara todo para iniciar para nosotros la escena.

(*Se ilumina mejor la escena. Todo el elenco en absoluto silencio, detrás de Marlo.*)

Calígula. (*Al Viejo Patricio.*) *Buenos días, mi querida.* (*A los otros.*) *Señores, me aguarda una ejecución. Pero he decidido cobrar fuerzas en tu casa antes, Quereas. Acabo de dar órdenes para que nos traigan víveres.* (*A Mucio.*) *Mucio, me he permitido invitar a tu mujer.* (*Una pausa.*) *Rufio tiene la suerte de que yo siempre esté tan dispuesto a sentir hambre.* (*Confidencial.*) *Rufio es el caballero que ha de morir.* (*Una pausa.*) *¿No me preguntáis por qué ha de morir*? (*Silencio general. Entretanto, los esclavos han puesto la mesa y traído víveres. De buen humor.*) *Vamos, veo que os volvéis inteligentes.* (*Mordisquea una aceituna.*) *Acabasteis por comprender que no es necesario haber hecho algo para morir.* (*A Cesonia.*) *Pero míralos, Cesonia. Nada.*

La honestidad, la respetabilidad, el qué dirán, la sabiduría de las naciones, nada significa ya nada. Todo desaparece ante el miedo. (*Se pasa la mano por la frente y bebe. En tono amistoso.*) *Ahora hablemos de otra cosa. Vamos, Quereas, estás muy silencioso.*

Quereas. *Estoy dispuesto a hablar, Cayo. En cuanto lo permitas.*

Calígula. *Perfecto. Entonces, cállate. Me gustaría oír a nuestro amigo Mucio.*

Josué. (*A regañadientes.*) *A tus órdenes, Cayo.*

Calígula. *Bueno, pues háblanos de tu mujer. Y empieza por mandarla a mi derecha.*

(*Astrid, la mujer de Josué, se acerca a Calígula.*)

Calígula. *Eh, Mucio, te estamos esperando.*

Josué. (*Un poco perdido.*) *Mi mujer… Pero yo la quiero.*

(*Risa de Marlo.*)

Calígula. *Claro, amigo mío, claro.* ¡*Pero qué vulgar*! (*Ya tiene a la mujer a su lado y le lame distraído el hombro izquierdo.*) *En realidad, cuando entré estabais conspirando,* ¿*no es así*? *Marchaba la conspiracioncita,* ¿*eh*?

El Viejo Patricio. *Cayo,* ¿*cómo puedes…*?

Calígula. (*Al Viejo Patricio.*) *No tiene importancia, preciosa. La vejez es así. No tiene importancia, de veras.* (*A todos.*) *Son incapaces de un acto valiente. Ahora recuerdo que debo resolver algunas cuestiones de Estado. Pero antes demos satisfacción a los deseos imperiosos que nos crea la naturaleza.*

(*Calígula se lleva a Astrid a una habitación vecina.*

Josué hace ademán de levantarse.)

Cesonia. (*Amablemente.*) *Oh, Mucio, volvería a tomar de ese vino excelente.*

(*Josué, dominado, le sirve en silencio. Momento penoso. Las sillas crujen.*)

(*Marlo recibe un sobre de manos de Archi. Saca un papel del sobre y constata que nadie lo ve. Archi se detiene como un soldado tras él, sin que lo note. Marlo lee el papel, que parece ser un resultado médico. Baja la mano con el papel. Mira el ensayo y mira hacia el público. Comienza a llorar desesperado. El crujir de las sillas es más fuerte. Archi no sabe si acercarse o irse del lugar. El capocómico está deshecho. Archi se va y lo deja solo, llorando. Marlo vuelve a tranquilizarse y las sillas dejan de crujir. La acción retorna con un ritmo acompasado.*)

Cesonia. *Bueno, Quereas, ¿y si me dijeras ahora por qué luchabais hace un rato?*

Quereas. (*Fríamente.*) *Todo fue, Cesonia, porque discutíamos sobre si la poesía debe ser asesinada o no.*

Cesonia. *Es muy interesante. Sin embargo, excede mi entendimiento de mujer. Pero me admira que vuestra pasión por el arte os lleve a cambiar golpes.*

Quereas. (*Siempre frío.*) *Es cierto. Pero Calígula me decía que no hay pasión profunda sin cierta crueldad.*

Cesonia. (*Bebiendo.*) *Hay cierta verdad en esa opinión. ¿No les parece?*

El Viejo Patricio. *Calígula es un fino psicólogo.*

Primer Patricio. *Nos habló con elocuencia del coraje. Debería resumir todas sus ideas. Sería inestimable.*

Cesonia. *Os encantará saber que lo pensó y está escribiendo en este momento un gran tratado.*

(*Entran de la habitación a medio vestir Calígula y Astrid, la mujer de Josué.*)

Calígula. *Mucio, te devuelvo a tu mujer. Mañana habrá hambre.* (*Con fuerza y precisión.*) *Digo que habrá hambre mañana. Todo el mundo conoce el hambre, es una calamidad. Mañana habrá calamidad… y detendré la calamidad cuando me plazca.* (*Explica a los demás.*) *Después de todo, no tengo tantos modos de probar que soy libre. Siempre se es libre a expensas de alguien. Es fastidioso, pero normal.* (*Con una ojeada a Josué.*) *Aplicad este pensamiento a los celos y veréis.* (*Pensativo.*) *Con todo, ¡qué feo es ser celoso! ¡Sufrir por vanidad y por imaginación! Ver a la mujer de uno…*

(*Josué aprieta los puños y abre la boca, pero lo interrumpen los vítores y aplausos a rabiar de las claque que, a una seña del Marlo, Archi ha activado en el elenco, contagiando los aplausos al Mecenas y al Presidente, quienes se han puesto de pie. Cenital sobre Marlo. Luego se abre la luz al elenco en escena.*)

Marlo. (*Con voz quebrada pero en alto.*) ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Mis actores están a la par de los grandes actores y actrices del teatro mundial!

(*Los actores hacen gestos, halagados.*)

Mecenas. (*Al encuentro.*) ¡Hermoso..!. Trágico, fatalista, pero hermoso… Algunos llegarán a decir que esto es excesivo y hasta asqueroso, pero no podrán negar la hermosura. El placer total ante los ojos de los espectadores. Una arriesgada propuesta hiperrealista. ¿Se podrá repetir cada noche en una temporada larga?

Marlo. (*Tratando de recobrar fuerzas.*) Y hacer giras por todo el mundo.

Presidente. Esta obra podría convertirse en un escándalo…

Mecenas. Con el debido respeto, ¿pero para qué sirve el teatro si no genera controversia?

Presidente. ¿Qué haremos entonces…? Digo: si se desata un mar de chismes… Este es un país que le tiene mucho miedo al qué dirán…

Mecenas. También es verdad que este país avala todo lo que viene de afuera. Este es un autor extranjero, así que jugamos seguros.

Presidente. Eso es cierto, por eso yo no me bajo de un avión. El pueblo puede esperar, yo necesito el apoyo de la élite. ¡Hipócritas! Todo lo que condenan aquí, lo alaban allá; y solo les basta que alguien de allá lo haga para aplaudirlo.

Marlo. A la prueba me remito.

Mecenas. Pero tú eres ya uno de nosotros, Marlo. Me parece muy interesante el procedimiento.

Presidente. (*A Marlo.*) Oiga, ¿usted cree que podríamos utilizar la misma técnica para que brinde el resultado esperado en el área industrial, por ejemplo?

Marlo. Es cuestión de probar.

Presidente. Entonces te tendrás que venir a trabajar conmigo.

(*El Mecenas le hace señas con las cejas a Marlo y este entiende.*)

Marlo. Si usted me lo permite, señor Presidente, el Ministerio de las Artes podría parecerme más interesante…

Presidente. Hecho. Alguien de mi equipo lo estará llamando.

(*Sale ceremoniosamente el Presidente, con sus aduladores.*)

Mecenas. (*Aparte.*) Marlo, ¿y en manos de quién piensas dejar nuestro proyecto si te vas?

Marlo. Por los momentos, no puedo dejar este edificio… se derrumbaría. Las ratas comenzarían a roer las bases en su pugna por el poder… Créeme, hasta cambiarían el arte por unos cuantos billetes sucios con olor a cerveza rancia. Olvidarían su verdadera razón de ser y tarde o temprano todo se vendría abajo… Le propondré al señor Presidente nombrar, por los momentos, un emisario de mi entera confianza para el Ministerio.

Mecenas. Haremos lo que tú digas, querido. Sabes que cuentas con todo mi apoyo. No vayas a faltar a la sesión de fotos para la revista. Me voy a retratar con los más brillantes directores de teatro del país y tú vas a salir sentado a mi lado.
Adiós.

(*Sale ceremoniosamente el Mecenas, con sus aduladores.*)

Marlo. (*Llamando.*) Wilson… Reunión extraordinaria de Junta Directiva…

Wilson. ¿Ya?

Marlo. En cinco minutos… (*Sale abatido, con sus aduladores.*)

Delfino. (*Acercándose a Wilson. Aparte.*) Ya encontré un modo para deshacerme de los jóvenes directores… antes de que se conviertan en una amenaza para nosotros…

(*Se escucha un grito desgarrador. Delfino y Wilson se apartan.*)

Norma. (*Off.*) ¡No es justo!

Archi. ¡¿Qué pasa?!

(*Entra Norma, la bedel.*)

Norma. (*Lloriqueando.*) ¡Ya no sé qué voy a hacer! ¡No es mi culpa…! Pero la voy a estar cazando, a la que lo hizo hay que cortarle la cabeza. Execrarla del teatro para siempre…

Archi. ¡¿Qué hicieron, Norma…?!

Norma. ¡¡Se volvieron a robar el papel *toilette*…!! Yo pongo un rollo por poceta en todo el edificio. A cada departamento le dejo un rollo, por si acaso… y una degenerada… una sinvergüenza, parece que me siguiera por todo el teatro, y mientras yo cargo como una burra con la paca completa, dejando un rollito aquí y otro allá, ella lo va retirando… y digo ella, porque tiene que ser una mujer… Estoy casi segura… Yo leí en una encuesta que una mujer usa diez veces más papel sanitario que un hombre… Es una meona, una cagona profesional… Hay que revisar todos los bolsos, morrales y carteras. Los bolsillos de los actores y los técnicos. Poner un vigilante en cada baño del edificio. Contratar un investigador privado para conocer quién es la ladrona del papel *toilette*… Para que se haga público, para que se publique en todos los periódicos del país. Para que no la contrate más nadie por "roba papel *toilette*"… y por el bien de todos los traseros del teatro nacional… No es culpa mía, yo los pongo en la mañanita, para que lo use quien lo necesite y ¡zas…!, cuando regreso me entero… Yo vuelvo a los baños haciéndome la gafa… tratando de olvidarme de lo que pasó ayer, anteayer, antes de antier, el año pasado… hace cinco años… Miro de laíto deseando que ese día no, pero nada… ¡Se volvieron a robar el papel *toilette*! ¡Ojalá que a la que se lo roba le dé una diarrea tan tremenda que tenga que gastar todo el papel *toilette* que se ha robado del baño!

(*Oscuro.*)
(*Música articuladora.*)

III

Despacho de un distinguido político nacional.

Político 1. Se nos está volviendo un problema el hombre…

Político 2. Sí; y cada quien debe encargarse de su negocio: los políticos a la política y los cirqueros al circo… No entiendo cómo han permitido que un payaso como ese ponga sus ojos y sus manos en cosas que solo nos concierne a los que hemos militado y entendemos las cosas del Estado.

Político 1. Es un arribista…

Político 2. Lo mejor es que se cree inteligente y más astuto que nosotros… Estoy seguro que piensa que no nos hemos dado cuenta de sus intenciones.

Político 1. No te preocupes, ya en el CEN del partido está en marcha un plan para quitarlo del medio… a él y a todo su equipo. Voy a explicarte, para que te calmes y puedas sonreírle con simpatía cuando nos reunamos con él…

Político 2. Explícame… porque yo soy del criterio de que hay que erradicarlo del panorama nacional, y creo que asfixiarlo sin recursos económicos es el primer paso…

Político 1. Nada de eso… Todos los sectores se darían cuenta y eso produciría una explosión que nos cobrará la historia en cualquier momento… Nosotros descubrimos un método que a no muy largo plazo nos brindará resultados contundentes, capaz de anular a cualquiera e imposibilitar la actuación del Mecenas para defenderlo… Es una enfermedad que está en boga y que no tiene cura… Tiene su sumidero en Nueva York.

Político 2. Ah, entiendo… Por eso los ayudaste con tanto ahínco, para que fueran con su último espectáculo a la Gran Manzana a representar al país… Brillante.

Político 1. ¡Cómo me conoces!

Político 2. ¿Y hay riesgos?

Político 1. Los habituales de un virus… que se contagia… en este caso, por vía sexual…, es el riesgo de que se propague y se convierta en una pandemia mundial… ¡Un virus para exterminar una plaga de langostas! No queremos otro Vargas en el mando de ningún ministerio y menos en el de las Artes… Este Capo trae planes descocados con siglas como TNJ, FITC, CDNT, TNT…

Político 2. ¡TNT, suena a explosivo!

Político 1. ¡En todo caso, suena subversivo! Empezará a empujar al país con ideas sobre lo que debemos ser y estropeará lo que somos en realidad.

Político 2. ¿Y qué somos en realidad?

Político 1. No se sabe, no hay reflexión, no hay consenso. Por eso cada cierto tiempo nosotros armamos campaña y cada quien elige ser lo que mejor le parece o lo que se impone en el momento.

Político 2. Con todo lo que ha ocurrido en casa, no estamos en condiciones de cometer una sola equivocación más. Debemos pensar en el país.

Político 1. A ti ya te botaron de tu partido por soberbio. Estoy tratando de disuadirte porque me parece que los ánimos están en contra y yo creo que en lo que vuelvas al poder, vas derechito a soltar al militarcito para que acabe con la partidocracia nacional… y cree la temible guerrilla urbana.

Político 2. (*Duda.*) ¿Y si de verdad una rebelión es lo mejor para el país?

Político 1. ¡Shhhh, cállate, estúpido!

(*Articulación*.)

(*Delfino y Wilson, este último con un paquete en la mano, conversan aprovechando la soledad del teatro*.)

Delfino. Insisto, tenemos que deshacernos de los directores… Antes de que pase lo que tenga que pasar con Marlo y vengan a pedirnos su lugar.

Wilson. Va a ser difícil… Ellos se creen los legítimos herederos… Como quiera que sea, hay que cuadrar cuentas porque las cuentas no dan. ¿Tú crees que se den cuenta?

Delfino. Es una posibilidad…

Wilson. ¡¿Y si los obligamos a abandonar el teatro…?!

Delfino. Eres demasiado básico. No es así como debemos anularlos.

Wilson. ¡¿Cómo entonces…?! Yo no pienso meterme en líos con esos locos…

Delfino. En cuanto se muera Marlo hay que obligarlos a renunciar…, con la excusa de que hay que darle paso a otros que tienen igual derecho a un espacio para desarrollarse… y ayudaremos a que pierdan el teatro…

Wilson. Eso no es tan difícil…

Delfino. Eso los va a desmoralizar, se sentirán fracasados porque no los ayudaremos y podremos manejar lo que nos pertenece como nos corresponde… sin que esos estén husmeando… Ahí viene gente. Me voy, no es bueno que nos vean juntos cuchicheando.

Wilson. Quedamos de acuerdo. Voy a hacer unas cositas y te aviso…

(*Delfino sale con sigilo y llega Daniel con Astrid, muy drogada. Se están limpiando la nariz y arreglándose la ropa*.)

Wilson. ¿Qué hacen aquí…?

Daniel. ¡¿Por qué…?! ¡¿No podemos estar aquí?! ¡Este es nuestro lugar de trabajo! (*Soez, mirando a Astrid.*) Estábamos trabajando…

Wilson. Ten cuidado. Marlo está allá…

Daniel. Y el productor está aquí… ¿Conseguiste algo para esta noche?

Wilson. ¿De qué…?

Daniel. (*Por el paquete.*) ¿Qué es eso?

Wilson. Un paquete de Marlo, que le llegó al despacho del Ministro… El Mecenas me llamó para que fuera y lo retirara.

Daniel. ¡¿Al jefe también le mandan?!

Wilson. Imbécil, son medicamentos… Vitaminas para que pueda mantenerse fuerte…

Daniel. Son medicamentos de…

Wilson. Es mejor que Marlo no se entere que los viste…

Daniel. Lo sé…, pero es notorio… Está parado, pero se le ve más débil desde hace unos días… Lo que pasa es que nos hacemos los locos… ¿Y con el paquete no trajiste más nada? (*Por Astrid.*) Después de nuestro experimento quedamos con ganas…

Wilson. ¿Y Josué…?

Astrid. Ni sabe ni tiene por qué enterarse…

Daniel. Ella no puede seguir viviendo sin dinero y en ese rancho, ese donde él la tiene, yo le doy…

Wilson. A todos les cuesta comenzar…

Astrid. Menos mal que hablé hoy con Daniel. Porque cuando hablo con él es que hay comida en la casa…

Daniel. Wilson, ¿tú te has puesto a pensar lo que pasaría si, por alguna razón, se acabara todo esto…?

Wilson. ¿Todo esto qué?

Daniel. No sé… Esto que hemos logrado nosotros en este país con el teatro… Si a Marlo le pasara algo y todo esto se acabara…

Wilson. Con nosotros no va a pasar nada malo… Mientras muchos países continúan en la primera mitad del siglo XX, nosotros vamos a Europa, al Norte, a Australia, a todo el mundo a mostrar nuestro trabajo como referencia en la historia del teatro mundial que somos.

Daniel. Pero… si algo pasara… si esto desapareciera… si por alguna razón todo comenzara a destruirse…, ¿qué harías?

Wilson. (*Franco.*) Me dedicaría a la política.

IV

Bajo un cenital aparece Delfino, vestido igual que Daniel y Wilson. Ensaya a uno de los personajes, hasta que se siente descubierto.

Delfino. Yo pude hacerle el personaje que está haciendo Daniel, pero bueno… preferí esperar… No me parece el momento indicado para llevarle la contraria a Marlo… Pero si yo me hubiera decidido, yo lo hubiera hecho… Yo no soy como los otros que planean cosas, inventan historias y líos para quedarse con los personajes… Yo creo que las cosas les tocan a quien le tocan y ya está… Y yo soy el legítimo sucesor de Marlo… En Junta Directiva se dijo que, además, el problema

de la administración debe ser tratado con mano dura, porque hemos crecido y está la Juvenil, los directores de los que me voy a deshacer, la danza, los estudiantes, los festivales, las responsabilidades con la Alcaldía, las gobernaciones, las instituciones internacionales… Y eso es mucho dinero que debe tratarse con tacto, pero sin mucho miramiento… Y Marlo decidió que fuera yo… Porque él sabe que yo sé trabajar con el dinero… El poder… Porque el dinero es el poder… y yo soy el que maneja el dinero… También vendo vitamina C de mil unidades, que impide que a uno le dé esas gripecitas fastidiosas… y tengo un polivitamínico para las defensas… mucho más en esta época… Una vitamina muy buena para el estrés y la caída del cabello… y alguna otras cosillas… (*A Astrid.*) Entonces, ¿vas a querer la vitamina C o la lecitina…? Yo me cuido… Me gusta el deporte y hago siesta después de almuerzo… Lo único que puede interrumpírmelo es que Marlo cite a ensayo…, pero como no voy a hacer el personaje… Sí yo me decidiera…, pero yo sé esperar… Hasta que llegue mi turno… Yo estoy seguro de que yo también tendré mi momento… y que soy yo el que va a cerrar la santamaría… He esperado tanto… y bueno, como la enfermedad esa no tiene cura y yo soy realista… estoy esperando…. Me gusta mucho el deporte y terminé haciendo teatro… a lo mejor por aquello del público. O sea: como en el teatro hay público… Cuando salí a escena por primera vez tuve la sensación de ser un superdeportista… Me gustó… Ese personaje era para mí. El problema es que él está atravesando en este momento una crisis… La crisis de los cuarenta… Ahora hay que ayudarlo…, pero solo hasta que Marlo no esté… ¿Te imaginas a un hombre de su edad viviendo una *affaire* con la mujer del muchacho este?… ¿y que la cosa se haga pública?… ¡Qué vergüenza! ¡Qué pena con su mujer y su hija! Bueno, la cosa fue que se acordó en Junta Directiva que él lo haría… Aunque yo también estaba en tipo para el Quereas… (*Discursivo in crescendo.*) "Hay cosas que no se

deben discutir y en las que tienes que aprender a transigir por el beneficio de la institución…". Y esto es una institución porque agrupa a varias entidades y está compuesta por otras organizaciones, que nos convierte en la corporación teatral más importante de la nación.

(*Todos terminan cantando el himno de la institución, vestidos como soldados romanos.*)

Por el triunfo de nuestro destino,

por el triunfo de nuestro vivir,

levantemos la faz y la mente,

que como siempre podemos vencer.

(*Al final todos posan como para una foto, menos Enrique.*)

Enrique. A mí no me gusta tomarme fotos en grupo. Porque de aquí a diez años, uno comienza a ver a la gente y dice: este ya no hace teatro, este está en la televisión y este se murió y este y este y este… y con las cosas como están, en unos años uno va a ver la foto y el único que va a estar como un payaso voy a ser yo… y la gente es hasta capaz de creer que yo también estoy enfermo o muerto… y primero bañado en sangre… y mucho menos con sonrisa de satisfacción.

Marlo. ¿Sabes por qué no te vas a morir con nosotros? Porque eres un frustrado arribista insatisfecho, porque nadie te ha amado como tú esperabas que lo hicieran, rata…

Enrique. Eso no es así…

Marlo. Y la única razón por la que te vas a tomar la foto es por agradecimiento. ¡¡Ven a posar!! ¡¡Ya!!

Enrique. Pero advierto que no cuido enfermos… porque no soy enfermera…

Marlo. ¡¡Dije ya!!

(*Enrique va a posar a regañadientes. Todos sacan sus armas y sonríen para la fotografía, y de un modo aparentemente imperceptible comienzan a empujarse, para robarle el foco a sus compañeros y quedar junto a Marlo. Los empujones se hacen cada vez más evidentes. Se escucha la canción del himno del grupo. Marlo hace un gesto y se para la música.*)

Marlo. ¡¡Todavía no me muero, para que se estén peleando por mi puesto!! En mi puesto se va a quedar el que logre interpretar correctamente a *Un enemigo del pueblo* y jamás, para su desgracia histórica, va a entender qué es el arte, fuera de ser un producto económico… ¡Así que, carajo, arréglense para que, por lo menos, quede la constancia de que alguna vez se fotografiaron conmigo!

(*Estalla el flash de la foto. Música.*)

Archi. ¡Señores, continuamos en media hora…! Y Enrique…, busca para donde irte, porque si no puedes ayudar a Marlo es mejor que no lo jodas.

Enrique. ¡Me voy…! Pero no me voy a quedar de enfermera, viendo cómo le roban los trajes verdes, los zapatos, las corbatas, los libros, los elefantes y hasta las cuentas de banco, a cuenta de una supuesta solidaridad… (*Sale.*)

Archi. (*Sin prestarle atención.*) En media hora…

(*Articulación.*)

Calígula. … *Lo imposible lo busqué en los límites del mundo, en los confines de mí mismo, tendí mis manos…* (*Gritando.*) *Tiendo mis manos y te encuentro siempre frente a mí, y por ti estoy lleno de odio. No tomé camino verdadero, no llego a nada. Mi libertad no es buena. Nada. Siempre nada.* ¡*Ah, cómo pesa esta noche…*! *Helicón no ha venido; seres culpables para siempre… Esta noche pesa como el dolor humano.*

(*Ruidos de armas y cuchicheo. Calígula se levanta, toma con la mano un asiento bajo y se acerca al espejo, respirando con fuerza. Música atonal. Calígula se observa; simula un salto hacia delante y, frente al movimiento simétrico de su doble en el espejo, arroja el asiento por los aires gritando.*)

Calígula. ¡¡*A la historia, Calígula, a la historia..*!!

(*El espejo se rompe y en ese momento, por todas las puertas, entran los conjurados en armas. Calígula los enfrenta con una risa loca. Senecto lo hiere en la espalda. Quereas, en el medio de la cara. La risa de Calígula se convierte en estertor. Todos los hieren mientras Calígula grita.*)

Calígula. *Soy la historia…*

Archi. Oscuro. Música para el saludo. Prevenidos para el saludo, como lo va a indicar el señor Marlo.

(*A cada indicación de Marlo aparecen y saludan, ceremoniosamente, uno o un grupo de actores y se van colocando a los lados de la escena.*)

Marlo. (*Al mencionarlos, saludan.*) Los poetas, los guardias, los servidores, el caballero, Mucio y su mujer; Mereya, el Intendente, todos los Patricios, Escipión, Helicón, Quereas…

(*Quereas no sale. Marlo lo nombra varias veces sin respuesta. Nadie se mueve. Silencio impenetrable.*)

Cesonia. (*Off.*) Si quieres saludo yo antes que tú… A mí no me importa eso.

Daniel. (*Gritando en off.*) ¡¡Quereas es más importante que Cesonia!! ¡¡Quereas genera acción!! ¡¡Yo no voy a saludar antes que Cesonia!!

(*Gran silencio.*)

Marlo. (*In crescendo.*) Cuando un director marca un saludo no es por capricho… porque si fuera por mí, saldría yo a saludar por la mayoría de ustedes, que no son más que unos ineptos. Se la pasan con ese complejo heredado de nunca poder inventar un coño y cagarla cada vez que pueden, aunque pidan perdón cada cinco minutos… Recuérdenle al actor que interpreta a Quereas que o sale a saludar en el lugar que le indiqué, o va a tener que ir a hacer teatro con Alcohólicos Anónimos. Recuérdenle que el único que le brindó una oportunidad fui yo, porque en este país de seudointelectuales copiones, envidiosos del talento ajeno, no creían en él… (*Se nota que se siente mal, a causa de un fortísimo dolor de cabeza.*) Necesito un té de manzanilla. (*El joven nuevo no aparece.*) Voy a tomarme una manzanilla en el café, y dentro de cinco minutos regreso a marcar el saludo… y si no sale la rata esa en el lugar que le corresponde, se suspende el estreno. Wilson, ven… tenemos que hablar para que solucionemos de una vez este problemita. Archi: cinco minutos… (*Hace mutis con Wilson.*)

Archi. Señores, cinco minutos. ¡¡No son diez ni quince…!! ¡¡Son cinco minutos!! Así que no se vayan a ir a otro lado… y cuidado cuando vayamos a comenzar y no estén aquí, porque ya hay suficientes problemas hoy en esta producción. ¡¡Señores asistentes

de producción, necesitamos más sangre…!! Compren más jabón tapa amarilla, colorante y cocinen suficiente para lo que queda de ensayos y funciones.

Delfino. Archi…, si quieres dile al Capo que si tiene problemas con el personaje de Quereas, yo estoy en disposición de hacerlo. Me sé toda la letra y la planta de movimientos… Que no se preocupe… que yo sí estoy prevenido… y no soy tan atrevido como para cambiar una decisión de Marlo…

(*Delfino mira cómplice a Archi y sale detrás de Marlo. Wilson regresa.*)

Wilson. (*A Archi, para que todos escuchen.*) ¡¡Marlo no quiere que nadie le hable a Daniel!!

(*Música atormentada. Al fondo descubrimos que todos los actores se pelean por un lugar frente a los espectadores. Sale una Nelly nuevamente ebria y se para en el mismo lugar del principio, y con el atuendo de Cesonia repite la rutina.*)

Nelly. Ac tuhuju pack, erake io entraba
Arack tu uh pack sortimentis deste cueste leve…
Ekate pecato tuto artis… Sortimentis… sortimentis et maldicis
Toteca ka ke ceta folie… ceka ko lorke putrefacturectis…
Et por sá io tengo dora impunidad des montá ro ciel
A coté del trounus omnipotentis del Capus ereisum.

(*Llega Marlo con el ejemplar y se detiene sorprendido por lo que ve haciendo a Nelly, quien repite una y otra vez las frases sin prestarle atención a nadie.*)

Marlo. (*A Archi.*) ¿Y esta qué hace ahora?

Archi. Siempre que se embriaga lo hace… Dice que es un secreto…

Marlo. (*La llama.*) ¡Flujo!

Nelly. ¿Qué?

Marlo. ¿Qué haces?

Nelly. Ensayo tu poema, frente al mar… ¿Te acuerdas?

Marlo. ¡¿Pero por qué de lado…?!

Nelly. ¡Ah, el público está allá!

(*Se pone en posición y vuelve a recitar.*)

Marlo. ¡Gracias, mi amor!… Muy bien… Pero ahora estoy montando *Calígula*… y tú eres Cesonia…

Nelly. ¡Lo sé…! ¡Gracias a ti, Marlo! Tú siempre tan amable conmigo… (*Mutis.*)

Archi. Necesita marido…

Marlo. ¿Qué voy a hacer con estos locos…? Voy a tener que abrir una extensión de Alcohólicos Anónimos, una de Narcóticos y una agencia de Desajustados Sociales… Me van a matar… ¿Qué voy a hacer con todas estas culebras? Aquí, mientras más chiquitas, más peligrosas… Las tengo de todos los tamaños…

(*Daniel, sosteniendo en una bolsa de tintorería una prenda del vestuario ha quedado solo, iluminado bajo un cenital.)*

Daniel. Capo…

Marlo. ¡¿Qué?!

Daniel. Perdóname… Sé que estuvo equivocado… Tú siempre tienes razón… Es que estoy desesperado… No me sustituyas por Delfino, por favor. Yo trabajo y trabajo y trabajo y trabajo… y no estoy bien… Y tú tampoco… Lo mío es puro cuento. En realidad, no tengo una casa… No tengo un hogar para darle a mi vieja y a mi familia… Porque aunque este grupo es

lo que es todavía, a veces, yo me levanto en la mañana pensando qué voy a comer ese día… Y ya no soy el muchacho que se fue contigo a España, a vivir la bohemia en México… y nos levantábamos a la aventura sin preguntarnos por mañana. Éramos jóvenes, talentosos… divinos… Pero todos unos aventureros pobres… POBRES… Maldita sea… y entonces yo me angustio… y pienso que puedo perderte en cualquier momento… que no vas a estar más conmigo… y la única satisfacción que siento, que me va a quedar de todo esto, parecen ser los aplausos… mis últimos aplausos junto a ti… porque un día nos vamos a morir y nadie se va a acordar ni de que existí… Lo sé… y me siento con el derecho a ser egoísta y a pensar que deben ser los más espléndidos aplausos que voy a recibir, sin que me los arrebate nadie… mucho menos una loca como esa… Quiero sentirme el divo que soñamos juntos… por un instante… aunque después me tenga que ir a pie a Gato Negro… mientras me evado recordando a unos hombres que me invitan a irme con ellos hasta los rieles del viejo tren, para divertirnos juntos… para sentirme joven y olvidar la miseria y el hambre… Yo soy un actor… Soy tu mejor actor y tú no puedes desmentirme… Yo he caído a precipicios de los cuales he podido escapar gracias a ti, porque siempre estuviste dispuesto a darme una oportunidad… Yo soy Quereas, para ti… el Comendador y el rey Lear y Próspero y el príncipe Constante… Tu mejor Calibán y Oberón… y todos los que tú quieras… Sé que me comporté como un niño malcriado, pero es que… cónchale… yo no quería saludar antes que una mujer… y yo soy un hombre… y todos los hombres… Perdóname… Perdóname, ¿sí?… ¿No me vas a quitar el personaje…? Te prometo que no vas a tener ni una sola queja más de mí… en lo que queda de pieza… Pero Marlo…, no te vayas a morir sin dejarme saludar de último… Marlo… Capo… Regálame un apartamento…

(*Desaparece la luz. Aria de Wagner. La batalla continúa entre los actores como una epopeya. Todos tratan de trepar arriba, sobre la cabeza de los otros. El piso del teatro se desequilibra, haciendo que todo esté a punto de caer, pero nadie parece notarlo.*)

(*Articulación.*)

V

El aria se transforma en música atonal. Un grupo de jóvenes efebos juguetean seductores con Marlo, Archi y el ejemplar, apaciguado en una especie de orgía. Aparece Josué. Archi, con la autorización de Marlo, retira un poco a los efebos para que los dos puedan hablar.

Josué. ¡Marlo! ¿Puedo hacerte una pregunta?

Marlo. ¿Qué?

Josué. ¿Esos muchachos saben…?

Marlo. ¿Qué…?

Josué. Que tú…

Marlo. Ellos me aman.

Josué. ¿Estás seguro…?

Marlo. (*Silencio.*)

Josué. ¿No vas a responder…? Astrid y yo estamos acabados… Estuviste conmigo y no sabíamos nada… y no sé qué hacer… Lo único que sé es que no me quiero quedar aquí. Astrid quiere irse a Europa, piensa que allá tendrá que aparecer pronto la cura… Yo no me voy a sumar a la furia de tus aduladores, que quieren acabar con toda la gente que está a su alrededor y no

está infectada como ellos… No pienso caer en esa extraña manera de vengarse del mundo… ¿Por qué tienen que pagar otros los fracasos en el amor, esos que producen esa enorme soledad en el alma? Eres un ser muy solo, Marlo, aunque estés rodeado de mucha gente. Eres como un niño, siempre necesitado de una mirada de complicidad, de una palmada en el hombro, de un abrazo para sentirse amado. Necesitas sentirte amado. Tu amor solo lo has podido brindar en el escenario. ¡Mi reino por un aplauso!, por un grupo… por un país… Y ahora… Qué triste… Yo te quería tanto… Bueno, te quiero…

Marlo. Vete.

Josué. Sí… Me voy… Es decir…, tú nos vas a ayudar a irnos… Nos vas a conseguir una beca a Astrid y a mí… y nos vas a sacar de aquí, o vamos a formar un escándalo tan grande que te vas a acordar de nosotros lo que te queda de vida…

Marlo. (*Llamando.*) ¡Wilson!

(*Entra Wilson.*)

Marlo. Llama al expresidente… Necesito que le digas que necesito un pistón urgente… Él sabe de qué se trata…

(*Wilson sale.*)

(*Marlo se siente mal. Comienza a deteriorarse. Música atormentada. El teatro se transforma en un auditorio. Marlo se arregla y se sube al podio. Los políticos y los actores asisten.*)

Marlo. … Y es por eso que le otorgamos al señor Josué Meneses y a su esposa Astrid de Meneses una beca, que será entregada bianual a los mejores artistas jóvenes de las artes escénicas, para que el país les permita ir a perfeccionar sus conocimientos en el área de su elección, enriqueciendo de este modo la

escena nacional, porque continuaremos, de manera definitiva, equiparando nuestras respuestas escénicas a las del resto del mundo; porque nadie puede negar que este país, actualmente, es la sede del teatro de las naciones.

(*Aplausos grabados. Josué recibe el documento y queda junto a Marlo bajo un cenital. Ambos son entrevistados por un grupo de periodistas sin rostros. A medida que van respondiendo, Marlo se va sintiendo peor, y los enfermeros comienzan a ponerle cables y tubos médicos por todos lados.*)

Periodista 1. Usted, Marlo, ha dirigido un poco más de cien obras de teatro en países de América y Europa. Con su grupo ha conquistado altos reconocimientos dentro y fuera de nuestras fronteras; sin embargo, se le acusa de hacer un teatro efectista.

Marlo. Dicha posición en realidad nos advierte de un teatro que —en la acción escénica— carece de herramientas para expresar en toda su dimensión el texto y el trabajo actoral, limitándose a un ejercicio verbal donde el espectador está obligado a "escuchar" lo que pasa, es decir, lo que no corre por sí mismo… Señores, hay que dudar de aquel que no se enamora del escenario, que no te convence del profundo significado de una puerta que se abre, una luz que se enciende, un trozo de cielo que se inventa con que solo mires para arriba. La síntesis es el objetivo principal de cualquier creación y el reto del director es mostrar la poesía escénica de su era expresada en tiempo y espacio. A esos que me acusan los invito a que traten de inventar su propia referencia. Solo impulsando nuestro sentimiento de libertad asumiremos el compromiso de nuestra obra creadora; así aceptaremos la pluralidad de ideologías y de estéticas, incorporándolas al discurso de la "búsqueda", que es la única constante posible en el sendero de la creación.

Periodista 2. A propósito de la obra que están por estrenar, *Calígula*, de Albert Camus, siempre se ha dicho que Marlo es un director tirano que maltrata por puro placer a todas las personas que trabajaban con él. Como actor del elenco, ¿qué piensa usted de eso?

(*Risas*.)

Josué. Marlo tiene una gran dosis neurótica como toda persona que se dedica a la creación artística. Pero yo no creo que sea un tirano. Es una persona temperamental, un ser apasionado que puede enloquecer de furia si algo no queda como él quería; o bien puede ser el ser más tierno y dulce, pero de una ternura y de una dulzura un tanto ácida. No es ser de un solo matiz, abarca todas las tesituras, puede ir en segundos de la dulzura más tierna a la violencia más cruda, siempre con su razón; porque sí es verdad que es un verdugo de la disciplina y en ocasiones su ira es actuada, una trampa para lograr su objetivo.

Periodista 3. Hay quienes señalan que su grupo de teatro concentra el poder y goza de grandes privilegios, dentro del marco de pobreza en que viven los hacedores de la cultura.

Marlo. Si concentramos son posibilidades… Con este cuestionamiento se trata de ocultar lo que está a la vista: la ausencia de sensibilidad ante los auténticos problemas del desarrollo teatral. La mayoría de los que sostienen la mencionada posición, olvidan que mientras ellos dispersan sus esfuerzos en multiplicidad de acciones (de interés estrictamente personal, la mayoría de las veces) mi grupo —la gente de mi grupo— ha centrado sus esfuerzos en estructurar plataformas para la incorporación de nuevos talentos, la creación de novedosos circuitos de trabajo, la extensión de su pensamiento estético en un centro de formación propio —el TNT—, consolidando así su prestigio internacional, al punto de que desde hace cinco

años sus giras al exterior no significan erogación alguna para la nación, sino por el contrario, ingresos que han permitido sostener parcialmente los grandes proyectos institucionales que adelantamos sin pauta. Por favor, hasta aquí de preguntas, me siento cansado.

(*Fin de la entrevista. Los periodistas y enfermeros salen. Josué observa los tubos y cables con angustia. Quedan los políticos mirando cómo Marlo se debate entre los aparatos que tiene conectados. El encerado del piso se comienza a levantar y pocos logran mantenerse de pie. Marlo queda suspendido en el aire.*)

Político 1. Podemos quedarnos tranquilos. El ingenuo cayó en la trampa y pronto se vendrá todo abajo… El poder regresará a las manos de quienes sabemos cómo se maneja.

Político 2. Sin embargo, políticamente nos interesa conseguir un nuevo sustituto, porque el judío que tenemos en el Ministerio y con las Regionales no nos sirve sino para hablar mucho gamelote…

Político 3. En lo que este desaparezca, todos van a querer su lugar. Los viejos lagartos van a regresar por el puesto que consideran que les pertenece y que les había sido despojado por Marlo, como un dictador… y los jóvenes se quejarán por la falta de oportunidades, por culpa del dictador…

Político 1. Pero la verdad es que ninguno fue capaz de generar un espacio alternativo y creerán que el momento de batirse ha llegado, y se destrozarán por las migajas que les dejaremos…

(*Vuelve a regresar Nelly, ahora más borracha y semidesnuda repite su rutina. Los actores comienzan a luchar como gladiadores. Los políticos escuchan sorprendidos su poema y se divierten mientras miran a Marlo agonizando.*)

Marlo. ¡Flujo! ¡Flujo!

Nelly. (*Sonreída, sin entender la gravedad de Marlo.*) ¿Dime, Marlo?

Marlo. (*Señalando a los actores luchando.*) Traidores…. Todos son unos traidores… Ayúdame, Flujo… Se están llevando mis trajes, mis zapatos, mis libros, mis muebles, mis corbatas, mis elefantes, mis cuentas… No dejes que destruyan todos nuestros sueños… Aniquílalos, pero no los dejes… Traidores… Son todos unos traidores… (*Se desmaya.*)

(*Todo parece detenerse en un instante.*)

Político 3. (*Refiriéndose a Nelly.*) ¿Quién es?

Político 1. La Cesonia de *Calígula*…

Político 2. Está borracha…

Político 1. Siempre.

Político 3. ¿Qué hace?

Político 2. Intenta recitar…

Político 3. No; quiero decir que qué hace además de esto… ¿Quién es…?

Político 1. En su expediente reza que es actriz, pedagoga, dramaturga; y sus compañeros, a sus espaldas, la acusan de mitómana, además de acomodaticia… No es nada boba…

Político 2. ¡Qué grupito! Esta me parece interesante…

Político 1. A mí me parece perfecta…

Político 2. Pero es mujer…

(*Se escucha recitar a Nelly. Los tres políticos se miran y sonríen.*)

Político 3. Por eso mismo. Necesitamos, en el lugar que va a quedar vacío, a alguien que se sienta imperfecta por naturaleza y que pierda el tiempo tratando de competir con los hombres… Ah, y que nos ame a nosotros, los que no somos hijos de Layo…

Político 1. La Cleopatra venezolana.

(*Los políticos ríen. Caos. Como una pesadilla, Marlo agoniza. Los actores se baten. Música. Caen pastillas que María, otra bedel, intenta, desesperada, barrer. Todos caen ante la inestabilidad del piso. Calígula intenta estrangular con su brazo a Cesonia. Esta se zafa y vuelve a recitar su texto final. María comienza a cantar un aria. Marlo queda suspendido entre tubos y cables. Como una pesadilla, Quereas pide un apartamento, Josué toma un arma y le dispara a Marlo, y este cae entre los actores; Archi anuncia que el espectáculo va a comenzar. Todos apuñalan, acuchillan con sus espadas a Marlo, pero este no muere. Los actores no pueden mantenerse en pie. Delfino y Wilson se acercan a los políticos con sigilo, como para que los otros actores no los vean y le entregan una carta al número 3.*)

Delfino. Nosotros somos ahora los responsables de darle continuación al proyecto artístico de Marlo… Particularmente, yo voy a ser el Quereas que *Calígula* necesitaba.

Wilson. "El negocio debe continuar".

Político 3. Tengo una curiosidad… ¿Qué van a montar después de esto?

Delfino. Reforzaremos nuestro proyecto de autogestión y generaremos recursos económicos para la agrupación… Todos tendremos que trabajar en eso, pero por lo menos podremos pagar los servicios básicos… Y me convertiré en el Enemigo del pueblo.

Político 1. Así habla un administrador… ¿Y el artista…? ¿Qué va a pasar con el artista?

(*Marlo mira sus heridas y grita desgarradoramente, mientras queda crucificado.*)

Marlo. ¡¡Todavía estoy vivo!!

(*Oscuro final.*)

COMO EN LAS PELÍCULAS DE HOLLYWOOD

(Neosainete)

Personajes

Narrador / Director

María Eugenia

Ugueta Meneses

Chaura Hermelinda Díaz Granado

Héctor Enrique Villarino Lobo

Asistente 1 / Alfredo Meneses

Asistente 2

Sonidista

Técnico de iluminación

Descripción de los personajes

maría eugenia. Actriz que interpreta a una caraqueña de veinte años. Trabaja con Ugueta en la elaboración de dulces caseros para la venta. Está despechada porque se acaba de romper su relación amorosa con un hombre casado: el Pollo. Viene a Timotes para acompañar a Ugueta y darle fuerzas para que le pida a su hermano Alfredo, el préstamo que necesita para pagar la hipoteca de la casa. María Eugenia se enamora a primera vista de Alfredo y su mal de amor parece destinado a curarlo el hermano de Ugueta. La actriz que interprete a este personaje debe inspirarse en dos divas del cine norteamericano: Rita Hayworth y Ava Gardner.

ugueta meneses. Caraqueña treintona, criada en Timotes. Vive actualmente en Caracas. Hace dulces caseros para sobrevivir económicamente. En este momento tiene un problema grave: se le acaba de vencer la hipoteca que tiene sobre la casa de Caracas y está a punto

de perderla, a menos que su hermano Alfredo le preste la cantidad para cancelar la deuda. Por esa razón, ha regresado a Timotes. Se ha traído consigo a su única amiga, María Eugenia, quien acaba de sufrir una desilusión amorosa. La actriz que interprete a este personaje debe inspirarse en Bette Davis, Lana Turner y Greta Garbo.

CHAURA HERMELINDA DÍAZ GRANADO: Es una joven muy alegre y vivaz de Timotes. Tiene dieciocho años. Nunca ha salido del pueblo, pero siempre se ha interesado por todo lo que huela a desarrollo y adelanto. Está muy enamorada de Héctor Enrique, y como sabe que hace algunos años el muchacho estuvo enamorado de Ugueta, viene a conocer a la posible rival. Es curiosa, entrometida y muy alegre. La actriz que interprete a este personaje debe inspirarse en Judy Garland, Audrey Hepburn y Marilyn Monroe.

HÉCTOR ENRIQUE VILLARINO LOBO. Es un joven de color de Timotes, de veinte años de edad. En su adolescencia estuvo locamente enamorado de Ugueta, pero ahora ama a Chaura, aunque no ha tenido el valor para declarársele. Es muy tímido, pero en el fondo existe un fogoso y arrojado amante. Podría decirse que es una especie de Clark Kent y Superman. Generalmente, está oculto detrás de sus lentes y su boina. El actor que interprete a este personaje podría inspirarse en los afroamericanos del cine estadounidense, de los primero años del siglo XX, y en Jerry Lewis; y en el momento de la seducción, en Gary Cooper.

NARRADOR (LA DIDASCALIA) / DIRECTOR. Es el personaje que se mantiene durante toda la pieza en escena, velando por los textos y las acotaciones del libro de dirección. Pide luz; bajar o elevar el sonido; parar la escena y mandarla a repetir; anuncia a los patrocinantes de la pieza, etcétera. Es un personaje imperativo: no pide, ordena. El actor o actriz que interprete este personaje debe inspirarse en el *Ciudadano Kane*.

ASISTENTE 1 / ALFREDO MENESES. Durante la primera parte es el asistente principal del narrador, y está muy angustiado porque

el actor que debía interpretar a Alfredo Meneses —el protagonista— no ha llegado, y así se lo deja colar al público cada vez que puede. Finalmente, pide la oportunidad para interpretar al personaje y el narrador acepta, ante la desesperación. Alfredo es un hombre maduro, escritor de profesión, y atractivo, lo que hace que el asistente se esmere todo el tiempo para parecerse al original. Vive hace muchos años en Timotes, con una posición económica muy holgada. Es mayor que Ugueta, como no lo es el Asistente. Alfredo se enamora, de pronto, de María Eugenia y descubre el problema económico de su hermana, que él solucionará. La contradicción entre el Asistente y el actor es tal, que causa grandes equívocos.

ASISTENTE 2 / SONIDISTA / TÉCNICO DE ILUMINACIÓN. Los mismos técnicos de la pieza de teatro que siguen las instrucciones del Narrador.

I

En la puerta del teatro, el Asistente 1 organiza al público para iniciar la entrada. Está evidentemente emocionado por la función, pero igualmente muy preocupado porque el actor que iba a interpretar a Alfredo Meneses no ha llegado. Así se lo deja saber a los espectadores. Se abre la puerta y el público ingresa a la sala. No hay escenografía, sino elementos escenográficos que evocan la sala-comedor de una casa. Deben evitarse las paredes, para evidenciar las pretensiones del espectáculo, por ser de alta factura y no pasar de ser un dispositivo utilizado en los sainetes. Los elementos escenográficos grandes serán: un portón de dos alas, un ventanal de dos alas con pollos, un juego de comedor y de recibo de paleta, un perchero con espejo, una mesita con fotos familiares y una alacena con botellas, platos, cubiertos, mantel y accesorios para la comida.

(*Suena la fanfarria utilizada en las películas de la Twenty Century Fox. Aparece el Narrador del espectáculo vestido con un* smoking *tropical. Da las gracias a los aplausos del público y comienza a hablar sobre un trozo de la pieza musical.*)

Narrador. ¡Timotes! Casa "bien" de pueblo. Pocos muebles: un juego de recibo de paleta, un juego de comedor de ceiba, una mesita con alguna fotografía familiar; una puerta; una ventana; una carta sobre la mesita del juego de recibo de paleta. Es la casa de un hombre solo. Su nombre: Alfredo Meneses. Este espectáculo ha sido patrocinado bajo las siguientes firmas

(*Nombra los patrocinantes del espectáculo*.). Y en nombre de todos ellos les damos la más cordial bienvenida a este, su espectáculo: "Como en las películas de Hollywood". ¡Pueden aplaudir! ¡Gracias!

(*El Narrador se dirige hasta el pedestal y desde allí va a dirigir toda la pieza, como un director musical. Da golpes con la barita de dirección y señala al técnico de sonido, quien pone una glamurosa pieza musical. Todos siguen sus indicaciones.*)

Narrador. La puerta se abre lentamente… y aparece Ugueta Meneses, con un extraordinario vestido que nos recuerda el Hollywood de los años cincuenta. Viene llegando de un largo viaje y coloca las maletas en el centro de la sala. Revisará toda la casa antes de emitir una sola palabra. Les narra, para ustedes, (*Nombre de pila*.) quien esta noche les servirá de anfitrión.

(*Ugueta revisa los muebles y su limpieza, pero no nota la carta sobre la mesita. Abre el ventanal y es deslumbrada por un rayo de sol. Mira la licorera. Va al perchero y se quita su gran pamela. Vuelve al centro de la sala. Se para entre las maletas, se quita los lentes y posa hasta el final de la música, antes de decir la primera frase.*)

Ugueta. Aquí es…

(*Se escucha el tema de entrada para María Eugenia. Ella se detiene en el umbral de la puerta.*)

Narrador. Entra María Eugenia, amiga de Ugueta. Viene llorando con su pequeña maleta, su sombrilla y su pañuelito blanco.

María Eugenia. (*Sin dejar de llorar.*) ¿Aquí?

Narrador. Ugueta, evadiendo el estado de ánimo de María Eugenia.

Ugueta. ¿Debía ser en otro lugar?

María Eugenia. (*Secándose las lágrimas.*) No.

Ugueta. Entonces, es aquí.

María Eugenia. (*Aproximándose a Ugueta.*) ¿Estás segura?

Ugueta. ¿De qué?

María Eugenia. (*Melodramática.*) De que no te equivocaste al traerme.

Ugueta. ¿De que no me equivoqué de qué?

María Eugenia. (*Melodramática.*) De nada. Olvídalo.

Narrador. Ugueta. Revisando la casa.

Ugueta. Mete la maleta; mira que la chismosa esa que nos dio la llave de la casa es capaz de venírsenos atrás, para regar en el pueblo hasta el color de nuestra ropa interior.

María Eugenia. (*Da un pasito.*) Yo podría… (*Da otro pasito.*) Digo… (*Da otro.*) volverme sola, (*Otro.*) para que converses con más tranquilidad con tu hermano.

Ugueta. (*Imperativa.*) ¡Mete la maleta! No quiero discutir sobre el asunto otra vez. No te iba a dejar sola en tu casa, para que el sinvergüenza ese se siguiera aprovechando de ti.

Narrador. Pausa.

(*Las actrices aspiran con fuerza.*)

Ugueta. Si te quedas aquí, conmigo, te quedas… Ahora, que si quieres irte puedes hacerlo. (*Le señala la puerta con la mano.*)

María Eugenia. ¡Me voy! (*Va a hacer mutis llorando.*)

Narrador. Ugueta la retiene.

Ugueta. Creo que no es aconsejable que permanezcas allá sola.

(*María Eugenia detiene el mutis.*)

Ugueta. (*En tono maternal.*) Aquí me haces compañía.

Narrador. Gran pausa.

(*Las actrices aspiran con más fuerza.*)

Ugueta. ¿Está bien?

María Eugenia. (*Calmándose.*) Está bien.

Narrador. Ugueta, con suavidad.

Ugueta. Mete la maleta.

María Eugenia. Voy.

Narrador. María Eugenia busca la maleta, cerrando la puerta tras de sí. Se quita la pamela y la cuelga en el puesto de al lado del perchero. Coloca la maleta junto a las de Ugueta y mira desde allí la casa.

Ugueta. La vecinita me dijo que Alfredo se fue de urgencia a una convención de escritores y que regresa en unos días. Así que podemos disponer de la casa como si fuera nuestra.

María Eugenia. (*Deprimiéndose a cada palabra.*) Menos mal que nos dejó las llaves de la casa… (*Comienza a llorar.*) Me gusta el clima de este pueblo.

Ugueta. A mí no.

María Eugenia. (*Evidencia su llanto.*) Es tan fresco.

Ugueta. Demasiado fresco para mí.

María Eugenia. (*Sentándose a llorar en el juego de recibo.*) Las casas de bahareque son como de cuento.

Ugueta. Porque eso es este pueblo: puro cuento.

(*María Eugenia descubre una carta sobre la mesita y deja de llorar inmediatamente. Su asombro es muy cursi.*)

María Eugenia. ¡Oh! ¡Mira! ¡Un sobre! ¿Es para ti?

(*María Eugenia trata de tomar el sobre para leer el remitente, pero Ugueta pasa junto a ella y se lo arranca de las manos.*)

Ugueta. (*Leyendo el sobre mientras suspira.*) Es de Alfredo. Tu cuarto va a ser el especial para los huéspedes famosos. El que queda en la esquina, frente al escusado. Yo quiero quedarme en la cama de mamá… A lo mejor así me siento más tranquila.

María Eugenia. (*Detrás de Ugueta, trata de leer el sobre.*) ¿Vas a leerla?

Ugueta. (*Se hace la desentendida.*) ¿La carta? Después. (*Señalándole la dirección en la que se encuentra su habitación.*) Tu cuarto es aquel.

Narrador. Música. María Eugenia se dispone a irse. Va a tomar la maleta y de pronto se le ocurre preguntarle algo a Ugueta.

(*Suena un trozo de* Dream a Little Dream of Me, *de Doris Day.*)

María Eugenia. ¿Cómo es?

Ugueta. ¿Quién?

María Eugenia. Tu hermano. ¿Cómo es?

Ugueta. Si quieres puedes mirarlo en aquella fotografía de la mesita.

(*María Eugenia va a ver la foto, pero Ugueta se le adelanta y la toma para verla ella primero.*)

Ugueta. Espero que no haya cambiado mucho.

María Eugenia. Yo ya he visto sus fotos y he leído sus libros, Ugueta. Te estoy preguntando cómo es por dentro.

Ugueta. No te preocupes, que ya lo vas a conocer. (*Pone el portarretratos en su lugar.*)

María Eugenia. No seas egoísta, Ugueta. Me gustaría que me pusieras al corriente; que me dijeras cómo lo ves. Si es dulce, cariñoso, si le gusta pelear como a la hermana… si crees que te preste el dinero.

Ugueta. María Eugenia, acabamos de llegar. Yo no me voy a poner a describirte a Alfredo en este momento. Estoy muy cansada. Además, acuérdate que "la descripción aburre".

María Eugenia. (*Deprimiéndose.*) ¿Es como él?

Ugueta. ¿Cómo quién?

(*El Asistente del Narrador levanta un par de platillos y se prepara para chocarlos.*)

María Eugenia. Como el Pollo.

(*El Asistente choca los platillos. Las actrices se congelan por unos segundos y retoman la acción.*)

Ugueta. (*Furiosa.*) ¡No empecemos!

(*María Eugenia comienza a llorar de nuevo.*)

Ugueta. ¡Te viniste conmigo a Timotes, para olvidar al mamarracho ese!

María Eugenia. ¡Ay, no lo ofendas!

Ugueta. … Y lo primero que haces al llegar es preguntar si mi hermano se parece al Pollo.

(*Nuevo choque de platillos y congelado*.)

Ugueta. A ti te gusta la cuestión.

María Eugenia. (*Rezongando*.) No, qué me va a estar gustando la cuestión nada, chica.

Ugueta. Párate de ese mueble sucio. Alfredo como que piensa montar una cantera en esta casa… ¡Cómo hace falta una mujer aquí!

María Eugenia. ¿Tú no lo recuerdas?

Ugueta. (*Sin escucharla*.) A mí me da alergia tanto polvo.

María Eugenia. El Pollo.

(*Platillazo*. *Congelados*. *Continúa la acción*.)

María Eugenia. Es un buen tipo, lo que pasa es que se casó con la idiota esa…

Ugueta. Hablando sola otra vez.

María Eugenia. Creí que hablaba contigo

Ugueta. Llévate tu maleta a tu cuarto y cámbiate, para que arreglemos esta casa. (*Se para entre las maletas, las toma teatralmente y se dispone a hacer mutis*.) Yo voy al cuarto de mamá.

(*El Narrador hace señas hacia la cabina de sonido y comienza a sonar* Nocturno n.º 2, *de Chopin*. *María Eugenia trata de tomar la maleta nuevamente para ir a su cuarto, pero antes le hace una pregunta a Ugueta*.)

María Eugenia. ¿Tú crees que los muertos nos ven desde donde están?

Ugueta. (*Muy cursi detiene el mutis*.) Con tanto ocio, a lo mejor. (*Deja las maletas en el piso para escuchar a María Eugenia*.)

María Eugenia. Me imagino la cara de mi madre enterada de todo esto.

Ugueta. (*Corre con mucha cursilería a tomarse de las manos de María Eugenia*.) ¡Y yo la de la mía al ver su casa así! ¡Ojalá Alfredo me preste el dinero para pagar la hipoteca!

María Eugenia. (*Abriendo las manos de un modo declamativo*.) Tú vas a ver que sí. Tu hermano tiene dinero. Ugueta: tú mamá y la mía nos tienen que ayudar, donde quiera que estén.

Ugueta. Si Alfredo me presta el dinero…

(*Se para delante de María Eugenia y la tapa. María Eugenia se destapa en actitud*.)

Ugueta. Me voy a echar una rasca…

(*Ugueta se vuelve a parar delante de María Eugenia y esta se molesta. Se destapa en actitud, pero le hace señas al Narrador*.)

Ugueta. … Que me van a tener que recoger con cucharilla.

(*María Eugenia le da un empujón a Ugueta para que no la tape. El Narrador la regaña, a través de señas, para que vuelva a su actitud cursi. María Eugenia se niega y entonces el Narrador hace una acotación*.)

Narrador. María Eugenia se sumerge en sus pensamientos nuevamente. ¡Sumérgete!

(*María Eugenia da un saltico, como quien se lanza a una piscina y vuelve a su actitud*.)

María Eugenia. A mí me parece que él me quiere y que me necesita…

Ugueta. ¿Hablando sola otra vez?

María Eugenia. ¡Creí que hablaba contigo!

Ugueta. Lo mismo pensé yo… Vamos a cambiarnos, chica. No pienses más en ese hombre.

María Eugenia. (*Cursi.*) Es que siento que lo estoy traicionando. (*Llora.*)

Ugueta. ¿Y por qué?

María Eugenia. Lo dejé solo.

Ugueta. (*Iracunda.*) ¡Ah!, ¿pero él sí puede dejarte sola todo el tiempo que a él le da la gana, mientras que se divierte con la lagarta? (*Maternal.*) Vete a cambiar.

(*El Narrador le da la señal al Asistente y este hace el sonido de un portón.*)

Narrador. Se escuchan golpes a la puerta.

Ambas. ¡Oh! ¡Ah! ¡Están tocando!

Ugueta. Anda, mientras yo abro… Necesitamos ejercicios para no pensar en bolserías.

Narrador. María Eugenia se dirige a su cuarto llorando su pena y Ugueta se mira en el espejo, antes de abrir la puerta. Música.

(*Se escucha* The Comedians. *Ugueta abre la puerta. Chaura aparece en el umbral, con mucho dinamismo.*)

Chaura. ¡Con permiso!

Narrador. Es Chaura, la vecina curiosa. Viene a mirar y a ponerse a la orden.

Ugueta. (*Aparte.*) ¡Lo sabía! (*Hipócritamente simpática con la muchacha.*) Pasa, chica.

(*Chaura pasa directamente al lugar en el que Ugueta ha dejado las maletas y el sobre de la carta. Trata de leer el remitente mientras conversa animadamente.*)

Chaura. Vine a ponerme a la orden por si necesitaban algo. ¿Ya se instalaron?

(*Ugueta, que está viendo lo que la muchacha quiere hacer con la carta, le ordena a través de señas que se siente en el juego de recibo y deje la curiosidad. Chaura se avergüenza y obedece.*)

Ugueta. Pensé que no iba a llegar nunca. El bus parecía una tortuga

Chaura. Siempre ha sido así: como una tortuga. Usted lo sabe, vivió muchos años aquí.

Ugueta. Tantos que la tortuga envejeció y se hizo más lenta.

Chaura. A don Alfredo le gusta, en cambio, que sea así.

Ugueta. Todos los escritores son así: un poco excéntricos.

Chaura. A mí me cae muy bien su hermano.

Ugueta. A mí también.

Chaura. Vive tan bien…

Ugueta. Y yo vivo tan mal.

Chaura. ¿Y entonces?

Ugueta. (*Antipática.*) ¿Y entonces qué?

Chaura. Entonces…, ¿por qué vive tan lejos?

Ugueta. Para sentirme cerca de la civilización y de la cultura.

Chaura. Su hermano es un hombre muy culto y fíjese, vive aquí… y aquí vivió su mamá, su papá…

Ugueta. Pero ahora están muertos.

Chaura. Ay, eso lo sabe todo el pueblo. ¿Y la muchacha que lloraba?

Ugueta. Se está cambiando.

Chaura. ¿Y por qué lloraba? ¿Le dolía algo?

Ugueta. El corazón.

Chaura. Eso debe ser un gas. Porque el agua está saliendo marrón, como con tierra. Parece café. Es que la lluvia la pone a uno así: de carreritas y con dolores raros. Si quiere podemos llevarla al dispensario.

Ugueta. El dolor que ella tiene no lo curan los doctores.

Chaura. (*Suspira.*) Comprendo.

Ugueta. (*Incrédula.*) ¿De verdad?

(*María Eugenia se sienta en la mesa a escuchar. Muy divertida por la actitud de la recién llegada.*)

Narrador. María Eugenia se acerca a escuchar la conversación sin ser descubierta.

Chaura. Y hablando de lo mismo.

Ugueta. ¿De lo mismo qué?

Chaura. De eso, de lo que hablábamos: de los dolores cardíacos.

Ugueta. (*Al público.*) Resultó ser culta. (*A Chaura.*) ¿Tú dirás?

Chaura. ¿Usted se acuerda de Héctor Enrique?

Ugueta. ¿El hijo de la señora Paulina?

Chaura. El mismo. Le mandó saludos.

Ugueta. ¿Y qué tiene que ver ese niño con los dolores cardíacos?

Chaura. (*Se molesta.*) Le aseguro que no es ningún niño. Él se la pasa hablando de usted. Una vez, como a la semana que usted se fue, se echó una rasca case Peregrino y todo el mundo se enteró de que estaba enamorado de usted…

(*María Eugenia comienza a reírse con mofa del comentario y Ugueta trata de arreglarlo*, a *pesar de la actitud de Chaura.*)

Ugueta. ¿El hijo de los Villarino?

Chaura. ¡El hijo de los Villarino!

Ugueta. Pero si yo… yo me fui del pueblo cuando Héctor Enrique tenía diecisiete años (*A María Eugenia.*) ¡Párate de esa silla sucia!

Chaura. Ayer lo vi.

Ugueta. (*Evadiendo la conversación.*) Esta casa necesita una limpieza con urgencia.

Chaura. (*Insiste.*) Y lo vi hoy.

Ugueta. (*Fastidiada.*) ¿Y entonces?

Chaura. Que cuando lo vi, ya se había enterado de que usted había llegado en el bus de la mañana y me preguntó por "usted".

Ugueta. ¡Qué bueno!

Chaura. (*Molesta.*) Dijo que vendría a visitarla.

Ugueta. (*Al público.*) ¡Qué fastidio!

Chaura. Lo vi muy entusiasmado con su regreso.

Ugueta. (*Lanzándole una indirecta a Chaura.*) Parece ser el único.

María Eugenia. Yo trataría de ser cortés con el muchacho.

Ugueta. (*Haciéndole señas sobre la molestia de Chaura.*) No quiero criar.

Chaura. Usted se lo pierde.

Ugueta. ¿Ah?

(*Risas cómplices de Chaura y Ugueta.*)

Ugueta. Mira, Chaurita: (*Exhibiendo el cuerpo.*) se lo perderá él.

Chaura. Es posible, señorita, pero acuérdese que todos los días uno no consigue gente para que se preocupe por uno.

Ugueta. No te preocupes. Yo le voy a decir para que se preocupe por ti. Te ves tan desamparada.

Chaura. (*Avergonzada.*) ¡Ay, señorita! ¡No vaya a hacer eso! ¡Qué pena!

Ugueta. A ti te gusta el pela'o.

Chaura. ¿A mí? ¡No!

Ugueta. ¿Seguro?

Chaura. Seguro que no.

Ugueta. ¿Y en sueños?

Chaura. ¡Ay, señorita Meneses, pero un sueño es un sueño!

María Eugenia. (*Cercando a Chaura.*) ¿Cómo es eso de que "un sueño es un sueño"?

Ugueta. (*Cercando a Chaura por el otro flanco y obligándola a dirigirse al juego de paleta.*) ¿Qué pasaba en el sueño?

María Eugenia. Anda, cuéntanos ¿Qué pasaba en el sueño?

(*Se sientan, al mismo tiempo, en el juego de paleta*.)

Chaura. ¡Es que me da mucha pena contarlo!

María Eugenia. Mira: ten confianza en nosotras. Ninguna le va a decir nada a nadie.

Chaura. Bueno, voy a confiar en ustedes, porque son gente de la capital y allá son más adelantados. Porque allá esas cosas son normales…

Ugueta. (*Perdiendo la paciencia*.) ¡Cuéntanos, pues!

Chaura. (*Se levanta emocionada, ante la invocación del recuerdo*.) Una noche, yo estaba dormida y venía Lucho Gatica y me daba un beso. Y yo abría los ojos, ¿y cuál era mi sorpresa? ¡Lucho Gatica era Héctor Enrique, vestido de charro!

María Eugenia y Ugueta. ¿Héctor Enrique vestido de charro?

María Eugenia. ¿Y te besó?

Chaura. (*Saliendo del trance del cuento*.) ¿Quién?

Ugueta. Que si te besaste con el muchacho.

Chaura. Pero fue un sueño.

María Eugenia. Hay sueños que se cumplen.

Ugueta. Entonces: Héctor Enrique te besó.

Chaura. Bueno, ¿quién no quiere que la bese Lucho Gatica?

Ugueta. (*Rabiosa*.)¡Ah, no! ¡Yo no voy a seguir en este juego! ¡Hay que ver que una, la mujer, si es bolsa! Lucho Gatica, ¡válgame Dios! (*Se dispone a hacer mutis*.) Voy a cambiarme la ropa… (*Le hace señas a María Eugenia para que despida a la visita*.) para comenzar a trabajar…

Narrador. Hace mutis.

(*Ugueta parte a su habitación con sus maletas y su carta.*)

María Eugenia. Yo me cambio ahora.

Chaura. (*Incómoda.*) ¿Se puso brava conmigo?

María Eugenia. No; ella es así. Todo le molesta.

Chaura. (*Confidencial.*)¿Duele?

María Eugenia. (*Sorprendida por la pregunta.*) ¿Duele qué?

Chaura. Por lo que lloraba cuando llegó.

María Eugenia. Ya no tanto… (*De pronto saca un gotero, se pone gotas en los ojos y comienza a llorar.*) ¡Mucho!

Narrador. (*Anunciando.*) Las lágrimas artificiales utilizadas en este espectáculo son cortesía de Murine.

Chaura. ¿Su novio?

María Eugenia. Casi.

Chaura. Lo siento.

María Eugenia. Creo que no opino lo mismo. Me ha ido tan mal con él.

Chaura. ¿Y a usted le gusta, aunque la haga sufrir?

María Eugenia. ¡Tú eres curiosa!

Narrador. Chaura se levanta indignada y va a hacer mutis, pero María Eugenia la retiene.

María Eugenia. Mentira. Era una broma…

Chaura. (*Molesta.*)¡Yo le conté mi sueño! ¡Las amigas se cuentan las cosas!

María Eugenia. Es verdad. Sí; me gusta mucho aunque me haga sufrir.

Chaura. ¿Y cómo se llama?

María Eugenia. ¿Él? Carlos. Carlos Hernández, pero le dicen el Pollo.

(*Platillazo. Congelado. Continúa la acción.*)

Chaura. Con razón.

María Eugenia. ¿Con razón, qué?

Chaura. Con razón la ha hecho sufrir tanto.

María Eugenia. ¿Por qué?

Chaura. Es hijo de gallo.

María Eugenia. ¿Y qué con eso?

Chaura. (*Haciéndose la desentendida.*) No; es un dicho que se escucha por ahí.

María Eugenia. ¡Te estás poniendo vulgar, Chaura!

Chaura. ¡Ay, señorita! ¿Cómo cree?

María Eugenia. No te hagas la loca, que yo también he escuchado el dicho.

Narrador. Ríen.

Chaura. ¡Ay, señorita María Eugenia! (*Le da un empujón tan grande que María Eugenia casi se cae del mueble.*) ¡Ay, no! ¡Me equivoqué! ¿Puedo llamarla por su nombre?

María Eugenia. Te dije, cuando nos presentaron, que no me llamaras de otra manera.

Chaura. ¿Usted quiere a ese hombre?

María Eugenia. (*Se deprime de nuevo.*) Tú sabes… Ya te dije…

Chaura. Me da pena decirle, pero… ¿a usted no le han echado nunca las cartas; no le han leído la mano; no le han fumado un tabaquito?

María Eugenia. ¡No!

Chaura. Debería dejar que se lo hicieran, María Eugenia.

María Eugenia. ¿Quién? Yo no conozco a nadie que haga esas cosas… Si no, ya hubiera llevado a Ugueta para que le hicieran un ensalme.

Chaura. Yo tengo una amiga. Bueno, no es mi amiga, es más bien conocida, que le dice a uno las cosas como si uno fuera un libro y le estuviera leyendo adentro.

María Eugenia. Es que yo no creo mucho en esas cosas.

Chaura. Para serle sincera, yo tampoco. Pero cuando una se siente tan mal, esa parece ser la cura más rápida; además, yo he oído a las viejas diciendo que de que vuelan vuelan. Fíjese usted: cuentan que el poder de la Paca es tan fuerte, que puede decirle el futuro con solo mirarle la frente. Por eso nadie se atreve a mirarla a la cara.

María Eugenia. ¡No te creo!

Chaura. ¡Créame! Como que me llamo Chaura Hermelinda Díaz Granado. ¿A usted no le gustaría que le diera un remedio? No sé… ¿que le mandara algo para que se olvide de esos amores pérfidos?

Narrador. María Eugenia se ríe.

Chaura. ¿De qué se ríe?

María Eugenia. Mira, Chaura, ¿a ti te gustan las películas?

Chaura. Bueno, no sé… Aquí en la Plaza hay un cine, pero las señoritas decentes nunca vamos allí… Se cuentan tantas cosas…

María Eugenia. Mira, si esto fuera una película…

Chaura. (*Asegurándose de que la puerta está bien cerrada.*) Entonces, ¿le traigo a la Paca?

(*María Eugenia va a cerrar la ventana para poder hablar con más tranquilidad con Chaura. Confirma que Ugueta está en su habitación, y cuando va a decir el texto se da cuenta de que se le ha olvidado y no hace sino repetir "eh" como para recordarlo.*)

Narrador. A María Eugenia parece que se le ha olvidado el texto. Chaura se lo recuerda.

(*Chaura le dice el texto en el oído a María Eugenia.*)

María Eugenia. ¡Ah, sí! Vamos a hacer una cosa: ahora yo voy a arreglar la casa con Ugueta, y como mañana ella tiene que salir, yo le digo que me quedo y tú me vienes a buscar para ir a visitar a la mujer en su casa. ¿Te parece?

Chaura. Me parece.

María Eugenia. Así le pido algo para Ugueta también.

Chaura. ¿Para la señorita Ugueta?

María Eugenia. Pero todo tiene que ser en secreto. ¿Está bien?

Chaura. Ah, bueno…

Narrador. Oscuro. Final del primer cuadro "Como en las películas de Hollywood". (*A María Eugenia.*) Mira, mi amor, ve a ver si revisas el libreto antes de cada función.

Chaura. (*En la oscuridad y sin moverse de su última posición, antes de que dieran el oscuro.*) ¡Agua! ¡Agua!

(*El Asistente le da un vaso con lo que parece ser agua y cuando bebe se quema, porque tenía licor.*)

Narrador. ¿Qué fue eso?

Asistente. Ron.

(*El Narrador golpea con su barita y el Asistente vuelve a su lugar, para continuar con la función.*)

(*Final del primer cuadro.*)

II

Narrador. "Como en las películas de Hollywood", segundo cuadro. El mismo lugar. Dos días después.

(*Comienza a escucharse la pieza* Karibe Taki, *interpretada por Yma Súmac. Al iluminarse la sala encontramos a Chaura con la misma pose del cuadro anterior. Por fin descansa.*)

Narrador. En una bañera oculta, tan oculta que esta no se ve en la escena, María Eugenia se prepara un baño de agua caliente y se estruja con limones todo el cuerpo. (*Al Asistente.*) ¡Agua! ¡Más agua!

(*El Asistente hace el efecto de agua en la bañera con una ponchera llena con agua.*)

Narrador. Chaura, aprovecha para curiosear y descubre los lentes de María Eugenia sobre la mesita del juego de recibo. (*A Chaura.*) ¿Ten encanta, verdad?

(*Chaura le responde afirmativamente.*)

Narrador. ¡Te encantaría tenerlos!

(*Chaura modela con ellos y le responde afirmativamente, después de girar como una modelo de pasarela.*)

Narrador. ¡Te encantaría que fueran tuyos!

(*Chaura responde afirmativamente.*)

Narrador. (*Al público.*) ¡Chaura se los roba!

(*Chaura se embolsilla los lentes con cuidado de no ser vista y se asusta cuando María Eugenia la llama.*)

María Eugenia. (*Off.)* ¡Chaura! ¡Pásame otro limón y me lo partes en cruz!

Chaura. (*Nerviosa.*) ¿Dónde están?

María Eugenia. (*Off.)* ¡Sobre la mesa!

Chaura. ¿No será malo que sea yo quien lo pique en cruz?

María Eugenia. (*Off.)* No seas supersticiosa, mujer, sigue siendo una cruz.

Chaura. Me da miedo.

María Eugenia. (*Off.*) ¡Hay otras cosas que haces que son más peligrosas y que no te dan miedo!

Narrador. Chaura cree que María Eugenia la ha visto y devuelve el objeto a su lugar.

(*Chaura se niega.*)

Narrador. (*Imperativo.*) ¡Los devuelve!

(*Los devuelve de mala gana.*)

Chaura. No sé por qué dice eso, señorita.

(*En lo que se descuida, el Narrador se los vuelve a embolsillar.*)

María Eugenia. (*Off.*)¡Apúrate! ¡Antes de que llegue Ugueta y se vaya a molestar! ¡Hoy es el último día y ya me siento más tranquila! Paca me dijo que después de esto, y que sin que yo me diera cuenta, algo especial iba a pasar en mi vida.

Chaura. (*Trata de cortar el limón, pero se le hace difícil.*) ¡Ay, no puedo, señorita!

María Eugenia. (*Off.*) ¡Anda, pues!

Chaura. Es que…

María Eugenia. (*Off.*) ¡Chica!

Chaura. Está bien, pero me voy a cruzar, como dice un amigo mío. No vaya a ser que se me vaya a pegar algo malo por estar de metida.

María Eugenia. ¡Ya!

Chaura. ¡Ya! (*Le lanza el limón.*) ¡Tenga!

(*Cesa la canción. Aparece María Eugenia en bata de baño, con dormilona abajo y un vistoso paño en la cabeza, pero no se ha quitado los guantes de la escena anterior. El Narrador, el Asistente y hasta la*

misma Chaura tratan de hacerle saber el equívoco, pero María Eugenia no lo nota inmediatamente.)

María Eugenia. Tu amiga como que sí sabe de esas cosas. (*Nota que Chaura y el Narrador le están haciendo señas y le da un ataque de risa nerviosa, sin dejar de decir el texto, mientras se quita los guantes.*) Me siento como una mujer rejuvenecida, sin problemas, ni recuerdos desagradables. (*Termina de quitarse los guantes y se los pega en la cara al Asistente, que espera arrodillado de un lado del escenario.*) Sí, ella sabe de esas cosas.

Chaura. Así dicen.

María Eugenia. Me eché el cuento de mi vida igualito, y hasta me describió a Ugueta como si la estuviera viendo, como si la conociera…

Chaura. Se lo dije.

María Eugenia. Me dio tanta rabia terminar llorando como una boba…

Chaura. Pero gracias a Dios ya pasó.

María Eugenia. (*Al público.*) Yo quisiera ser como esas mujeres a las que no les importa nada, (*Se va enajenando.*) que nada más piensan en lo que le van a sacar al hombre. Sería más fácil. Yo me digo: "María Eugenia, esta vez sí… Esta vez si vas a exprimir al tipo", pero no… Siempre termino enamorada como una quinceañera… (*Enseñándole un puño a alguno de los espectadores.*) ¡Pero un día de estos…!

Narrador. ¡Mira!

(*María Eugenia se percata de lo que hace y vuelve al escenario. Pide disculpas por señas.*)

María Eugenia. ¿Chaura?

Chaura. Sí, señorita.

María Eugenia. ¿Tú no estás enamorada de Héctor Enrique?

Chaura. ¡Señorita! ¿Quiere dejarse de esas bolserías conmigo? Tiene que pararse en el círculo de pólvora para que termine el trabajo.

María Eugenia. No voy a seguir preguntando ahora, pero me tienes que contar.

Chaura. Me voy para que diga sus oraciones.

María Eugenia. (*Reteniéndola.*) ¡No; yo no me las sé! Tú me vas a ayudar a decirlas.

Chaura. ¿Yo?

María Eugenia. Paca me dijo que tú me podías ayudar a la luz de un velón morado.

Chaura. Yo no tengo velones morados.

María Eugenia. Yo compré cuando fui a por los limones. Está en la bolsa de papel, sobre la mesa, al lado del pote de pólvora.

Narrador. (*A María Eugenia.*) ¡Por fin te lo aprendiste!

María Eugenia. (*Haciendo caso omiso del Narrador.*) ¡Chaura!

Chaura. ¿Ah?

María Eugenia. ¿Me escuchaste?

Chaura. Sí.

María Eugenia. Al lado del pote con la pólvora.

Chaura. (*Sacándola de la bolsa.*) Ya la vi.

María Eugenia. Vamos a apurarnos, no vaya a ser que Ugueta llegue y le dé una de esas cosas que a ella le dan, si llega y nos encuentra en este plan… Enciéndele la vela… Rézale un padre nuestro y un ave maría…

Chaura. Señorita, ¿y si no quiero?

María Eugenia. (*Exagerando la desesperación.*) ¡Chica, tú me metiste en esto y me tienes que ayudar! (*Hace como si llorara desesperadamente.*)

Chaura. Bueno, está bien. ¿Dónde están los fósforos?

(*María Eugenia deja de llorar de inmediato y vuelve a su actitud jovial.*)

María Eugenia. En la bolsa del velón. Enciéndela y reza, mientras yo hago el círculo de pólvora.

Narrador. Chaura enciende el velón y reza entre dientes. María Eugenia hace un círculo de pólvora en el centro de la sala. (*Nota que María Eugenia no lo hace donde indica y le grita.*) ¡No! En el centro de la sala.

(*María Eugenia se arrima un poquito y lo hace en el lugar adecuado.*)

Chaura. Señor, mis oraciones van dirigidas a tus santos oídos con el fin de que me permitas ayudar a tu sierva, cuyo dolor le impide llegar sola hasta ti. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

María Eugenia. (*Mirando el círculo desde el interior.*) Amén… Chaura…

Chaura. Sí, señorita…

María Eugenia. ¿Tú crees que está bien redondo?

Chaura. Sí.

María Eugenia. ¿Y está bien grueso?

Chaura. (*Horrorizada por lo descuadrado.*) Sí.

María Eugenia. Porque si quieres podemos echarle la pólvora que guardé en la alacena.

Narrador. ¡No!

Chaura. ¡No se salga del círculo, señorita! ¡Si se sale se pierde el trabajo!

María Eugenia. (*Asombrada por la intervención del Narrador, no se sale del círculo.*) Ah…

Chaura. Así está bien.

María Eugenia. ¿Y ahora qué tengo que hacer?

Chaura. ¡Párese en el centro!

María Eugenia. ¿Aquí?

Chaura. Ahí está bien…

María Eugenia. ¿Y entonces?

Chaura. Cierre los ojos y no los abra por ninguna causa.

María Eugenia. (*Con los ojos cerrados.*) Pero me siento mareada, como si me fuera a caer.

Chaura. Es el sucio que tiene por dentro.

María Eugenia. Es como si hubiera bebido.

Chaura. Es peor: ha vivido.

María Eugenia. Chaura, ¿y ahora?

Chaura. Tiene que ponerse flojita, y busque una lucecita blanca en el medio de una oscuridad que hay en su cabeza.

(*María Eugenia se afloja y comienza a escucharse un trozo del tema de* Indiana Jones *hasta el final del rito.*)

María Eugenia. ¡Ay! ¡Ay, chica, ya! ¡Es una luz que aparece en el medio de un remolino negro!

Chaura. Ese es. No piense más nada y repita conmigo esta oración.

(*A medida que van diciendo la oración*, *María Eugenia parece que va siendo poseída por un espíritu maligno*, *que la hace comportarse de un modo muy extraño*.)

Chaura. Señor, tú que eres mi pilar
y que me ves desde tu trono,
acude a mí que estoy dolida.

Señor, tú que me has puesto
esta prueba en el camino,
no me desampares,
para salir airosa de tu mano.

Este círculo
limpiará mi cuerpo en tu nombre,
para que mis ideas se aclaren
y salga de mi mente ese hombre.

Aleja de mí
cualquier pensamiento
hacia Carlos Hernández, el Pollo, (*Platillazo*.)
si su presencia en mi existencia
no va a ser beneficiosa.

Merezco un buen compañero,
para vivir y reproducirme en tu luz.
Señor, escúchame.
Oh, Dios, atiende a tu sierva.

En nombre del Padre,
del Hijo,
y del Espíritu Santo.
Amén.

(*María Eugenia se ha ido quedando en dormilona y comienza a darle vueltas a la bata sobre su cabeza, como una loca, mientras gruñe como un animal.*)

NARRADOR. Chaura enciende el círculo de pólvora. Un aire extraño invade la sala. María Eugenia parece poseída. De pronto se abre la puerta. ¡Es Ugueta! ¡Grita y sale huyendo de la casa!

UGUETA. ¡Aggh ¿qué es esto?! (*Hace mutis asustada.*)

NARRADOR. María Eugenia cae desmayada en el centro del círculo.

(*María Eugenia se desmaya.*)

CHAURA. ¡Señorita, Ugueta! ¡María Eugenia!

NARRADOR. Oscuro. Final del segundo cuadro "Como en las películas de Hollywood".

(*El Asistente entra corriendo para sacar del escenario todo lo que no corresponde para la escena próxima.*)

(*Final del segundo cuadro.*)

III

NARRADOR. "Como en las películas de Hollywood". El cuadro número tres ha sido cortado por mandato del propio autor-director.

IV

Narrador. … Así que continuemos con el cuadro número cuatro de "Como en las películas de Hollywood". Luz. El mismo lugar del cuadro dos. María Eugenia continúa desmayada en los brazos de Chaura.

(*Chaura, que estaba de pie, junto a María Eugenia, se coloca en la posición indicada por el Narrador.*)

Chaura. ¡Señorita!

(*María Eugenia se despierta de pronto, exaltada, y mira a Chaura.*)

María Eugenia. Me quiere…

(*María Eugenia se desmaya al ver a Chaura.*)

Chaura. (*Golpeándole el rostro para reanimarla.*) ¡Señorita María Eugenia! ¡Señorita María Eugenia! Ay, Dios mío Santísimo… ¿Qué le pasa, señorita María Eugenia?

Narrador. Música.

(*Comienza a escucharse* The Donkey Serenade, *de Radio Days.*)

Narrador. Entra un muchacho moreno, con cautela. Es un pueblerino, con una cruz de palo en la mano derecha. Está muy nervioso.

Héctor Enrique. (*Apartando el supuesto humo.*)¿Quién está ahí?

Chaura. (*Sorprendida.*) ¿Tú qué haces aquí?

Héctor Enrique. ¿Quién está ahí?

Chaura. ¿Quién va a ser? Yo.

Héctor Enrique. ¿Quién yo?

Chaura. ¿Ah? ¿Ahora ni siquiera reconoces mi voz?

Héctor Enrique. ¿Chaura Hermelinda?

Chaura. ¡No, la reina Isabel!

Héctor Enrique. ¿Qué haces aquí?

Chaura. Por aquí.

Héctor Enrique. ¿Y este humero?

Chaura. ¡Aquí!

Héctor Enrique. ¿Qué haces con esa mujer en los brazos?

(*María Eugenia abre los ojos sin que la descubran. Se percata de la presencia del pueblerino y se hace nuevamente la desmayada.*)

Chaura. La acabo de recoger del suelo.

Héctor Enrique. ¿Está muerta?

Chaura. ¡Qué va! ¡Qué muerta va a estar! Lo que está es desmayada, ¿no ves?

Héctor Enrique. ¿Qué pasó aquí, Chaura Hermelinda?

Chaura. (*Se levanta indignada.*) ¡Me vas quitando el Hermelinda ese de ahí, me haces el favor!

Héctor Enrique. Sí; pero… ¿qué pasó?

Chaura. No te lo puedo decir. Y no te lo diría aunque pudiera. ¿Qué haces tú aquí? Si puede saberse.

Héctor Enrique. Es que Ugueta llegó a mi casa dando unos gritos, diciendo que vio a unos demonios incendiando la casa de don Alfredo; mamá se puso nerviosa y…

Chaura. Y por supuesto, tú la consolaste. Mira, pero yo no tengo cara de demonio, ¿o sí?

Héctor Enrique. Era lo que se le entendía de todo la gritadera. Yo vine a ver lo que pasaba, porque le dijo a mi mamá que eran los mismos demonios que querían arruinarla y quitarle la casa que tiene en la ciudad.

Chaura. Y súper Héctor Enrique Villarino Lobo tuvo que arriesgar su vida por una dama en desgracia.

Héctor Enrique. No seas tonta, Chaura. Don Alfredo no está aquí y no hay un hombre que venga. Así que vine a ver lo que pasó.

Chaura. ¡Sí, señor!

Héctor Enrique. Mira: tú sola no puedes recoger a esa mujer del piso.

narrador. Chaura se percata de la mirada de Héctor Enrique sobre María Eugenia, en ropa interior.

Chaura. ¡Ah! ¡Ya entiendo por qué no te movías! ¡Aprovechándote que la mujer está en ropa interior y no puede cubrirse, para meterle el ojo! ¡Desvergonzado!

(*María Eugenia se tapa sus partes íntimas sin abrir los ojos, pero los jóvenes no lo notan.*)

Héctor Enrique. ¿Cómo se llama?

Chaura. ¿Ella?

Héctor Enrique. ¿Quién más?

Chaura. ¿Ya te gustó?

Héctor Enrique. ¿Vas a comenzar?

Chaura. Si quieres me voy y te dejo solo con ella, para que la cortejes mientras está desmayada.

Héctor Enrique. ¡Chaura, Chaura!

Chaura. Sí, "Chaura, Chaura"… como si no te conociera; como si yo no supiera que no puedes ver a una escoba con vestido, o a una bruja desgarbada, porque enseguidita se te ponen los ojos como dos huevos fritos.

(*María Eugenia se sorprende de los comentarios de Chaura. Le va a reclamar, pero lo piensa mejor y se vuelve a hacer la desmayada. Héctor Enrique descubre el círculo de pólvora en el centro de la sala.*)

Héctor Enrique. ¿Y este círculo de pólvora? Yo conozco este círculo de pólvora. Chaura, ¿me puedes explicar quién hizo este círculo de pólvora aquí?

Narrador. Chaura se hace la desentendida.

Chaura. ¿Qué círculo de pólvora?

Héctor Enrique. ¡Este! ¡Igualito a los que hace Paquita!

Chaura. ¿Qué Paquita, Héctor?

(*María Eugenia se sorprende de la capacidad de mentir de Chaura y se vuelve a hacer la desmayada, sin que nadie lo note.*)

Héctor Enrique. (*Molesto.*) ¡La única Paquita que es bruja y que hace círculos de pólvora para limpiar a la gente!

Chaura. (*Haciéndose la sorprendida.*) ¡Ay, es verdad, son igualitos!

Héctor Enrique. Chaura, no me mientas.

Chaura. (*Tratando de levantar a María Eugenia para disimular.*) ¡Qué te voy a estar mintiendo! ¡Ayúdame a levantar a esta mujer y a llevarla al cuarto, es lo que tienes que hacer!

(*La levantan a la fuerza y la llevan en dirección a su habitación.*)

Héctor Enrique. (*Haciendo mutis.*) Bueno, pero me tienes que explicar todo esto…

Narrador. Hacen mutis. Llega Ugueta. Está muy asustada. Trae consigo una cruz de palo en una mano y con la otra se persigna, para abrirse camino en el supuesto humo que hizo el círculo de pólvora. Aquí todo es supuesto. Es teatro. De pronto, regresa corriendo María Eugenia…

(*María Eugenia entra corriendo y se congela, como queriendo escapar por la puerta de la casa.*)

Narrador. Que es seguida por Chaura…

(*Chaura se coloca detrás de María Eugenia.*)

Narrador. … Y Héctor Enrique…

(*Héctor Enrique se coloca detrás de las mujeres y forman un grupo que nos hace recordar a Los Tres Chiflados.*)

Narrador. Ugueta se coloca a un lado, aterrorizada, sin poder gritar.

(*La acción se descongela y María Eugenia es perseguida por Chaura y Héctor Enrique.*)

María Eugenia. ¡Me quiere matar!

(*Sale corriendo a la calle.*)

Chaura. (*Corriendo detrás de ella, sin reparar en Ugueta.*) ¡Espere, señorita! Ay, se volvió loca.

Héctor Enrique. ¡Hay que alcanzarla! ¡Señorita!

Narrador. Hacen mutis. Ugueta queda desconcertada. Inmediatamente regresa María Eugenia y se detiene cerrando la puerta tras de sí, comportándose como una loca poseída. Ugueta trata de ser cotidiana con la muchacha, para ver si responde.

Ugueta. ¿Qué te pasa, hermana? ¿Por qué me miras tan feo? ¡Tú siempre haciéndote la loquita!, María Eugenia. Mira que yo no estoy para juegos. Dios mío, cómo que se volvió loca de verdad… Mana… ¿Qué te pasa? Cálmate. ¡Ay, no me asustes, chica! Mira que yo tengo suficientes problemas con lo de la plata: que no la consigo, que no sé quién me la va a prestar… Yo sé que todo eso que tú tienes es culpa del desgraciado ese, que debe estar revolcándose con la mosca muerta… ¡Chica! ¡No me mires así! ¡Yo no tengo la culpa! Anda, siéntate aquí… ¡Está bien, no te toco! (*Aparte*.) ¡Ay, Dios mío, mira dónde se me vino a volver loca esta mujer! ¿Tú no quieres un tilito o una manzanilla? … ¡Qué va! Si tú sigues así me voy a ir. No vaya a ser que te dé una loquetera y la vayas a coger conmigo. ¡No te me acerques así!… ¡Ay!

Narrador. Ugueta trata de huir, pero María Eugenia la retiene. Música.

María Eugenia. (*Reteniendo a Ugueta*.) ¡Quédate tranquila, chica! ¿No ves que estoy gastando una broma?

(*Las dos buscan sillas y se sientan en el proscenio*.)

María Eugenia. Por un lado, quiero darle un susto a la vecina. Y por el otro, quiero ayudarla para que se decida con Héctor Enrique, y para las dos cosas tú me vas a ayudar.

Ugueta. ¿Yo?

María Eugenia. Sí, tú. Nos vamos a divertir un rato, mientras llega tu hermano. Voy a explicarte…

Narrador. Sube la música. Oscuro. Final del cuarto cuadro de "Como en las películas de Hollywood".

(*María Eugenia y Ugueta recogen sus sillas y las vuelven a su lugar iniciando el mutis, pero el Asistente se hace evidente ante el Narrador y el resto de auditorio.*)

Asistente. Director, Alfredo no ha llegado.

Narrador. ¿Cómo?

Asistente. No ha llegado y ya le va a tocar…

Narrador. ¿Y qué vamos a hacer…?

Asistente. Eso quería decirle: Yo puedo hacerlo.

Narrador. ¿Tú?

Asistente. Yo… Yo me sé los parlamentos… y he estado trabajando en el personaje desde hace más de cinco meses… Tú lo sabes…

Narrador. Pero…

Asistente. Dame la oportunidad.

(*Incomodidad entre el elenco.*)

Narrador. Pero necesito la presencia de Alfredo.

Asistente. Yo la voy a tener.

Narrador. Su misma presencia.

Asistente. Yo te lo quiero demostrar…

Narrador. ¡Cuidado con la dicción!… ¡La fuerza!

Asistente. ¿Entonces es sí?

Narrador. Sí.

Asistente. Gracias, director… ¡Gracias! (*Al elenco, mientras entra al camerino.*) ¡Voy a hacer a Alfredo! ¡Voy a hacer a Alfredo!

Chaura y Héctor Enrique. ¡Mierda! ¡Mierda!

Asistente. ¡Voy a hacer a Alfredo!

Ugueta (*Con mala energía.*) ¡Mierda!

Narrador. (*Al público.*) "Como en las películas de Hollywood".

(*Ugueta sale refunfuñando por la decisión del Narrador.*)

V

Narrador. "Como en las películas de Hollywood". Música. (*Se escucha música distorsionada*, Solaris, *de Isao Tomita.*) Horas después. La puerta se abre lentamente y aparecen Chaura (*Chaura aparece y se congela.*) y Héctor Enrique, (*Aparece y se congela.*) con mucho cuidado. (*Se mueven con mucho sigilo)* Se les nota asustados. (*Se reúnen y tiemblan.*) Sale Ugueta de la habitación de María Eugenia. Viene sonreída, pero al descubrirlos cambia completamente de actitud.

Ugueta. (*A Chaura.*) ¿Me puedes decir qué haces en esta casa? Después que te brindamos confianza, malagradecida.

Chaura. (*Llorando.*) ¡Yo no hice nada!

Ugueta. (*A Héctor Enrique, con un toque de seducción.*) Ten cuidado de andar con esta mala mujer, Héctor Enrique.

(*Héctor Enrique se pone muy nervioso ante la presencia de la mujer que amó de niño.*)

Ugueta. Me dolería ver que te hiciera algo malo. O que te diera un mal consejo, como a María Eugenia.

Chaura. ¡Déjeme explicarle, señorita!

Ugueta. ¿Explicarme? ¿Qué tienes que explicarme? Lo que tienes que hacer es buscar la cura para mi amiga, a la que he tenido hasta que amarrar a la cama, porque comenzó a decir cosas extrañas y a volar como si fuera un pajarito.

Héctor Enrique. ¿Cómo?

Ugueta. Que la he tenido que amarrar de la cama, porque comenzó a volar como si fuera una palomita.

Héctor Enrique. (*Disculpando a Chaura.*) Pero eso es normal en este pueblo. Aquí, quien menos usted se lo imagina echa sus voladitas. A usted no puede habérsele olvidado la historia de los Crespo Bautista, ni la de los García Patiño. Ellos volaban y con todas las de la ley.

Ugueta. Pero mi amiga no es de este pueblo. (*A Chaura.*) ¡Hágame el favor y me dice, ¿qué le hizo a María Eugenia!?

Chaura. (*Llorando.*) ¡Yo no le hice nada!

Ugueta. ¡Hazme el favor y dejas la lloradera! ¡Te me vas! ¡Y no regresas a esta casa hasta que no hayas conseguido el antídoto para que se cure mi amiga! ¡Y si no lo haces antes de que llegue mi hermano, voy a hablar con el jefe civil para que te encierren como a una criminal!

Chaura. (*Llorando.*) ¡Nooo!

Héctor Enrique. Señorita Ugueta…

Ugueta. (*Más seductora con el muchacho.*) ¿Qué?

Héctor Enrique. (*Sobrecogido por el modo de responder de Ugueta.*) Nada.

Ugueta. Hace tres días que estamos aquí y mira. ¿Te imaginas? Si tuviéramos un mes, estaría muerta la pobre ilusa.

(*María Eugenia se ha subido al podio con el Narrador y desde allí va a decir sus textos como si estuviera en off. El Narrador aprovecha y le da indicaciones en dónde debe apoyar para que la voz le salga más nítida.*)

María Eugenia. (*Off.*)¡Ugueta! ¡Ugueta! ¡Coque…! ¡Coquemecopasame!

Ugueta. (*Buscando en el techo.*) ¡María Eugenia! ¿María Eugenia, dónde estás?

María Eugenia. (*Off.*) ¡Cui! ¡Coqcuí!

Ugueta. ¿Maria Eugenia, dónde…?

María Eugenia. (*Off.*) ¡Coqcuí! ¡Yudamentisfavoris!

Narrador. Los jóvenes descubren algo que parece ser María Eugenia en el techo de la casa.

Ugueta. ¡María Eugenia! ¿Cómo llegaste allá arriba?

Chaura. (*Haciendo mutis a toda prisa.*) ¡Milagro! ¡Esto es un milagro!

(*Héctor Enrique ha quedado parado delante de la puerta. El miedo poco a poco desaparece y se convierte en deseo, al ver a Ugueta sola.*)

Ugueta. ¿Cómo vamos a hacer para bajarla de allá arriba?

Narrador. Ugueta se percata de que Chaura se ha ido y cambia de tono con Héctor Enrique. Música.

(*Se escucha* Moonligh Serenade, *de Gleen Miller. Ugueta se arregla el vestido y el cabello, antes de pronunciar seductoramente la primera frase.*)

Ugueta. ¿Por qué me miras así, como si vieras un muerto? ¿Se fue Chaura?

(*Héctor Enrique se pone tan nervioso que nos recuerda las escenas de Jerry Lewis.*)

Héctor Enrique. ¡Sí! ¿Tiene una escalera?

Ugueta. (*Ferozmente seductora con Héctor Enrique.*) ¿Una escalera? ¿Para qué?

Héctor Enrique. (*Tragando grueso.*) Pa' bajala, pues.

Ugueta. (*Hablándole muy cerca.*) ¿Y para qué quieres bajarla?

Héctor Enrique. Porque se puede cael y se puede hacel daño.

Ugueta. ¿Daño? ¿Quién? Ni te preocupes, María Eugenia es una excelente aviadora.

Héctor Enrique. ¿Está segura?

Ugueta. Completamente.

Héctor Enrique. Ah.

Ugueta. (*Seductora.*) ¿Cómo llegaste aquí, Héctor Enrique?

Héctor Enrique. Me preocupa su amiga.

Ugueta. Vamos a hacer una cosa: vamos a hacer como si no supiéramos nada de ella. ¿Te parece?

(*Héctor Enrique se sienta en una silla del comedor.*)

Héctor Enrique. (*Nervioso.*) ¡No!… ¡Bueno, sí!… ¡Digo, no!… Mire, mire, mire: tengo que il a ver qué pasó con Chaura Hermelinda.

Ugueta. Déjala tranquila. (*Lo toma por los hombros.*) ¿Entonces?

Héctor Enrique. Usted dirá.

Ugueta. ¿Café?

Héctor Enrique. Yo creo que está bien.

Ugueta. (*Se le aproxima insinuante con los senos.*) ¿Con o sin?

Héctor Enrique. (*Mirándole cada uno de los senos al pararse de la silla, muy nervioso.*) ¿Con o sin qué?

Ugueta. (*Tomándolo por la barbilla y hablándole sobre la boca.*) Leche.

(*Ugueta lo suelta y cae de golpe sobre la silla, en la que se había sentado.*)

Héctor Enrique. No. Un guayoyito me parece mejol, porque la veldá es que la leche… la leche me da sueño.

Ugueta. (*Sirviendo las tazas.*) Fíjate que a mí también. (*Le ofrece la taza sin mirarle la cara sino al público, a quien hace cómplice.*) Has crecido, Héctor Enrique.

Héctor Enrique. (*Cerrando su entrepierna.*) Si usted lo dice, señorita.

Ugueta. Trátame de tú.

Héctor Enrique. Se… Digo, Ugueta.

Ugueta. Dime, Héctor Enrique.

Héctor Enrique. Yo quería… Es decir… Tú… No sé… Este… Lo que pasa es que…

Ugueta. ¿Qué pasa?

Héctor Enrique. Que quiero decile una cosa.

Ugueta. ¿Qué cosa?

Héctor Enrique. Es de la conversación, ¿se acuelda?

Ugueta. ¿Conversación? ¿Qué conversación?

Héctor Enrique. La de hace tiempo… Cuando se iba… ¿Se acuelda?

Ugueta. ¡Uy!, hace tanto.

Héctor Enrique. No hace tanto. Yo todavía lo recueldo, como si fuera ayel.

Ugueta. ¿En serio? Yo no

Héctor Enrique. (*Determinante.*) ¡Yo sí!

Ugueta. (*Sorprendida por el ímpetu del muchacho.*) ¡Héctor Enrique!

(*Ugueta se abalanza sobre el muchacho y queda prácticamente sobre él, quien se ha tirado sobre la mesa del comedor.*)

Héctor Enrique. (*Avergonzado.*) ¡Disculpe! ¡Peldón, peldón, peldón! Es que yo quiero decile algunas cosas que yo no sabía y que ahora sí, pero…

Ugueta. ¿Pero qué?

Héctor Enrique. (*Sottovoce.*) Su amiga puede escuchar algunas cosas que no son… convenientes.

Ugueta. No te preocupes por ella, ¿qué puede escuchar la pobrecita?

Héctor Enrique. No quiero hablar delante de su amiga.

Ugueta. ¿Héctor Enrique? ¿Has mirado a mi amiga?

Héctor Enrique. Dicen que es malo mirar a los milagros.

Ugueta. Mírala.

Héctor Enrique. Es qué…

Ugueta. ¡Mírala!

Narrador. Héctor Enrique mira con temor.

Ugueta. Esa no es mi amiga. ¿No te das cuenta que es una muñeca que colocamos allí para asustar a Chaurita, que desde que llegamos no ha hecho otra cosa que curiosearnos la vida?

Héctor Enrique. ¡Usted sabe que no es así!

Ugueta. ¿Y cómo es entonces?

Héctor Enrique. ¿Y la voz?

Ugueta. Despreocúpate. María Eugenia está escondida en su cuarto…

Narrador. Esta última frase hace cambiar totalmente de actitud a Héctor Enrique.

(*Héctor Enrique se comporta ahora como un galán. Cambia incluso la voz.*)

Héctor Enrique. ¿Para qué regresaste?

(*Se escucha* Isn't it Romantic? *Ugueta se sorprende por el comportamiento del joven y ahora se comporta como una mujer sumisa y sufrida.*)

Ugueta. ¡No! No merezco que me trates así. No vine a molestarte y mucho menos a interrumpir tu relación con esa muchacha.

Narrador. María Eugenia entra a escena y escucha con picardía, sin ser descubierta.

Héctor Enrique. Esa muchacha y yo…

Ugueta. ¡Se gustan! ¿Qué más puedes esperar? Existe atracción en ambas partes.

Héctor Enrique . Tú conmigo…

Ugueta. Se me olvidó…

Héctor Enrique. Con ella me pasa algo diferente.

Ugueta. Es normal… ¿Quieres más café?

Héctor Enrique. ¡Ugueta!

Ugueta. ¿Sí, Héctor?

Héctor Enrique. Yo quiero… Yo quisiera… Tú y yo… Quisiéramos…

Ugueta. ¿Sí? ¿Con mucha o con poca?

Héctor Enrique. Bastante.

Ugueta. ¿Cómo siempre?

Héctor Enrique. ¡Como siempre!

(*Héctor Enrique trata de tocarle la mano, pero Ugueta lo evade con mucha coquetería.*)

Ugueta. ¿Ahora o después?

Héctor Enrique. Cuando quieras.

Ugueta. ¿Esta noche?

Héctor Enrique. ¡Venga! Esta noche.

Ugueta. Esta noche como que se va a ir la luz. ¿Tú no sabes por qué?

Héctor Enrique. Porque tu hermano olvidó pagarla antes de irse de viaje.

Ugueta. Por eso vas a venir a acompañar…

Héctor Enrique. ¡No! Yo no voy a venir a acompañarlas. A menos que, por alguna causa, alguien nos descubra aquí.

Ugueta. Voy a estar muy agradecida por tu cortesía.

Héctor Enrique. Estarás tan agradecida como lo estoy yo.

Narrador. María Eugenia se hace evidente.

María Eugenia. Buenas noches, Ugueta.

(*Héctor Enrique se sobresalta. Regresa la taza de café a su lugar. Ugueta finge. Héctor Enrique vuelve a hablar como al principio y no cesa de reírse, por lo que lo sentimos mucho más idiota.*)

María Eugenia. (*Aparte a Ugueta.*) ¿Qué pasó?

Ugueta. (*Aparte a María Eugenia.*) La pobrecilla no vuelve. (*A Héctor Enrique.*) María Eugenia, este es Héctor Enrique. (*Mirando a la muñeca.*) Está impresionado por la manera como vuelas.

María Eugenia. Yo también me veo tan mal. (*Le tiende la mano a Héctor Enrique.*) Encantada.

Héctor Enrique. (*Estrechándole la mano con mucho vigor.*) El gusto es mío, señorita.

María Eugenia. (*Tratando de zafarse.*) Usted es el joven al que regañaba Chaura… Ahora entiendo por qué… (*Se zafa.*) Es una mujer dominante.

Ugueta. Se impresiona por cualquier cosa

María Eugenia. Parece que Ugueta le aprecia muchísimo.

Héctor Enrique. Y yo a ella.

Ugueta. Ten cuidado, es un mentirosillo.

María Eugenia. Exageraciones. Parece un buen muchacho.

Héctor Enrique. ¡Tengo que ilme!

Ugueta. (*Aparte a Héctor Enrique.*) ¿Entonces? ¿Seguro?

Héctor Enrique. (*Tratando de que no lo escuche María Eugenia*.) Seguro.

Ugueta. ¿A qué hora?

Héctor Enrique. A la hora de siempre.

Ugueta. ¿Te acordarás?

Héctor Enrique. (*Como el galán*.) ¿Se me ha olvidado alguna vez?

Ugueta. (*Subyugada*.) Nunca.

Héctor Enrique. (*Se despide con la voz del principio*.) Hasta luego. (*Hace mutis*.)

Narrador. Héctor, parte. Sonrisa cómplice de ambas.

Ugueta. ¿Qué hacías ahí?

María Eugenia. Pretendía ponerme a hacer la cena, pero como que ya estás invitada para otra comida esta noche…

Ugueta. Todo va a salir como hemos planeado.

Narrador. Oscuro. Intermedio. "Como en las películas de Hollywood". Respetable público, en quince minutos continuaremos con la segunda parte de nuestro espectáculo. Pueden aplaudir. Gracias. Música de intermedio.

VI

El Narrador ingresa después de los quince minutos exactos de intermedio. Trae consigo a Ugueta. Saluda y hace que los espectadores aplaudan a Ugueta, quien se coloca en el extremo derecho del escenario (*visto por el público*). *Llega a su podio. Golpea con la vara de director de orquesta antes de anunciar.*

Narrador. Continuamos.

(*Entran María Eugenia y Chaura agarradas de la mano y emulando, con mucha cursilería, la acción realizada por el Narrador con Ugueta. Se dan besos en las mejillas antes de ir a sus lugares, y las actrices se congelan en sus posiciones correctas.*

Chaura. (*Muy chillona.*) ¡Ay, sí, es verdad!

(*El Narrador la manda a callar. Golpea con la vara y anuncia.*)

Narrador. "Como en las películas de Hollywood". ¡Luz!

Chaura. (*Subida al pollo y mirando por la ventana con mucha angustia.*) ¡Ay, sí, es verdad! ¡Está abriendo la alcantarilla!

María Eugenia. (*En tono melodramático.*) Te lo dije. Yo estoy tan desilusionada de Ugueta, que mañana temprano tomo el primer autobús que vuelva a Caracas y me voy a mi casa; no vaya a ser que el hermano de Ugueta llegue y se dé cuenta de lo que está haciendo su hermana, en su casa y en su ausencia.

Chaura. ¡Ahora está sacando los cables y está buscando algo en un maletín!

María Eugenia. Ya va a cortar la luz, así que escóndete para que lo veas todo.

Narrador. Se va la luz.

(*La luz cambia para hacernos entender que se ha ido la luz.*)

Chaura. (*Bajando del ventanal y acercándose a María Eugenia.*) Señorita, yo quiero…

María Eugenia. (*Dándole un empujón y haciéndola caer detrás del mueble del extremo izquierdo de la sala.*) ¡Anda, escóndete!

Narrador. Chaura se esconde en un lugar desde donde puede apreciar todo lo que ocurre en la sala sin ser descubierta. Aparece Ugueta, en bata de noche, recién salida del baño, con mucho *glamour*.

(*Ugueta abandona la pose y comienza a actuar bajo las indicaciones del Narrador.*)

Narrador. Cuando se dirige a abrir la puerta, es detenida por la voz de María Eugenia. Todos los textos utilizados a continuación tendrán un cursilísimo tono teatral. Música.

(*Suena* The Apartament. *Chaura no para de llorar.)*

María Eugenia. (*Haciéndole señas a Ugueta para evidenciar la presencia de Chaura, pero sin abandonar su tono.*) ¿No pensarás abrir la puerta en esta oscuridad, verdad?

Ugueta. (*Haciéndole señas de que ya la vio y poniéndose más cursi.*) ¿Qué te importa?

María Eugenia. (*Melodramática.*) ¡Claro que me importa! ¡Tú eres mi amiga!

Ugueta. (*Ruda.*) ¿Y qué?

María Eugenia. Ugueta, tenemos demasiados problemas ambas para que nos sumes este.

Ugueta. Necesito relajarme un poco, estoy muy tensa.

María Eugenia. Yo también…

(*Las actrices se miran. De pronto, se detienen la música y la acción, y sin prestar atención al Narrador, se van a tomar un trago para relajarse.* Chaura *deja de llorar y se suma con Héctor Enrique.*)

Narrador. Bueno, y es el momento de anunciar uno de nuestros patrocinantes. La bebidas utilizadas en este espectáculo son cortesía de… (*Nombre del patrocinante y su eslogan*.)

(*Los actores brindan y se toman de un trago el contenido de cada uno de sus vasos, y continúan en la interpretación de sus roles. La música también regresa. La intensidad de las interpretaciones crece y se hace más cursi*.)

María Eugenia. Por eso estoy aquí. Tú me trajiste por eso. (*Tomándole la mano*.) ¡No abras, por favor!

Ugueta. (*Soltándose con brusquedad*.) Déjate de tonterías y vete a tu cuarto a dormir.

(*Chaura llora descaradamente. Ugueta y María Eugenia la escuchan divertidas y continúan con su farsa*.)

María Eugenia. Ugueta…

Ugueta. ¿Qué?

María Eugenia. (*Lamentosa*.) ¿No te das cuenta de que lo que le vas a hacer a esa muchacha es igual a lo que me hicieron a mí? (*Para que Chaura escuche claramente*.) Cuando me obligaste a hacer lo del muñeco, para asustar a la pobre Chaura, yo acepté porque creí que no pasaría de una broma, pero de ahí a hacer esto… ¡No puede ser!

(*Chaura llora más fuerte*.)

Ugueta. Deja los celos.

María Eugenia. ¡Qué celos ni qué nada! ¡Eso que vas a hacer no está bien!

Ugueta. (*Con sorna*.) Necesito algo que me haga olvidar tantos problemas, que me haga pensar en algo diferente; que me permita creer que no es verdad que el dinero importa tanto… para que pueda enviar a la mierda (*Todo el elenco se sorprende por la palabrota, pero ella no le presta atención*.) a esa bendita casa de la ciudad, a los acreedores… Porque una hipoteca no puede acabar con mi juventud ni con mi vida… (*Para que Chaura escuche claramente*.) Sí, me voy a divertir un rato con el muchacho…

(*Chaura grita de dolor*.)

Chaura. ¡No!

Ugueta. (*Se divierte y sigue*.) Chaura, nunca va a enterarse…

(*Chaura grita más fuerte*.)

Chaura. ¡Noo!
Ugueta. … Pero esta noche, él y yo vamos a estar juntos…

(*Chaura bate la silla detrás de la cual se encuentra oculta*.)

Chaura. ¡Noooo!

María Eugenia. (*Sobreactuando el sufrimiento, va a caer de rodillas y se va a revolcar, mientras patalea contra el piso*.) Como a mí… Es como si me lo estuvieran haciendo a mí… Como si me lo estuvieran haciendo por segunda vez… ¡Entiéndeme!

(*Ugueta la levanta del piso, tomándola con fuerza de las manos*.)

Ugueta. ¡Entiéndeme tú, no seas bruta! ¡Necesito cariño y él está dispuesto a dármelo!

Narrador. Se encienden las luces.

(*La luz vuelve a ser como la de antes.*)

María Eugenia. (*Aparte a Ugueta.*) ¿Qué habrá pasado? Volvió la luz…

Narrador. Tocan a la puerta y las actrices continúan la parodia.

María Eugenia. ¡No abras, Ugueta! ¡Dios te va a castigar!

Ugueta. (*Cursi.*) Amiga, vete a tu cuarto.

María Eugenia. ¡Chica!

Ugueta. María Eugenia.

María Eugenia. Piénsalo…

(*Las actrices escuchan divertidas a Chaura.*)

Chaura. (*Aparte.*) ¡Ay, San Pancracio, no puede ser verdad, no puedo seguir escuchando!

(*María Eugenia y Ugueta continúan la parodia.*)

Ugueta. Vete a tu cuarto y déjame en paz…

María Eugenia. Ugueta…

Chaura. (*Aparte.*) ¿En paz? ¡En paz la voy a dejar yo, como Héctor Enrique entre por esa puerta!

María Eugenia. (*Se dirige triste a su habitación.*) Buenas noches.

Ugueta. (*Para que Chaura se mortifique más.*) Van a ser las mejores noches, en muchas noches…

Chaura. (*Batiendo el mueble.*) ¡Noooo!

(*Se escucha un trozo del tema de* Casablanca, As Time Goes By.)

Narrador. María Eugenia hace mutis poco a poco. Ugueta se mira en el espejo, abre la puerta… ¡Y se sorprende!

Ugueta. (*Sorprendida.*) ¡Alfredo!

Chaura. (*Dejando de llorar. Aparte*) ¡Don Alfredo!

(*Aparece el Asistente vestido como Albertico Limonta, con una peluca rubia, lentes oscuros, sobretodo azul marino y corbata muy conservadora, lo que hace finalmente una estampa extremadamente graciosa y cursi, a pesar de la tensión de la escena. Al Narrador casi se le salen los ojos cuando lo ve.*)

Alfredo. (*Para calmar el aspaviento que ha causado en sus compañeros.*) ¡Alfredo!

Narrador. (*Para sí.*) ¡Esa peluca!

(*El Narrador se muere de los nervios ante la presencia del Asistente y va a hacerle correcciones durante toda la escena, sin que el Asistente le preste mucha atención.*)

Narrador. Héctor Enrique viene con la maleta de don Alfredo y se para en el umbral de la puerta. Ugueta se asusta y le tira la puerta en la cara.

(*Desaparece la música.*)

Alfredo. (*Muy acartonado.*) Ugueta, le tiraste la puerta en la cara al hijo de los Villarino.

Ugueta. (*Finge.*) ¡Ay, es que creí que era un mendigo!

Chaura. (*Aparte.*)¡Ahora sí que se arregló el asunto! ¡Ojalá que don Alfredo se dé cuenta del demonio que tiene de hermana!

Alfredo. Ugueta, tú no cambias.

Chaura. (*Aparte.*) O sea, es así desde chiquita.

Alfredo. Ábrele, no es un mal muchacho.

Ugueta. Será como tú digas.

Narrador. Le abre.

Ugueta. (*Desconociendo a Héctor Enrique.*) Pase adelante, mijo.

Héctor Enrique. (*Con la maleta de don Alfredo en la mano y la nariz roja del portazo.*) Buenas noches, señorita Ugueta.

Chaura. (*Aparte.*) ¿No sé qué tendrán de buenas? ¡Desvergonzado!

Ugueta. ¿Tú eres Héctor Enrique? ¿El hijo de los Villarino?

Héctor Enrique. (*Le hace señas a Ugueta, sin que Alfredo se dé cuenta.*) Usted sabe que…

Ugueta. (*Sin entender las señas.*) ¡Cómo has crecido muchacho! ¡Ya eres todo un hombre!

Héctor Enrique. (*Le vuelve a hacer señas y Ugueta comprende.*) Yo pasé a saludarla esta tarde, ¿se acuelda?

Ugueta. ¿Ah? ¡Ah! ¡Ah, sí, es verdad! ¡Claro! ¡Es que estoy desmemoriada!

Alfredo. El almanaque.

Chaura. (*Aparte.*) La sinvergüenzura, por no decir una vulgaridad.

Héctor Enrique. Usted me dijo que viniera, porque no tenía luz…

Chaura. (*Aparte.*) Y quería que se la encendiera por fricción.

Narrador. Moderación.

Héctor Enrique. Resulta sel que cuando abrí la alcantarilla (*Señalando a Alfredo.*) había una rata goldísima, que se estaba comiendo todo el cable.

Ugueta. ¿Y por eso no había luz?

Héctor Enrique. Por eso mismito.

Chaura. (*Aparte*.) ¡Si me muerdo la lengua me enveneno!

Alfredo. (*Con una moneda en la mano*.) Muy agradecido Héctor. Toma.

Narrador. Alfredo le da a Héctor Enrique una moneda de un real.

(*Héctor Enrique se sale del personaje y para la pieza*.)

Héctor Enrique. (*Con el Narrador*.) Mira: en el libreto te decía que eran diez bolívares…

Narrador. Si quieres habla con el productor de la pieza, que debe estar sentado por ahí.

(*Alfredo le pone la moneda en la mano a Héctor Enrique*.)

Alfredo. Toma.

Héctor Enrique. (*Sin poder disimular su molestia*.) Buenas noches.

(*Héctor Enrique le hace una seña a Ugueta y esta lo empuja para hacerlo salir más rápido de la escena*.)

Alfredo y Ugueta. Buenas noches.

Chaura. (*Aparte*.) ¡Ah, no! ¡Yo no me quedo aquí!

Narrador. Chaura pasa por delante de los Meneses y sale detrás de Héctor Enrique. Ugueta hace como si no la ha visto.

Chaura. ¡Buenas noches!

(*Chaura hace mutis. Alfredo queda sorprendido por la aparición de la muchacha*.)

Alfredo. ¿Y esa muchacha de dónde salió?

Ugueta. ¿Ah? ¡Ah, sí! Estaba visitando a María Eugenia, la muchacha que vino a acompañarme.

Alfredo. (*Sentándose.*) ¿Cuándo llegaste?

Ugueta. Hace tres días. Te voy a presentar a María Eugenia. Déjame llamarla.

Alfredo. Déjala.

Ugueta. (*Llamando.*) ¡María Eugenia! ¡María Eugenia! ¡Mira quién está aquí! (*A Alfredo.*) Se va a desmayar cuando te vea. Tú le gustas mucho. ¡María Eugenia!

María Eugenia. (*Off.*) ¡Voy!

Ugueta. ¡Apúrate! ¡No tenemos toda la noche!

María Eugenia. (*Off. Hostil.*) ¿Con quién estás?

Ugueta. Con mi hermano.

María Eugenia. (*Off.*) ¿Con quién?

Ugueta. Con mi hermano.

María Eugenia. ¿Cuál?

Ugueta. ¡El único que tengo! ¿María Eugenia vas a venir o…?

Narrador. María Eugenia aparece vestida con un despampanante vestido de fiesta. Música. Se sube a la mesa del comedor y modela el vestido, al ritmo de la música. Ugueta se sorprende y la baja de la mesa. Histeria femenina por el recién llegado.

Ugueta. (*A María Eugenia.*) ¿Tú como que pensabas ir a una fiesta? Así si llegas rapidito.

Narrador. María Eugenia le sonríe a Alfredo, sin prestarle oídos a Ugueta.

Ugueta. María Eugenia, tengo el placer de presentarte a mi hermano, Alfredo.

(*Alfredo se levanta galante pero no mira a María Eugenia, sino que le habla al público como si fuera ella.*)

Alfredo. Encantado, María Eugenia.

María Eugenia. (*Muy emocionada.*) ¿Usted? ¡Usted es Alfredo? ¿El hermano de Ugueta?

Alfredo. Creo.

(*Alfredo le extiende la mano a María Eugenia.*)

María Eugenia. ¡El gusto es mío!

(*María Eugenia comienza a besarle la mano a Alfredo. Este se zafa y se la limpia con disimulo, con su pañuelo personal.*)

Alfredo. (*Cursi.*) Mi hermana me ha hablado tanto de usted en sus cartas, que me voy a permitir la osadía de tutearla. Me parece conocerte desde hace mucho.

María Eugenia. (*Histérica, a Ugueta.*) ¡Qué amable es!

Narrador. Le da hipo.

María Eugenia. ¡Hip! (*A Alfredo.*) Yo quisiera… ¡Hip!

Ugueta. (*Disculpando a María Eugenia.*) ¡Siempre que se pone nerviosa le da hipo!

Alfredo. (*Fastidiado.*) ¡Qué divertido!

Narrador. Alfredo se va a ver en el espejo, antes de ir a cerrar la ventana y servirse un trago en la licorera.

María Eugenia. Ugueta to… ¡Hip!… A mí me gustaría… ¡Hip! ¡Ay, no sé! ¡Qué vergüenza!

Narrador. María Eugenia no para con el hipo. Ugueta le da un golpe tan fuerte en la espalda que María Eugenia se molesta.

Ugueta. ¿Qué es, mijita? ¡Habla!

Narrador. María Eugenia le habla al oído a Ugueta.

Ugueta. ¿Y eso es todo? ¡Bolsa! Alfredo, con muchos celos, te digo que María Eugenia quiere que le des un beso.

Alfredo. (*Sorprendido.*) ¿Un beso?

(*María Eugenia hace como si se va de la sala de la vergüenza. Se detiene, haciéndose la avergonzada.*)

María Eugenia. Pero no vaya… ¿cómo decirle?… a pensar mal de mí…

Ugueta. ¡No! Mi hermano no va a pensar mal de ti, mucho menos cuando sepa que quieres que te dé un beso después de que…

(*María Eugenia le tapa la boca a Ugueta, pero esta se zafa.*)

María Eugenia. ¡Ay, no!

Ugueta. ¡No seas tonta, que tú quieres!

Alfredo. Me tienen que decir qué es lo que quiere.

Narrador. Ahora María Eugenia le coquetea a Alfredo.

María Eugenia. ¿Le gustaría…? Digo, si no es mucha molestia… ¿hacer algo conmigo?

Alfredo. ¿Hacer? ¿Qué?

Ugueta. ¡Mijito, que si quieres cantar una canción con ella! (*Se va a servir un trago a la licorera, para pasar el mal rato*.)

Alfredo. ¿Cantar? ¿Yo?

María Eugenia. ¿Le molestaría?

Alfredo. Escúchame un momento, Ugueta: ¿No estará hablando en serio?

María Eugenia. Sí; al final de la canción me besa, como Bobby besa a Lynda, en la hacienda Los Aguacateros.

Alfredo. ¿Y se besan?

María Eugenia. ¡Ay, él si es cómico, Ugueta! ¡Igualito a ti!

Alfredo. ¡Es que no me acuerdo!

María Eugenia. ¡Ay, usted sabe que sí! ¡Usted escribió la historia!

Ugueta. ¡Termina de cantar, mijo!

Alfredo. ¡Ugueta, yo no canto!

María Eugenia. Yo no se lo voy a decir a nadie.

Alfredo. ¡Yo no sé cantar!

María Eugenia. ¡No se haga el tonto, que yo lo escuché cantar con la Pérez, cuando Cabrera no pudo hacerlo en el radiopabellón del año pasado!

Alfredo. Ugueta, ¿me puedes explicar qué es todo esto?

Ugueta. ¿De qué estás hablando, Alfredo? (*Aparte*.) ¡Me hundí! ¡Me quedé sin plata!

Alfredo. (*Se va enajenando*.) ¡Llego a mi casa y primero desconoces a Héctor Enrique, que hasta medio noviecito tuyo fue cuando eran jóvenes; de pronto sale, de no sé dónde, Chaurita y me dices que estaba en el cuarto de tu amiga, que es en la dirección contraria de donde salió la muchacha!

Narrador. ¡Cálmate!

Alfredo. (*Sereno y cortés*.) Y ahora me presentas a esta hermosa señorita, que en lo que me la presentas quiere que la bese, después de que cante una canción con ella… (*Desbordado*.) ¡Aquí está pasando algo extraño, hermanita! ¡Esta no es mi casa! ¿Qué pasa aquí?

Narrador. ¡Respira!

Ugueta. Lo que pasa es que estamos… de vacaciones…

Alfredo. ¿De vacaciones?

Narrador. Oscuro. Final del quinto cuadro de "Como en las películas de Hollywood". (*A Alfredo*.) ¡Mira, mijo! ¡No te exaltes! ¡No es necesario!

(*Final del quinto cuadro*.)

(*Articulación*.)

VII

Narrador. Música. Y ahora unos importantes anuncios de nuestros patrocinantes.

(*Anuncio de telas*, *maquillajes*, *bebidas*, *acordadas con los patrocinantes*. *Anuncian a los actores*.)

Narrador. Continuamos.

(*María Eugenia y Ugueta están preparadas en cada extremo del proscenio*, *como imágenes de cera o maniquíes*.)

Narrador. Música. Luz. Día siguiente. En la sala, María Eugenia y Ugueta se lamentan.

(*Suspiro pronunciado de las actrices, antes de iniciar el cuadro*.)

Narrador. Ugueta tiene un sobre en la mano.

(*Las dos actrices prácticamente desfilan de un lado al otro del proscenio, como maniquíes de pasarela, mientras dicen sus textos. Girando para reiniciar la pasarela, cada vez que llegan a un extremo del escenario*.)

Ugueta. (*En tono de reclamo*.) A ti nada más se te ocurre pedirle una canción y un beso a mi hermano Alfredo, conociendo el carácter que tiene.

María Eugenia. Tienes que pedirle el dinero, no te hagas la loca.

Ugueta. Él tiene que saber por qué estoy aquí.

María Eugenia. Tienes que hablarle. Ni que él fuera adivino.

Ugueta. No quiero.

María Eugenia. No querrás, pero debes. ¿Cuánto necesitas?

Ugueta. La cantidad de la hipoteca. Lo que indican estos papeles que te enseñé.

(*María Eugenia se acerca a mirarlos y Ugueta los oculta a un lado, mientras solloza y se sienta en un mueble de la sala, colocando los papeles detrás de sí*.)

Ugueta. … Pero eso no importa… ¡No importa nada!

Narrador. Llora en silencio.

María Eugenia. (*Conmovida y cursi*.) Claro que sí importa. ¿Para qué estás aquí? (*Acercándose para detectar en qué lugar ha puesto Ugueta el sobre*.) Déjate de llorar así. Te vas a enfermar.

Narrador. María Eugenia le quita los papeles sin que Ugueta se dé cuenta y los esconde en la licorera…

(*María Eugenia va a colocar los papeles en otro lugar*.)

Narrador. ¡No! ¡En la licorera!

Ugueta. (*Llora amarga*.) Me estaba muriendo de hambre. Yo no quería hipotecar la casa, pero no tenía más dinero. Sí no fuera por los dulcitos que hago para venderle a la distribuidora de Peníchez, me hubiera muerto de mengua. ¡Es tan duro ser una mujer sola!

(*Ugueta se pone lágrimas, y después María Eugenia le quita también unas gotas para tener lágrimas durante la escena*.)

Narrador. Las Lágrimas artificiales utilizadas en este espectáculo son cortesía de Murine. Lagrimas artificiales Murine y tenga un llanto como de Hollywood.

Ugueta. ¡Buuuhhh!

María Eugenia. (*Llorando también*.) Vamos a hacer una cosa: ve a tu cuarto, reposas y luego hablas con tu hermano. ¿Te parece?

Ugueta. (*Se levanta del mueble y se recuesta muy cursi sobre María Eugenia*.) ¡Ay, María Eugenia, yo ya no sé…!

(*El actor que interpreta a Alfredo se para a calentar a un lado de la escena, con algunos ejercicios de danza. Está en bata de casa y tiene un gran libro rojo en las manos*.)

Narrador. Se escuchan ruidos.

María Eugenia. ¡Ahí como que viene! (*Empujándola suavemente para que se vaya.*) Anda.

(*Ugueta se va a ir, pero de pronto se devuelve y hace una cursi despedida de María Eugenia para salir huyendo, finalmente.*)

Narrador. Ugueta se va rápidamente a su cuarto y María Eugenia se arregla para estar presentable para Alfredo. Música. Alfredo entra…

(*El actor que interpreta a Alfredo hace como si entrara al espacio mágico de la escena y asume el rol.*)

Narrador. … Absorto en su lectura…

(*El actor abre el libro y hace como si leyera con mucho interés, sin prestarle atención a María Eugenia.*)

Narrador. … Y se dirige a la silla junto a la mesita del portarretrato…

(*El actor se equivoca y va a seguir de largo hasta el otro extremo del escenario. El Narrador lo corrige.*)

Narrador. ¡No! ¡Junto a la mesita del portarretrato!

(*El actor entiende y se dirige al lugar indicado.*)

Narrador. … Se sienta con su libro sin reparar en María Eugenia. Esta se emociona, aunque él no le presta la más mínima atención. Se sirve un trago. Se sienta frente a Alfredo…

(*María Eugenia toma una silla del comedor y se sienta frente a Alfredo.*)

Narrador. … Este la mira, le sonríe y vuelve a su lectura. Ella sonríe embelesada por el hombre, que no le presta atención. Se levanta. Camina al proscenio, decidida a hablarle y le da un imperceptible ataque de risa.

(*María Eugenia desatiende la acotación y ríe a carcajadas. Alfredo se molesta y mira a los técnicos, como acusándolos del ruido, y los técnicos le indican a María Eugenia.*)

Narrador. (*A María Eugenia.*) ¡Imperceptible! Alfredo la mira y ella queda seria de pronto.

(*María Eugenia se queda totalmente seria.*)

Narrador. Silencio.

(*Apagan la música.*)

María Eugenia. Alfredo.

Alfredo. María Eugenia.

María Eugenia. Alfredo yo…

Alfredo. ¿Usted…?

María Eugenia. Desearía hablarle.

Alfredo. ¿De?

María Eugenia. ¿No interrumpo su lectura, verdad?

Alfredo. (*Con falsa cortesía.*) No. En realidad no era nada importante.

(*Alfredo deja el libro a un lado del retrato y María Eugenia corre y se sienta en la mesita junto a Alfredo. Llega el otro Asistente al lugar que ocupaba el anterior.*)

María Eugenia. ¿Qué era lo que decía?

Alfredo. Que querías hablarme de algo.

María Eugenia. ¡Ah, sí! Es sobre Ugueta, su hermana.

Alfredo. Tú dirás…

María Eugenia. (*Cursi*.) ¡Alfredo, su hermana tiene un problema!

Alfredo. (*Angustiado*.) ¿De qué se trata?

María Eugenia. No quiero molestarlo…

Alfredo. (*Cursi*.) Nada que tenga que ver con mi hermana me molesta.

María Eugenia. Esto podría hacerlo.

Alfredo. Yo no sé por qué Ugueta se tuvo que ir tan lejos, haciendo dulcitos como una pobre mujer. Ella no tiene necesidad de esas cosas… ¡Dígame! ¿Qué pasa?

María Eugenia. ¿Está preparado para escuchar cualquier cosa?

Alfredo. (*Tomándola por los hombros. Con mucha cursilería*.) ¡Habla de una vez!

Narrador. María Eugenia busca lánguidamente los papeles y se los muestra a Alfredo.

Alfredo. ¿Qué es esto?

María Eugenia Léalos con detenimiento y después conversamos.

Alfredo. Cuando quieras. (*Se pone los lentes para leer*.)

María Eugenia ¿Qué le parece esta noche, durante la cena?

Alfredo. De acuerdo.

Narrador. María Eugenia va a hacer mutis, pero de pronto se detiene y mira a Alfredo.

María Eugenia. Quisiera…

Alfredo. ¿Sí?

(*Alfredo siente de pronto el toque del amor hacia María Eugenia y deja los papeles en la mesa para hablarle románticamente.*)

María Eugenia. Hace algunos días…

Alfredo. ¿Desde ayer…?

María Eugenia. Bueno, sí, realmente desde ayer… Desde ayer he estado observándolo. Es que… con mucha pena… siempre me interesaba por todo lo que decían de usted y de sus libros… y algo me repetía: "Lo vas a conocer"… Y yo me decía: "¡Pero María Eugenia, soltera, de veintidós años y sin compromiso, quédate tranquila! ¡Qué vas a estar conociendo nada al hermano de Ugueta!"… Y un día, de repente, por casualidad de la vida, lo conozco…

(*Alfredo se mete unas pastillas de olor en la boca.*)

Alfredo. (*Sin poder hablar correctamente, a causa de las pastillas.*) Y en mi propia casa. ¡Qué casualidad!

María Eugenia. Creí que me desmayaba.

Narrador. ¡Sácate esas pepas de la boca!

(*Alfredo escupe las pastillas y continúa su interpretación.*)

Alfredo. Es como si nos conociéramos de toda la vida. (*Aproximándose a María Eugenia.*) Sí; cuando mi hermana me habló de que trabajabas con ella, en el negocio de los dulces, me pareció que te conocía. Podía verte haciendo los bienmesabe.

María Eugenia. ¿Usted cree en eso que llaman reencarnación?

Alfredo. Tanto como creer…

María Eugenia. En Caracas, todo el mundo cree en esa guarandinga. Pero… ¡Ay!, mire… Es que yo siento… (*Alfredo la toma por la cintura por detrás*.) Siento como si nos conociéramos de otra vida… Y yo he comenzado a creer en esa reencarnación, porque yo siento… siento que lo conozco desde que…

Narrador. Se hace la mareada.

María Eugenia. ¡Ay, me siento mare-ada!

Narrador. Finge un desmayo.

Alfredo. (*Angustiado*.) ¡María Eugenia!

Narrador. María Eugenia cae en los brazos de Alfredo y cuando este se aproxima a su rostro, ella abre los ojos y lo besa a la fuerza, hasta que él le corresponde. Se separan.

(*Los actores no se separan*.)

Narrador. Se separan.

(*No lo hacen, y María Eugenia se toma de la peluca de Alfredo y se la mueve*.)

Narrador. ¡Se separan! ¡En el libreto dice que se separan! ¡Voy a tener que hablar con el director y los abogados!

(*Se le cae la peluca al actor*.)

Narrador. ¡Mira! ¡La peluca! ¡Ponte la peluca!

(*Alfredo recoge la peluca y se la pone detrás de la mesa, pero al revés; y sale tratando de hacer como si no ha ocurrido nada. María Eugenia*

ha rodado por el piso y logra ponerse de pie. Alfredo trata de calmar el ataque que tiene el Narrador, a través de señas.)

María Eugenia. ¡Siempre supe que esto iba a pasar! ¡Desde que te vi la primera vez! ¡Yo pensaba en el Pollo, (*Mandarriazo.*) pero no sé si fue la magia de Paquita, que tu rostro comenzó a aparecer en el suyo y él desapareció! ¡No me dolió más! ¡Y, aquí, en mi cabeza, me imaginaba dándote un beso!

Alfredo. Yo soy un hombre más bien tímido.

Narrador. (*A Alfredo.*) ¡Arréglate!

María Eugenia. Eso te llena de… ¡Ay, no sé!

(*María Eugenia se dispone a salir a la calle.*)

Alfredo. (*Tratando de retenerla.*) ¿A dónde vas?

María Eugenia. A tomarme una fotografía case el árabe de la plaza, porque esta felicidad tengo que guardármela para la eternidad. ¡Es la primera vez que he estado en contacto directo con la literatura latinoamericana! ¡Con la historia! (*Inicia el mutis.*)

Alfredo. María Eugenia.

María Eugenia. (*Deteniéndose en el umbral de la puerta.*) ¿Dime, Alfredito?

Alfredo. ¿Vas a tardar mucho?

María Eugenia. (*Seductora.*) ¿Por qué?

Alfredo. Quisiera…

María Eugenia. ¿Quisieras…?

Narrador. (*A Alfredo.*) Tomando valor. ¡Como un hombre!

Alfredo. ¿Sabes preparar el bienmesabe?

María Eugenia. ¿Para esta noche?

Narrador. ¡Como un macho!

Alfredo. (*Se arregla los pantalones y se para como un charro mexicano*.) Me encantaría para la cena.

Narrador. ¡Así no!

María Eugenia. Está bien, regreso en un cuarto de hora.

Narrador. Oscuro. "Como en las películas de Hollywood". (*A Alfredo, mientras este recoge todos sus accesorios antes de salir del escenario*.) ¡Esa no era la peluca! ¡O te la arreglas o voy a tener que ir a hablar con el director! (*Con mucha simpatía con el público*.) "Como en las películas de Hollywood".

(*Articulación para el próximo cuadro*.)

VIII

Narrador. Música.

(*Escuchamos* Secret Love, *de Doris Day, continuado —una vez iniciada la escena de llegada de Ugueta— con* Mascarada, *de Masquerade Suite*.)

Narrador. Cuadro final. "Como en las películas de Hollywood". María Eugenia termina de poner la mesa. Se arregla el cabello. Es feliz. Gira y gira y gira y gira, mientras da los últimos toques a la mesa para la cena de esta noche. Se sienta a esperar en la ventana. De pronto, llega Ugueta. Viene de la calle, caminando de un modo muy extraño.

María Eugenia. ¡Chica! ¿Por qué estás caminando así?

Ugueta. (*Llegando a sentarse en el recibo con dificultad.*) Es que para calmarme me fui a case la peluquera y me dio por arreglarme los pies… y la mujer me quitó tantos pellejitos… ¡que casi me deja sin talón!

María Eugenia. ¿Y vienes caminando así…?

Ugueta. Desde la plaza. La gente dirá que me la doy de pretenciosa, pero es que, ¡ay, manita, qué dolor!

Narrador. Fuera música.

Ugueta. Huele sabroso, ¿hiciste la cena?

Narrador. María Eugenia afirma con la cabeza.

María Eugenia. Ujú.

Ugueta. ¿Y le hiciste el dulcito a mi hermano?

María Eugenia. Que no me quedó tan sabroso como a los que él debe estar acostumbrado.

Ugueta. ¡Ay, María Eugenia, mira que mi hermano…!

María Eugenia. ¿Tu hermano…?

Ugueta. Entérate tú misma… Me voy a cambiar los zapatos. (*Trata de pararse, pero no puede y se vuelve a sentar adolorida.*) ¡Uff, cómo me duelen!

(*Ugueta se levanta y trata de iniciar el mutis, caminando de un modo muy particular.*)

María Eugenia. No vayas a tardar, mira que tu hermano debe estar por llegar.

Ugueta. ¿Salió?

María Eugenia. Detrás de mí. Dio una vuelta por la jefatura, pasaba por la plaza y se venía, me dijo él. (*Mirando por la ventana.*) ¡Qué pronto se hizo de noche!

Narrador. Música de Shirley Bassey.

Ugueta. ¿María Eugenia?

María Eugenia. (*Mientras mira soñadora por la ventana.*) ¿Tú dirás?

Ugueta. ¿Ya pasó?

María Eugenia. ¿Lo del Pollo?

Ugueta. Lo del Pollo.

María Eugenia. Sí y no. Por lo menos ya no suenan los platillos. Lo que sé es que después de lo que me hizo Paca, me sentí más aliviada. Yo sigo pensando que la vida es como una película de cine, de Hollywood, que algún día me voy a hacer famosa contándola como en un musical, entre baladas, rumbas, boleros, mambos y ¡chachachá! ¿Será que soy una estúpida soñadora?

Ugueta. ¿Quién sabe? A lo mejor consigues a alguien que te escriba la película. (*Se dispone a hacer mutis.*) Me voy a cambiar.

Narrador. Aparece Alfredo.

(*Entra Alfredo de* smoking *y con una flor para María Eugenia.*)

Alfredo. (*Le da la flor a María Eugenia.*) ¿Molesto?

Ugueta. (*Se pone nerviosa.*) ¿Qué vas a estar molestando nada, niño, esta no es tu casa?

(*Trata de hacer mutis, pero solo llega hasta la mesa de la sala porque le duelen los pies.*)

Alfredo. ¿Qué te pasa, hermana?

Ugueta. Nada, mijo, que me fui a la peluquería y vi que hacían los pies y me los hice. Y cuando me fui a parar, que afinqué los pies, casi me puse a llorar de dolor. ¡Que dolor tan grande!

María Eugenia. (*Hala a Ugueta al centro de la sala.*) Yo te voy a buscar las pantuflas, oíste. (*A Alfredo.*) Vayan sentándose a la mesa.

Narrador. María Eugenia hace mutis.

Alfredo. (*Sentándose en la sala.*) ¿Cómo está tu estado financiero, Ugueta?

Ugueta. (*Se levanta inquieta.*) ¿A qué viene tu preguntadera? Yo te estaba hablando de los pies.

Alfredo. Por ahí descubrí unos papeles de tu hipoteca…

Ugueta. (*Avergonzada.*) ¡Los papeles! Alfredo, yo…

Alfredo. Y quiero que conversemos de la manera en la que piensas pagarla.

Ugueta. (*Caminado con dificultad de un lado a otro.*) ¿Tú me entenderías si yo te explicara?

Alfredo. No es necesario, hermana.

Ugueta. Me sentiría mejor…

Alfredo. Siéntate, que te duele.

Ugueta. Alfredo, yo…

Narrador. Llora.

Ugueta. Yo leí la carta que me dejaste y me dio pena…

Alfredo. (*Consolándola.*) Está bien. No me cuentes… o lo haces cuando te sientas mejor. A ti nada más se te ocurre ir a que te arregle los pies Nereida. (*Mira la mesa.*) Querida hermana, tienes una amiga encantadora. ¿Verdad que tengo buen gusto?

Ugueta. Cuidao es lo que tienes que tener. Mira que estamos todos en la misma casa.

Narrador. Tocan.

(*El Asistente hace el sonido de los golpes a la puerta.*)

Ugueta. ¿Quién será a esta hora?

Alfredo. Yo no he invitado a nadie.

Ugueta. Ni yo.

Narrador. Insisten.

(*El Asistente repite los golpes.*)

María Eugenia. (*Trayendo las pantuflas de Ugueta.*) ¡Yo abro!

(*María Eugenia se dirige a abrir, pero antes le tira un besito a Alfredo y este lo recibe con agrado.*)

Narrador. Eso no estaba en el libreto.

(*María Eugenia hace caso omiso y va a abrir.*)

Narrador. Música.

(*Suena* Melodías de Broadway.)

Alfredo. ¿Quién es?

María Eugenia. (*Grita asustada.*) ¡En nombre de Dios!

Narrador. Entra de golpe Héctor Enrique, viene apuntado por una escopeta que manipula Chaura…

(*Histeria general.*)

Alfredo. ¿Me pueden explicar qué significa esto?

María Eugenia. ¡Chaura!

Ugueta. ¡Héctor Enrique!

Alfredo. (*A Chaura.*) ¿Qué haces con esa escopeta, apuntando a Héctor Enrique, aquí, en mi casa?

Chaura. ¡Que le he traído a este sinvergüenza, para que le diga qué sucedió en esta casa, desde que (*Refiriéndose a Ugueta.*) ella llegó a aquí!

Alfredo. ¿Desde que ella llegó?

María Eugenia. Si no ha pasado nada. (*Aparte.*) Se formó el escándalo.

Ugueta. (*Aparte.*) ¡Me quedé sin casa!

Héctor Enrique. Don Alfredo, todo esto es una equivocación.

Chaura. ¿Y eres capaz de decir que ha sido una equivocación? ¡Pérfido desvergonzado!

(*Alarma general por la amenaza del arma que porta Chaura.*)

Ugueta. Deberías bajar esa escopeta, Chaurita, es peligroso.

Chaura. ¿Peligroso? Peligroso es que mujeres como usted vengan a este pueblo. Timotes tendrá todo lo que usted quiera, pero aquí hay cosas que se respetan.

(*La persigue con la escopeta y Ugueta huye aterrada, hasta que Alfredo retiene a Chaura.*)

Alfredo. A ver, a ver; explícame con calma, que yo quiero entender lo que pasa aquí.

María Eugenia. (*Aparte*.) Yo me imaginé que algo así iba a pasar.

Héctor Enrique. (*A Alfredo*.) Todos son inventos de Chaura, don Alfredo, no vaya a creerle.

Chaura. (*Furiosa*.) Más vale que te calles, Héctor Enrique Villarino Lobo, o…

(*Chaura se apoya en la escopeta*.)

Narrador. La escopeta se dispara.

(*El Asistente hace el sonido. Caos general. Chaura queda mareada en el centro del escenario y los actores se ocultan detrás de los muebles de la escena*.)

Alfredo. ¡Esta mujer se volvió loca!

Ugueta, ¡Nos quiere matar!

María Eugenia. ¡Virgen del Valle!

Héctor Enrique. ¡Cálmate, por favor, Chaurita!

(*Alfredo enfrenta a Chaura, la cual está completamente desconcertada en el centro de la sala, con la escopeta en las manos*.)

Alfredo. Chaura, ¿usted entiende que está en mi casa, para que se ponga a disparar así, como si fuera una enajenada?

Chaura. Mire, don Alfredo, yo no sé dónde estoy y no me interesa. Lo único que quiero es que sepa que este descarado pretendía venir a acompañar a su hermanita, para que no le diera miedo ni se la comiera el coco, porque él mismo le había cortado la luz para venírsele a meter y disfrutar de la oscuridad, mientras

usted estaba ausente. Lo que pasó fue que cuando se dio cuenta de que usted venía por el camino principal puso la luz, se hizo el loco y hasta le trajo la maleta.

Alfredo. ¡Héctor Enrique!

María Eugenia. ¡Siento que me voy a desmayar!

Héctor Enrique. (*Aparte.*) De aquí no salgo vivo.

Ugueta. ¡No puede ser!

Chaura. No se haga, señorita…, no se haga… Que el papel de imbécil no le queda.

Ugueta. ¡Me insultó!

María Eugenia. (*Aparte.*) No te quejes, que es capaz de dispararte.

Héctor Enrique. ¡Chaura, por favor!

Chaura. ¡Se me callan o me los echo!

María Eugenia. ¡Chaura!

Chaura. Y usted tampoco me hable. También se estaba burlando de mí y me hizo pasar un buen mal rato…

María Eugenia. Déjame explicarte…

Chaura. ¡Aquí nadie me explica nada! ¡Aquí la que explica soy yo! Así que los tres se me emplastan contra la pared, mientras yo hablo con don Alfredo.

(*Chaura se tira en el piso y Ugueta, María Eugenia y Héctor Enrique se pegan de la pared. Alfredo se sienta en una silla de la mesa y trata de calmar a la joven.*)

Alfredo. Chaura, ¿te gusta el bienmesabe?

Chaura. Deje los ofrecimiento y hablemos.

Alfredo. Entonces: Héctor quería meterse en la casa, aprovechando mi ausencia…

Chaura. Exactamente como usted lo dice.

Alfredo. ¿Y quién te dijo todo eso?

Chaura. Por un lado, la señorita María Eugenia, que no quería que su hermana se relacionara con un pueblerino; y, por el otro lado, el descarado ese, que cuando se dio cuenta que era imposible tener nada con su hermana, se fue al Bar Lorenzo, y cuando se sintió mareado se acordó de mí y me lo fue a contar todo…

(*Chaura va a llorar, se apoya en el arma y esta se dispara nuevamente. María Eugenia cae en el piso, fingiendo que está herida de muerte.*)

Ugueta. (*Siguiendo la corriente a María Eugenia.*) ¡Ha matado a María Eugenia!

Héctor Enrique. ¿Qué has hecho, mujer del demonio?

Alfredo. ¡María Eugenia! ¡María Eugenia! (*María Eugenia le hace una seña, cuando él la toma en sus brazos, y él afirma.*) Está muerta. (*Hace como si llora sobre María Eugenia.*)

Chaura. (*Suelta el arma.*) ¡Asesina! ¡Soy una asesina! (*Va a hacer mutis hacia la calle.*)

(*Héctor Enrique toma el arma y está atribulado por lo que acaba de ocurrir.*)

Ugueta. Chaura, no te vayas, que todo tiene una explicación.

Chaura. ¿Para qué sirven las explicaciones, si soy una asesina?

Héctor Enrique. Yo pagaré por tu crimen, amada mía. Diré que todo lo he hecho yo.

(*María Eugenia se incorpora, después de la declaración de Héctor Enrique.*)

María Eugenia. ¡De aquí no se mueve nadie!

Todos. ¡María Eugenia!

Chaura. ¡La muerta!

María Eugenia. Ahora tienen que escuchar lo que iba a decir Ugueta.

Alfredo. Vamos, habla, que yo quiero escuchar.

Ugueta. Todo este enredo tenía como finalidad unir definitivamente a Chaura con Héctor Enrique, para distraernos en una buena acción mientras Alfredo estaba ausente…

María Eugenia. Porque Ugueta estaba muy nerviosa, ya que el plazo para pagar su hipoteca se vence en una semana, y a mí me pareció una buena idea para divertirnos y ayudar a que se juntaran estos seres. Así Chaura dejaba de estar curioseando la vida ajena…

Ugueta. Y Héctor Enrique se decidía por fin…

Alfredo. Pero entonces llegué yo e interrumpí toda la estrategia.

María Eugenia. Justo a tiempo para que hablaras con tu hermana. Porque ella, por su orgullo o su vergüenza, no quiso hacerlo… Entonces lo hice yo.

Ugueta. ¡María Eugenia! ¿No te atreviste?

Alfredo. Lo hizo. Y la razón de esta cena era que te traía un cheque que cubre la cantidad que necesitas.

(*Alfredo extiende el cheque y Ugueta duda en tomarlo.*)

Ugueta. No sé qué decir…

Héctor Enrique. No diga nada y agárrelo…

Chaura. (*Tomándolo por la oreja e iniciando el mutis.*) Tranquilízate, necio… Ahora sí que te voy a arreglar las tuercas.

(*Chaura y Héctor Enrique hacen mutis.*)

Ugueta. Y yo me voy a cambiar para celebrar lo del cheque. (*Hace mutis hacia su habitación.*)

Narrador. Finalmente, María Eugenia y Alfredo quedan solos.

Alfredo. María Eugenia…, ¿puedo hablar con usted?

María Eugenia. ¿En este momento?

Alfredo. Cuando puedas y no te moleste.

María Eugenia. Que sea en este momento.

(*Alfredo se aproxima a María Eugenia y hacen una hermosa pose de declaración amorosa: él arrodillado con la mano de ella tomada con mucha ternura.*)

María Eugenia. (*Al público.*) Y después me dicen que la vida no es…

(*Chaura y Héctor Enrique se asoman por la puerta, Ugueta por la ventana y María Eugenia y Alfredo se levantan para decirle al público, en coro.*)

Todos. Como en las películas de Hollywood.

Narrador. Oscuro. Final de la pieza. Pueden aplaudir. Gracias.

(*Salen a saludar los técnicos con el último Asistente y después el elenco.*)

Fin

ACERCA DEL AUTOR

César Rojas (Caracas, 3 de junio de 1961)

Dramaturgo, docente, productor y director teatral venezolano. Técnico en Electrónica de la Escuela Técnica José de San Martín, en Caracas. Estudió el Diplomado en Lengua y Civilización Francesa en la Faculté des Lettres de Nantes Cèdex (Francia). A su regreso a Venezuela, en 1982, se vinculó al grupo Theja, el Thalía (1982-1984) y al grupo Ipso (1983-1986). En 1987, formó parte del Programa de Formación de la Compañía Nacional de Teatro, institución donde llegó a ser regidor jefe, quedando a cargo de los montajes teatrales de directores como Hugo Márquez (*La barca de la gloria*); Armando Gota (*Los negros las prefieren negra*s, y remontaje de *El avaro*); José Simón Escalona (*Sainetes venezolanos* y *Te juro Juana que tengo ganas*); José Ignacio Cabrujas (*El burgués gentilhombre*); el español Miguel Narros (*Don Juan Tenorio*); Gilberto Pinto (*Yo también soy candidato*); Joaquín Riviera (*A bailar con Billo*), y Carlos Giménez (*Fuenteovejuna*); con los que hizo giras dentro y fuera del país. Fue director de planta, fundador y directivo del Centro de Directores para el Nuevo Teatro (1989-1996), bajo la égida de Carlos Giménez. Figuró como director general, docente y dramaturgo de la Compañía del Teatro Santa Lucía (La Asunción, estado Nueva Esparta). Realizó talleres de dramaturgia con Isaac Chocrón y Rodolfo Santana (Venezuela); Emilio Carballido y Guillermo Schmidhuber de la Mora (México); Mauricio Kartun y el equipo del Teatro Colón de Buenos Aires (Argentina), entre otros. Obtuvo la licenciatura en Artes —mención Artes Escénicas (UCV)— y el Diplomado en Educación Superior del Instituto Pedagógico (UPEL-IPC). En esta última casa de estudios, creó la materia de Dramaturgia y se desempeñó como

docente durante once años. Ha escrito también para la televisión. Cofundador de El Galpón de San Fidel (2000), laboratorio teatral con sede propia en Sarría (Caracas), fue coordinador de Gestión Operativa del Celarg, así como coordinador de Proyectos Estratégicos de la Villa del Cine. Con más de un centenar de obras de teatro escritas, su obra *El regreso*, *la historia de una espera* obtuvo el Premio Municipal de Teatro (1992), el Premio Enrique Benshimol y una mención de honor del Premio Marco Antonio Ettedgui. Ha impartido talleres libres de dramaturgia en Nueva Esparta, Táchira, Mérida, Lara, Carabobo, Valera, Trujillo, Portuguesa, Anzoátegui, Monagas, Bolívar, Apure, Aragua, Zulia, Miranda y Distrito Capital. Integró uno de los veinticuatro facilitadores de los Talleres de Dramaturgia a Distancia Rodolfo Santana, organizado en el año 2020 por la Compañía Nacional de Teatro. Profesor de guion cinematográfico en la Universidad Audiovisual, Unearte, CNAC y Villa del Cine. Creó el Diplomado de Dramaturgia y figura en la actualidad como profesor del Programa Nacional de Formación de Dramaturgia del Departamento de Teatro de la Unearte. En el año 2022, se le otorga el Premio Rafael Briceño a la Trayectoria Teatral.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN **7**

A DAPHNE SE LA TRAGÓ LA TELEVISIÓN
(**Teatro musical**) 9

PARA SIEMPRE
(**Comedia**) 55

EL REGRESO, LA HISTORIA DE UNA ESPERA
(**Drama histórico**) 113

LA DISCULPA
(**Drama**) 183

GOYA, RAZONES PARA EL EXILIO DE UN ARTISTA
(**Farsa**) 219

CALÍGULA Y LA FURIA DE LAS LANGOSTAS
(**Tragedia**) 265

COMO EN LAS PELÍCULAS DE HOLLYWOOD
(**Neosainete**) 313

ACERCA DEL AUTOR 395

Piezas diversas
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
mayo de 2023
Caracas - República Bolivariana de Venezuela

Piezas Diversas

Este libro recoge siete piezas creadas por el dramaturgo venezolano César Rojas, en las que el autor se pasea por varios géneros teatrales (musical, drama histórico, neosainete, comedia, tragedia y farsa). "A Daphne se la tragó la televisión"; "Para siempre"; "El regreso, historia de una espera"; "Goya, razones para el exilio de un artista"; "Calígula y la furia de las langostas"; y "Como en las películas de Hollywood", conforman la presente compilación, que sintetiza una trayectoria en donde Rojas se ha destacado como uno de los grandes renovadores del teatro venezolano de los últimos tiempos.

CÉSAR ROJAS

Dramaturgo, docente, productor y director teatral venezolano. Con estudios en Venezuela y Francia (diplomado en Lengua y Civilización Francesa, en la Faculté des Lettres de Nantes Cedex), en la década de los ochenta del siglo pasado se vincula a varios grupos del teatro nacional: Theja, Thalía (1982-1984) e Ipso (1983-1986). Formó parte del Programa de Formación de la Compañía Nacional de Teatro (1987), donde llegó a ser regidor jefe y se encargaría del montaje de las obras de destacados dramaturgos, como Hugo Márquez, José Simón Escalona, José Ignacio Cabrujas, Carlos Giménez, entre otros. Fue fundador del Centro de Directores para el Nuevo Teatro (1989-1996). Su amplia labor teatral ha sido merecedora de importantes reconocimientos, como el Premio Municipal de Teatro (1992) y el Premio Rafael Briceño a la Trayectoria Teatral (2022).

PUBLICADO EN TIEMPOS DE GUERRA ECONÓMICA CONTRA VENEZUELA

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

2030 [2022 - 2030]